

RAYMOND CHANDLER

RELATOS



se

Recopilación de relatos de Raymond Chandler. Chandler acostumbraba a «canibalizar» (utilizando una expresión suya) a menudo sus propios relatos integrándolos en obras mayores. Inicialmente Marlowe aparece en pocas ocasiones como el detective pero posteriormente, en ediciones sucesivas, Marlowe sustituye al protagonista.

Esta edición contiene los siguientes relatos, en orden cronológico:

- Los chantajistas no disparan (1933)
- El confidente (1934) (*)
- Asesino bajo la lluvia (1935)
- Tristezas de Bay City (1938)
- Estaré esperando (1939)
- Un par de escritores (1951)
- El lápiz (1959) (*).

(*) Estos dos relatos están incluidos en Todo Marlowe



Raymond Chandler

Relatos

ePub r1.0

Samarcanda 31.10.14

Blackmailers don't shoot

Raymond Chandler, 1933

Traducción: José Luis López Muñoz

Finger man

Raymond Chandler, 1934

Traducción: José Luis López Muñoz

Killer in the rain

Raymond Chandler, 1935

Traducción: Juan Ramón Ibeas Delgado

Bay City Blues

Raymond Chandler, 1938

Traducción: Horacio González Trejo

I'll be waiting

Raymond Chandler, 1939

Traducción: Horacio González Trejo

A couple of writers

Raymond Chandler, 1951

Traducción: José Ferrer Aleu

The pencil

Raymond Chandler, 1959

Traducción: José Luis López Muñoz

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.2



Relatos de Raymond Chandler

«Blackmailers Don't Shoot». *Black Mask*, diciembre 1933; Mallory.

«Smart-Aleck Kill». *Black Mask*, July 1934; originalmente Mallory, cambiado a John Dalmas en *Simple Art of Murder*.

«Finger Man». *Black Mask*, octubre 1934; originalmente sin nombre, cambiado a Marlowe en *Simple Art of Murder*.

«Killer in the Rain». *Black Mask*, enero 1935; sin nombre.

«Nevada Gas». *Black Mask*, junio 1935; Johnny DeRuse.

«Spanish Blood». *Black Mask*, noviembre 1935; Sam Delaguerra.

«Guns at Cyrano's». *Black Mask*, enero 1936; originalmente Ted Malvern, cambiado a Ted Carmody en *Simple Art of Murder*.

«The Man Who Liked Dogs». *Black Mask*, marzo 1936; Ted Carmody; canibalizado en *Farewell My Lovely*.

«Noon Street Nemesis». *Detective Fiction Weekly*, mayo 1936; Pete Agstich; título cambiado por «Pick Up on Noon Street» al publicarse en *Simple Art of Murder*.

«Goldfish». *Black Mask*, junio 1936; originalmente Ted Carmody, cambiado a Marlowe en *Simple Art of Murder*.

«The Curtain». *Black Mask*, september 1936; Ted Carmody; canibalizado en *The Big Sleep* y la introducción de *The Long Goodbye*.

«Try the Girl». *Black Mask*, enero 1937; Ted Carmody; canibalizado en *Farewell, My Lovely*.

«Mandarin's Jade». *Dime Detective*, 1937; John Dalmas; canibalizado en *Farewell, My Lovely*.

«Red Wind». *Dime Detective*, enero 1938; originalmente John Dalmas, cambiado a Marlowe en *Simple Art of Murder*.

«The King in Yellow». *Dime Detective*, marzo 1938; Steve Grayce.

«Bay City Blues». *Dime Detective*, junio 1938; John Dalmas, canibalizado en *The Lady in the Lake*.

«The Lady in the Lake». *Dime Detective*, enero 1939; John Dalmas, canibalizado en *The Lady in the Lake*.

«Pearls Are a Nuisance». *Dime Detective*, abril 1939; Walter Gage.

«Trouble is My Business». *Dime Detective*, agosto 1939; originalmente John Dalmas, cambiado a Marlowe en *Simple Art of Murder*.

«I'll Be Waiting». *Saturday Evening Post*, octubre 14, 1939; Tony Reseck.

«No Crime in the Mountains». *Detective Story*, septiembre 1941; John Evans, canibalizado en *The Lady in the Lake*.

«Marlowe Takes on the Syndicate». *London Daily Mail*, abril 6-10, 1959; publicación póstuma; primero en USA como «The Wrong Pigeon» in *Manhunt*, febrero 1960; también apareció como «The Pencil», *Argosy*, septiembre 1965; y como «Philip Marlowe's Last Case», *Ellery Queen's Mystery Magazine*, enero 1962.

Los chantajistas no disparan

Título original: *Blackmailers Don't Shoot*

Año de publicación: diciembre de 1933

El hombre del traje verde azulado —que no era verde azulado bajo las luces del Club Bolívar— era alto y tenía ojos algo separados, la nariz estrecha y una mandíbula prominente. Tenía también una boca bastante sensual. Su cabello era negro y ondulado, con algunas hebras grises casi imperceptibles. El traje se adaptaba a su cuerpo como si tuviera un alma propia y no sólo un pasado dudoso. El hombre se llamaba Mallory.

Sostenía un cigarrillo entre los dedos fuertes y precisos de la mano. Puso la otra sobre el blanco mantel y dijo:

—Las cartas le costarían diez grandes, señorita Farr. No es demasiado.

Miró muy brevemente a la chica que tenía delante; luego miró por encima de las mesas vacías hacia el espacio en forma de corazón donde los bailarines se movían bajo las luces policromas intermitentes. Los clientes se distribuían en la pista de baile aprovechando tanto el reducido espacio que los camareros tenían que balancearse como acróbatas entre las mesas. Pero cerca de donde se hallaba Mallory había sólo cuatro personas.

Una mujer morena y esbelta tomaba *whisky* frente a un hombre cuyo cuello grueso y enrojecido brillaba de humedad. La mujer miraba fijamente su vaso con apatía y manoseaba un gran frasco de plata que tenía en la falda. Un poco más allá, dos hombres ceñudos y aburridos fumaban cigarros sin hablar entre sí.

Mallory observó con seriedad:

—Diez grandes es un buen precio, señorita Farr.

Rhonda Farr era muy hermosa. Vestía un conjunto negro, exceptuando el cuello de suave piel blanca de su abrigo de noche. Exceptuando también una peluca blanca cuya misión era disfrazarla y que le daba un aspecto muy añorado. Sus ojos eran azules y tenía la clase de cutis con que suelen soñar los viejos calaveras.

Rhonda replicó en tono desagradable, sin levantar la cabeza:

—Esto es ridículo.

—¿Por qué ridículo? —inquirió Mallory, algo sorprendido y bastante molesto.

Rhonda Farr levantó la cabeza y le dirigió una mirada dura como el mármol. A continuación sacó un cigarrillo de la caja de plata que había abierto sobre la mesa y lo introdujo en una larga y fina boquilla, también negra. Prosiguió:

—Las cartas de amor de una actriz de cine no valen tanto. El público ha dejado de ser esas dulces ancianitas con bombachas de encaje.

Una luz brillaba despreciativa en sus ojos. Mallory le dedicó una mirada penetrante...

—Pero ha venido muy de prisa aquí a hablar de ellas con un perfecto desconocido —observó.

Ella movió en el aire la boquilla y dijo:

—Debí estar loca.

Mallory sonrió con los ojos, sin mover los labios.

—No señorita Farr. Tenía usted un estupendo motivo. ¿Quiere que le diga cuál?

Rhonda Farr lo miró con furia. Luego desvió los ojos y casi pareció olvidarlo. Levantó una mano, la que sostenía la boquilla, y la miró, haciendo una pose. Era una mano muy bella, sin anillos. Las

manos bellas son tan raras como un jacarandá en flor en una ciudad donde las caras bonitas son tan comunes como las medias corridas.

Volvió la cabeza, echó una mirada a la mujer de ojos apáticos y dejó vagar sus ojos por las mesas que rodeaban la pista de baile. La orquesta seguía tocando música almibarada y monótona.

—Odio estos antros —comentó con voz fina—. Dan la impresión de existir sólo por la noche, como los profanadores de tumbas. La gente es viciosa sin gracia, pecadora sin ironía. —Posó la mano sobre el mantel blanco—. Ah, sí, las cartas. ¿Qué las hace tan peligrosas, chantajista?

Mallory se echó a reír. Tenía una risa sonora, con un matiz duro e irritante.

—Lo hace usted muy bien —aprobó—. Tal vez las cartas no sean gran cosa. Sólo una sarta de tonterías eróticas. Las memorias de una colegiala que ha sido seducida y es incapaz de cerrar la boca.

—Eso es desagradable —murmuró Rhonda Farr con voz glacial.

—Es el hombre al que van dirigidas lo que las hace importantes —aclaró fríamente Mallory—. Un estafador, un jugador, un oportunista. Y todo lo que eso implica. Un tipo con quien usted no podría ser vista sin perder su lugar en la sociedad.

—Ya no hablo con él, chantajista. Hace años que no hablo con él. Landrey era un buen muchacho cuando lo conocí. La mayoría de nosotros tiene algo en su pasado que prefiere no recordar. En mi caso, pertenece realmente al pasado.

—Con que sí, ¿eh? Y ahora cuénteme una historia de hadas —replicó Mallory con repentino desdén—. Acaba usted de pedir que la ayude a recuperar las cartas.

Rhonda hizo un movimiento espasmódico con la cabeza. Su rostro pareció desintegrarse, convertirse en un grupo de facciones privadas de todo control. Sus ojos parecieron el preludio de un grito... sólo por un segundo.

Casi instantáneamente recobró el dominio de sí misma. Ahora sus ojos parecían casi tan grises como los de él. Dejó la boquilla negra sobre la mesa con una lentitud exagerada y entrelazó los dedos. Los nudillos estaban blancos.

—¿Tan bien conoce usted a Landrey? —preguntó con amargura.

—Quizás es que voy de un lado a otro, averiguo cosas... ¿Cerramos el trato o seguimos insultándonos mutuamente?

—¿Dónde consiguió las cartas? —La voz de Rhonda era todavía áspera y amargada.

Mallory se encogió de hombros.

—En mi negocio no se revelan las fuentes.

—Tengo una razón para preguntárselo. Otras personas han intentado venderme esas malditas cartas. Por eso estoy aquí. Sentía curiosidad. Pero supongo que es usted uno más de los que intentar asustarme y hacerme temblar aumentando el precio.

—No, yo trabajo por mi cuenta —repuso Mallory.

Ella asintió. Su voz era apenas un susurro.

—Eso me consuela. Quizás algún superdotado pensó en hacer una edición privada de mis cartas. Pues no voy a pagar. No hay trato, chantajista. Me importa un bledo si una noche oscura sale usted del anonimato con sus asquerosas cartas.

Mallory arrugó la nariz y bizqueó con aire de gran concentración.

—Muy bien expresado, señorita Farr. Pero no nos lleva a ninguna parte.

Ella replicó pausadamente:

—Ni hace falta. Puedo expresarlo mejor. Si se me hubiera ocurrido traer mi pequeño revólver con empuñadura de nácar, podría decirlo con balas y, además, impunemente. Pero no estoy buscando esa clase de publicidad.

Mallory levantó dos delgados dedos y los examinó críticamente. Parecía divertido, casi satisfecho. Rhonda Farr se llevó la mano a la peluca blanca, la mantuvo allí un momento y la dejó caer.

Un hombre que estaba sentado a una mesa no lejos de ellos, se levantó en seguida y se acercó con rapidez, caminando con pasos ligeros y ágiles y haciendo oscilar un sombrero negro contra el muslo. Lucía un elegante *smoking*.

Mientras se aproximaba, Rhonda Farr dijo:

—No habrá pensado que iba a venir aquí sola, ¿verdad? No voy sola a un club nocturno.

Mallory rió entre dientes.

—No debe hacerlo nunca, muñeca —dijo secamente.

El hombre llegó a la mesa. Era bajo, bien proporcionado y moreno. Llevaba un pequeño bigote brillante como el satén, y tenía la clara palidez que los latinos valoran más que los rubies.

Con un gesto suave y algo teatral, se apoyó en la mesa y tomó de la cigarrera de plata uno de los cigarrillos de Rhonda, que encendió con un gesto ceremonioso.

Rhonda Farr se tapó la boca con la mano y bostezó.

—Es Erno, mi guardaespaldas —presentó—. Cuida de mí. Qué bien, ¿verdad?

Se levantó con lentitud y Erno la ayudó a ponerse el abrigo, tras lo cual abrió sus labios en triste sonrisa, miró a Mallory y dijo:

—Hola, muñeco.

Sus ojos eran oscuros, casi opacos y había en ellos un ardiente destello.

Rhonda Farr se envolvió en el abrigo, inclinó ligeramente la cabeza, esbozó una sonrisa breve y sarcástica con sus delicados labios y se alejó entre las mesas. Iba con la cabeza alta y el rostro tenso y circunspecto, como una reina en apuros. No temeraria, sino reacia a demostrar su miedo. Fue una gran actuación.

Los dos hombres aburridos le dirigieron una mirada de interés. La mujer morena se concentraba, con aire melancólico en la tarea de mezclar una bebida que habría derribado a un caballo. El hombre del cuello sudoroso parecía haberse dormido.

Rhonda Farr subió los cinco escalones tapizados de rojo que conducían a la entrada, pasó frente a un obsequioso *maitre*, pasó entre cortinajes dorados y desapareció.

Mallory la vio desaparecer y miró a Erno.

—Está bien, patán, ¿de qué se trata?

Había hablado en tono insultante, con una sonrisa glacial. Erno se puso rígido; su mano izquierda, enguantada, se movió con tal brusquedad que cayó algo de ceniza del cigarrillo que sostenía.

—¿Está bromeando, muñeco? —preguntó enseguida.

—¿Sobre qué, patán?

En las pálidas mejillas de Erno aparecieron unas manchas rojas. Sus ojos se convirtieron en

hendiduras negras. Movi6 un poco la mano derecha, sin guante, y curv6 los dedos, haciendo brillar las peque1as u1as rosadas.

—En cuanto a esas cartas, mu1eco, ¡olv6dese! Se acab6, mu1eco, se acab6.

Mallory lo mir6 con c6nico y exagerado inter6s, se pas6 la mano por el cabello negro y ondulado y dijo lentamente:

—Quiz6 no sepa a qu6 te refieres, peque1o.

Erno se ech6 a reír. Un sonido met6lico, un sonido forzado y mort6fero. Mallory conocía esa clase de risa: en algunos c6rculos era el preludio de una r6faga de disparos. Vigil6 la mano derecha de Erno y habl6 en tono cortante:

—L6rgate, pat6n. Podrían entrarme ganas de afeitarte a bofetadas esa pelusa que tienes sobre el labio.

El rostro de Erno se contorsion6. Las manchas rojas de sus mejillas se intensificaron. Levant6 la mano que sostenía el cigarrillo y lo hizo saltar de repente a la cara de Mallory. Éste lade6 un poco la cabeza y el cilindro blanco pas6 sobre su hombro.

No había expresi6n en su rostro delgado y frío. Con voz distante y vaga, como si proviniera de otra persona, profiri6 en tono amenazador:

—Cuidado, pat6n. La gente muere por cosas como ésa.

Erno solt6 la misma risa forzada y met6lica.

—Los chantajistas no disparan, mu1eco —gru16—. ¿O s6?

—¡Largo, italiano asqueroso!

Estas palabras, el tono burl6n y frío, provocaron la furia de Erno, cuya mano derecha se movi6 como una serpiente. Un rev6lver sali6 con ella desde una pistolera de hombro. Mallory se inclin6 un poco hacia delante, con las manos aferradas al borde de la mesa. Las comisuras de sus labios, esbozaron una tenue sonrisa. Se oy6 un agudo grito procedente de la mujer morena. Las mejillas de Erno palidecieron. Con voz desfigurada por la ira, murmur6:

—Est6 bien, mu1eco. Saldremos afuera. En marcha imb6...

Uno de los hombres aburridos, tres mesas m6s all6, hizo un movimiento repentino, sin importancia. Fue muy breve, pero aun as6 llam6 la atenci6n de Erno, cuya mirada centelle6. Entonces la mesa se levant6 contra su est6mago y lo tir6 al suelo.

Era una mesa ligera y Mallory era un peso pesado. Se produjo un complicado sonido; tintinearor algunos platos y algunos objetos de plata. Erno yacía en el suelo con la mesa sobre sus muslos. La pistola fue a parar a medio metro de su mano abierta. Su rostro estaba convulso.

Por un instante fue como si la escena estuviese congelada y no fuera a cambiar jam6s. Entonces la mujer morena volvi6 a gritar, esta vez con m6s fuerza. Todo se transform6 en un remolino. Por todas partes había personas levant6ndose. Dos camareros alzaron los brazos al aire y empezaron a declamar en violento napolitano. Un ayudante sudoroso acudi6 a toda velocidad, m6s asustado de *maitre* que de una muerte repentina. Un hombre rechoncho de cabello pajizo corri6 escaleras abajo agitando un mont6n de menús.

Erno liber6 sus piernas, se puso de rodillas y agarr6 su rev6lver. Gir6 sobre s6 mismo, escupiendo maldiciones. Mallory solo, indiferente en el centro de la confusi6n, se inclin6 y propin6 un derechazo sobre la mejilla endeble de Erno.

Los ojos de éste se nublaron. El guardaespaldas se desplomó como un saco de papas medio vacío.

Mallory lo observó cuidadosamente durante un par de segundos. Luego recogió su cigarrera de suelo; aún quedaban en ella dos cigarrillos, se puso uno entre los labios y la guardó: Sacó unos billetes del bolsillo del pantalón, dobló uno a lo largo y se lo pasó al camarero.

Se dirigió sin prisa hacia los cinco escalones tapizados de rojo que conducían a la entrada.

El hombre del cuello grueso abrió un ojo vidrioso y precavido. La mujer borracha se puso de pie tambaleándose para ceder a una inspiración: recogió un puñado de cubos de hielo con sus manos enjoyadas y los lanzó contra el estómago de Erno con bastante puntería.

Mallory salió de debajo del toldo del club nocturno con el sombrero bajo el brazo. El portero lo miró inquisitivamente y él movió la cabeza y caminó un poco por la acera que bordeaba el semicircular camino de acceso privado. Se detuvo en la oscuridad y al cabo de un rato se deslizó por su lado con mucha lentitud un Isotta-Fraschini.

Era un convertible enorme, incluso para la ostentación de Hollywood. Centelleó como un coro de Ziegfield al pasar ante las luces de la entrada, recobrando luego su tono gris mate. Un chofer con librea iba al volante, tieso como un palo, con la gorra ladeada sobre un ojo. Rhonda Farr estaba en el asiento trasero, con la rígida inmovilidad de una figura de cera.

El coche rodó inaudible por la avenida, pasó entre dos columnas de piedra y desapareció entre las luces del bulevar. Mallory se puso distraídamente el sombrero.

Algo se movió detrás de él en la oscuridad, entre los cipreses. Se volvió y vio la tenue luz que brillaba en el cañón de una pistola.

El hombre que sostenía el arma era muy alto y corpulento. Llevaba un informe sombrero de fieltro, y un abrigo igualmente informe se le abría sobre el estómago. La luz difusa de una ventana revelaba sus cejas tupidas y una nariz ganchuda. Había otro hombre detrás de él.

—Esto es una pistola, compañero —dijo el hombre armado—. Hace pum-pum y los tipos caen al suelo ¿Quieres probar?

Mallory lo miró sin expresión y repuso:

—Crece un poco, enano. ¿Qué juego es éste?

El hombre corpulento se echó a reír. Su risa tenía un sonido sordo, como el de las olas rompiendo contra un acantilado bajo la niebla. Exclamó con sarcasmo:

—El niño prodigio os ha olido, Jim. Uno de nosotros debe parecer un policía. —Echó una ojeada a Mallory y añadió—: Te hemos visto vapulear a un hombrecillo ahí dentro. ¿Te parece bien eso?

Mallory tiró el cigarrillo y miró mientras describía un arco en la oscuridad. Respondió con cautela:

—¿Les parecería bien a ustedes por veinte dólares?

—Esta noche, no, señor. Casi todas las noches sí, pero no ésta.

—¿Y un billete de cien?

—Ni siquiera eso, señor.

—En tal caso —dijo Mallory con gravedad—, el asunto ha de ser muy serio.

El hombre volvió a reír y se acercó un poco más. El que estaba a sus espaldas emergió de las tinieblas y plantó una mano sobre el hombro de Mallory. Éste se hizo a un lado sin mover los pies. La mano cayó y Mallory dijo:

—¡No me pongas las pezuñas encima, polizone!

El otro hombre gruñó. Algo silbó en el aire y golpeó con fuerza a Mallory detrás de la oreja izquierda. Éste cayó de rodillas y permaneció así un momento, balanceándose y moviendo con violencia la cabeza. Sus ojos se aclararon; vio el dibujo de rombos de la acera. Se puso de pie con bastante lentitud.

Miró al hombre que lo había golpeado con su cachiporra y lo maldijo con una ferocidad

concentrada que hizo retroceder al individuo mientras los labios le temblaban como gelatina.

El hombre corpulento reprendió:

—¡Maldita sea, Jim! ¿Por qué diablos has hecho eso?

El hombre llamado Jim se llevó la mano a la boca y se la mordió al tiempo que devolvía la cachiporra al bolsillo del abrigo.

—¡Olvídalo! —replicó—. Llevémonos a éste... y acabemos de una vez. Necesito un trago.

Echó a andar por la avenida. Mallory se volvió despacio y lo siguió con la mirada mientras se frotaba el lado izquierdo de la cabeza. El grandote movió la pistola con gesto rutinario y anunció:

—Vamos compañero. Daremos un paseo a la luz de la luna.

Mallory empezó a andar y el gigante se puso a su lado. El hombre llamado Jim esperó hasta que llegaron adonde estaba él y se sumó a la caminata. Se dio una palmada en la boca del estómago, diciendo:

—Necesito un trago, Mac, estoy muy nervioso. —El hombre corpulento repuso en tono conciliador:

—¿Y quién no lo está, querido?

Llegaron a un coche estacionado en doble fila cerca de las columnas que marcaban el final del camino privado. El hombre que había golpeado a Mallory se sentó al volante. El gigante hizo subir a Mallory al asiento trasero y se sentó a su lado. Colocó la pistola sobre su abultado muslo, se echó el sombrero un poco más hacia la nuca y sacó un arrugado paquete de cigarrillos. Encendió uno trabajosamente con la mano izquierda.

El coche entró en el océano de faros, se dirigió hacia el este durante un rato y luego giró hacia el sur por la gran pendiente. Las luces de la ciudad eran una interminable cascada luminosa. Los letreros de neón se encendían y apagaban. El lánguido rayo de un reflector aparecía entre jirones de nubes.

—Ha ocurrido lo siguiente —explicó el gigante exhalando humo por las anchas ventanas de la nariz—: te hemos pescado tratando de vender unas cartas falsas a esa tal Farr.

Mallory soltó una carcajada breve y áspera.

—Los dos me dan náuseas.

El hombre pareció reflexionar, mirando fijamente hacia delante. Los faros de los coches proyectaban ondas de luz sobre su ancho rostro. Al cabo de unos momentos dijo:

—Eres el mismo tipo, desde luego. Esas cosas se saben en nuestro negocio.

Los ojos de Mallory se entornaron en la oscuridad y sus labios esbozaron una sonrisa.

—¿Qué negocio, polizonte? —preguntó.

El hombre abrió mucho la boca y volvió a cerrarla.

—Será mejor que hables, y no te hagas el tonto. Ahora sería un buen momento. Jim y yo somos bastante sociables, pero tenemos amigos que no lo son tanto.

—¿De qué debo hablar, teniente?

El hombre se estremeció con una risa silenciosa y no contestó. El coche pasó por delante del pozo de petróleo que se yergue en medio del bulevar La Ciénaga y giró hacia una calle tranquila, bordeada de palmeras. Se detuvo a mitad de cuadra frente a un baldío. Jim apagó el motor y los faros y luego sacó una botella plana de la guantera, se la llevó a la boca, suspiró profundamente y la pasó

por encima de su hombro.

El gigante bebió un trago, agitó la botella y dijo:

—Tenemos que esperar a un amigo. Hablemos, mientras tanto. Mi nombre es Macdonald, del departamento de detectives. Estabas tratando de chantajear a la chica Farr. Su guardaespaldas se puso delante de ella y tú lo dejaste fuera de combate. Fue una bonita demostración y nos gustó. Pero no nos gustó la otra parte.

Jim alargó el brazo para agarrar la botella de *whisky*, tomó otro trago, aspiró y explicó de repente:

—Te teníamos puesto el ojo. Pero no pensamos que actuaras tan indiscretamente. No es normal.

Mallory apoyó el brazo en el muslo y miró hacia el firmamento azul, sereno y estrellado. Después replicó:

—Sabe usted demasiado, polizante. Y no ha sido la señorita Farr quien se lo ha contado. Ninguna estrella de cine iría a la policía por un asunto de chantaje.

Macdonald volvió su voluminosa cabeza. Sus ojos centellaban débilmente en el oscuro interior del vehículo.

—No hemos dicho nada de cómo estamos al corriente. De modo que es cierto lo del chantaje ¿eh?

Mallory contestó con gravedad:

—La señorita Farr es una vieja amiga mía. Alguien intenta chantajearla, pero yo no. Sólo tengo un presentimiento.

Macdonald preguntó con rapidez:

—¿Por qué te sacó la pistola ese italiano?

—No le caía simpático —respondió Mallory con voz cansada—. Me porté mal con él.

—¡Huevadas! —exclamó Macdonald, encolerizado. El hombre del asiento delantero sugirió:

—Dale un golpe en la boca, Mac. ¡Haz que desembuche el hijo de...!

Mallory estiró el brazo hacia abajo, torciendo los hombros, como si estar sentado le causara calambres. Sintió el bulto de su Luger bajo el brazo izquierdo y dijo con lentitud:

—Usted ha dicho que yo intentaba vender unas cartas falsas. ¿Por qué cree que las cartas son falsas?

Macdonald repuso con voz suave:

—Quizá sepamos dónde están las auténticas.

—Eso es lo que yo pensé, polizante —replicó Mallory, y se echó a reír.

Macdonald se movió de repente, levantó un puño cerrado y lo descargó contra la cara de Mallory, pero no con mucha fuerza. Mallory volvió a reír y luego se tocó el lugar dolorido detrás de la oreja, con dedos cautelosos.

—Eso ha dado en el blanco, ¿verdad? —inquirió.

Macdonald masculló una maldición.

—Tal vez seas demasiado listo. Me parece que vamos a averiguarlo dentro de poco.

Enmudeció. El hombre del asiento delantero se quitó el sombrero y se rascó la mata de cabellos grises. Del bulevar que estaba a media cuadra de distancia, llegaba el sonido estridente de las bocinas. Los faros refulgían al pasar por el extremo de la calle. Al cabo de un raro un par de ellos

describieron una amplia curva y lanzaron rayos blancos contra las palmeras. Un bulto oscuro recorrió la media cuadra y se deslizó junto a la acera hasta quedar delante del otro coche. Los faros se apagaron.

Un hombre se bajó. Macdonald lo interpeló enseguida:

—Hola, Slippy. ¿Cómo te fue?

El hombre era alto y delgado y su rostro apenas se distinguía bajo el ala del sombrero. Habló con un ligero ceceo:

—Sin novedad. No tuvimos problemas.

—Está bien —gruñó Macdonald—. Deja ese coche y ven a conducir este cacharro.

Jim se trasladó a la parte trasera del coche y se sentó a la izquierda de Mallory, dándole un fuerte codazo. El hombre delgado se sentó al volante, puso el motor en marcha y volvió a La Ciénaga, después a Wiltshire, hacia el sur, y finalmente al oeste otra vez. Conducía de prisa y con brusquedad.

Pasaron de largo un semáforo en rojo y el gran edificio de un cine cuyas luces estaban apagadas en su mayoría y en cuya boletería de cristal nadie vendía entradas; luego atravesaron Beverly Hills. El caño de escape hizo más ruido al subir una colina por una carretera trazada entre dos altos terraplenes. Macdonald habló de improviso:

—Diablos, Jim. He olvidado revisar a este tipo. Sostén mi arma un momento.

Se inclinó hacia Mallory respirando contra su cara una bocanada de *whisky*. Una gran mano rebuscó en los bolsillos de dentro y fuera de la chaqueta, en los pantalones y luego subió hasta la axila izquierda, donde se detuvo un momento, descansando sobre la Luger enfundada en la pistolera de hombro. Por fin buscó en la otra axila y se retiró.

—Está bien, Jim. El sabihondo va desarmado.

Una chispa de asombro prendió en el cerebro de Mallory, que frunció las cejas y sintió cierta sequedad en la boca.

—¿Puedo encender un cigarrillo? —preguntó tras una pausa.

Macdonald contestó con burlona cortesía:

—Por supuesto, ¿por qué íbamos a prohibirte una tontería como ésa, ricura?

El edificio se levantaba sobre una colina que dominaba el Westward Village y era nuevo y de aspecto bastante barato. Macdonald, Mallory y Jim se bajaron frente a él y el coche desapareció tras una esquina.

Los tres hombres cruzaron un tranquilo vestíbulo dotado de un conmutador ante el que no había nadie en aquel momento y subieron en el ascensor hasta el séptimo piso. Fueron por un pasillo y se detuvieron ante una puerta. Macdonald se sacó del bolsillo una llave suelta y abrió la puerta. Entraron.

Era una habitación muy nueva, con mucha luz y llena de humo de cigarrillo. Los muebles estaban tapizados con telas de colores chillones y la alfombra tenía confusos cuadros verdes y amarillos. Sobre la repisa de la chimenea se alineaban varias botellas.

Dos hombres se hallaban sentados ante una mesa octogonal con vasos altos frente a sí. Uno era pelirrojo y tenía cejas muy oscuras, rostro blanco y muerto y ojos oscuros y hundidos. El otro tenía una nariz ridícula, parecida a un bulbo, carecía de cejas y su cabello era del mismo color que el interior de una lata de sardinas. Dejó unos naipes sobre la mesa con movimientos muy pausados y cruzó la habitación con una gran sonrisa. Tenía una boca de rictus amable y una expresión cordial.

—¿Algún problema, Mac? —preguntó.

Macdonald se frotó la barbilla y negó con la cabeza. Miró al hombre de la nariz como si lo odiara. El hombre de la nariz continuó sonriendo.

—¿Lo has revisado? —quiso saber.

Macdonald torció la boca para formar una sonrisa despectiva y se acercó a grandes zancadas a la repisa y las botellas. Desde allí replicó en tono insolente:

—El sabihondo no lleva armas. Trabaja con la cabeza. Es muy listo.

Volvió a cruzar súbitamente la habitación y golpeó a Mallory en la boca con el dorso de la mano. Mallory sonrió un poco y se movió; estaba delante de un sofá tapizado de un color parecido al de la bilis, salpicado de chillones cuadros rojos. Las manos le colgaban a los lados y el humo del cigarrillo ascendía desde sus dedos hacia la niebla que ya cubría el tosco y curvado techo.

—No te acalores tanto, Mac —aconsejó el hombre de la nariz—. Ya has interpretado tu papel. Ahora lárgate con Jim.

Macdonald rugió:

—¿A quién crees que estás dando órdenes? No me iré de aquí hasta que este chantajista reciba su merecido, Costello.

El hombre llamado Costello se encogió de hombros brevemente. El pelirrojo de la mesa se volvió un poco en su silla y miró a Mallory con el aire impersonal del coleccionista que estudia un escarabajo sobre un alfiler. Luego sacó un cigarrillo de una caja negra y lo encendió cuidadosamente con un encendedor de oro.

Macdonald volvió a la repisa, se sirvió *whisky* de una botella cuadrada y lo bebió de un trago. Después se apoyó en la repisa con el entrecejo fruncido.

Costello se plantó delante de Mallory haciendo crujir las articulaciones de sus dedos largos y huesudos.

—¿De dónde saliste? —preguntó.

Mallory lo miró con aire ausente y se puso el cigarrillo entre los labios.

—De McNeil's Island —contestó con cierto regocijo.

—¿Cuándo?

—Hace diez días.

—¿Por qué te encerraron?

—Falsificación —Mallory daba la información con voz suave y complacida.

—¿Habías estado antes aquí?

—Nací aquí —repuso Mallory—. ¿No lo sabías?

La voz de Costello era dulce, casi conciliadora.

—No-o-o —contestó—. No lo sabía. ¿Por qué has vuelto... hace diez días?

Macdonald cruzó de nuevo la habitación, haciendo oscilar sus macizos brazos. Abofeteó otra vez a Mallory en la boca, apoyándose en los hombros de Costello para hacerlo. En la cara de Mallory apareció una marca roja. Sacudió la cabeza hacia delante y hacia atrás; en sus ojos ardía una cólera sorda.

—Oye, Costello, este tipo no viene de McNeil's. Te está tomando el pelo. —La voz potente de Macdonald era atronadora—. El sabelotodo no es más que un barato chantajista de Brooklin o uno de esos lugares calientes donde los policías son todos lisiados.

Costello levantó una mano y empujó suavemente el hombro de Macdonald.

—No te necesitamos en esto —dijo con voz átona.

Dominado por la ira, Macdonald cerró el puño. Enseguida se echó a reír, se abalanzó sobre Mallory y le clavó el taco en el pie. Mallory exclamó «¡Maldita sea!» y se desplomó sobre el sofá.

El aire de la habitación ya no tenía oxígeno. Sólo había ventanas en una pared, y estaban cubiertas por unas pesadas cortinas. Mallory sacó un pañuelo para secarse la frente y los labios. Costello ordenó:

—Tú y Jim lárguense, Mac. —Su voz seguía siendo átona.

Macdonald bajó la cabeza y lo observó fijamente por debajo de las espesas cejas. El sudor perlaba su rostro. Aún no se había quitado el viejo y arrugado abrigo. Costello ni siquiera volvió la cabeza. Al cabo de un momento Macdonald se precipitó de nuevo hacia la repisa, apartó de un codazo al de cabellos grises y agarró la botella cuadrada de *whisky*.

—Llama al jefe, Costello —rugió por encima del hombro—. Tú no tienes cerebro para este asunto. ¡Por todos los diablos, haz algo en vez de hablar! —Se volvió hacia Jim y le dio una fuerte palmada en la espalda, preguntando en tono burlón—: ¿No querías otro trago, polizonte?

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó Costello a Mallory una vez más.

—A buscar un enlace. —Mallory le dirigió una mirada perezosa. El fuego se había extinguido en sus ojos.

—Pues lo estás buscando de un modo muy extraño, muchacho.

Mallory se encogió de hombros.

—Pensé que si hacía un poco de teatro podría ponerme en contacto con las personas adecuadas.

—Quizá te has equivocado de pueblo —replicó Costello en voz baja. Cerró los ojos y se rascó la nariz con la uña del pulgar—. A veces es difícil acertar en estas cosas.

La voz áspera de Macdonald resonó en la habitación.

—El sabelotodo no comete errores. No con ese cerebro suyo.

Costello abrió los ojos y miró por encima del hombro al pelirrojo. Éste giró levemente en su silla; tenía sobre la pierna la mano derecha, inerte, medio cerrada. Costello desvió la mirada y la dirigió inmediatamente a Macdonald.

—¡Afuera! —dijo secamente, con frialdad—. Afuera inmediatamente. Estás borracho y no quiero discutir contigo.

Macdonald apretó con fuerza los hombros contra la repisa y metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. Su sombrero se ladeaba informe y arrugado, sobre la parte posterior de la cabeza cuadrada. Jim se apartó un poco de él y lo miró con expresión tensa y los labios trémulos.

—¡Llama al jefe, Costello! —bramó Macdonald—. No admito que me des órdenes. No me gustas lo suficiente como para obedecerte.

Costello vaciló y luego se dirigió al teléfono. Clavó los ojos en una mancha de la pared, levantó el auricular y marcó el número de espaldas a Macdonald. Después se apoyó contra la pared y sonrió a Mallory mientras esperaba.

—Hola... si... Costello. Toda va bien excepto que Mac está borracho. Se porta con cierta hostilidad... no quiere largarse. No sé todavía... un forastero. Está bien.

Macdonald hizo un ademán y dijo:

—No cuelgues.

Costello sonrió y dejó el auricular sin ninguna prisa. Los ojos de Macdonald lo miraron con furia concentrada. Escupió sobre la alfombra, en el rincón que había entre una silla y la pared.

—Eso es jugar sucio. Muy sucio. No te puedes comunicar con Montrose desde aquí.

Costello movió vagamente las manos. El pelirrojo se puso de pie, se apartó de la mesa y permaneció a la expectativa, tirando la cabeza hacia atrás para que el humo de su cigarrillo no le entrara en los ojos.

Macdonald se balanceaba sobre los talones, furioso. Su mandíbula era una línea blanca y dura en torno a la cara enrojecida. Sus ojos tenían un brillo duro y profundo.

—Supongo que será mejor jugar de esta manera —profirió. Sacó las manos de los bolsillos de modo casual, y su azulado revólver se movió en un arco rígido.

Costello miró al pelirrojo y ordenó:

—Ocúpate de él, Andy.

—El pelirrojo se enderezó, escupió el cigarrillo que tenía en la boca y levantó una mano como un rayo.

Mallory dijo:

—Demasiado despacio.

Se había movido tan de prisa y tan poco que no dio la impresión de moverse. Sólo se inclinó un poco hacia delante en el sofá. La Luger, larga y negra, apuntaba directamente al vientre del pelirrojo.

La mano de éste bajó lentamente de la solapa, vacía. En la habitación reinó el silencio. Costello miró a Macdonald con infinita repugnancia y luego extendió los brazos delante de sí, con las palmas hacia arriba, y los miró con una sonrisa insulsa.

Macdonald habló con lentitud y amargura.

—El secuestro es demasiado para mí, Costello. No quiero tener nada que ver. Voy a abandonar esta banda de pacotilla. Por suerte, el sabelotodo ha acudido en mi ayuda.

Mallory se levantó y se acercó al pelirrojo. Cuando había recorrido la mitad de la distancia, Jim profirió una especie de grito ahogado y se abalanzó sobre Macdonald con la mano en el bolsillo. Macdonald lo miró con asombro, alargó el brazo izquierdo y agarró con violencia las dos solapas del abrigo de Jim. Éste lo atacó con ambos puños y le pegó dos veces en la cara. Macdonald apretó los dientes y gritó a Mallory:

—Vigila a esos tipos.

Con mucha calma, dejó la pistola sobre la repisa, metió la mano en el bolsillo de abrigo de Jim y sacó la cachiporra.

—Eres un canalla, Jim. Siempre fuiste un canalla.

Lo dijo con expresión pensativa, sin rencor. Hizo oscilar la porra y golpeó con ella al hombre canoso en la sien. Éste se desplomó sobre sus rodillas, agarrándose al abrigo de Macdonald, que volvió a golpearlo con la porra, en el mismo sitio, con mucha fuerza.

Jim cayó de lado y quedó en el suelo sin sombrero y con la boca abierta. Macdonald siguió haciendo oscilar la porra. Una gota de sudor le bajaba por la nariz.

Costello exclamó:

—Eres un duro, ¿verdad, Mac? —Lo dijo con mirada ausente, como si le interesaran muy poco los acontecimientos.

Mallory siguió hacia el pelirrojo y cuando estuvo detrás de él, ordenó.

—Arriba las manos, gusano.

Cuando el pelirrojo hubo obedecido, Mallory lo palpó con su mano libre. Desenfundó un revólver de la pistolera de hombro y lo tiró detrás de sí. Buscó en el otro lado, palpó los bolsillos, retrocedió y fue hacia Costello. Éste se hallaba desarmado.

Entonces se acercó a Macdonald y se colocó de modo que tuviera delante a todos los ocupantes de la habitación.

—¿A quién han secuestrado? —preguntó.

Macdonald recogió su arma y el vaso de *whisky*.

—A la chica Farr —contestó—. Supongo que la sorprendieron cuando volvía a su casa. Le planearon al enterarse por el guardaespaldas italiano de la cita en el Bolívar. No sé donde se la han llevado.

Mallory separó los pies y frunció la nariz. Sostenía la pistola de manera relajada, con la muñeca floja. Inquirió:

—¿Qué significa tu pequeña representación?

Macdonald repuso con aire sombrío:

—Háblame de la tuya. Te di una oportunidad, al fin de cuentas.

—Claro —asintió Mallory—. Para tu propia conveniencia. Yo recibí el encargo de buscar unas cartas que pertenecen a Rhonda Farr. —Miró a Costello, pero éste seguía impasible.

—Por mí está bien —dijo Macdonald—. Yo ya pensé que debías ser una especie de farol. Por eso me arriesgué. En cuanto a mí, sólo quiero alejarme de esta pandilla, eso es todo. —Hizo un ademán ampuloso, como incluyendo a la habitación y todo cuanto contenía.

Mallory tomó un vaso, lo examinó para ver si estaba limpio y luego se sirvió *whisky* y lo bebió a pequeños sorbos, paseando la lengua por la boca.

—Hablemos del secuestro —dijo—. ¿A quién telefoneaba Costello?

—A Atkinson. Un importante abogado de Hollywood. Una pantalla para los muchachos. También es el abogado de la chica Farr. Buen muchacho, Atkinson. Una rata de albañal.

—¿Ha tomado parte en el secuestro?

Macdonald se echó a reír y contestó:

—Seguro.

Mallory observó, encogiéndose de hombros.

—Parece un riesgo tonto... para él.

Dejó a Macdonald para ir hacia Costello. Puso la boca de la Luger contra el mentón de Costello y lo obligó a apoyar la cabeza contra la pared.

—Costello es un buen chico —dijo con expresión pensativa—, nunca secuestraría a una chica. ¿Verdad que no, Costello? Un pequeño chantaje, tal vez, pero nada desagradable. ¿Tengo razón, Costello?

Costello puso los ojos en blanco y tragó saliva. Dijo entre dientes:

—Cierra la boca. No me haces gracia.

—Pues cada vez es más gracioso —replicó Mallory—. Pero es posible que tú no lo sepas todo.

Levantó la Luger y la deslizó con fuerza por un lado de la nariz de Costello. Dejó una marca blanca que pronto se convirtió en una línea amoratada. Costello pareció inquietarse un poco.

Macdonald acabó por meterse una botella de *whisky* casi llena en un bolsillo del abrigo y exclamó:

—¡Déjame!

Mallory negó con la cabeza gravemente, mirando a Costello.

—Demasiado ruido. Ya sabes cómo construyen estas casas, Atkinson es a quien debemos ver. Busca siempre al jefe... si puedes encontrarlo.

Jim abrió los ojos y se apoyó débilmente en las manos, tratando de incorporarse. Macdonald levantó un pie y lo plantó sobre la cara del hombre de cabellos grises, que volvió a caer.

Mallory echó una ojeada al pelirrojo y fue hacia el teléfono. Levantó el auricular y marcó torpemente un número con la mano izquierda. Explicó:

—Estoy llamando al hombre que me contrató... Tiene un coche grande y muy rápido. Pondremos a estos muchachos en remojo una buena temporada.

El gran Cadillac negro de Landrey ascendía sin ruido por la larga pendiente que conducía a Montrose. Abajo, a la izquierda, en el fondo del valle, refulgían unas luces. El aire era fresco y diáfano, y las estrellas, muy brillantes. Landrey miró hacia atrás desde el asiento delantero y puso un brazo sobre el respaldo, un brazo largo y negro que terminaba en un guante blanco.

Dijo por tercera o cuarta vez.

—De modo que es su propio abogado quien la traiciona. Vaya, vaya, vaya.

Sonrió con suavidad, deliberadamente. Landrey era un hombre alto y pálido, de dientes blancos y ojos muy negros que centelleaban bajo la luz de techo.

Mallory y Macdonald ocupaban el asiento trasero. Mallory no contestó; siguió mirando por la ventanilla. Macdonald tomó un trago de *whisky* de la botella cuadrada, perdió el tapón en el suelo del coche y lanzó una maldición mientras se agachaba para buscarlo. Cuando lo hubo encontrado, se recostó y miró malhumorado el rostro franco y pálido de Landrey sobre la bufanda de seda blanca.

—¿Todavía tiene esa casa en Highland Drive? —preguntó.

—Sí, polizante, aún la tengo. Pero no en tan buen estado.

Macdonald gruñó:

—Es una verdadera lástima, señor Landrey.

Entonces apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

El Cadillac salió de la autopista; el conductor parecía saber muy bien lo que hacía. Dio la vuelta y entró en una zona residencial con varias casas aisladas, grandes y lujosas. Las ranas croaban en la oscuridad, y se olía la fragancia del azahar.

Macdonald abrió los ojos y se enderezó.

—La casa de la esquina —dijo al chofer.

La casa estaba bastante apartada por una amplia curva. Tenía un amplio tejado, una entrada que parecía un arco normando y faroles de hierro forjado a ambos lados de la puerta. Junto a la acera había una pérgola cubierta de rosas. El conductor apagó los faros y deslizó el coche con pericia hasta la pérgola.

Mallory bostezó y abrió la puerta del coche. Más allá de la esquina había muchos automóviles estacionados. Las puntas de los cigarrillos de un par de chóferes salpicaban la suave y azulada oscuridad.

—Una fiesta —murmuró. Qué bien.

Se bajó y caminó por un sendero de piedras espaciadas en forma tal que la hierba crecía entre ellas. Se detuvo entre los faroles de hierro forjado y pulsó el timbre.

Una doncella con delantal y cofia abrió la puerta.

—Lamento molestar al señor Atkinson, pero es importante —dijo Mallory—. Me llamo Macdonald.

La doncella titubeó un momento y luego entró en la casa, dejando la puerta entornada. Mallory la empujó tranquilamente y entró en un vestíbulo decorado con alfombras indias en el suelo y las paredes.

Unos metros más allá había una puerta que daba a una habitación sumida en la penumbra,

tapizada de libros y saturada por la fragancia de buenos cigarrillos. Sobre las sillas había sombreros y abrigos. Desde la parte posterior de la casa llegaba música.

Mallory sacó la Luger y se apoyó en el vano de la puerta, dentro de la habitación.

Un hombre vestido de smoking cruzaba el vestíbulo. Era rechoncho y tenía una espesa cabellera blanca y un rostro astuto, sonrosado e irascible. Sus hombros enfundados en un saco de corte perfecto no lograban distraer la atención de un estómago demasiado abultado. Sus tupidas cejas estaban fruncidas. Caminaba de prisa y parecía furioso.

Mallory se plantó ante la puerta y clavó el arma en el estómago de Atkinson.

—Usted me está buscando —dijo.

Atkinson se detuvo, dio un respingo y emitió un grito ahogado. En sus ojos dilatados había un gran sobresalto. Mallory subió la Luger y puso el frío caño contra la garganta de Atkinson. El abogado levantó parcialmente un brazo, como para apartar el arma, y enseguida se detuvo con el brazo en el aire.

—No hable —aconsejó Mallory—, sólo piense. Lo han traicionado, Macdonald ha cantado todo sobre usted. Costello y los otros dos muchachos están encerrados en Westwood. Queremos a Rhonda Farr.

Los ojos de Atkinson eran de un azul turbio, opaco, sin luz. La mención del nombre de Rhonda Farr no pareció impresionarlo mucho.

—¿Por qué viene a verme a mí?

—Creemos que usted sabe dónde está ella —repuso Mallory sin tono—, pero no hablaremos aquí. Salgamos afuera.

Atkinson se removió y farfulló, asustado:

—No... no, tengo invitados.

Mallory dijo fríamente:

—La invitada que queremos no está aquí —y apretó el arma contra la garganta de Atkinson.

En el rostro del abogado apareció una emoción repentina. Retrocedió un paso e intentó apoderarse de la Luger. Mallory cerró los labios, giró con fuerza la muñeca y el caño de la pistola rozó la boca de Atkinson, cuyos labios se tiñeron de sangre y empezaron a hincharse. El abogado palideció.

—No pierdas la cabeza, gordinflón, o no vivirás para contarlo.

Atkinson dio media vuelta y se encaminó directamente a la entrada, de prisa, como un autómatas.

Mallory lo tomó del brazo y lo llevó hacia la izquierda, por el jardín.

—Despacito —murmuró.

Rodearon la pérgola. Atkinson extendió los brazos hacia delante y caminó torpemente hasta el coche. Un largo brazo salió de la puerta y lo agarró. Subió al automóvil y cayó contra el asiento. Macdonald le puso la mano sobre la cara y lo obligó a sentarse. Mallory subió y cerró la puerta de golpe.

Los neumáticos chirriaron cuando el coche giró con rapidez y salió disparado. El conductor recorrió una cuadra antes de volver a encender los faros. Entonces volvió un poco la cabeza y preguntó:

—¿Adónde, jefe?

Mallory contestó:

—A cualquier lado. Vuelve a la ciudad y tómatelo con calma.

El Cadillac volvió a la autopista y empezó a bajar la larga pendiente. Una vez más aparecieron las luces del valle, pequeñas luces blancas que se movían con mucha lentitud por el fondo del valle. Faros.

Atkinson se incorporó en el asiento, sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la boca. Miró de reojo a Macdonald y dijo con voz casi normal:

—¿De qué se trata, Mac? ¿Extorsión?

Macdonald soltó una carcajada. Luego hipó. Estaba un poco borracho. Con voz espesa, dijo:

—Diablos, no. Los muchachos han raptado a la chica Farr esta noche, y a estos amigos no les gusta. Pero usted no sabe nada de ella, ¿verdad, gordo? —Volvió a reír en son de burla.

Atkinson enunció con lentitud:

—Es gracioso... pero no sé nada. —Levantó un poco más la cabeza y prosiguió—. ¿Quiénes son estos hombres?

Macdonald no respondió. Mallory encendió un cigarrillo, protegiendo la llama con las manos. Entonces dijo lentamente:

—Eso no tiene importancia. O nos dice usted dónde está Rhonda o al menos nos da una pista. Piénselo. Tenemos mucho tiempo.

Landrey volvió la cabeza para mirarlos. Su rostro era una mancha pálida en la oscuridad.

—No es mucho pedir, señor Atkinson —observó gravemente. Su voz era serena, suave, agradable. Dio unos golpecitos en el respaldo con sus dedos enguantados.

Atkinson lo miró con fijeza unos instantes y luego volvió a apoyar la cabeza.

—Supongamos que no sé nada de este asunto —dijo con voz cansada.

Macdonald levantó la mano y le pegó en la cara. La cabeza del abogado cayó contra el respaldo. Mallory dijo en un tono frío y desagradable:

—Basta de tonterías.

Macdonald le lanzó una maldición y miró hacia el otro lado. El coche continuó la marcha.

Ahora ya estaban en el valle. El faro tricolor del aeropuerto recorría el cielo a poca distancia. Empezaron a verse laderas arboladas y pequeños valles entre oscuras colinas. Un tren bajaba del túnel de Newhall, aceleró y pasó de largo con ruido ensordecedor.

Landrey dijo algo al conductor. El Cadillac giró hacia un camino sin asfaltar. El conductor apagó los faros y siguió avanzando a la luz de la luna. El camino moría en una extensión de hierba reseca y pequeños arbustos, donde se vislumbraban latas vacías y trozos de periódicos amarillentos.

Macdonald sacó su botella, la levantó y bebió un trago. Atkinson dijo con voz pastosa:

—Estoy algo débil. Dame un poco.

Macdonald se volvió, alargó la botella, gruñó: «¡Vete al infierno!», y se la guardó en el bolsillo. Mallory sacó una linterna de la guantera, la encendió y la enfocó a la cara de Atkinson, ordenando:

—Habla.

Atkinson se puso las manos sobre las rodillas y miró directamente a la linterna. Sus ojos estaban vidriosos y tenía sangre en la barbilla.

—Esto es una trampa de Costello, no conozco ningún detalle. Pero si es obra de Costello, Slippy

Morgan ha de tener algo que ver. Posee una casa en la colina cercana a Baldwin Hills. Quizás ha ocultado en ella a Rhonda Farr.

Cerró los ojos y una lágrima brilló al resplandor de la linterna. Mallory observó lentamente:

—Macdonald debería saber eso.

Atkinson repuso sin abrir los ojos:

—Supongo que sí. —Su voz era extraña e indiferente.

Macdonald cerró el puño y volvió a pegarle en la cara. El abogado gimió y cayó de costado. La mano de Mallory tembló e hizo temblar la linterna. Su voz vibraba de furia cuando dijo:

—Haz eso otra vez y te meteré una bala en el vientre. Te aseguro que lo haré.

Macdonald se apartó con una risa insulsa. Mallory apagó la linterna y manifestó, ya más calmado:

—Creo que ha dicho la verdad, Atkinson. Iremos a esa casa de Slippy Morgan.

El conductor giró, dio marcha atrás y se dirigió nuevamente a la autopista.

Una valla blanca de estacas puntiagudas apareció un momento antes de que se apagaran los faros. Detrás, sobre un promontorio, se perfilaban las sombras espectrales de un par de almenas apuntando al cielo. El coche avanzó a oscuras y se detuvo a la altura de una pequeña casa de madera, en la acera opuesta. No había casas en aquel lado de la calle, sólo el coche y el campo petrolífero. La casa no tenía ninguna luz.

Mallory se bajó y cruzó la calle. Un sendero de grava conducía a un garage sin puerta en la que estaba estacionado un coche. En la parte posterior del terreno había algo que pudo haber sido un cuadrilátero de pasto. En un rincón se veía un alambre para tender ropa y, adosada a la casa, una pequeña galería con una puerta de alambre oxidado. La luna iluminaba todo eso.

Una única ventana daba a la galería; la persiana estaba baja pero se veían dos finas rendijas de luz. Mallory volvió al coche caminando sin ruido sobre el pasto seco y la superficie sin asfaltar del camino. Ordenó:

—Vamos, Atkinson.

Atkinson salió del coche torpemente y cruzó la calle tambaleándose como un sonámbulo. Mallory lo agarraba del brazo. Subieron los escalones de madera y cruzaron el porche en silencio. Atkinson buscó a tientas el timbre y lo apretó. Se oyó un zumbido sordo dentro de la casa. Mallory se pegó a la pared de manera tal que la puerta de alambre tejido no le cerrara el paso al abrirse.

Alguien abrió la puerta interior y su silueta se perfiló detrás de la cortina de alambre tejido. No había luz a sus espaldas. El abogado tartamudeó.

—Soy Atkinson.

El cerrojo se descorrió y la puerta se abrió hacia fuera.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó una voz ceceante que Mallory ya había oído antes.

Mallory se movió, con la Luger a la altura de la cintura. El hombre del umbral giró hacia él, pero Mallory lo interceptó rápidamente, chasqueando la lengua y meneando la cabeza con reprobación.

—No llevarás un arma, ¿verdad, Slippy? —dijo, empujándolo con la Luger—. Date vuelta Slippy, muy despacio. Cuando sientas algo contra tu espalda, entra. Nosotros te seguiremos.

El hombre flaco levantó las manos y se volvió. Caminó hacia la oscuridad, con el arma de Mallory contra su espalda. La pequeña sala olía a polvo y restos de comida. Bajo una puerta se veía luz. El hombre bajó lentamente una mano y la abrió.

Del centro del techo colgaba una bombilla, y debajo se encontraba una mujer delgada, con un sucio delantal blanco y los brazos colgando a los costados. Unos ojos incoloros miraban bajo la cabellera rojiza. Sus dedos se movían y temblaban en involuntarias contracciones de los músculos. La voz emitió un sonido plañidero, como el de un gato hambriento.

El hombre flaco se colocó contra la pared al otro extremo de la habitación, con las palmas de las manos sobre el papel pintado. En su rostro había una sonrisa fija e insensata.

La voz de Landrey dijo a sus espaldas:

—Yo me encargo de los amigos de Atkinson.

Y entró en la habitación con un gran revólver automático en la mano enguantada.

—Un hogar acogedor —comentó en tono amistoso.

En un rincón de la habitación había una cama de metal y en ella yacía Rhonda Farr, tapada hasta la barbilla con una parda manta del ejército. La peluca blanca sólo cubría parcialmente su cabeza y por debajo asomaban unos rizos dorados y húmedos. Su rostro era de una palidez azulada, una máscara en la que destacaban el colorete y la pintura de los labios. Estaba roncando.

Mallory pasó la mano por debajo de la manta y le tomó el pulso. Luego alzó un párpado y miró la pupila.

—Drogada —anunció.

La mujer del delantal se humedeció los labios.

—Le di una inyección de morfina —dijo con voz delgada—, no le hará ningún daño, señor.

Atkinson tomó asiento en una silla que tenía una toalla sucia colgada del respaldo. La camisa del smoking era deslumbrante bajo la luz desnuda. La parte inferior de su rostro estaba salpicada de sangre coagulada. El hombre flaco lo miraba con desprecio mientras daba palmaditas a la pared. Entonces Macdonald entró en la habitación.

Tenía la cara enrojecida y sudorosa. Se tambaleó un poco y apoyó una mano en la puerta.

—Hola, muchachos —saludó sin expresión—. Deberían ascenderme por esto.

El hombre flaco dejó de sonreír. Bajó muy de prisa la cabeza y un arma apareció en su mano. La habitación se llenó de ruido, un ruido atronador, seguido inmediatamente por otro.

El hombre flaco se fue deslizando poco a poco y cayó al suelo. Quedó tendido sobre la alfombra en una posición reposada, inmóvil, con un ojo entornado que parecía mirar a Macdonald. La mujer del delantal abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Macdonald puso la otra mano en el marco de la puerta, se inclinó hacia delante y empezó a toser. Un reguero de sangre roja le bajaba hasta la barbilla. Sus manos fueron resbalando lentamente por el marco de la puerta. Entonces el hombro le hizo un movimiento espasmódico hacia delante, su cuerpo se inclinó como el de un nadador dispuesto a salvar una ola, y se desplomó, de cara, con el sombrero todavía en la cabeza, bajo el que asomaba un mechón castaño.

Mallory dijo: «Dos menos» y miró a Landrey con expresión de repugnancia. Landrey dio una ojeada a su pistola automática y la ocultó en el bolsillo de su fino abrigo negro.

Mallory se agachó sobre Macdonald y le apoyó dos dedos en la sien. No había pulso. Probó la vena yugular con el mismo resultado. Macdonald estaba muerto, y seguía oliendo terriblemente a *whisky*.

Un humo tenue difuminaba la bombilla desnuda: el acre vaho de la pólvora. La mujer del delantal avanzó hacia la puerta. Mallory le puso una mano enérgica contra el pecho y le dio un empujón, obligándola a retroceder unos pasos.

—Estás muy bien donde estás.

Atkinson se quitó las manos de las rodillas y las frotó una contra otra como si se le hubieran dormido. Landrey se acercó a la cama y tocó los cabellos de Rhonda Farr con su mano enguantada.

—Hola, nena —dijo en tono ligero—. Hacía tiempo que no nos veíamos. —Salió de la habitación diciendo—: Traeré el coche.

Mallory miró a Atkinson y preguntó:

—¿Quién tiene las cartas, Atkinson? Las cartas que pertenecen a Rhonda Farr.

Atkinson levantó con lentitud su rostro inexpresivo y parpadeó como si la luz hiriera sus ojos.

Habló con una voz vaga y remota:

—No... no lo sé. Costello, quizás. Yo no las he visto nunca.

Mallory soltó una breve y áspera carcajada que no produjo ningún cambio en la acerada expresión de su rostro.

—Sería muy gracioso si resultara cierto.

Se inclinó sobre la cama del rincón y envolvió con la manta a Rhonda Farr. Cuando la levantó, ella dejó de roncar, pero no se despertó.

Había luz en un par de ventanas del edificio. Mallory alzó la muñeca para echar una ojeada al reloj. Las manecillas débilmente luminosas señalaban las tres y media. Se volvió hacia el coche:

—Dame unos diez minutos y sube. Yo me ocuparé de las puertas.

La entrada principal del edificio estaba cerrada con llave. Mallory la abrió con una llave maestra y la dejó entornada. El vestíbulo estaba iluminado por una lámpara de pie y un globo de pared sobre el conmutador, junto al cual dormía en una silla un hombre de cabellos blancos, con la boca abierta. Sus ronquidos parecían lamentos de un animal herido.

Mallory subió un tramo de escaleras alfombradas. En el primer piso pulsó el botón del ascensor. Cuando éste llegó desde arriba, entró y apretó el botón del piso 7. Bostezó. La fatiga nublaba sus ojos.

El ascensor se detuvo con una sacudida y Mallory salió al silencioso y bien iluminado pasillo. Se paró ante una puerta gris de madera y aplicó la oreja al panel. Luego metió la llave maestra en la cerradura, abrió la puerta unos centímetros, escuchó otra vez y entró.

La luz provenía de una lámpara de pantalla roja colocada junto a un sillón. En el sillón había un hombre, con la cara a plena luz.

Tenía los tobillos y las muñecas atados con cinta adhesiva y un trozo de la misma cinta le cubría la boca. Mallory cerró la puerta y cruzó la habitación con pasos rápidos y silenciosos. El hombre maniatado era Costello. Sobre la cinta adhesiva que le cerraba los labios, el rostro tenía un tono violáceo. El pecho se movía a sacudidas y la abultada nariz hacía una especie de resoplido al expeler el aire.

Mallory despegó de un tirón la cinta de la boca y puso la mano sobre el mentón de Costello para obligarle a abrir los labios. La cadencia de la respiración cambió un poco. El pecho dejó de dar sacudidas, y el violáceo del rostro palideció. El hombre se movió y exhaló un gemido.

Mallory tomó una botella de medio litro de *whisky* de la repisa y arrancó la arandela de metal del tapón con los dientes. Echó la cabeza de Costello hacia atrás, vertió algo de *whisky* en su boca y lo abofeteó con fuerza. Costello se atragantó y tosió convulsivamente. Algo de *whisky* le salió por la nariz. Abrió los ojos y los fijó con dificultad. Murmuró algo confuso.

Mallory pasó entre unas cortinas de terciopelo que flanqueaban un umbral al fondo de la habitación y entró en un pequeño vestíbulo. La primera puerta conducía a un dormitorio con camas gemelas, en cada una de las cuales yacía un hombre atado.

Jim, el policía, estaba dormido o todavía inconsciente. En la sien tenía una gran mancha de sangre coagulada. La piel de su rostro tenía un color gris sucio. Los ojos del hombre pelirrojo estaban abiertos de par en par y brillaban de furia. Sus labios se movían bajo la cinta adhesiva, intentando morderla. Se había puesto de lado y casi caído de la cama. Mallory lo acomodó en el centro del colchón y dijo:

—Todo es parte del juego.

Volvió a la sala y encendió más luces. Costello había conseguido incorporarse en el sillón. Mallory sacó un cortaplumas y por detrás le cortó la cinta que maniataba sus muñecas. Costello separó los brazos, gruñó y frotó los lugares donde la cinta le había marcado la piel. Luego se agachó

y se arrancó la cinta que le sujetaba los tobillos.

—No hubiera aguantado mucho más —se quejó—. Sólo puedo respirar por la boca. —Su voz era floja, átona y sin acento.

Se incorporó, se sirvió dos dedos de *whisky*, lo bebió de un trago, volvió a sentarse y se apoyó en el respaldo. La vitalidad había vuelto a su rostro y en sus ojos apagados había una pequeña chispa.

—¿Qué novedades hay? —preguntó.

Mallory rebuscó en una hielera, frunció el entrecejo y bebió el *whisky* puro. Frotó suavemente el lado izquierdo de su cabeza con las yemas de los dedos, se sentó y encendió un cigarrillo.

—Varias —contestó—. Rhonda Farr está en su casa. Macdonald y Slippy Morgan han muerto. Pero eso no es importante. Estoy buscando unas cartas que tú has intentado vender a Rhonda Farr. Tendrá que dármelas.

Costello levantó la cabeza y gruñó:

—Yo no tengo esas cartas.

—Búscamelas, Costello. Ahora mismo —ordenó Mallory, echando la ceniza con mucho esmero para que cayese en medio de un rombo verde y amarillo del dibujo de la alfombra.

Costello hizo un movimiento impaciente.

—No las tengo —insistió—. No las he visto nunca.

Los ojos de Mallory se volvieron metálicos casi y su voz cobró un tono agudo.

—Es lamentable lo mucho que ignoran ustedes los matones sus propios negocios —observó—. Estoy cansado, Costello, y no me atrae una discusión. Tendrías un aspecto horrible con esa gran narizota hundida en la mejilla por el caño de mi pistola.

Costello alzó su mano huesuda y frotó la piel enrojecida por la cinta adhesiva en torno a su boca. Echó un vistazo a la habitación. Las cortinas de terciopelo se movieron ligeramente, como rozadas por la brisa. Pero no había brisa. Mallory miraba la alfombra con fijeza.

Costello se levantó con lentitud y dijo:

—Tengo una caja fuerte en la pared. Voy a abrirla.

Se dirigió hacia la pared donde estaba la puerta, levantó un cuadro y giró el disco de una caja fuerte circular. Abrió la pequeña puerta redonda y metió la mano dentro.

—Quédate como estás, Costello —ordenó Mallory.

Cruzó la habitación perezosamente y metió la mano izquierda en la caja por debajo del brazo de Costello. Cuando la sacó, tenía un pequeño revólver automático con empuñadura de nácar. Silbó y se guardó el arma en el bolsillo.

—Nunca aprenderás, ¿verdad, Costello? —dijo con voz cansada.

Costello se encogió de hombros y volvió a cruzar la habitación. Mallory metió la mano en la caja fuerte y tiró al suelo todo lo que contenía. Después se acuclilló. Había varios sobres blancos y largos, un fajo de recortes de periódico sujetos con un gancho, un talonario grueso y estrecho, un pequeño álbum de fotografías, una agenda, algunos papeles sueltos y unos informes bancarios con talones dentro. Mallory abrió uno de los sobres largos distraídamente, sin mucho interés.

Las cortinas de la puerta del extremo volvieron a moverse. Costello estaba rígido frente a la chimenea. Entre las cortinas asomó una pistola sostenida por una mano pequeña y muy firme. Un

cuerpo delgado siguió a la mano, y una cara blanca con ojos ardientes: Erno.

Mallory se puso de pie y levantó las manos, vacías.

—Más arriba, muchacho —gritó Erno—. ¡Mucho más arriba, muñeco!

Mallory levantó un poco más las manos; tenía en entrecejo fruncido. Erno entró en la habitación con la cara sudorosa. Un mechón de cabello negro y graso le caía sobre una ceja. La sonrisa forzada mostraba su dentadura.

—Creo que vas a recibir tu merecido aquí mismo, soplón.

Su voz tenía una inflexión interrogante, como si esperase la confirmación de Costello.

Costello no dijo nada.

Mallory movió la cabeza. Tenía la boca muy seca. Observaba los ojos de Erno y veía en ellos una gran tensión. Dijo con voz algo pastosa:

—Has sido engañado, primo, pero no por mí.

La sonrisa de Erno dio paso a un gruñido y la cabeza se bamboleó. El dedo del gatillo se paralizó en la primera articulación. Entonces se oyó un ruido detrás de la puerta y ésta se abrió.

Landrey entró en la habitación. Cerró la puerta con un golpe de hombro y se apoyó en ella con un movimiento ampuloso. Tenía las dos manos en los bolsillos laterales de su abrigo. Los ojos, bajo el sombrero negro, eran brillantes y demoníacos. Parecía satisfecho. Movié la barbilla sobre la bufanda de seda blanca que llevaba anudada descuidadamente al cuello. Su rostro pálido y bien parecido daba la impresión de haber sido tallado en marfil.

Erno movió un poco su pistola y esperó. Landrey exclamó en tono alegre:

—¡Te apuesto mil dólares a que tú tocas primero el suelo!

Los labios de Erno temblaron bajo el pequeño bigote. Dos pistolas se dispararon al mismo tiempo. Landrey osciló como un árbol doblado por una ráfaga de viento; la densa detonación de su 45 sonó una vez más, semiahogada por la tela y la proximidad de su cuerpo.

Mallory se zambulló detrás del sofá, rodó y asomó con la Luger en la mano. Pero el rostro de Erno ya no tenía expresión.

Cayó lentamente; su cuerpo ligero parecía atraído hacia el suelo por el peso del arma que sostenía en la mano derecha. Se le doblaron las rodillas al caer, y su espalda se arqueó una vez, antes de quedar inmóvil.

Landrey sacó la mano izquierda del bolsillo de su abrigo y extendió los dedos en el aire como si quisiera librarse de algo. Lentamente y con dificultad, extrajo la gran pistola automática del otro bolsillo y fue estirando el brazo, centímetro a centímetro, girando sobre las plantas de los pies. Incliné el cuerpo hacia la rígida figura de Costello y apretó de nuevo el gatillo. Un poco de yeso de la pared saltó junto al hombro de Costello.

Landrey sonrió vagamente y exclamó: «Maldición» en voz baja. Puso los ojos en blanco y la pistola cayó de sus dedos y rebotó sobre la alfombra. Landrey cayó suave y armoniosamente, se arrodilló y osciló un momento antes de desplomarse de costado sin el menor ruido. Mallory miró a Costello y murmuró con voz tensa y airada:

—¡Dios mío, que suerte la tuya!

El timbre zumbaba con insistencia. Tres luces rojas parpadeaban en el panel del conmutador. El viejo de cabellos blancos cerró la boca de pronto y se levantó, adormilado.

Mallory pasó junto al viejo, atravesó corriendo el vestíbulo, salió a la calle, bajó los tres escalones de mármol y vio que el conductor del coche de Landrey ya pisaba el acelerador. Mallory se sentó a su lado, sin aliento y cerró la portezuela de un golpe.

—¡Date prisa —jadeó— y mantente alejado del bulevar! ¡La policía llegará en unos minutos!

El conductor preguntó:

—¿Dónde está Landrey...? He oído unos disparos.

Mallory levantó la Luger y dijo con frialdad:

—¡Muévete, muñeco!

El conductor metió la marcha y aceleró hacia la esquina, mirando la pistola con el rabillo del ojo.

—Landrey tiene el cuerpo lleno de plomo —explicó Mallory—. Está muerto. —Levantó más la Luger y la puso bajo la nariz del conductor—. Pero no lo ha hecho mi pistola. Huélela, amigo. No ha sido disparada.

El conductor exclamó: «¡Diablos!» con voz entrecortada y dobló la curva en maniobra tan cerrada que por escasos milímetros no rozó la acera.

Estaba a punto de amanecer.

Rhonda Farr decía:

—Publicidad, querido, sólo eso. Cualquier clase de publicidad es mejor que ninguna. No estoy muy segura de que renueven mi contrato y es probable que la necesite.

Estaba sentada en un sillón, en medio de una habitación enorme. Miraba a Mallory con sus ojos violáceos, perezosos e indiferentes, mientras sostenía en la mano un vaso alto, de cristal traslúcido. Bebió un sorbo.

El piso estaba cubierto de alfombras chinas de suaves colores. Había mucha madera y mucha laca. En las paredes centelleaban marcos de oro y el techo era remoto y vago, como el atardecer de un día agobiante. Una voluminosa radio de madera despedía cadencias ahogadas e irreales.

Mallory frunció la nariz y pareció divertido aunque gravemente.

—Es usted una mujer sin escrúpulos —dijo—. No me gusta.

—Oh, sí, claro que te gusto, encanto. Estás loco por mí —dijo Rhonda Farr.

Sonrió y metió un cigarrillo en una boquilla verde jade que hacía juego con su pijama verde. Después alargó su mano escultural y apretó un timbre empotrado en la superficie de una mesa baja de nácar y madera. Un criado japonés, silencioso y vestido de blanco, entró en la habitación y preparó otro *whisky* con agua y hielo.

—Eres un chico listo, ¿verdad, querido? —continuó Rhonda Farr cuando el criado se hubo ido—. Y tienes en el bolsillo unas cartas que crees que yo considero inestimables. Pues te equivocas, encanto, te equivocas. —Bebió un sorbo del vaso recién servido—. Las cartas que tienes en tu poder son falsas. Se escribieron hace un mes. Él me devolvió sus cartas hace mucho tiempo... Lo que tú tienes no vale nada. —Se llevó una mano al cabello ondulado. La experiencia de la noche anterior no parecía haberla afectado.

Mallory la miró con atención y preguntó:

—¿Puede probar eso?

—El papel de las cartas... si es que hace falta probarlo. Hay un hombrecillo en la esquina de la Cuarta con Spring que se dedica a analizar esas cosas.

—¿Y la caligrafía? —inquirió Mallory.

Rhonda Farr sonrió.

—La escritura es fácil de falsificar, si se dispone de mucho tiempo. O así tengo entendido. En fin, ésta es la verdad.

Mallory asintió y sorbió su *whisky*. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un sobre de papel madera. Lo colocó sobre su rodilla.

—Anoche mataron a cuatro hombres por culpa de estas cartas falsas —observó como de paso.

Rhonda Farr lo miró con indulgencia.

—Dos estafadores, un policía traidor, eso es todo. ¿Debo perder el sueño por esa basura? Como es natural, siento lo de Landrey.

Mallory comentó cortésmente:

—Muy amable de su parte.

—Landrey era un chico muy simpático hace años, cuando intentaba entrar en el cine. Pero eligió

otra profesión, y en esa profesión hay muchas oportunidades de recibir una bala un día u otro.

Mallory se frotó la barbilla.

—Es curioso que no recordara haberle devuelto a usted las cartas, muy curioso.

—No le importaba, querido. Era esa clase de actor, y le gustaba el espectáculo. Le dio la ocasión de hacer una representación excelente. Seguro que le entusiasmó.

Mallory dejó que su rostro expresara disgusto.

—El empleado me pareció decente. Yo no sabía gran cosa de Landrey, pero él conocía a un buen amigo mío de Chicago. Se le ocurrió un plan para descubrir a los muchachos que la vigilaban a usted, y yo me fié de su criterio. Han sucedido cosas que lo han facilitado, pero que han hecho mucho más ruido.

Rhonda Farr dio unos golpecitos a sus brillantes y pequeños dientes con sus brillantes y pequeñas uñas. Preguntó:

—¿Qué eras tú en tu barrio, querido? ¿Uno de esos rufianes que se hacen llamar detectives privados?

Mallory soltó una seca carcajada, hizo un movimiento vago y pasó la mano por sus cabellos oscuros.

—Suéltelo ya, muñeca —dijo en voz baja—, suéltelo ya.

Rhonda Farr le dirigió una mirada sorprendida y luego se echó a reír.

—Nos impacientamos, ¿verdad? —preguntó con voz dulce, y continuó con voz aguda—: Atkinson me ha estado chantajeando durante años, de un modo u otro. Escribí las cartas y las dejé donde pudiera apoderarse de ellas. Desaparecieron. Pocos días después llamó una voz masculina, de esas que meten miedo y empezó a presionarme. Dejé que la cosa siguiera adelante. Pensé que ya arreglaría las cuentas con Atkinson y que nuestras dos reputaciones juntas servirían para crear un pequeño escándalo que no me haría demasiado daño. Pero el asunto empezó a escapárseme de las manos y me asusté. Se me ocurrió pedirle a Landrey que me ayudara. Estaba segura de que le gustaría.

—Sencilla y directa, ¿verdad? —replicó Mallory con violencia—. ¿Piensa que voy a tragarme eso?

—No sabes mucho del mundo de Hollywood, ¿verdad, querido? —dijo Rhonda Farr. Movi6 la cabeza y tarareó—: Es una melodía estupenda... Copiada de una sonata de Weber... Aquí, la publicidad tiene que doler un poco. De lo contrario, nadie la cree.

Mallory se levantó con el sobre en la mano y lo depositó en la falda de ella.

—Le va a costar cinco grandes.

Rhonda Farr se recostó en el sillón y cruzó sus piernas verde jade. Una de las pantuflas verdes resbaló de su pie desnudo y cayó a la alfombra, y el sobre cayó tras ella. Rhonda no se movió. Preguntó:

—¿Por qué?

—Soy un hombre de negocios, nena. Mi trabajo tiene su precio. Landrey no me pagó los cinco mil convenidos. Ese era el precio para él y ése es ahora el precio para usted.

Rhonda Farr lo miró vagamente con sus ojos plácidos.

—No hay trato, chantajista. Ya te lo dije en el Bolívar. Agradezco mucho tus servicios, pero mi

dinero lo gasto en otras cosas.

—Ésta podría ser una ocasión muy buena para invertir algo de él —insinuó Mallory.

Se inclinó, recogió el vaso de la chica y bebió un sorbo. Cuando lo dejó sobre la mesa, le dio unos golpecitos con las uñas. Una ligera sonrisa curvaba sus labios. Encendió un cigarrillo y tiró el fósforo a un florero de jacintos. Dijo lentamente:

—El chofer de Landrey ha hablado, como era de esperar. Los amigos de Landrey quieren verme. Quieren saber por qué han liquidado a Landrey en Westwood. La poli no tardará en ir a mi casa; estoy seguro de que alguien la pondrá sobre mi pista. Presencié cuatro asesinatos anoche y, como comprenderá, no voy a salirme de ésta tan fácil. Tendré que contar toda la historia. La policía le dará mucha publicidad, nena. En cuanto a los amigos de Landrey, no sé lo que harán, pero supongo que algo muy doloroso.

Rhonda Farr se puso de pie de un salto, buscando con el pie la zapatilla verde. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿Me... denunciarías? —susurró.

Mallory se echó a reír. Sus ojos brillaban, implacables, fijos en el área luminosa de una de las lámparas. Contestó con la voz llena de tedio:

—¿Por qué diablos habría de protegerla? No le debo nada. Y su maldita tacañería le impide contratarme. No soy un delincuente, pero ya sabe usted cómo adoran los muchachos de la ley a los hombres como yo. Y los amigos de Landrey sólo verán un asunto sucio que causó la muerte de un buen muchacho. Por todos los diablos, ¿por qué iba yo a defender a una estafadora como usted?

Dio un bufido y en sus mejillas aparecieron dos manchas rojizas. Rhonda Farr, muy quieta ahora, sacudió la cabeza y dijo:

—No hay trato, chantajista... no hay trato. —Su voz era tenue y cansada, pero el mentón conservaba su orgullosa altivez.

Mallory alargó la mano y recogió el sombrero.

—Es usted todo un hombre —aprobó, sonriendo.

—¿Debe ser difícil convivir con el sexo débil de Hollywood!

Se inclinó de improviso hacia delante, puso la mano izquierda en la nuca de ella y la besó con fuerza en la boca. Luego pasó los dedos por su mejilla.

—Eres una chica simpática... en ciertos aspectos —declaró—. Y una embustera mediocre. Sólo mediocre. Tú no has falsificado ninguna carta, nena. Atkinson no hubiera caído en una trampa como ésa.

Rhonda Farr se agachó, agarró el sobre que yacía en la alfombra y sacó todo lo que contenía —una serie de páginas grises con fino monograma de oro. Las miró fijamente con labios trémulos y murmuró—:

—Te enviaré el dinero.

Mallory le puso la mano en la barbilla y empujó su cabeza hacia atrás. Entonces dijo con suavidad:

—Estaba bromeando, nena. Tengo esa mala costumbre. Pero hay dos cosas muy extrañas en estas cartas. No tienen sobres y nada implica la identidad de la persona a quien fueron escritas, nada en absoluto. La segunda es que Landrey las llevaba en el bolsillo cuando lo mataron.

Saludó con la cabeza y se volvió. Rhonda Farr exclamó a sus espaldas, con voz súbitamente aterrada:

—¡Espera!

—Suele pasar, en estos casos. Lo sé —dijo Mallory—. Toma un trago.

Dio unos pasos hacia la puerta y movió la cabeza.

—Tengo que irme; tengo una cita que podría ser mi funeral. Envíame flores. Flores silvestres y azules, como tus ojos.

La puerta se abrió y cerró pesadamente. Rhonda Farr permaneció sentada sin moverse durante largo rato.

El humo de los cigarrillos flotaba en el aire. Un grupo de personas sorbía cócteles junto al cortinado que conducía a las salas de juego. Al otro lado la luz inundaba el extremo de una mesa de ruleta.

Mallory puso los codos en la barra. El barman dejó a dos jovencitas vestidas de fiesta y fue hacia él deslizando un paño blanco por la madera.

—¿Qué quiere, jefe?

—Cerveza —contestó Mallory.

El barman se la sirvió con una sonrisa y volvió con las dos muchachas. Mallory bebió despacio, hizo una mueca y miró al espejo, que era tan largo como el bar y estaba un poco inclinado hacia adelante, por lo que reflejaba toda la sala hasta la pared del fondo. En esa pared se abrió una puerta y entró un hombre vestido de smoking. Tenía el rostro moreno y arrugado y el cabello del mismo color que la viruta de acero. Su mirada se cruzó con la de Mallory en el espejo mientras atravesaba la sala.

Soy Mardonne —se presentó—. Muy amable de su parte por venir aquí.

Tenía una voz calma y tersa, la voz de un hombre obeso, pero no era obeso.

—No es una visita social —replicó Mallory.

—Subamos a mi despacho —propuso Mardonne.

Mallory bebió un poco más de cerveza, hizo otra mueca y apartó de sí la copa redonda. Pasaron por una puerta y subieron una escalera alfombrada que se unía con otra escalera a medio camino. Entraron en una habitación iluminada.

Había sido un dormitorio y no se emplearon muchos esfuerzos par convertirlo en un despacho. Tenía paredes grises y dos o tres grabados de marcos estrechos. Había un gran archivo, una buena caja fuerte y varias sillas. Sobre una mesa de madera de nogal había una lámpara con pantalla de pergamino. Un joven muy rubio estaba sentado en un extremo de la mesa con las piernas cruzadas. Llevaba un sombrero de cinta multicolor.

—Está bien, Henry. Estoy ocupado —dijo Mardonne.

El joven rubio se levantó, bostezó y se llevó la mano a la boca con un afectado movimiento de muñeca. En uno de sus dedos refulgía un gran brillante. Miró a Mallory, sonrió y salió despacio de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Mardonne se sentó en una silla giratoria de cuero azul y encendió un cigarrillo delgado. Mallory se sentó en una silla al extremo de la mesa, entre la puerta y dos ventanas abiertas de par en par. Había otra puerta, pero la caja fuerte estaba delante de ella. Encendió un cigarrillo y declaró:

—Landrey me debía algún dinero. Cinco grandes. ¿Hay alguien aquí interesado en pagármelos?

Mardone puso las manos morenas en los brazos de su sillón y se balanceó hacia delante y hacia atrás.

—No se trata de eso —contestó.

—Está bien. ¿De qué se trata?

Mardonne entornó sus ojos pardos.

—De saber cómo ha muerto Landrey.

Mallory se puso el cigarrillo en la boca y juntó las manos en la nuca. Exhaló el humo y habló a la

pared que había sobre la cabeza de Mardonne.

—Traicionó a todo el mundo y se traicionó a sí mismo. Interpretaba demasiados papeles y confundió los diálogos. Estaba borracho de pólvora. Cuando tenía un arma en la mano, se veía obligado a disparar contra alguien. Y alguien disparó contra él.

Mardonne siguió balanceándose y dijo:

—Quizá pueda explicarse con más claridad.

—Naturalmente... Podría contarle una historia... sobre una chica que escribió unas cartas una vez. Creía que estaba enamorada. Eran cartas atrevidas, la clase de cartas que escribiría una chica imprudente. Pasó el tiempo y acabaron en manos de un chantajista. Algunos matones empezaron a amenazar a la chica. Nada que pudiera asustarla, pero parece que a la chica le gustan las cosas difíciles. Landrey pensó que podría ayudarla; tenía un plan, y el plan requería a un hombre que supiera llevar un smoking, usara los cubiertos adecuados y no fuera conocido en esta ciudad. Me encontró a mí. Dirijo una pequeña agencia en Chicago.

Mardonne giró la silla hacia las ventanas abiertas y contempló las anchas copas de los árboles.

—Con que detective privado, ¿eh? —gruñó con indiferencia. De Chicago.

Mallory asintió, lo miró un momento y volvió a contemplar la pared.

—Y con fama de hombre honrado, Mardonne, lo cual podría darse a juzgar por la gente con que me he mezclado últimamente.

Mardonne hizo un rápido e impaciente ademán y guardó silencio. Mallory prosiguió:

—Pues bien, acepté el encargo, cometiendo así mi primera equivocación. Estaba progresando un poco cuando la extorsión se convirtió en secuestro. El asunto empeoró. Me puse en contacto con Landrey, que decidió ayudarme. Encontramos a la chica sin muchas dificultades y la llevamos a su casa. Faltaba conseguir las cartas. Mientras yo intentaba arrancárselas al tipo que parecía tenerlas, uno de los rufianes entró por la puerta trasera y quiso usar su arma. Landrey hizo una gran entrada, adoptó su pose y estuvo magnífico eliminando al matón, pero también él detuvo una bala. Fue bonito, si a uno le gustan esos espectáculos, pero me quedé solo, así que tuve que largarme y ordenar mis ideas.

Los ojos pardos de Mardonne se iluminaron con una chispa de emoción pasajera.

—La historia de la chica también podría ser interesante —observó en tono glacial.

Mallory exhaló una pálida nube de humo.

—La drogaron y no recuerda nada. Aunque tampoco hablaría si supiera algo. Y yo ignoro su nombre. No tengo la más remota idea de quien puede haber escrito esas cartas.

—Yo lo sé —replicó Mardonne—. El chofer de Landrey también habló conmigo, de modo que no tendré que molestarlo con esa pregunta.

Mallory siguió hablando, con voz sosegada:

—Ésa es la versión de los hechos, sin mis notas al pie. Las notas al pie le dan mucho más interés... y mucha más suciedad. La chica no pidió ayuda a Landrey, pero éste sabía de la extorsión. Había tenido las cartas, ya que habían sido escritas para él. Su plan consistía en que yo me pusiera en contacto con la muchacha, le hiciera sospechar que tenía las cartas y me citara con ella en un club nocturno donde pudiéramos ser vistos por la gente que la chantajeaba. Ella acudiría, porque no le faltaba valor, e iría vigilada: cerca de ella habría una camarera, chofer o algo parecido. Los

muchachos querrían saber quién era yo. Me llevarían con ellos y, si no acababa muerto, podría enterarme de quienes participaban en el chantaje. Precioso plan, ¿no le parece?

—Hay algunas lagunas —opinó fríamente Mardonne—, pero continúe.

—Cuando el señuelo empezó a surtir efecto, comprendí que era una trampa, pero seguí en el juego porque no tenía otro remedio. Al cabo de un rato hubo otro juego sucio, esta vez sin ensayo previo. Uno que recibía dinero de la banda tuvo miedo de repente y los dejó plantados. No le importaba alguno que otro chantaje, pero un secuestro era harina de otro costal. Su traición me facilitó las cosas y no perjudicó en nada a Landrey, ya que el tipo no conocía los secretos de la banda. El matón que liquidó a Landrey tampoco los conocía; era sólo un despechado, que temía no estar recibiendo toda su parte.

Mardonne deslizaba sus manos morenas por los brazos del sillón, como un viajante inquieto durante una conversación de negocios.

—¿Alguien contaba con que usted dedujera todo esto? —preguntó en tono de burla.

—He usado el cerebro, Mardonne. No muy rápido que digamos, pero lo he usado. Tal vez no me contrataron para pensar, pero no me dijeron nada al respecto. Si me daba cuenta antes, sería mala suerte para Landrey, que debería encontrar una salida al asunto. Y si no me convertiría en lo más parecido a un hombre honrado que él pudiera contratar jamás.

Mardonne comentó suavemente:

—Landrey tenía mucho dinero y algo de cerebro. No mucho, pero algo. No creo que ideara un chantaje tan barato.

Mallory rió con aspereza.

—Para él no era tan barato, Mardonne. Quería a la chica. Ella se había elevado demasiado por sobre él y su clase, y como Landrey no podía subir tan alto, tenía que arrastrarla a ella hacia abajo. Las cartas no eran suficientes para conseguirlo. Añadamos un secuestro y un rescate simulado por un antiguo amante convertido en mafioso, y tendremos una historia que ningún diario dejaría de publicar. Y esto bastaría para que la chica perdiera el empleo. Adivine usted el precio de que no se publicara, Mardonne.

Mardonne murmuró «Ya, ya» y siguió mirando por la ventana.

—Pero todo ha terminado —continuó Mallory—. Me contrataron para encontrar unas cartas y las he encontrado... en el bolsillo de Landrey, cuando lo liquidaron. Me gustaría cobrar por mi tiempo.

Mardonne dio media vuelta al sillón y puso las manos sobre la mesa.

—Pásemelas —dijo—. Veré lo que valen para mí.

Los ojos de Mallory expresaron dureza y amargura.

—Lo malo de ustedes los rufianes es que no creen que haya nadie honrado. Las cartas están fuera de circulación. Han pasado por muchas manos y están demasiado gastadas.

—Es una idea encantadora —se burló Mardonne—. Landrey era mi socio y le tenía gran estima... Así que usted regala las cartas y yo le pago por dejar que liquiden a Landrey. Me gustaría escribir esto en mi diario. Tengo la sospecha de que ya ha cobrado usted bastante... de la señorita Rhonda Farr.

Mallory replicó con sarcasmo:

—Ya sabía que lo vería de ese modo. Quizá le guste más otra versión de la historia... La chica

se hartó de las atenciones de Landrey. Escribió unas cartas y las puso donde su inteligente abogado pudiera robarlas para pasarlas a un hombre que dirige una agencia de guardaespaldas, conocida por el abogado porque suele utilizarla en sus negocios. La chica escribió a Landrey pidiendo ayuda y él me contrató para liquidar a Landrey. Yo simulé trabajar para él hasta que lo puse delante de un matón que pretendía liquidarme. El matón lo dejó seco y yo liquidé al matón con la pistola de Landrey, para que todo saliera redondo. Después tomé un trago y me fui.

Mardonne se inclinó hacia delante y pulsó un timbre que había junto a la mesa.

—Me gusta mucho más esta versión. Me pregunto si podría darle consistencia.

—Inténtelo —contestó Mallory—. No creo que sea la primera vez que trata de pasar un dólar falso.

Se abrió la puerta y entró el muchacho rubio. Sus labios dibujaron una sonrisa complacida y la lengua asomó entre ellos. Sostenía en la mano una pistola automática.

—Ya no estoy ocupado, Henry —dijo Mardonne.

El muchacho rubio cerró la puerta. Mallory se levantó y retrocedió lentamente hacia la pared.

—Ahora viene la parte graciosa, ¿eh? —preguntó.

Mardonne levantó sus dedos morenos y se pellizcó la barbilla. Contestó secamente:

—No habrá disparos aquí. A esta casa viene gente muy distinguida. Tal vez no mató usted a Landrey, pero no quiero verlo más. Me estorba.

Mallory continuó retrocediendo hasta que sus hombros chocaron contra la pared. El muchacho rubio frunció el entrecejo y dio un paso hacia él. Mallory dijo:

—Quédate donde estás, Henry. Necesito espacio para pensar. Podrías meterme una bala en el cuerpo, pero no podrías evitar que mi pistola hiciese algo de ruido, y a mí el ruido no me molestaría en absoluto.

Mardonne, inclinado sobre la mesa, miró hacia un costado. El muchacho rubio se detuvo, con la lengua todavía asomando entre los labios. Mardonne dijo:

—Tengo algunos billetes de cien dólares en la mesa. Voy a darle diez de ellos a Henry. Él lo acompañará al hotel, e incluso lo ayudará a hacer las maletas. Cuando lleguen al tren que sale de la ciudad, le entregará el dinero. Si vuelve aquí, habrá un nuevo trato... en el que usted saldrá con los pies por delante.

Bajó lentamente la mano y abrió el cajón de la mesa. Mallory tenía los ojos fijos en el muchacho rubio.

—Henry podría cambiar de plan por el camino —observó como si bromeara—. Henry me parece un poco inestable.

Mardonne se levantó y sacó la mano del cajón. Dejó caer un fajo de billetes sobre la mesa y contestó:

—No lo creo. Henry suele hacer lo que le dicen.

Mallory rió entre dientes.

—Quizá sea eso lo que me inquieta —replicó. Su sonrisa se hizo más irónica. Los dientes brillaban entre sus labios pálidos—. Usted dijo que tenía gran estima por Landrey, Mardonne. Eso es una mentira. Landrey no le importa un comino, especialmente ahora que está muerto. Es probable que se adueñe de su parte en el negocio, sin nadie alrededor que se atreva a hacer preguntas. Usted quiere perderme de vista porque cree que aún puede vender su mierda, en el lugar adecuado, por más de lo que ganaría en este tugurio durante un año. Pero no puede venderla, Mardonne. El mercado no existe. Nadie va a darle un solo céntimo por publicar esa noticia.

Mardonne carraspeó. Estaba en la misma posición, de pie, inclinado sobre la mesa con las manos apoyadas en ella y el fajo de billetes entre las manos. Se lamió los labios y dijo:

—Muy bien, supermente. ¿Por qué no?

Mallory hizo un ademán rápido pero expresivo con el pulgar derecho.

—Yo soy el tonto en este trato y usted es el tipo listo. Le he contado la historia verdadera la

primera vez y tengo la sospecha de que Landrey no estaba solo en este primoroso plan. Usted estaba metido hasta el cuello. Pero cometió un error dejando que Landrey se paseara con esas cartas encima. Ahora la chica puede hablar. No mucho, pero lo suficiente para conseguir apoyo de cierta gente que no va a tirar por la ventana una magnífica inversión porque un rufián barato quiera pasarse de listo... Si su ambición le dice otra cosa, acabará recibiendo un susto mayúsculo y siendo la coartada más encantadora que Hollywood se inventó jamás.

Se interrumpió y dirigió una rápida mirada al muchacho rubio.

—Otra cosa, Mardonne. Cuando planeo amenazar a alguien en serio, búsquese a un matón que tenga experiencia. Este gallardo caballero ha olvidado quitar el seguro.

Mardonne se inmovilizó. Los ojos del muchacho rubio bajaron hasta su pistola durante una fracción de segundo. Mallory saltó junto a la pared y la Luger apareció en su mano. El rostro del muchacho rubio se puso tenso y su arma se disparó. Inmediatamente se oyó el sonido de la Luger y una bala se empotró en la pared, junto al sombrero de fieltro del muchacho rubio. Henry se agachó con elegancia y volvió a disparar. La bala envió a Mallory contra la pared. Su brazo izquierdo parecía muerto.

Sus labios se retorcieron de ira. Recuperó el equilibrio y disparó dos veces, rápidamente.

El brazo derecho del muchacho rubio se levantó con violencia y la pistola salió disparada contra la parte alta de la pared. Sus ojos se ensancharon, y la boca se le abrió en un grito de dolor. Entonces, dio varias vueltas, abrió la puerta con el cuerpo y cayó con estrépito en el descansillo.

Alguien gritó en alguna parte. Una puerta se cerró de golpe. Mallory miró a Mardonne y dijo con voz tranquila:

—Me ha herido en el brazo. Podría haber matado cuatro veces a este bastardo.

La mano de Mardonne se levantó de la mesa empuñando un revólver azulado. Una bala se clavó en el suelo a los pies de Mallory. Mardonne se tambaleó como si estuviera borracho y tiró el arma como si le quemara. Después alzó las manos al aire y las agitó. Estaba muerto de miedo.

—Pase delante de mí, Mardonne —dijo Mallory—. Nos marchamos de aquí.

Mardonne salió de detrás de la mesa con movimientos espasmódicos de marioneta. Tenía los ojos muertos como dos ostras podridas. Dos regueros de saliva le bajaron por el mentón.

Algo apareció en el umbral. Mallory saltó a un costado, disparando a ciegas. Pero el sonido de la Luger fue ahogado por el terrible estampido de una escopeta. Un dolor lacerante en el costado derecho casi dobló a Mallory. Mardonne recibió el resto de la munición; cayó de bruces, muerto antes de llegar al piso.

Una escopeta de caño recortado cayó por la puerta abierta. Un hombre rechoncho que iba en mangas de camisa se desplomó en el umbral, profiriendo un sollozo. La sangre se extendió sobre su camisa.

Abajo se desencadenó un súbito estruendo. Gritos, pasos apresurados, una extraña risa desafinada, un sonido que podría haber sido alarido. Afuera se pusieron en marcha varios coches y los neumáticos chirriaron sobre la grava. Los clientes huían. El cristal de una ventana se hizo añicos en alguna parte.

En el hall iluminado no se movía nada. El muchacho rubio gemía suavemente en el piso, detrás del rechoncho hombre muerto.

Mallory cruzó pesadamente la habitación y se dejó caer en una silla que había junto a la mesa. Se secó los ojos con el dorso de la mano que sostenía el arma. Apoyó el torso en la mesa, jadeando y observando la puerta.

El brazo izquierdo le palpitaba, y la pierna derecha le dolía como una plaga de Egipto. Dentro de la manga fluía sangre que iba a parar a la mano y las yemas de los dedos.

Al cabo de un rato desvió la mirada de la puerta y la posó en el fajo de billetes que había en la mesa, debajo de la lámpara. Alargó la mano y los empujó con el caño de la Luger hasta que cayeron en el cajón abierto. Con los dientes apretados por el dolor, se inclinó lo suficiente para cerrar el cajón. Entonces abrió y cerró de prisa los ojos varias veces apretándolos con fuerza. Esto le aclaró un poco la cabeza. Acercó el teléfono hacia sí.

En la planta baja reinaba el silencio. Mallory dejó la Luger, levantó el auricular y lo puso junto a la pistola.

Dijo en voz alta:

—Lástima, nena... Quizás me equivoqué, después de todo... Quizás el canalla no tenía el valor de hacerte daño... En fin... ahora habrá que hablar.

Cuando empezó a marcar un número, se oyó acercarse el gemido de una sirena.

El agente uniformado que estaba detrás de la máquina de escribir terminó de hablar por el interno, miró a Mallory y señaló con el pulgar la puerta de cristal que decía: «Capitán de Detectives. Privado».

Mallory se levantó rígidamente de la silla, cruzó la habitación, se apoyó en la pared para abrir la puerta de cristal y entró.

La habitación tenía un sucio linóleo marrón y estaba amueblada con ese sórdido mal gusto que sólo las comisarías son capaces de mostrar. Cathcart, el capitán de detectives, estaba sentado entre un abarrotado escritorio de tapa corrediza que tenía al menos veinte años y una mesa de roble del tamaño de una de ping-pong.

Cathcart era un corpulento y desprolijo irlandés, de rostro sudoroso y amplia sonrisa. Su bigote blanco estaba manchado de nicotina en el centro. En las manos tenía numerosas verrugas.

Mallory fue hacia él lentamente, apoyándose en un grueso bastón con regatón de goma. Su pierna derecha estaba hinchada y caliente. Llevaba el brazo izquierdo vendado, colgando de un pañuelo de seda negra. Estaba pálido, recién afeitado y sus ojos eran oscuros como el carbón.

Se sentó frente al capitán de detectives, puso el bastón sobre la mesa, golpeó contra ella un cigarrillo y lo encendió. Entonces dijo sin darle importancia.

—¿Qué pasará conmigo ahora, jefe?

—¿Cómo se siente, muchacho? —preguntó a su vez Cathcart, sonriente—. Parece un poco abatido.

—No mucho. Sólo un poco tieso.

Cathcart asintió, carraspeó y rebuscó innecesariamente entre unos papeles que tenía delante.

—Está usted exonerado —contestó—, libre de toda culpa. Chicago recibirá un historial suyo condenadamente limpio. Su Luger eliminó a Mike Corliss, convicto dos veces. Voy a guardármela como recuerdo. ¿Le parece bien?

—Me parece bien —asintió Mallory—. Yo me compraré una 25 con balas de cobre. No para impresionar, sólo porque combina mejor con un elegante smoking.

Cathcart lo observó detenidamente unos momentos y luego continuó:

—En la escopeta descubrimos las huellas de Mike. La escopeta mató a Mardonne. Nadie le llorará demasiado. El muchacho rubio no tiene heridas graves. El revólver automático que encontramos en el suelo tiene sus huellas y esto lo mantendrá a la sombra durante un tiempo.

Mallory se frotó la barbilla, pensativo.

—¿Qué hay de los demás?

El capitán enarcó sus pobladas cejas; su mirada parecía ausente. Respondió:

—No hay nada ahí que pueda implicarlo a usted. ¿Está de acuerdo?

—Desde luego —repuso Mallory—. Sólo me lo preguntaba.

El capitán dijo en tono concluyente:

—Pues no se lo pregunte. Y no se pase de listo, si alguien le hace preguntas... El asunto de la casa de Baldwin Hills, por ejemplo. A nuestro juicio, Macdonald murió en acto de servicio, llevándose consigo a un traficante de drogas llamado Slippy Morgan. Podríamos acusar a la esposa

de Slippy, pero no creo que lo hagamos. Mac no estaba en la brigada de narcóticos, y esa noche era su franco. Pero Mac siempre se distinguió por su actividad en las horas libres. Adoraba su trabajo.

Mallory sonrió cortésmente.

—Seguro.

—Volviendo a lo nuestro, parece ser que el tal Landrey, un conocido tahúr que además era socio de Mardonne, qué curiosa coincidencia, fue a Westwood a recaudar dinero en lo de un tipo llamado Costello que cubría las apuestas de caballos de la Costa Oeste. Jim Ralston, uno de nuestros muchachos, lo acompañó. No tenía que hacerlo, pero conocía bastante bien a Landrey. Hubo algunos problemas con el dinero. Jim recibió un golpe de cachiporra y Landrey y un rufián de poca monta se eliminaron mutuamente. Intervino otro tipo del que no tenemos ninguna pista. Atrapamos a Costello, pero no quiere hablar, y no nos gusta presionar a un tipo de su edad. Supongo que recibirá una reprimenda por lo de la cachiporra, y se defenderá legalmente.

Mallory se acomodó en la silla hasta que la nuca reposó en el respaldo. Envió el humo hacia el techo y preguntó:

—¿Y qué hay de la última noche?

El capitán de detectives se frotó con fuerza las mejillas húmedas y luego sacó un enorme pañuelo y se sonó.

—Oh, eso —repuso con negligencia—, no fue nada. El muchacho rubio, Henry, dice que fue culpa suya. Era el guardaespaldas de Mardonne, pero eso no quiere decir que podía disparar a quien se le antojara. El caso es que no vamos a hacerle las cosas muy difíciles, ya que se ha mostrado dispuesto a contarnos toda la historia.

El capitán se interrumpió de improviso y miró fijamente a Mallory, que estaba sonriendo.

—Como es natural, si a usted no le gusta esa historia... —dijo con frialdad el capitán.

Aún no la conozco. Estoy seguro de que será estupenda.

—Está bien —gruñó Cathcart, apaciguado—. Pues bien. Henry dice que Mardonne lo llamó mientras hablaban usted y su jefe. Usted estaba haciendo un reclamo, tal vez sobre una mesa de ruleta «arreglada» de la planta baja. Había dinero sobre la mesa y Anson concibió la idea de que era un soborno. Usted le pareció bastante peligroso y, no sabiendo que era policía, los nervios se adueñaron de él: Se le disparó el arma. Usted no disparó enseguida, pero el pobre idiota disparó otra vez y lo hirió. Entonces usted le puso una bala en el hombro, y quién no lo hubiera hecho... Yo le habría agujereado las tripas. Entonces irrumpe el tipo de la escopeta, dispara sin hacer ninguna pregunta, liquida a Mardonne y recibe una bala de usted. Nosotros pensábamos al principio que el tipo había ido a matar a Mardonne, pero el muchacho dice que no, que tropezó al entrar... Diablos, no nos gusta que usted haya disparado tantas veces, porque no es de aquí y todo eso, pero los hombres honrados, hemos de tener derecho a defendernos de armas ilegales.

Mallory dijo con suave entonación:

—El fiscal del distrito y el forense... ¿Qué de dice de ellos? Me gustaría irme tan limpio como llegué.

Cathcart frunció las cejas mirando el sucio linóleo y se mordió el pulgar como si disfrutara haciéndose daño.

—Al forense le tiene sin cuidado esa basura. Y si el fiscal tiene ganas de revolver el asunto,

puedo hablarle de unos cuantos casos que su oficina no aclaró demasiado bien.

Mallory levantó el bastón de la mesa, empujó su silla hacia atrás, se apoyó en el bastón y se puso de pie.

—Tienen ustedes un magnífico departamento de policía —dijo—. Nadie diría que pueda haber criminales por aquí.

Se dirigió hacia la puerta. El capitán preguntó a sus espaldas:

—¿Vuelve a Chicago?

Mallory encogió cuidadosamente el hombro sano.

—Es posible que me quede algunos días —repuso—. Uno de los estudios de cine me ha hecho una proposición. Chantaje, extorsión y cosas parecidas.

El capitán sonrió cordialmente.

—Magnífico —dijo—. Esa gente siempre se ha portado bien conmigo. Un trabajo fácil y agradable, el chantaje. No tiene por qué convertirse en algo turbio.

Mallory asintió solemnemente.

—Sólo un trabajo fácil, jefe. Casi afeminado, si comprende lo que quiero decir.

Salió, llegó al vestíbulo, al ascensor y por fin, a la calle. Subió a un taxi. Hacía calor dentro y Mallory se sentía débil y mareado camino del hotel.

El confidente

Título original: *Finger Man*

Año de publicación: octubre de 1934

Traducción: José Luis López Muñoz

Canales, el propietario de un garito de juego, le dice a Marlowe: «Creo que es usted un poli, un poli listo». Y éste le contesta: «No, soy un detective —dije—. Y no demasiado listo. No se deje engañar por mi cara de astuto. Es cosa de familia». La primera historia de Marlowe. La primera vez que recibe un culatazo. Y la primera vez que se tropezará con una hermosa mujer fatal. Y un jugador tramposo que aparece asesinado.

Salí del jurado de la acusación poco después de las cuatro, y subí a hurtadillas por la escalera de atrás hasta el despacho de Fenweather. Fenweather, el fiscal del distrito, era un hombre de rasgos duros, bien cincelados, y con esas sienes plateadas que tanto les gustan a las mujeres. Jugeteaba con una pluma que tenía en el escritorio y me dijo:

—Me parece que le creen. Creo que esta tarde acusarán a Manny Tinnen del asesinato de Shannon. Si lo hacen, tendrá que ir con mucho cuidado.

Yo le daba vueltas a un cigarrillo entre los dedos y al final me lo metí en la boca.

—No ponga a ningún hombre a seguirme, señor Fenweather. Conozco muy bien todos los callejones de esta bonita ciudad, y sus hombres nunca estarán lo bastante cerca como para serme de utilidad.

Él desvió la vista hacia una de las ventanas.

—¿Conoce usted bien a Frank Dorr? —me preguntó, sin mirarme.

—Sé que es un político importante, alguien con quien hay que contar si se quiere abrir un garito de juego o un burdel, o si se quieren vender artículos legales a los ciudadanos.

—Exacto —Fenweather hablaba con sequedad, y volvió la cara hacia mí. Entonces bajó la voz—. Que tuviéramos pruebas contra Tinnen fue una sorpresa para mucha gente. Si Frank Dorr tenía interés en librarse de Shannon, que era el jefe del comité donde se suponía que Dorr obtenía sus contratos, es bastante probable que se arriesgara. Y me han dicho que él y Manny Tinnen han tenido tratos. Así que yo que usted no le quitaría ojo.

Sonreí.

—Soy sólo una persona —dije—. Frank Dorr cubre mucho territorio. Pero haré lo que pueda.

Fenweather se puso de pie y me tendió la mano por encima del escritorio, diciendo:

—Estaré un par de días fuera de la ciudad. Si se formula la acusación me voy esta noche. Tenga mucho cuidado... y si ocurre algo malo, vaya a ver a Bernie Ohls, mi investigador jefe.

Yo dije:

—Claro.

Nos estrechamos la mano. Cuando me iba pasé junto a una muchacha de aspecto aburrido que, al mirarme, me dedicó una sonrisa cansada y jugeteó con uno de los rizos sueltos que le caían sobre la nuca. Volví a mi despacho pasadas las cuatro y media. Me quedé delante de la puerta de la salita de recepción un momento, mirándola. Luego la abrí, entré y, por supuesto, no había nadie.

No había más que un viejo sofá rojo, dos sillas desparejadas, una alfombra pequeña y una mesita auxiliar con unas revistas antiguas encima. La recepción se dejaba abierta para que los visitantes pudieran entrar, sentarse y esperar... si es que tenía visitas, y si éstas consideraban que valía la pena esperar.

Entré y abrí la puerta de mi despacho privado, rotulado «Philip Marlowe, investigador».

Lou Harger estaba sentado en una silla de madera en el lado del escritorio más alejado de la ventana. Llevaba unos guantes de un amarillo chillón que apoyaba en la empuñadura de un bastón, y un sombrero verde de ala flexible echado hacia atrás. El pelo negro y muy liso sobresalía del sombrero y le tapaba la nuca, ya que lo tenía excesivamente largo.

—Hola. Te estaba esperando —dijo, sonriendo con languidez.

—Hola, Lou. ¿Cómo has entrado aquí?

—La puerta debía de estar abierta. O a lo mejor tenía una llave que entraba en la cerradura. ¿Te importa?

Di la vuelta al escritorio y me senté en mi silla giratoria. Dejé el sombrero encima de la mesa, recogí una pipa bulldog que estaba encima de un cenicero y empecé a llenarla.

—A mí me parece bien, mientras seas tú —dije—. Es que creía que tenía una cerradura mejor.

Él sonrió separando sus labios rojos y gruesos. Era un joven muy apuesto. Dijo:

—¿Todavía sigues cogiendo casos, o pasarás todo el mes que viene en la habitación de un hotel bebiendo licor con un par de chicos de jefatura?

—Sigo cogiendo casos... si me sale alguno.

Encendí la pipa, me arrellané y contemplé su piel de un color claro, oliváceo, y sus cejas rectas y oscuras.

Él dejó el bastón encima del escritorio y colocó los guantes amarillos encima del cristal. Hacía muecas metiendo y sacando los labios.

—Tengo un asuntillo para ti. No es nada del otro mundo. Pero se cobra algo.

Esperé.

—Esta noche voy a jugar un poco en Las Olindas. En lo de Canales. —¿El White Smoke?

—Ajá. Creo que voy a tener suerte... y me gustaría llevar a un amigo con un arma.

Cogí un paquete nuevo de cigarrillos del primer cajón y se lo pasé por encima del escritorio. Lou lo cogió y empezó a abrirlo.

Le pregunté:

¿Qué tipo de juego?

Él sacó un cigarrillo a medias y se lo quedó mirando. Había algo en sus gestos que no me acababa de gustar.

—Lleva ya un mes cerrado. No hacía tanto dinero como para poder seguir abierto en esta ciudad. Los chicos de jefatura han estado presionando mucho, desde la revocación. Tienen pesadillas cuando se imaginan viviendo sólo de su paga.

Yo dije entonces:

—No cuesta más operar aquí que en cualquier otro lugar. Y aquí pagas sólo a una organización. Eso ya es algo.

Lou Harger se metió el cigarrillo en la boca.

—Sí... Frank Dorr —gruñó. ¡Esa sanguijuela gorda, ese hijo de puta!

Yo no dije nada. Ya se me había pasado la edad en la que resulta divertido insultar a alguien a quien no puedes hacer daño. Vi que Lou encendía su cigarrillo con mi encendedor de escritorio. Siguió hablando, expeliendo una nube de humo.

—Es divertido, en cierto modo. Canales ha comprado una ruleta nueva a no sé qué chanchulleros de la oficina del sheriff. Conozco bastante bien a Pina, el jefe de *croupiers* de Canales. A la ruleta no me dejarán acercar. Está trucada... y yo conozco todos los trucos.

—Y Canales no... Sí, eso parece propio de Canales —dije.

Lou no me miró.

—Va mucha gente a ese local —dijo—. Una pequeña pista de baile, una banda mexicana con cinco músicos para ayudar a los clientes a relajarse... Bailan un poco y luego vuelven a que les desplumen un poco más, en lugar de irse enfadados.

Yo dije:

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Supongo que se podría decir que tengo un sistema —dijo bajito, y me miró entre sus largas pestañas.

Yo aparté la mirada y la dejé vagar por la habitación. Tenía una alfombra color rojo óxido, cinco archivadores verdes colocados en fila bajo un calendario de propaganda, un perchero viejo en el rincón, unas cuantas sillas de nogal, cortinas sencillas en las ventanas. Los flecos de las cortinas estaban sucios por el soplo de la corriente que las agitaba. Una franja de sol crepuscular atravesaba mi escritorio y hacía visible el polvo.

—Vamos a ver si lo entiendo —dije yo—. Tú crees que le tienes cogido el truco a esa ruleta y esperas ganar el dinero suficiente para que Canales se ponga furioso contigo, y te gustaría llevar algo de protección... o sea, a mí. Es un disparate.

—No, no es ningún disparate —afirmó Lou—. Todas las ruletas tienen tendencia a funcionar con un ritmo determinado. Si conoces bien la ruleta en concreto...

Yo sonreí y me encogí de hombros.

—Vale, no digo que no. Yo no sé mucho de ruletas. Me parece que tienes debilidad por esos tinglados, pero podría equivocarme. Y además eso no es lo que importa.

—¿Ah, no, y qué es? —preguntó Lou, desanimadamente.

—No me apetece demasiado hacer de guardaespaldas... pero ése tampoco es el asunto. Entiendo que se supone que debo pensar que es un asunto limpio. Pero imagina que no me lo creo, que te dejo plantado y tú te metes en un buen lío. O imagina que yo creo que tienes todas las de ganar, pero Canales no está de acuerdo conmigo y se molesta.

—Por eso necesito a un hombre armado —explicó Lou, sin mover un músculo excepto los necesarios para hablar.

Yo dije, sin alterarme:

—Aunque sea lo bastante duro para este trabajo —y no sabía realmente si lo era—, tampoco es eso lo que me preocupa.

—Pues lo olvidamos —dijo Lou—. Ya me desanima bastante saber que estás preocupado.

Sonreí un poco más y observé sus guantes amarillos que se agitaban encima del escritorio, temblaban demasiado. Dije, lentamente:

—Tú eres la última persona en este mundo que se gastaría dinero en algo así, justo ahora. Y yo soy el último tipo de este mundo que se quedaría detrás de ti mirando, mientras lo haces. Es eso, simplemente.

Lou contestó:

—Sí.

Dejó caer un poco de ceniza de su cigarrillo encima del cristal del escritorio, inclinó la cabeza, sopló y lo limpió. Y continuó, como si hablara de un tema distinto:

—Vendrá conmigo la señorita Glenn. Es una pelirroja alta, sensacional. Era modelo. Se le da

muy bien salir de cualquier aprieto, y evitará que Canales me eche el aliento en la nuca. Así que montaremos el número. Pensaba que ya te lo había dicho.

Me quedé callado durante un minuto entero y luego dije:

—Sabes condenadamente bien que acabo de contarle al jurado de la acusación que vi a Manny Tinnen asomarse fuera de ese coche y cortar las cuerdas de las muñecas de Art Shannon cuando lo arrojaron a la calzada, lleno de plomo.

Lou me sonrió débilmente.

—Eso facilitará las cosas para los corruptos de altos vuelos, esos tipos que se limitan a hacerse con los contratos y no aparecen por el negocio. Dicen que Shannon era decente y mantenía a raya al comité. Fue una manera fea de quitarle de en medio.

Negué con la cabeza. No quería hablar de todo aquello. Dije:

—Canales anda metido en asuntos turbios casi todo el tiempo. Y quizá no le gusten las pelirrojas.

Lou se puso de pie lentamente y cogió el bastón de encima del escritorio. Miró la punta de uno de los dedos amarillos. Tenía una expresión casi soñolienta. Luego se dirigió hacia la puerta, haciendo oscilar el bastón.

—Bueno, ya nos veremos... —dijo, arrastrando las palabras.

Dejé que apoyara la mano en el picaporte antes de decir:

—No te vayas enfadado, Lou. Me dejaré caer por Las Olindas, si crees que me necesitas. Pero no quiero dinero, y por el amor de Dios, no me prestes más atención de la que sea necesaria.

Él se humedeció los labios y ni siquiera me miró.

—Gracias, chico. Tendré muchísimo cuidado.

Salió, y sus guantes amarillos desaparecieron tras la puerta.

Me quedé quieto durante cinco minutos más, y mi pipa se calentó demasiado. La dejé, miré el reloj de pulsera y me levanté a encender una radio pequeña que tenía en un rincón, al otro extremo del escritorio. Cuando cesaron las interferencias y salió del altavoz el último tintineo del carillón, una voz decía: «La KLI ofrece ahora su habitual retransmisión de la tarde con el boletín de noticias locales. Un acontecimiento importante de esta tarde ha sido que a última hora, el jurado de la acusación ha desestimado los cargos presentados contra Maynard J. Tinnen, hombre de mundo y conocido miembro de un grupo de presión del ayuntamiento. La acusación, que supuso un golpe para sus muchos amigos, se basaba casi por completo en el testimonio...».

El teléfono sonó entonces y una fría voz femenina sonó en mi oído:

—Un momento, por favor, le llama el señor Fenweather.

Él se puso de inmediato.

—Han desestimado los cargos. Cuide del chico.

Dije que acababa de oírlo por la radio. Hablamos brevemente y él colgó, después de decir que tenía que irse de inmediato a coger un avión.

Me arrellané de nuevo en la silla y me quedé oyendo la radio, sin escucharla. Pensaba que Lou Harger era un maldito idiota y que yo no podía hacer nada para cambiar aquel hecho.

Había bastante gente para ser martes, pero nadie bailaba. Sobre las diez la pequeña banda de cinco músicos se cansó de tocar una rumba a la que nadie prestaba atención. El músico que tocaba la marimba dejó las baquetas y buscó un vaso debajo de su silla. Los otros chicos encendieron unos cigarrillos y se quedaron allí sentados, con aire aburrido.

Yo estaba apoyado de lado en la barra, que se encontraba en la misma sala que el estrado de la orquesta. Iba moviendo un vasito de tequila por la superficie de la barra. Toda la animación se encontraba en una de las tres mesas de ruleta, la central.

El barman se inclinó hacia mí, desde el otro lado de la barra.

—La chica pelirroja parece que busca pelea —dijo.

Yo asentí, sin mirarle.

—Se juega los billetes a puñados —dije—. Ni siquiera los cuenta.

La pelirroja era alta. Veía su pelo de un cobre bruñido entre las cabezas que la rodeaban. También veía el pelo lacio y brillante de Lou Harger junto al de ella. Al parecer, todo el mundo jugaba de pie.

—¿Usted no juega? —me preguntó el barman.

—No, los martes no. Una vez tuve un problema, un martes.

—¿Ah, sí? ¿Le gusta esta bebida así tal cual, o se la suavizo un poco?

—¿Suavizármela, con qué? —dije yo—. ¿Tiene una buena lima a mano?

Él sonrió. Yo bebí un poco más de tequila y puse mala cara.

—¿Esto lo inventaron a propósito?

—No lo sé, míster.

—¿Cuál es el límite ahí?

—Tampoco lo sé. Lo que quiera el jefe, supongo.

Las mesas de ruleta estaban en fila, junto a la pared más lejana. Una barandilla baja de metal dorado unía sus extremos y los jugadores estaban al otro lado de esa barandilla.

Empezó a formarse un confuso altercado en la mesa central. Media docena de personas de las dos mesas del final cogieron sus fichas y se acercaron.

Entonces una voz clara, muy educada, con un ligero acento extranjero, se elevó:

—Si tiene paciencia, *madame*... El señor Canales estará aquí dentro de un minuto.

Me acerqué, me puse junto a la barandilla. Dos *croupiers* estaban a mi lado de pie con las cabezas juntas y mirando hacia un lado. Uno movía un rastrillo lentamente adelante y atrás junto a la ruleta desocupada. Miraban a la chica pelirroja.

Ésta llevaba un traje de noche negro muy escotado. Tenía unos hombros blancos y finos y era un poquito menos que hermosa y algo más que bonita. Se apoyaba en el borde de la mesa, frente a la ruleta. Sus largas pestañas aleteaban. Tenía un montón de dinero y fichas ante ella.

Hablaba monótonamente, como si ya hubiese repetido lo mismo muchas veces.

—¡Vamos, muévase, haga girar esa ruleta! Lo coge todo muy rápido, pero no le gusta repartir.

El *croupier* que estaba a cargo esbozó una fría sonrisa. Era alto, oscuro, displicente.

—La mesa no puede cubrir su apuesta —dijo, con tranquilidad—. El señor Canales, quizá... —y

encogió sus hombros cuadrados.

La chica dijo:

—Es su dinero, grandullón. ¿No quiere recuperarlo?

Lou Harger se humedeció los labios junto a ella, le puso una mano en el brazo, miró el montón de dinero con ojos febriles. Dijo, suavemente:

—Espera a Canales...

—¡Al demonio Canales! Estoy animada... y quiero seguir.

Se abrió una puerta en el extremo de las mesas y entró en la sala un hombre muy delgado, muy pálido. Tenía el pelo negro, liso y sin brillo, la frente alta y huesuda y los ojos impenetrables. Llevaba un bigote delgado recortado formando dos líneas agudas, casi en ángulo recto cada una con respecto a la otra. Bajaban junto a las comisuras de sus labios más de dos centímetros. El efecto era oriental. Su piel era pálida, gruesa y brillante.

Pasó por detrás de los *croupiers*, se detuvo en una esquina de la mesa central, miró a la pelirroja y se tocó las puntas del bigote con dos dedos, con unas uñas que tenían un tono amoratado.

De pronto sonrió, y al momento siguiente fue como si nunca hubiese sonreído. Habló con una voz sorda, cargada de ironía.

—Buenas noches, señorita Glenn. Tendré que enviar a alguien para que la acompañe a casa, cuando se vaya. Sería terrible que ese dinero acabara en los bolsillos equivocados.

La pelirroja le miró de una forma nada agradable.

—No pienso irme... a menos que me esté echando.

Canales dijo:

—¿Ah, no? ¿Y qué le gustaría hacer entonces?

—Apostar todo el fajo... morenito.

El ruido de la multitud se convirtió en un silencio mortal. No se oía ni un susurro, ni un sonido. El rostro de Harger se fue poniendo blanco como el marfil, poco a poco.

El rostro de Canales carecía de expresión. Levantó una mano con un gesto delicado, grave, sacó una cartera grande del bolsillo de su esmoquin y la arrojó delante del *croupier* alto.

—Diez de los grandes —dijo, con una voz que era apenas un roce sordo—. Ése es mi límite... siempre.

El *croupier* recogió la cartera, la abrió, sacó dos fajos de billetes nuevos, los barajó un poco, volvió a cerrar la cartera y se la pasó a Canales por el borde de la mesa.

Canales no se movió para recogerla. Nadie se movía, excepto el *croupier*. La chica dijo:

—Todo al rojo.

El *croupier* se inclinó por encima de la mesa y con mucho cuidado arrastró el dinero y las fichas de ella. Colocó la apuesta encima del diamante rojo. Puso la mano en la curva de la ruleta.

—Si nadie tiene ninguna objeción —dijo Canales, sin mirar a nadie—, esto es algo entre nosotros dos.

Las cabezas se movieron. Nadie hablaba. El *croupier* hizo girar la rueda y envió la bolita por el surco con un ligero movimiento de la muñeca izquierda. Luego retiró las manos, colocándolas a plena vista encima de la mesa, en el borde.

Los ojos de la pelirroja brillaban, y sus labios se fueron separando, poco a poco.

La bolita iba corriendo por la ranura, saltó uno de los diamantes de metal brillante, se deslizó por un lado de la ruleta y fue traqueteando por encima de las casillas, junto a los números. De repente dejó de correr, con un chasquido seco. Cayó a continuación del doble cero, en el veintisiete rojo. Luego la ruleta quedó inmóvil.

El *croupier* sacó su rastrillo y empujó lentamente los dos paquetes de billetes, los añadió al montón y sacó todo el conjunto del tapete de juego.

Canales se metió otra vez la billetera en el bolsillo del pecho, se volvió, se echó a andar lentamente hacia la puerta, y salió por ella.

Yo quité mis dedos agarrotados de la barandilla, y mucha gente se dirigió hacia el bar.

Cuando llegó Lou, yo estaba sentado ante una mesita de centro con el tablero de azulejos, en una esquina, a vueltas con un poco más de tequila. La orquestilla tocaba un tango crispado y poco convincente y una pareja maniobraba bastante acartonadamente en la pista de baile.

Lou llevaba una americana color crema, con el cuello vuelto hacia arriba en torno a un enorme pañuelo de seda blanca. Tenía una expresión radiante, sutil. Aquella vez llevaba unos guantes blancos de piel de cerdo, los dejó en la mesa y se inclinó hacia mí.

—Más de veintidós mil —dijo, bajito—. ¡Chico, vaya recaudación! Yo contesté:

—Sí, un buen dinerillo, Lou. ¿Qué coche llevas?

—¿Has visto algo raro?

—¿En el juego? —Me encogí de hombros, jugueteando con el vaso—. No sé mucho de ruleta, Lou... Pero sí que he visto algo raro en la forma que ha tenido de comportarse tu chica.

—No es mi chica —dijo Lou. Sonaba un poco preocupado.

—Bueno. Ha dejado a Canales como un idiota. ¿Qué coche es?

—Un Buick sedán. Verde Nilo con dos faros y esas luces en el guardabarros que van montadas en unas varillas —su voz seguía teniendo un tono preocupado.

Dije:

—Llévalo bastante despacio al cruzar la ciudad. Dame una oportunidad para ponerme al día.

Él agitó el guante y se alejó. La chica pelirroja no estaba a la vista. Consulté mi reloj de pulsera. Cuando volví a levantar la vista, Canales estaba de pie al otro lado de la mesa. Sus ojos me miraron sin vida por encima del bigote de pega.

—No le gusta mi local.

—Al contrario.

—Pero no ha venido aquí a jugar —lo afirmaba, no me lo preguntaba.

—¿Es obligatorio? —le pregunté, secamente.

Una sonrisa muy vaga aleteó por su cara. Se inclinó un poco y me dijo:

—Creo que es usted un poli. Un poli listo.

—No, sólo un detective —dije—. Y no demasiado listo. No se deje engañar por mi cara de astuto. Es cosa de familia.

Canales rodeó con las manos el respaldo de una silla y apretó los dedos.

—No vuelva por aquí... por ningún motivo —hablaba con voz dulce, casi soñadora—. No me gustan los chivatos.

Me quité el cigarrillo de los labios y lo examiné antes de mirarle a él. Luego dije:

—He oído que le insultaban hace un rato. Se lo ha tomado muy bien... Así que esto tampoco contará.

Durante un momento adoptó una expresión rara. Luego se volvió y se alejó balanceando un poco los hombros. Apoyaba los pies planos y los sacaba bastante hacia fuera al andar. Su forma de caminar era un poco negroide, igual que su rostro.

Me levanté y salí por la gran puerta blanca doble hacia un vestíbulo oscuro, recogí el sombrero y el abrigo y me los puse. Luego atravesé otra puerta de doble hoja que daba a una amplia veranda con

adornos de marquetería a lo largo del borde del tejado. Había niebla marina en el aire, y los cipreses de Monterrey que agitaba el viento, frente a la casa, estaban empapados por esa neblina. Los campos descendían con un suave declive en la oscuridad, hasta una larga distancia. La niebla ocultaba el mar.

Había aparcado el coche fuera, en la calle, al otro lado de la casa. Me calé bien el sombrero y fui andando sin hacer ruido por el húmedo musgo que cubría el camino de entrada, di la vuelta al recodo del porche y me quedé quieto, rígido.

Un hombre estaba justo delante de mí con una pistola... pero él no me veía. Llevaba la pistola bajada, contra el costado, apretada contra la tela de su abrigo, y en su mano enorme la pistola parecía bastante pequeña. La luz mortecina que se reflejaba en el cañón parecía proceder de la niebla, ser parte de la niebla. Era un hombre alto y estaba erguido y muy quieto, de puntillas.

Levanté la mano derecha muy despacio y me abrí los dos botones superiores del abrigo, busqué en el interior y extraje un largo 38 con su cañón de quince centímetros de largo. Me lo metí en el bolsillo del abrigo.

El hombre que tenía delante se movió, levantó la mano izquierda y se la llevó hasta la cara. Dio una chupada al cigarrillo que llevaba oculto en la mano hueca, y el resplandor iluminó brevemente una barbilla pesada, amplia, una nariz de aletas oscuras, cuadrada y agresiva, la nariz de un boxeador.

Entonces tiró el cigarrillo y lo pisó, y un paso ligero y rápido emitió un leve ruido detrás de mí. Era demasiado tarde para volverme.

Se oyó un susurro y yo me apagué como una linterna.

Cuando recobré el conocimiento hacía frío y humedad y sentí un horrible dolor de cabeza. Tenía una magulladura blanda detrás de la oreja derecha que no sangraba. Me habían dejado inconsciente con una porra.

Me incorporé y vi que estaba a pocos metros del camino de entrada, entre dos árboles húmedos de niebla. Llevaba los empeines de los zapatos algo manchados de barro. Me habían arrastrado para sacarme del camino, pero no demasiado.

Busqué en mis bolsillos. La pistola había desaparecido, por supuesto, pero nada más... bueno, y la idea de que aquella excursión iba a ser agradable.

Anduve husmeando a tientas entre la niebla pero no encontré nada ni vi a nadie, así que dejé de preocuparme y me dirigí por la parte de atrás de la casa hacia una línea curva de palmeras y un farola al viejo estilo que siseaba y parpadeaba, a la entrada de un camino donde había aparcado el Marmon descapotable de 1925 que todavía usaba para mi transporte. Me metí en él. Después de secar el asiento con una toalla, volví a dar vida al motor y éste carraspeó a lo largo de una calle ancha y vacía, con unas vías de tranvía abandonadas en el centro.

Desde allí pasé al Bulevar De Cazens, que era la calle principal de Las Olindas y recibía su nombre por el hombre que había construido el local de Canales, hacía mucho tiempo. Al cabo de un rato empezaba la ciudad, los edificios, unas tiendas que parecían muertas, una gasolinera con timbre nocturno, y al final un *drugstore* que todavía estaba abierto.

Un sedán muy emperifollado estaba aparcado frente al *drugstore* y yo aparqué detrás, salí y vi que en el mostrador estaba sentado un hombre sin sombrero, hablando con un empleado con bata azul. Parecían haberse quedado solos en el mundo. Me dispuse a entrar pero me detuve y eché otra miradita al sedán.

Era un Buick, de un color que podía ser perfectamente verde Nilo, a la luz del día. Tenía dos faros grandes y dos luces color ámbar en forma de huevo colocadas encima de unas delgadas varillas de níquel, sujetas a los guardabarros delanteros. La ventanilla del asiento del conductor estaba bajada. Volví al Marmon y cogí una linterna, la encendí y, sujetando la licencia del Buick, le enfoqué la linterna rápidamente y la apagué enseguida.

Estaba registrado a nombre de Louis N. Harger.

Dejé la linterna y entré en el *drugstore*. A un lado había un expositor con licores, y el empleado de la bata azul me vendió una pinta de Canadian Club, que me llevé al mostrador y la abrí al momento. Había diez taburetes ante el mostrador, pero yo me senté en el que estaba junto al hombre sin sombrero. Éste me miró a través del espejo, atentamente.

Me puse una taza de café, llené dos tercios y añadí mucho *whisky* de centeno. Me lo bebí y esperé un minuto a que me calentara. Entonces volví a mirar al hombre sin sombrero.

Tenía unos veintiocho años, estaba bastante delgado, tenía la cara roja y saludable, unos ojos bastante honrados, las manos sucias y parecía que no ganaba demasiado dinero. Llevaba una chaqueta de pana gris con botones de metal, y unos pantalones que no hacían juego.

Dije despreocupadamente, en voz baja:

—¿Es suyo el autobús de ahí fuera?

Él se quedó muy quieto. Tenía los labios apretados y tensos, y le costaba apartar sus ojos de los míos, en el espejo.

—De mi hermano —contestó, al cabo de un rato.

Dije:

—¿Le invito a una copa? Su hermano es un viejo amigo mío.

Él asintió lentamente, tragó saliva, movió la mano lentamente, y al final cogió la botella y cortó el café con ella. Se lo bebió todo de golpe. Entonces vi que sacaba un arrugado paquete de cigarrillos, se metía uno en la boca, encendía una cerilla en el mostrador, después de fallar dos o tres veces al intentar hacerlo con la uña del pulgar, e inhalaba con mucha indiferencia fingida, que él sabía que no estaba dando resultado.

Yo me acerqué a él y le dije, sin alterarme:

—No tiene por qué pasar nada malo.

Él respondió:

—Bien... ¿Pero qué problema hay?

El empleado se dirigió furtivamente hacia nosotros. Yo le pedí más café. Cuando me lo sirvió, me quedé mirando al empleado hasta que se alejó y se quedó de pie frente a la cristalera, de espaldas a mí. Cogí mi segunda taza de café y bebí un poco. Observando la espalda del empleado, dije:

—El tipo al que pertenece ese coche no tiene hermanos.

El otro mantuvo la compostura, pero se volvió hacia mí.

—¿Cree que es un coche robado?

—No —respondí—. Simplemente, quiero que me cuente su historia. —¿Es usted poli?

—No... Pero esto no es ninguna estafa, si es eso lo que le preocupa.

El otro dio una chupada intensa al cigarrillo y fue moviendo la cucharilla en el interior de su taza vacía.

—Puedo perder el trabajo por esto —dijo, bajito—. Pero necesitaba cien pavos. Soy taxista.

—Ya me lo imaginaba.

Él pareció sorprenderse, volvió la cara y me miró.

—Tome otro trago y sigamos —dije—. Los ladrones de coches no los aparcen en la carretera principal y se sientan en un *drugstore*.

El empleado vino desde la ventana y se puso a remolonear cerca de nosotros, ocupado en limpiar con un trapo el recipiente del café. Cayó sobre nosotros un espeso silencio. El empleado dejó entonces el trapo, se dirigió a la parte de atrás de la tienda, detrás del reservado, y empezó a silbar con entusiasmo.

El hombre que tenía a mi lado se sirvió un poco más de *whisky* y se lo bebió, e inclinó la cabeza prudentemente hacia mí.

—Escuche... Llevaba un pasajero y se suponía que tenía que esperarle. Entonces pasaron un tipo y una chica a mi lado en el Buick, y el tipo me ofreció cien pavos si le dejaba ponerse mi gorra y conducir mi taxi hasta la ciudad. Yo debía quedarme por aquí una hora más o menos, y luego llevarle su cacharro al hotel Carillon, en Towne Boulevard. Allí me esperará mi taxi. Me ha dado los cien pavos.

—¿Y qué historia le ha contado? —le pregunté.

—Ha dicho que estaba jugando y que había tenido algo de suerte, para variar. Temían que les atracasen en el camino de vuelta. Creían que siempre hay espías vigilando a los que juegan.

Yo cogí uno de sus cigarrillos y lo estiré bien con los dedos.

—Me parece una historia creíble —dije—. ¿Tiene alguna identificación?

Me la enseñó. Su nombre era Tom Sneyd y era conductor de la Compañía de Taxis Green Top. Yo le puse el tapón a mi botella, me la metí en el bolsillo y dejé medio dólar en el mostrador.

Vino el empleado y me devolvió el cambio. Casi temblaba por la curiosidad.

—Vamos, Tom —dije, delante de él—. Vamos a buscar ese taxi. No creo que deba esperar más por aquí.

Salimos y seguí al Buick alejándonos de las luces desordenadas de Las Olindas, a través de una serie de pequeñas ciudades costeras con casitas construidas sobre la arena, cerca del mar, y otras de mayor tamaño en las laderas de las colinas que quedaban detrás. Aquí y allá se veía alguna ventana iluminada. Los neumáticos protestaban por la humedad del cemento, y las lucecitas ambarinas del guardabarros del Buick me hacían guiños en las curvas.

En West Cimarron giramos hacia el interior, subimos resoplando por Canal City y llegamos al San Angelo Cut. Nos costó casi una hora llegar al Bulevar Towne 5640, que es el número del hotel Carillon. Es un edificio grande, laberíntico, con el tejado de pizarra, con un garaje en el sótano y una fuente en el patio delantero que iluminan con una luz de un verde pálido al atardecer.

El taxi Green Top n.º 469 estaba aparcado al otro lado de la calle, en la acera oscura. No me pareció que hubiesen tiroteado a nadie en su interior. Tom Sneyd encontró su gorra en la guantera, y se subió a toda prisa tras el volante.

—Con esto queda todo arreglado, ¿no? ¿Puedo irme?

Su voz sonaba estridente debido al alivio.

Le dije que por mí de acuerdo, y le di mi tarjeta. Era la una y doce minutos cuando daba la vuelta a la esquina. Me subí al Buick y lo metí por la rampa del garaje. Se lo dejé a un chico negro que estaba quitando el polvo de los coches con movimientos lentos. Yo me dirigí hacia el vestíbulo.

El recepcionista era un joven de aspecto ascético que leía un libro titulado *Apelaciones en California* a la luz de la centralita telefónica. Me dijo que Lou no estaba y que no se encontraba allí a las once, cuando él empezó su turno. Después de una breve discusión sobre lo tardío de la hora y la importancia de mi visita, llamó a la habitación de Lou, pero no obtuvo respuesta.

Salí y me senté en el Marmon unos minutos, fumé un poco y di unos tragos a mi botella de Canadian Club. Luego volví al Carillon y me metí en una cabina telefónica. Marqué el número de *Telegram*, pregunté por la sección de noticias locales y me pasaron con un hombre llamado Von Ballin.

Éste lanzó una exclamación cuando le dije quién era.

—¿Todavía va andando por ahí? Eso sólo ya es una noticia. Pensaba que a estas alturas los amigos de Manny Tinnen le tendrían criando malvas.

Yo dije:

—Ya basta, escuche esto. ¿Conoce a un hombre llamado Lou Harger? Es un jugador. Tenía un local que cerraron después de una redada, hará más o menos un mes. Von Ballin dijo que no conocía personalmente a Lou, pero que sabía quién era. —¿Quién de su periodicucho podía conocerle

realmente bien?

Él pensó un momento.

—Hay un tipo llamado Jerry Cross por aquí —contestó—, que se supone que es experto en vida nocturna. ¿Qué quería saber?

—Adónde podría ir, si quisiera celebrar algo —dije. Y luego le conté parte de la historia, aunque no demasiada. Me callé la parte en la que me dejaban noqueado y todo lo del taxi—. No ha aparecido por su hotel —acabé—. Tengo que ponerme en contacto con él.

—Bueno, si es usted amigo suyo...

—Sí, suyo sí, pero no de sus colegas —dije, abruptamente.

Von Ballin se interrumpió un momento para chillarle a alguien que cogiera el teléfono que sonaba y luego me dijo en voz baja, pegado al auricular:

—Vamos, siga, hijo. Adelante.

—Está bien. Pero hablo con usted, y no con su periódico. Me han dejado inconsciente y he perdido el arma al salir del local de Canales. Lou y su chica han cambiado su coche por un taxi que han encontrado. Y ahora han desaparecido. Esto no me gusta. Lou no estaba tan borracho como para ir dando vueltas por la ciudad con tanta pasta en el bolsillo. Y aunque lo hubiera estado, la chica no le habría dejado. Ella tiene los pies en el suelo.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Von Ballin—. Pero no suena nada prometedor. Ya le daré un toque.

Le dije que vivía en el Merritt Plaza, por si se había olvidado, salí y me volví a meter en el Marmon. Volví a casa, me envolví la cabeza en unas toallas calientes quince minutos, luego me puse el pijama y fui bebiendo *whisky* caliente con limón y llamando al Carillon de vez en cuando. A las dos y media Von Ballin me llamó y me dijo que no había habido suerte. No habían localizado a Lou, no estaba en ningún hospital y no había aparecido en ninguno de los clubes que se le ocurrían a Jerry Cross.

A las tres llamé al Carillon por última vez, y al fin apagué la luz y me fui a dormir.

Al día siguiente por la mañana las cosas estaban igual. Intenté seguir la pista de la pelirroja. Había veintiocho personas llamadas Glenn en el listín telefónico, entre ellas tres mujeres. Una no respondía, y las otras dos me aseguraron que no eran pelirrojas. Una incluso se ofreció a demostrármelo.

Me afeité, me duché, desayuné y bajé andando por la colina tres manzanas hasta el edificio Condor.

La señorita Glenn estaba sentada en mi diminuta salita de recepción.

Abrí la otra puerta, ella entró y se sentó en la misma silla donde Lou había estado sentado la tarde anterior. Abrí algunas ventanas, cerré la puerta exterior de la salita de recepción, y saqué una cerilla para encender el cigarrillo que ella sujetaba en la mano izquierda, sin guante ni anillo alguno.

Iba vestida con una blusa y una falda de cuadros, con un abrigo suelto por encima, y un sombrero ajustado lo bastante pasado de moda como para sugerir una racha de mala suerte. Pero le ocultaba casi todo el cabello. Su piel no llevaba maquillaje alguno, parecía tener unos treinta años y su rostro tenía el aspecto huraño de alguien que está exhausto.

Sujetaba el cigarrillo con una mano casi demasiado firme, una mano en guardia. Yo me senté y esperé a que ella hablase.

Ella miraba la pared que estaba por encima de mi cara y no decía nada. Al cabo de un rato, llené mi pipa y fumé durante un minuto, más o menos. Luego me levanté y fui hacia la puerta que comunicaba con el vestíbulo, y recogí un par de cartas que alguien había echado a través de la ranura.

Me volví a sentar ante el escritorio, eché una ojeada a las cartas, leí una de ellas un par de veces, como si hubiera estado solo. Mientras hacía todo eso no la miraba directamente ni le hablaba, pero de todos modos la seguía vigilando. Ella parecía una dama que se arma de valor para acometer algo.

Finalmente hizo un movimiento. Abrió un bolso grande y negro de piel que llevaba y sacó un grueso sobre marrón, quitó una goma elástica que lo sujetaba y lo dejó reposar en las palmas de ambas manos, con la cabeza algo echada hacia atrás y el cigarrillo chorreando humo gris desde la comisura de su boca.

Dijo muy despacio:

—Lou decía que si alguna vez me pillaba la lluvia, tenía que venir a verme. Y ahora llueve muy fuerte donde yo estoy.

Miré el sobre marrón.

—Lou es un buen amigo mío —dije yo—. Haría cualquier cosa razonable por él. E incluso algunas cosas poco razonables... como lo de anoche. Eso no significa que Lou y yo siempre juguemos al mismo juego.

Ella aplastó el cigarrillo en el cuenco de cristal del cenicero y dejó que fuera humeando. Una llama oscura ardió súbitamente en sus ojos, y luego se extinguió.

—Lou ha muerto —dijo con voz inexpresiva.

Yo cogí un lápiz y apreté con él el extremo ardiente del cigarrillo hasta que dejó de humear.

Ella siguió hablando:

—Un par de chicos de Canales se lo cargaron en mi piso... con un disparo de un arma pequeña que parecía la mía. La mía había desaparecido cuando la busqué después. Me he pasado la noche entera con él allí, muerto... Tenía que hacerlo.

De repente se derrumbó. Puso los ojos en blanco, se le cayó la cabeza y golpeó el escritorio. Se quedó quieta, con el sobre marrón delante de las manos flácidas.

Abrí un cajón y saqué una botellita y un vaso, vertí un poco de licor fuerte y di la vuelta con el vasito, y la incorporé en la silla. Apoyé el borde del vaso con fuerza en sus labios... con una fuerza

tal que hacía daño. Ella luchó y tragó. Parte del licor le cayó por la barbilla, pero la vida volvió a sus ojos.

Dejé el *whisky* delante de ella y me volví a sentar. La solapa del sobre se había abierto lo suficiente para ver que dentro había dinero en efectivo, fajos y más fajos.

Ella empezó a hablar con voz ausente.

—Le pedimos al cajero que nos diera billetes grandes, pero de todos modos abulta mucho. Hay veintidós mil justos en el sobre. Me he guardado unos cuantos cientos que sobran. Lou estaba preocupado. Se imaginaba que sería muy fácil para Canales ir a por nosotros. Aunque usted hubiese estado justo detrás de nosotros, no habría sido capaz de hacer gran cosa.

Yo dije:

—Canales perdió el dinero a plena vista de todo el que estaba allí. Fue una buena publicidad... aunque duela reconocerlo.

Ella siguió hablando, como si yo no hubiese dicho nada.

—Yendo por la ciudad vimos a un taxista que estaba sentado en su taxi aparcado, y Lou tuvo una idea. Le ofreció al chico un billete de los grandes para llevarnos el taxi a San Angelo y que él devolviera el Buick al hotel al cabo de un rato. El chico accedió y fuimos a otra calle e hicimos el cambio. Sentimos tener que abandonarle a usted, pero Lou dijo que no le importaría. Y que quizá tuviéramos la oportunidad de recogerle.

»Lou no fue a su hotel. Cogimos otro taxi y nos fuimos a mi casa. Vivo en el Hobart Arms, en el número 800 de South Minter. Allí no te hacen preguntas en recepción. Subimos a mi apartamento, encendimos la luz y aparecieron dos individuos con caretas detrás de la pared que separa el salón y el comedor. Uno era bajito y delgado, y el otro era un hombre grandote con una barbilla que sobresalía debajo de la careta como una repisa. Lou hizo un movimiento en falso y el hombre alto le disparó una sola vez. El disparo sonó apagado, no muy fuerte, y Lou cayó al suelo y ya no se movió.

Yo dije:

—Debían de ser los que me engañaron como a un chino. Todavía no le he contado eso.

Ella tampoco pareció oír aquella historia. Tenía la cara muy blanca y serena, pero tan inexpresiva como si fuera de yeso.

—Quizá sería mejor que tomara otro dedito —dijo.

Serví unos tragos para los dos y nos los bebimos. Ella siguió:

—Fueron a por nosotros, pero nosotros ya no teníamos el dinero. Nos habíamos parado en un *drugstore* abierto toda la noche y habíamos hecho que pesaran el paquete y lo habíamos enviado por correo en una estafeta. Registraron todo el apartamento, pero claro, nosotros acabábamos de llegar y no habíamos tenido tiempo de esconder nada. El tipo alto me dio un puñetazo y cuando me desperté, habían desaparecido y estaba allí sola con Lou muerto en el suelo.

Señaló una marca que tenía en la mandíbula. Se veía algo, pero no se notaba demasiado. Me removí un poco en la silla y dije:

—Les adelantaron al dirigirse hacia allí. Si hubieran sido listos, habrían inspeccionado a un taxi parado en aquella calle. ¿Cómo sabían adónde ir?

—He pensado en ello durante la noche —dijo la señorita Glenn—. Canales sabe dónde vivo. Me siguió a casa una vez e intentó que le dejara subir.

—Sí —afirmé—, pero ¿por qué fueron a su casa, y cómo consiguieron entrar?

—Eso no es difícil. Hay una cornisa justo debajo de las ventanas, y se puede subir a ella desde la escalera de incendios. Probablemente tenían otros tipos cubriendo el hotel de Lou. Pensamos en esa posibilidad, pero no se nos ocurrió que conocieran mi casa.

—Cuénteme el resto —dije.

—El dinero me lo envié a mí misma —explicó la señorita Glenn—. Lou era un chico estupendo, pero una chica tiene que protegerse... Por eso he tenido que quedarme allí toda la noche, con Lou muerto en el suelo. Hasta que ha llegado el correo. Entonces he venido directa aquí.

Me levanté y miré por la ventana. Una chica gorda aporreaba una máquina de escribir al otro lado del patio. Oía el tecleo. Me volví a sentar, mirándome el pulgar.

—¿Pusieron su arma allí? —pregunté.

—No, a menos que esté debajo del cuerpo. Ahí no miré.

—La dejaron ir con demasiada facilidad. Quizá no fuese Canales, ni mucho menos. ¿Lou le contó muchas cosas?

Ella meneó negativamente la cabeza. Sus ojos eran ahora de un azul pizarra, y pensativos, sin aquella mirada neutra.

—Está bien —dije—. ¿Qué quería que hiciese yo con todo esto?

Ella entrecerró un poco los ojos, luego levantó una mano y empujó el abultado sobre lentamente por encima del escritorio.

—No soy ninguna ingenua y estoy metida en un buen lío. Pero no quiero que me dejen pelada, de todos modos. La mitad de este dinero es mío, y quiero conservarlo y salir bien parada. La mitad, justa. Si hubiese llamado a las autoridades la noche pasada, habrían encontrado una forma de birlármelo... Creo que a Lou le habría gustado que usted se quedara su mitad, si quiere jugar conmigo.

Yo dije:

—Es mucho dinero para hacer ostentación de él delante de un detective privado, señorita Glenn. —Sonreí, cansado—. Ha perdido puntos por no haber llamado a la poli anoche. Pero tiene respuestas para todo lo que le quieran preguntar. Creo que será mejor que vaya ahora mismo y vea lo que se ha roto, si hay algo.

Ella se inclinó hacia delante, rápidamente, y dijo:

—¿Se encargará de guardar el dinero? ¿Se atreve?

—Claro. Ahora mismo me voy a la calle y lo guardo en una caja de seguridad. Usted puede quedarse una de las llaves, y ya hablaremos largo y tendido más tarde. Creo que sería una idea estupenda que Canales supiera que tiene que hablar conmigo, y mucho mejor aún si se escondiera en un hotelito donde tengo un amigo... al menos hasta que yo husmee un poquito por ahí.

Ella asintió. Me puse el sombrero y me metí el sobre dentro del cinturón. Salí, después de decirle que había un arma en el cajón superior izquierdo, por si se ponía nerviosa.

Cuando volví no parecía haberse movido. Pero me dijo que había telefoneado a casa de Canales y había dejado un mensaje para él que ella pensaba que entendería.

Fuimos por caminos bastante intrincados hasta el Lorraine, en Brant y la avenida C. Nadie nos disparó al ir hacia allí, y por lo que yo pude ver, tampoco nos siguieron.

Estreché la mano a Jim Dolan, conserje de día del Lorraine, con un billete de veinte doblado en la mano. Él se llevó la suya al bolsillo y dijo que procuraría que nadie molestara a «la señorita Thompson».

Me fui. En el periódico del mediodía no venía nada sobre Lou Harger, del Hobart Arms.

El Hobart Arms era un edificio de apartamentos situado en una manzana con otros edificios similares. Tenía seis pisos de alto y la fachada color beis. Se veían muchos coches aparcados junto a ambas aceras, a lo largo de toda la manzana. Pasé con el coche despacio, examinando la situación. Aquel barrio no parecía haberse visto alterado por nada en un pasado inmediato. Tenía un aspecto pacífico y soleado, y los coches aparcados parecían seguros, como si estuvieran a gusto, en su casa.

Di la vuelta por una calle vallada con tablas a ambos lados y con un montón de endeble garajes que interrumpían la valla. Aparqué junto a uno que tenía un letrero de «Se alquila» y pasé entre dos cubos de basura al patio de cemento del Hobart Arms, en la parte lateral de la calle. Un hombre estaba metiendo unos palos de golf en el maletero de un cupé. En el vestíbulo, un filipino pasaba el aspirador por la alfombra y una judía de piel oscura escribía ante la centralita.

Subí en el ascensor y recorrí un pasillo hasta la última puerta de la izquierda. Llamé, esperé, volví a llamar y entré con la llave de la señorita Glenn.

No había ningún muerto en el suelo.

Me miré en el espejo que había detrás de una cama plegable, atravesé la habitación y miré por una ventana. Debajo de ésta se encontraba un antepecho que en tiempos había sido un remate. Corría a lo largo de la salida de incendios. Hasta un ciego podía haber salido por allí. No vi ningún tipo de huellas de pies en el polvo.

Tampoco vi nada en el comedor ni en la cocina, salvo lo habitual. En la habitación había una alegre alfombra y tenía las paredes pintadas de gris. En el rincón, en torno a una papelera, había mucha basura tirada, y un peine del tocador todavía conservaba algunos cabellos pelirrojos. Los armarios no contenían otra cosa que algunas botellas de ginebra.

Volví al salón, miré detrás de la cama plegable, remoloneé por allí un minuto y luego salí del apartamento.

El filipino del vestíbulo había avanzado tres metros con el aspirador. Me apoyé en el mostrador junto a la centralita.

—¿La señorita Glenn?

La judía de piel oscura dijo:

—Cinco dos cuatro —y puso una marca de comprobación en una lista de lavandería.

—No está. ¿Ha estado por aquí hace poco?

Levantó la vista y me miró.

—No me he fijado. ¿Qué pasa... alguna factura?

Dije que era sólo un amigo, le di las gracias y me fui. Quedaba demostrado el hecho de que no había habido jaleo en el apartamento de la señorita Glenn. Volví al callejón y al Marmon.

De todos modos no me había creído mucho lo que me contó la señorita Glenn.

Crucé Cordova, avancé una manzana más y me detuve junto a un *drugstore* olvidado que dormía detrás de dos falsos pimenteros gigantes y un escaparate polvoriento y atestado. Había una solitaria cabina de teléfonos en un rincón. Un viejo arrastró los pies hacia mí, esperanzado, y luego se alejó cuando vio lo que quería, se bajó las gafas de metal hasta la punta de la nariz y se volvió a sentar con su periódico.

Metí la moneda, marqué, y una voz de muchacha dijo:

—¡Telegraaama! —arrastrando un poquito las palabras.

Pregunté por Von Ballin.

Cuando me pusieron, y él supo quién era, le oí aclararse la garganta. Luego se acercó más al teléfono y dijo, con claridad:

—Tengo algo para usted, pero es malo. Lo siento muchísimo. Su amigo Harger está en la morgue. Nos hemos enterado hace diez minutos.

Me apoyé en la pared de la cabina y noté de pronto los ojos muy cansados. Dije:

—¿Y qué más sabe?

—Un par de polis con el radiopatrulla le encontraron en un jardín, en West Cimarron. Le habían disparado en el corazón. Ocurrió anoche, pero no sé por qué motivo acaban de hacer pública la identificación ahora mismo.

Yo dije:

—¿West Cimarron? Bueno, habrá que ocuparse de eso. Ya nos veremos.

Le di las gracias y colgué. Me quedé un momento mirando a través del cristal a un hombre de mediana edad, canoso, que había entrado en la tienda y andaba husmeando por el expositor de las revistas.

Luego metí otra moneda y marqué el teléfono del Lorraine, y pregunté por el recepcionista.

Le dije:

—¿Puedes hacer que tu chica me pase con la pelirroja, Jim?

Saqué un cigarrillo y lo encendí, exhalé el humo al cristal de la puerta. El humo se aplastó contra el cristal y formó remolinos en aquel aire cerrado. Luego se oyó un clic y la voz de la operadora dijo: «lo siento, no responden».

—Ponme con Jim otra vez —dije. Luego, cuando él respondió—: ¿Podrías perder un momento subir y ver por qué no contesta al teléfono? A lo mejor es que no se fia...

Jim contestó:

—Desde luego. Enseguida voy arriba con una llave.

El sudor brotaba de todo mi cuerpo, dejé el auricular apoyado en un pequeño estante y abrí la puerta de la cabina. El hombre canoso levantó la vista rápidamente desde las revistas, frunció el ceño y se miró el reloj de pulsera. El humo salió de la cabina. Al cabo de un momento volví a cerrar la puerta con el pie y recogí de nuevo el receptor.

La voz de Jim parecía venir desde muy lejos.

—No está. Quizá haya salido a dar un paseo.

Yo dije:

—Sí... o quizá una vueltecita en coche.

Colgué y salí de la cabina. El desconocido canoso dejó una revista de golpe, tan fuerte que se cayó al suelo. Se agachó a recogerla y yo pasé por su lado. Él se enderezó justo detrás de mí y dijo con voz tranquila pero firme:

—Las manos bajas, y tranquilo. Sal hacia tu cacharro. Esto son negocios. Por el rabillo del ojo veía al viejo mirándonos, medio cegato. Pero aunque consiguiera distinguirnos a aquella distancia, no había nada que ver. Algo se apoyó en mi espalda. Quizá fuese un dedo, pero me pareció que no

era así. Salimos de la tienda con total tranquilidad.

Un coche largo y gris estaba aparcado junto al Marmon. La portezuela trasera estaba abierta y un hombre con la cara cuadrada y la boca torcida estaba de pie, con un pie apoyado en el estribo. La mano derecha la tenía detrás del cuerpo, metida en el coche.

El hombre que iba conmigo dijo:

—Métete en tu coche y ve hacia el oeste. Coge la primera esquina y avanza a cuarenta por hora, no más.

La calle estrecha estaba soleada y tranquila, y los falsos pimenteros susurraban. El tráfico corría por Cordova, a sólo una manzana de distancia. Me encogí de hombros, abrí la portezuela de mi coche y me metí tras el volante. El hombre canoso entró rápidamente a mi lado, sin perder de vista mis manos. Movié la mano derecha, en la que llevaba una pistola de cañón chato.

—Cuidado cuando saques las llaves, amigo.

Tuve cuidado. Cuando di el contacto, se cerró otra puerta de coche detrás, luego se oyeron unos pasos rápidos y alguien se metió en el asiento de atrás del Marmon. Metí el embrague y avancé doblando la esquina. En el retrovisor veía que el coche gris también daba la vuelta, detrás. Luego se quedó un poco rezagado.

Me dirigí hacia el oeste por una calle paralela a Cordova y, cuando hubimos recorrido una manzana y media, una mano se apoyó en mi hombro desde atrás y me quitó la pistola. El hombre canoso apoyó su chato revólver en su pierna y me palpó cuidadosamente con la mano libre. Se echó atrás, satisfecho.

—Bien. Ahora ve a la calle principal y cógela —dijo—. Pero no intentes rozar un coche patrulla, si ves alguno... O si crees que puedes hacerlo, inténtalo y verás.

Hice los dos giros, aceleré a sesenta por hora y me mantuve ahí. Atravesamos algunos distritos residenciales bastante bonitos, y luego el paisaje empezó a ser menos poblado. Cuando ya estaba bastante solitario, el coche gris que nos seguía se quedó atrás, se volvió hacia la ciudad y desapareció.

—¿Por qué me habéis cogido? —pregunté.

El hombre canoso se echó a reír y se frotó la amplia barbilla roja.

—Sólo son negocios. El gran jefe quiere hablar contigo.

—¿Canales?

—¡Qué Canales ni qué mierda! He dicho el gran jefe.

Miré al tráfico, el que había allí a lo lejos, y no hablé durante unos minutos. Luego dije:

—¿Por qué no me habéis cogido en el apartamento, o en el callejón? —Queríamos asegurarnos de que no estabas cubierto.

—¿Quién es ese gran jefe?

—Olvídate de eso... hasta que te llevemos allí. ¿Algo más?

—Sí. ¿Puedo fumar?

Sujeté el volante mientras yo encendía un cigarrillo. El hombre del asiento de atrás no había dicho ni una sola palabra en todo aquel tiempo. Al cabo de un rato, el hombre canoso hizo que me levantara y me cambiara de lado, y condujo él.

—Yo tenía un coche de éstos hace seis años, cuando era pobre —exclamó, jovialmente.

No se me ocurría ninguna buena respuesta para aquello, de modo que me limité a dejar que el humo penetrase en mis pulmones y me pregunté por qué los asesinos no se habían quedado con el dinero, si habían matado a Lou en West Cimarron. Y si realmente había muerto en el apartamento de la señorita Glenn, ¿por qué alguien se había tomado la molestia de llevarle nada menos que hasta West Cimarron?

Al cabo de veinte minutos estábamos al pie de las colinas. Pasamos por un cerro escarpado, bajamos por una larga cinta blanca de hormigón, cruzamos un puente, subimos hasta la mitad de la colina siguiente y luego dimos la vuelta por una carretera de grava que desaparecía en torno a un repecho con chaparros y manzanitas. Unos penachos de paja brava se agitaban en las laderas de aquella colina, como chorros de agua. Las ruedas crujían en la grava y derrapaban en las curvas.

Llegamos a una cabaña de monte con un amplio porche y unos cimientos de grandes losas unidas con cemento. Las aspas de un generador daban vueltas lentamente en la cima de un espolón, a treinta metros por encima de la cabaña. Un arrendajo azul de las montañas atravesó la carretera como un rayo, se elevó de pronto, giró en un ángulo agudo y cayó fuera de la vista como una piedra.

El hombre canoso llevó el coche hasta el porche, junto a un cupé Lincoln marrón, apagó el motor y tiró del largo freno de mano del Marmon. Sacó las llaves, cerró con cuidado el llavero de piel que las guardaba y se lo metió en el bolsillo.

El hombre que iba en el asiento trasero salió y abrió la portezuela de mi lado. Llevaba una pistola en la mano. Yo salí. El canoso también. Todos entramos en la casa.

Había una habitación grande con las paredes de pino nudoso, muy bien pulido. La atravesamos, pasando sobre unas alfombras indias, y el hombre canoso llamó con cuidado a una puerta.

Una voz exclamó:

—¿Qué hay?

El canoso acercó mucho la cara a la puerta y dijo:

—Beasley... y el tipo con el que quería hablar.

La voz del interior dijo «adelante». Beasley abrió la puerta, me empujó al interior y cerró detrás de mí.

Aquella era otra habitación grande, con las paredes también de pino nudoso y alfombras indias en el suelo. Un fuego de madera recuperada siseaba y crepitaba en un hogar de piedra.

El hombre que se encontraba sentado detrás de un sobrio escritorio era Frank Dorr, el político.

Era ese tipo de hombre a quien le gusta tener un escritorio delante, apoyaba su grueso estómago en él y jugueteaba con las cosas que tenía encima, con aire astuto. Tenía la cara gruesa, turbia, una franja fina de pelo blanco que sobresalía algo tieso, los ojos pequeños y agudos y unas manos menudas y delicadas.

Por lo que podía ver iba vestido con un traje gris bastante desaliñado, y tenía un enorme gato negro persa en el escritorio, ante él. Iba rascando la cabeza del gato con una de sus manos pequeñas y pulcras, y el gato se apoyaba en aquella mano. El rabo, movable, se agitaba por encima del borde del escritorio y volvía a caer.

—Siéntese —dijo el hombre, sin apartar la mirada del gato.

Me senté en una silla de cuero con el asiento muy bajo. Dorr dijo:

—¿Qué le parece todo esto? Es bonito, ¿verdad? Éste es *Toby*, mi novia. La única novia que tengo. ¿Verdad, Toby?

Yo dije:

—Sí, me gusta mucho este sitio... pero no me gusta nada la forma en que he llegado aquí.

Dorr levantó la cabeza unos centímetros y me miró con la boca ligeramente abierta. Tenía los dientes bonitos, pero no habían crecido en su boca. Dijo:

—Soy un hombre ocupado, hermano. Era más sencillo que discutir. ¿Quiere un trago?

—Claro que quiero un trago —dije.

El hombre apretó suavemente la cabeza del gato entre las palmas de sus manos, luego lo apartó de él y apoyó ambas manos en los brazos de su sillón. Empujó fuerte y la cara se le puso un poco roja, y al final consiguió ponerse en pie. Andando como un pato se dirigió hacia un pequeño armario empotrado y sacó una botella achaparrada de *whisky* y dos vasitos con vetas doradas.

—No hay hielo hoy —dijo, mientras volvía anadeando al escritorio—. Tendremos que beberlo solo.

Sirvió dos vasos, hizo un gesto y yo me acerqué y cogí el mío. Él volvió a sentarse. Yo también me senté con mi bebida. Dorr encendió un largo cigarro marrón, empujó la caja cinco centímetros en mi dirección, se arrellanó en su sillón y me miró completamente relajado.

—Usted es el hombre que delató a Manny Tinnen —dijo—. Eso no está bien.

Yo bebí un poquito de *whisky*. Era bastante bueno.

—A veces la vida se complica —siguió Dorr, con la misma voz tranquila y relajada—. La política, aunque resulta muy divertida, ataca los nervios. Usted ya me conoce. Soy duro, y consigo todo lo que quiero. Hay muchísimas cosas, un montón, que no quiero, pero las que quiero... las quiero de verdad. Y la verdad es que no me importa demasiado cómo conseguirlas.

—Tiene usted esa reputación —dije, educadamente.

Los ojos de Dorr chispearon. Miró al gato, lo atrajo hacia él tirando de la cola, le dio la vuelta de lado y empezó a acariciarle el estómago. Al gato parecía que le gustaba.

Dorr me miró y me dijo, con un tono muy dulce:

—Usted se cargó a Lou Harger.

—¿Qué le hace pensar tal cosa? —pregunté, sin poner un énfasis particular.

—Usted mató a Lou Harger. Igual se lo merecía... pero fue usted quien lo hizo. Le dispararon una vez atravesándole el corazón, con una treinta y ocho. Usted lleva una treinta y ocho, y se dice que es buen tirador. Estaba con Lou Harger en Las Olindas anoche y le vio ganar un montón de dinero. Se suponía que iba a hacerle de guardaespaldas, pero se le ocurrió una idea mejor. Los alcanzó a él y a esa chica en West Cimarron, le dio a Harger lo suyo y cogió el dinero.

Me acabé el *whisky*, me levanté y me serví un poco más.

—Hizo un trato con la chica —siguió Dorr—, pero el trato no funcionó. A ella se le ocurrió una idea mejor. Pero no importa, porque la policía encontró su pistola junto a Harger. Y usted tiene la pasta.

Yo dije:

—¿Estoy en busca y captura, pues?

—No, hasta que yo dé la orden... Y el arma no ha sido entregada... Tengo un montón de amigos, ya sabe.

Dije, lentamente:

—Me dejaron inconsciente cuando salí del antro de Canales. Me estuvo bien empleado. Me quitaron el arma. No perseguí a Harger, en realidad no volví a verle. La chica ha venido esta mañana

a verme con el dinero en un sobre y contándome que habían matado a Harger en su apartamento. Y por eso tengo el dinero... para ponerlo a buen recaudo. Yo no estaba muy seguro de que lo que contaba la chica fuese cierto, pero el hecho de que trajera el dinero ha inclinado bastante la balanza. Y Harger era amigo mío. Así que he empezado a investigar.

—Tendría que haber dejado que lo hiciera la policía —dijo Dorr, sonriendo.

—Existía la posibilidad de que hubieran tendido una trampa a la chica. Además, también existía la posibilidad de que pudiera ganarme unos cuantos dólares... legítimamente. Algunas veces ha ocurrido, hasta en San Angelo.

Dorr blandió un dedo ante la cara del gato y éste lo mordió, con expresión ausente. Luego se apartó de él, se sentó en una esquina del escritorio y empezó a chuparse un dedo de la pata posterior.

—Veintidós de los grandes, y la chica se lo pasa a usted para que lo guarde —dijo Dorr—. Qué encanto la chica, ¿no? Usted tenía la pasta, Harger fue asesinado con su arma. La chica ha desaparecido... pero yo podría traerla otra vez. Creo que sería un buen testigo, si lo necesitamos.

—¿Estaba trucado el juego en Las Olindas? —pregunté.

Dorr se acabó la bebida y apretó los labios de nuevo en torno al cigarro.

—Claro —dijo, despreocupadamente—. El *croupier*, un tipo que se llama Pina, estaba en el ajo. La ruleta estaba cableada para el doble cero. El viejo truco de siempre. Un botón de cobre en el suelo, un botón de cobre en la suela del zapato de Pina, el cable que sube por su pierna, unas pilas en el bolsillo lateral... Lo de siempre.

Dije:

—Canales no parecía saberlo.

Dorr echó una risita.

—Sabía perfectamente que la ruleta estaba amañada. Lo que no sabía es que su jefe de *croupiers* trabajaba para el equipo contrario.

—Me resultaría odioso ser Pina —dije.

Dorr hizo un movimiento displicente con su cigarro.

—Ya se han encargado de él... El juego fue cuidadoso y tranquilo. No hacían grandes apuestas caprichosas, sólo apuestas medianas, y no siempre ganaban. No podían. Ninguna ruleta trucada es tan buena.

Yo me encogí de hombros y me moví en mi silla.

—Sabe usted mucho del asunto. ¿Todo esto ha sido para ajustar cuentas conmigo?

Él sonrió.

—¡No, demonios! Algunas cosas, sencillamente, han ocurrido... como ocurre con todos los planes, incluso con los mejores. —Agitó su cigarro, y un hilo de humo gris se elevó formando volutas ante sus astutos ojillos. Se oía el sonido apagado de una conversación en la sala exterior—. Tengo contactos a los que debo complacer... aunque no me guste lo que se traen entre manos —añadió, con sencillez.

—¿Como Manny Tinnen? —pregunté—. Iba mucho por el ayuntamiento, sabía demasiado. Bien mister Dorr. ¿Qué está pensando que haga por usted? ¿Que me suicide?

Él se echó a reír. Sus gordos hombros se agitaron alegremente. Levantó una de sus diminutas manos en dirección a mí.

—No se me ocurriría nada semejante —dijo, secamente—, y lo contrario es mejor negocio para mí. La opinión pública está pendiente de la muerte de Shannon. No estoy seguro de que ese piojo de fiscal del distrito no sea capaz de condenar a Tinnen sin usted... si consigue venderle a la gente que alguien le ha quitado de en medio para cerrarle la boca.

Me levanté de mi silla, me adelanté y me apoyé en el escritorio, acercándome a Dorr.

Éste exclamó con una voz un poco aguda, jadeando:

—¡No haga tonterías!

Llevó la mano a un cajón y lo abrió a medias. Los movimientos de sus manos eran muy rápidos, en contraste con los de su cuerpo.

Yo sonreí mirando su mano, y él la retiró del cajón. Vi un arma dentro de aquel cajón. Dije:

—Ya he hablado con el jurado de la acusación.

Dorr se echó hacia atrás y me sonrió.

—La gente comete errores —dijo—. Hasta los detectives privados más listos... Ha podido usted cambiar de opinión... y ponerlo por escrito.

Yo respondí con calma.

—No. Me acusarían de cometer perjurio, y me las cargaría. Preferiría que me acusaran de asesinato... con ese muerto sí que puedo cargar. Fenweather, sobre todo, querrá que cargue. No quiere inutilizarme como testigo. El caso Tinnen es demasiado importante para él.

Dorr dijo, con voz neutra:

—Entonces tendrá que cargar con ese mochuelo, hermano. Y después de que le echen toda la mierda encima, le quedarán las manos tan sucias que ningún jurado condenará a Manny basándose sólo en su palabra.

Levanté la mano despacio y acaricié la oreja del gato.

—¿Y qué hay de los veintidós de los grandes?

—Podrían ser todos suyos, si quiere entrar en el juego. Después de todo, el dinero no es mío... Si Manny sale libre, yo podría añadir un poco más de mi dinero.

Hice cosquillas al gato debajo de la barbilla y empezó a ronronear. Lo recogí y lo sostuve suavemente en brazos.

—¿Quién mató a Lou Harger, Dorr? —pregunté, sin mirarlo.

Él negó con la cabeza. Yo le miré, sonriente.

—Tiene usted un gato muy bonito —dije.

Dorr se humedeció los labios.

—Parece que usted le gusta a ese hijo de puta —sonrió.

Parecía complacido con la idea.

Yo asentí... y le arrojé el gato a la cara.

Él chilló, pero levantó las manos para recibir al gato. El gato se retorció con agilidad en el aire y aterrizó con las garras delanteras en guardia. Una de ellas abrió la mejilla de Dorr como si fuera la piel de un plátano. El hombre chilló muy fuerte.

Yo ya había sacado la pistola del cajón y tenía la boca del cañón apoyada en la nuca de Dorr cuando Beasley y el hombre de la cara cuadrada entraron corriendo.

Durante un instante aquello pareció una escena muda. Luego el gato se desprendió de los brazos

de Dorr, saltó al suelo y se metió bajo el escritorio. Beasley levantó su pistola de cañón chato, pero no parecía que estuviera muy seguro de lo que iba a hacer con ella.

Yo apreté el cañón de mi arma muy fuerte contra la nuca de Dorr y dije:

—Frankie la ha conseguido primero, chicos... Y no es broma.

Dorr gruñó, delante de mí.

—Tranquilos —murmuró a sus matones. Se sacó un pañuelo del bolsillo del pecho y se limpió con él la sangre de la mejilla abierta. El hombre de la boca torcida empezó a deslizarse pegado a la pared.

Yo le dije:

—Ni se le ocurra. Estoy disfrutando de todo esto, pero no soy tonto. Así que clave los tacones ahora mismo.

El hombre de la boca torcida dejó de desplazarse y me dirigió una mirada hosca. Llevaba las manos bajas.

Dorr se volvió a medias e intentó hablarme por encima de su hombro. No veía su cara lo suficiente para captar su expresión, pero no parecía asustado. Dijo:

—Con esto no conseguiré nada. Podría haber hecho que le dejaran fuera de combate con facilidad, si hubiera querido. Y ahora, ¿en qué situación se encuentra? No puede disparar a todo el mundo sin meterse en un lío mucho mayor que lo que le pedía que hiciera. A mí me parece un callejón sin salida.

Pensé un momento mientras Beasley me miraba casi con amabilidad, como si todo aquello no fuese más que pura rutina para él. En cuanto al otro hombre, no tenía nada de amable. Agucé el oído, pero el resto de la casa parecía bastante silenciosa.

Dorr se echó hacia delante apartándose de la pistola y dijo:

—¿Bien...?

Yo respondí:

—Voy a salir. Tengo una pistola, y supongo que puedo cargarme a todo el mundo con ella, si no me queda más remedio. En realidad no quiero hacerlo, y si hace que Beasley me arroje mis llaves y que el otro deje de apuntarme con su pistola, me olvidaré del secuestro.

Dorr movió los brazos como si empezara a encogerse de hombros perezosamente.

—¿Y luego qué?

—Piense un poco mejor su plan —dije—. Si me diera una protección suficiente, yo podría ponerme de su parte... Y si es tan duro como cree, unas cuantas horas darán lo mismo, en un sentido u otro.

—Es una idea —dijo Dorr, y soltó una risita. Luego dijo a Beasley—: Guárdate ese chisme y dale las llaves. Y también su pistola... la que le has quitado hoy.

Beasley suspiró y se metió con mucho cuidado la mano en los pantalones. Me arrojó el llavero de cuero desde el otro lado de la habitación, hacia el final del escritorio. El hombre de la boca torcida levantó la mano, la metió en el bolsillo interior de su chaqueta y yo, mientras tanto, me escondí detrás de la espalda de Dorr. Sacó mi pistola, la dejó en el suelo y la apartó con el pie.

Yo salí de detrás de Dorr, cogí mis llaves y la pistola del suelo, y me desplazé lateralmente hacia la puerta de la habitación. Dorr me miraba con una expresión vacía, que no significaba nada. Beasley

me siguió y se apartó de la puerta al acercarme yo. Al otro hombre le costaba muchísimo estarse quieto.

Fui a la puerta y le di la vuelta a una llave que estaba puesta. Dorr dijo, en tono soñador:

—Es usted como una de esas pelotitas de goma que van al final de un elástico. Cuanto más lejos las tiras, con más fuerza rebotan.

—El elástico quizá está un poco podrido —dije, y salí por la puerta, la cerré con llave y me preparé para unos disparos que no llegaron.

Como farol, el mío era más endeble que el oro de un anillo de boda de fin de semana. Funcionó porque Dorr lo permitió, nada más.

Salí de la casa, puse en marcha el Marmon y se echó a andar a regañadientes, derrapando por el repecho de la colina y luego por la carretera abajo. No se oían sonidos de persecución detrás de mí.

Cuando llegué al puente de la carretera de hormigón eran un poco más de las dos, y fui conduciendo con una sola mano durante un rato, mientras me secaba el sudor de la nuca.

La morgue estaba al final de un pasillo largo, luminoso y silencioso, que partía de un lado del vestíbulo principal del Edificio del Condado. El pasillo acababa en dos puertas y una pared lisa, forrada de mármol. Una de las puertas tenía pintadas las palabras «Sala de Investigación» en un panel del cristal, detrás del cual no se veía luz. La otra se abría a una oficina pequeña y alegre.

Un hombre con los ojos azul claro y el pelo color rojo óxido, con la raya justo en medio de la cabeza, hojeaba unos formularios en una mesa. Levantó la vista, me vio y sonrió de repente.

Yo le dije:

—Hola, Landon... ¿Recuerda el caso Shelby?

Los ojos azules relampaguearon. El hombre se levantó y vino a mi encuentro con la mano tendida.

—Pues claro... ¿Qué puedo hacer por...? —De repente se calló y chasqueó los dedos—. ¡Demonios! Usted fue el que encontró la bala que encajaba en aquella pistola robada.

Arrojé una colilla por la ventana abierta hacia el pasillo.

—No estoy aquí por eso —dije—. Al menos, esta vez no. Hay un tipo llamado Louis Harger... le dispararon anoche, o esta mañana, en West Cimarron, creo. ¿Podría echarle un vistazo?

—No podrán impedirselo —dijo Landon.

Pasamos por una puerta en el extremo más alejado de su despacho y nos dirigimos hacia una sala toda pintada de blanco y con esmalte blanco, cristales y luces muy intensas. A lo largo de una pared se encontraba una doble hilera de contenedores grandes con unas ventanillas de cristal. A través de aquellas mirillas se veían unos bultos envueltos en sábanas blancas, y mucho más atrás, tuberías escarchadas.

Un cuerpo cubierto con una sábana yacía en una mesa alta por la cabeza y más baja por los pies. Landon apartó despreocupadamente la sábana y reveló el rostro plácido y amarillento de un hombre muerto. El largo pelo negro yacía tendido sobre una almohada pequeña, todavía empapado de agua. Los ojos estaban medio abiertos y miraban al techo sin curiosidad alguna.

Me acerqué un poco más y miré aquel rostro. Landon bajó más la sábana y dio con los nudillos en un pecho que sonó a hueco, como una tabla. Había un agujero de bala en el corazón.

—Un tiro limpio —dijo.

Yo me aparté rápidamente, saqué un cigarrillo y lo hice rodar entre los dedos. Miré al suelo.

—¿Quién lo ha identificado?

—Lo que llevaba en los bolsillos —dijo Landon—. Estamos comprobando sus huellas, por supuesto. ¿Le conoce usted?

—Sí —dije.

Landon se rascó la base de la barbilla suavemente con la uña del pulgar. Volvimos a su despacho y Landon pasó detrás de su mesa y se sentó.

Hojeó algunos documentos, separó uno de la pila y lo examinó un momento.

Dijo:

—Un coche patrulla lo encontró a las doce treinta y cinco de la noche junto a la vieja carretera que sale de West Cimarron, a medio kilómetro del lugar donde empieza el atajo. Ahora ya no se transita mucho por allí, pero el coche de policía pasa de vez en cuando, a ver si hay parejitas

metiéndose mano.

Le pregunté:

—¿Se sabe cuánto tiempo llevaba muerto?

—No mucho. Todavía estaba caliente, y las noches por allí son frías.

Me puse el cigarrillo sin encender en la boca y lo fui moviendo arriba y abajo con los labios.

—Y apuesto a que sacaron una bala del treinta y ocho de su cuerpo —dije.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Landon rápidamente.

—Sólo lo supongo. Lo parecía, por el agujero.

Él me miró con los ojos brillantes, inquisitivos. Le di las gracias, le dije que ya nos veríamos, salí y encendí el cigarrillo en el pasillo. Volví a los ascensores y me metí en uno de ellos, me dirigí al séptimo piso y luego recorrí otro pasillo exactamente igual que el de abajo, pero aquél no conducía a la morgue. Llevaba a algunos despachos pequeños y vacíos que usaban los investigadores del fiscal del distrito. A mitad de camino abrí la puerta y entré en uno de ellos.

Bernie Ohls estaba sentado ante un escritorio situado contra la pared, encorvado y desmadejado. El jefe investigador Fenweather me había dicho que fuera a verle si me metía en algún problema. Ohls era un hombre anodino, de mediana estatura, con las cejas blancas y una barbilla protuberante y profundamente hendida. En la otra pared había otro escritorio, un par de sillas, una escupidera de latón encima de una alfombrilla de goma y poca cosa más.

Ohls me dirigió un gesto informal, se levantó de su silla y pasó el cerrojo de la puerta. Luego sacó una lata plana con puritos de su escritorio, encendió uno de ellos, empujó la lata por encima de la mesa y me miró levantando la nariz. Yo me senté en una de las sillas y la incliné hacia atrás.

Ohls dijo:

—Bueno, ¿qué?

—Es Lou Harger. Pensaba que quizá no fuera él.

—No diga estupideces. Yo le podría haber dicho que era Harger.

Alguien intentó abrir la puerta, y luego llamó. Ohls no prestó atención. Quien quiera que fuese, se alejó.

Yo dije, lentamente:

—Lo mataron entre las once treinta y las doce treinta y cinco. Hubo tiempo para hacer el trabajito allí donde lo encontraron. En cambio, no hubo tiempo para hacerlo tal y como me lo contó la chica. Y yo tampoco tuve tiempo de hacerlo.

Ohls dijo:

—Sí. Quizá pueda probarlo. Y quizá pueda probar también que no lo hizo algún amigo suyo con su pistola.

Respondí:

—No es probable que un amigo mío lo matara con mi pistola... si era amigo mío.

Ohls gruñó y me sonrió agriamente, como de soslayo. Dijo:

—Sí, eso es lo que pensaría casi todo el mundo. Y por eso es posible que lo hiciera.

Dejé que las patas delanteras de mi silla se apoyaran en el suelo. Le miré.

—¿Y habría venido yo a hablarle del dinero y de la pistola... de todo lo que me relaciona con este asunto?

Ohls dijo, inexpresivo:

—Sí, lo habría hecho... si hubiera sabido de buena tinta que otra persona ya lo había contado en su lugar.

Yo dije:

—Dorr no ha perdido mucho tiempo.

Me quité el cigarrillo de los labios y lo arrojé hacia la escupidera de latón. Luego me puse en pie.

—Muy bien. Todavía no estoy en busca y captura... así que iré y contaré mi historia.

Ohls dijo:

—Siéntese un momento.

Me senté. Él se sacó el purito de la boca y lo arrojó lejos, con un gesto violento. El cigarro rodó por el linóleo marrón y se quedó humeando en un rincón. El hombre apoyó los brazos en el escritorio y tabaleó con los dedos de ambas manos. Sacó el labio inferior hacia delante, y con él presionó el superior contra los dientes.

—Probablemente Dorr sabe que está aquí —me dijo—. El único motivo de que no esté usted en un tanque del piso de arriba es que no están seguros, pero siempre será mejor darle pasaporte, por si acaso. Si Fenweather pierde las elecciones, yo estaré acabado si voy por ahí con usted.

Yo dije:

—Si consigue que condenen a Manny Tinnen, no perderá las elecciones.

Ohls cogió otro de los puritos, lo sacó de la lata y lo encendió. Recogió el sombrero de su escritorio, le dio vueltas un momento y se lo puso.

—¿Por qué le contó la pelirroja esa historia sobre el encontronazo en su apartamento, el fiambre en el suelo... toda esa comedia?

—Querían que fuera allí. Se imaginaban que iría a ver si alguien había colocado un arma... quizá para comprobar lo que ella me había dicho. Así me apartaban de la zona con más movimiento de la ciudad. Y así sabrían mejor si el fiscal tenía algunos chicos vigilando mi retaguardia.

—Eso no es más que una suposición —dijo Ohls, agriamente.

—Claro —afirmé yo.

Ohls echó a un lado sus gruesas piernas, colocó los pies firmemente en el suelo y apoyó las manos en las rodillas. El purito tembló en la comisura de sus labios.

—Me gustaría ir a conocer a algunos de esos chicos que soltaron veintidós de los grandes sólo para dar más color a un cuento de hadas —dijo, con voz desagradable.

Yo me puse en pie de nuevo y pasé junto a él, de camino hacia la puerta. Ohls dijo:

—¿Qué prisa tiene?

Me volví en redondo y me encogí de hombros, mirándole inexpresivo.

—No parece usted muy interesado.

Él se puso de pie y dijo, cansado:

—El taxista seguramente es un sinvergüenza de primera. Pero también es posible que los chicos de Dorr no supieran que él está metido en esto. Vamos a verle mientras tenga todavía los recuerdos frescos.

El garaje Green Top estaba en Deviveras, a tres manzanas al este de Main Street. Aparqué el Marmon justo enfrente de una boca de riego y salí. Ohls se desplomó en el asiento y gruñó:

—Yo me quedaré aquí. Quizá vea si alguien nos sigue.

Entré en un enorme garaje resonante, en cuyo interior sombrío algunos coches recién pintados eran como salpicaduras de color repentino. En una esquina había una oficina pequeña, sucia, con paredes de cristal, y en ella se encontraba sentado un hombre bajito con un sombrero hongo echado hacia atrás y una corbata roja anudada bajo la papada, que tenía barba de días. Estaba recortando tabaco en la palma de la mano.

Dije:

—¿Es usted el encargado?

—Sí.

—Busco a uno de sus chóferes. Se llama Tom Sneyd.

El hombre dejó el cuchillo y el rollo de tabaco y empezó a desmenuzar el tabaco cortado entre las dos palmas.

—¿Qué ocurre? —preguntó, precavido.

—Nada malo. Soy amigo suyo.

—Más amigos, ¿eh? Trabaja por las noches, míster. Así que supongo que ya no está. Diecisiete veintitrés de Renfrew. Está por el lago Gray.

—Gracias. ¿Teléfono?

—No tiene.

Saqué un mapa de la ciudad doblado de un bolsillo interior, y desdoblé parte del mapa en la mesa, delante de su nariz. El hombre pareció irritado.

—Hay uno grande en la pared —gruñó, y empezó a llenar una pipa corta con su tabaco.

—Estoy acostumbrado a éste —dije yo. Me incliné ante el mapa extendido, buscando la calle Renfrew. Luego me detuve y miré de repente la cara del hombre con sombrero hongo—. Ha recordado esa dirección muy rápido —dije.

El hombre se llevó la pipa a la boca, mordió fuerte y metió dos dedos rápidos en el bolsillo de su americana abierta.

—Otros dos hombres han preguntado por él hace un rato.

Doblé el mapa muy deprisa y me lo metí en el bolsillo mientras salía por la puerta. Recorrí la acera en unas zancadas, me metí tras el volante y arranqué.

—Se nos han adelantado —le dije a Bernie Ohls—. Dos tipos han conseguido la dirección del chico hace un rato. Es posible que...

Ohls se agarró a la portezuela del coche y soltó una palabrota mientras doblábamos por la esquina, derrapando. Yo me incliné hacia delante, encima del volante, y apreté el acelerador. En Central el semáforo estaba en rojo. Me desvié hacia una estación de servicio en una esquina, pasé entre los surtidores, aparecí de nuevo en Central y me metí como pude entre el tráfico, y luego volví a girar a la derecha, hacia el este.

Un policía de color me tocó el silbato y luego me miró intensamente, como si intentara leer el

número de la matrícula. Yo seguí avanzando.

Almacenes, un mercado, un enorme depósito de gas, más almacenes, vías de ferrocarril y dos puentes quedaron atrás. No di a tres señales de tráfico por un pelo, y me llevé por delante la cuarta. Seis manzanas después ya me seguía la sirena de un policía en moto. Ohls me pasó una estrella de bronce y la asomé fuera del coche, haciéndola girar para que captara la luz del sol. La sirena se paró. La motocicleta siguió detrás de nosotros una docena de manzanas más y luego se desvió.

Gray es un lago artificial formado en un valle entre dos grupos de colinas, en el extremo este de San Angelo. Unas calles estrechas, pero con pavimento caro, serpentean en torno a las colinas, describiendo elaboradas curvas a lo largo de sus flancos para el beneficio de unas cuantas casitas baratas y desperdigadas.

Nos adentramos en las colinas, leyendo los letreros de las calles a la carrera. La seda gris del lago se alejó de nosotros y el tubo de escape del viejo Marmon rugió entre los arceles desmenuzados, que arrojaban su tierra encima de las aceras que nadie usaba. Perros callejeros se alojaban entre las hierbas silvestres y las madrigueras de las ardillas.

Renfrew estaba casi arriba de todo. Donde empezaba se encontraba una pequeña casita frente a la cual un niño, que sólo llevaba puesto un pañal, daba tumbos por un trocito de césped, dentro de un corralito de alambre. Después había un trecho sin casas. Luego venían dos casas juntas, y después la carretera bajaba, empezaba a salir y entrar formando curvas pronunciadas, y se metía entre dos terraplenes lo bastante altos para dejar en la sombra toda la calle.

Entonces sonó un disparo al otro lado de un recodo, por delante de nosotros.

Ohls se incorporó repentinamente y dijo:

¡Eh! Eso no ha sido una escopeta para cazar conejos...

Sacó la pistola de servicio y soltó el seguro de su portezuela.

Salimos de la curva y vimos dos casas más en la ladera de la colina, con un par de solares empinados entre ellas. Un coche largo y gris estaba atravesado en la calle, en el espacio entre ambas casas. Su neumático delantero izquierdo estaba plano, y ambas portezuelas delanteras estaban abiertas de par en par, como las orejas extendidas de un elefante.

Un hombre pequeño, con la cara oscura, estaba arrodillado en la calle, junto a la portezuela de la derecha. El brazo derecho le colgaba sin vida del hombro, y llevaba manchada de sangre la mano correspondiente. Con la otra mano intentaba recoger una pistola automática del asfalto que tenía delante.

Yo frené el Marmon de inmediato y Ohls salió corriendo.

—¡Tira eso ahora mismo! —chilló.

El hombre con el brazo flácido enseñó los dientes, luego se relajó, cayó hacia atrás, contra el estribo, y de detrás del coche salió un disparo que silbó en el aire no muy lejos de mi oído. Para entonces yo ya me encontraba fuera, en la carretera. El coche gris estaba en un ángulo pronunciado con respecto a las casas, de modo que yo no podía ver parte de su costado izquierdo, excepto la puerta abierta. El disparo parecía venir de allí. Ohls metió dos balas en la portezuela. Yo me dejé caer, miré por debajo del coche y vi unos pies. Apunté a ellos y fallé.

Por entonces sonó un chasquido no muy fuerte, pero sí agudo, que procedía de la esquina de la casa más cercana. Se rompió un cristal del coche gris. El arma que había detrás rugió, y saltó el yeso

de la esquina de la pared de la casa, por encima de los arbustos. Luego vi la parte superior del cuerpo de un hombre entre las matas. Estaba tirado colina abajo, de bruces, y tenía un rifle ligero junto al hombro.

Era Tom Sneyd, el taxista.

Ohls gruñó y arremetió contra el coche gris. Disparó dos veces más a la portezuela, luego se escondió agachado detrás del capó. Sonaron más detonaciones detrás del coche. Di una patada al arma del hombre herido, enviándola lejos de su alcance, pasé a su lado y eché un vistazo por encima del depósito de gasolina. Pero el hombre que estaba detrás tenía demasiados ángulos de tiro para calcularlos.

Era un hombre alto, con traje marrón, y traqueteaba al correr velozmente hacia el borde de la colina, entre las dos casitas. El arma de Ohl rugió. El hombre se volvió y disparó, sin detenerse. Ohls estaba a campo abierto. Vi que el sombrero saltaba de su cabeza. Le vi erguido, firme, con los pies separados, apuntando bien la pistola, como si estuviera en la galería de tiro de la policía.

Pero el hombretón ya caía. Mi bala le había perforado el cuello. Ohls le disparó con mucho cuidado y la sexta y última bala de su arma dio al hombre en el pecho y le hizo girar. Su cabeza impactó de lado con el bordillo, con un crujido espantoso.

Nos dirigimos hacia él desde los dos extremos del coche. Ohls se inclinó, dio la vuelta al hombre y lo puso de espaldas. En la muerte su rostro tenía una expresión distendida, amistosa, a pesar de la sangre que le manchaba el cuello. Ohls empezó a rebuscar en sus bolsillos.

Yo miré hacia atrás, para ver qué hacía el otro. No hacía nada, estaba sentado en el estribo, con el brazo sujeto contra el costado y haciendo muecas de dolor.

Tom Sneyd iba gateando por el terraplén y vino hacia nosotros.

Ohls dijo:

—Este tipo se llama Poke Andrews. Le he visto por las salas de billar. —Se levantó y se sacudió la rodilla. Tenía algunos objetos en la mano izquierda—. Sí, Poke Andrews. Pistolero de alquiler por días, horas o semanas. Supongo que se ganaba bien la vida... al menos durante un tiempo.

—No fue éste el pájaro que me tumbó —dije—. Pero sí el que yo vigilaba cuando me noquearon. Y si la pelirroja me ha dicho algo cierto esta mañana, probablemente fue el que mató a Lou Harger.

Ohls asintió, echó un vistazo y cogió su sombrero. Llevaba un agujero en el ala.

—No me sorprendería en absoluto —dijo, poniéndose el sombrero con toda calma.

Tom Sneyd estaba ante nosotros con su pequeño rifle sujeto rígidamente contra el pecho. No llevaba sombrero ni abrigo, e iba calzado con zapatillas deportivas. Sus ojos brillaban, febriles, y empezó a temblar.

—¡Sabía que los había cogido! —graznó—. ¡Sabía que les había dado bien, a esos hijos de puta asquerosos!

Luego dejó de hablar, y su cara empezó a cambiar de color. Se puso verde. Se fue agachando lentamente, dejó caer el rifle, se puso ambas manos sobre las rodillas dobladas.

Ohls dijo:

—Será mejor que se tumbe por ahí en algún sitio, amigo. A juzgar por el color que tiene, va a echar hasta la primera papilla.

Tom Sneyd estaba recostado de espaldas en un diván del salón de su casita. Tenía una toalla húmeda colocada en la frente. Una niña con el pelo color miel estaba sentada junto a él, sujetándole la mano. Sentada en un rincón, una mujer joven, con el pelo un par de tonos más oscuro que la niña, miraba a Tom Sneyd con fatiga y arrobamiento.

Hacía muchísimo calor cuando entramos. Todas las ventanas estaban cerradas, y las persianas bajadas. Ohls abrió un par de ventanas de la parte de delante y se sentó junto a ellas, mirando hacia fuera, al coche gris. El mexicano moreno estaba esposado al volante por la muñeca buena.

—Lo que han dicho de mi niña —dijo Tom Sneyd, desde debajo de la toalla—. Eso ha sido lo que me ha puesto como loco. Decían que vendrían a buscarla y se la llevarían si yo no les seguía el juego.

—Está bien, Tom. Cuéntenoslo desde el principio —dijo Ohls.

Se puso uno de los puritos que fumaba en la boca, miró a Tom Sneyd con reservas y no lo encendió.

Yo estaba sentado en una silla de madera muy dura, y miraba la alfombra barata, nueva.

—Estaba leyendo una revista, esperando que fuera el momento de comer e irme al trabajo —dijo Tom Sneyd, con detenimiento—. La niña ha abierto la puerta. Han entrado apuntándonos con armas, nos han amenazado a todos y han cerrado las ventanas. Han bajado todas las persianas excepto una, y el mexicano se ha sentado al lado, vigilando. No ha dicho una sola palabra. El tipo grandote se ha sentado aquí en la cama y me ha obligado a contarle lo de anoche... dos veces. Luego me ha dicho que yo tenía que olvidarme de que había conocido a alguien y de que había ido a la ciudad con alguien. Que así todo iría bien.

Ohls asintió y dijo:

—¿A qué hora vio por primera vez a este tipo de aquí?

—Pues no me fijé —dijo Tom Sneyd—. Debían de ser las once y media o las doce menos cuarto. Fiché en la oficina a la una y cuarto, justo después de recoger mi taxi en el Carillon. Nos costó una hora entera llegar a la ciudad desde la playa. Estuvimos en el *drugstore* hablando digamos quince minutos, quizá un poco más.

—Eso quiere decir que era más o menos medianoche cuando le vio —dijo Ohls.

Tom Sneyd negó con la cabeza y la toalla se le cayó de la cara. Se la volvió a subir otra vez.

—Bueno, no. El hombre del *drugstore* me dijo que cerraba a las doce. Y no estaba cerrando cuando nos fuimos nosotros.

Ohls volvió la cabeza y me miró, inexpresivo. Volvió a mirar a Tom Sneyd.

—Cuéntenos todo lo demás sobre los dos pistoleros —ordenó.

—El tipo alto ha dicho que lo más seguro era que no tuviera que hablar con nadie de todo este asunto. Si lo hacía y contaba lo que ellos me pedían, volverían con algo de pasta. Si contaba lo que no debía, vendrían a por mi niña.

—Siga —dijo Ohls. Son unos mentirosos de mierda.

—Se han ido. Cuando les he visto subir la calle, me he puesto muy nervioso. Renfrew es una calle sin salida, un apaño de esos raros. La calle sigue rodeando la colina un kilómetro más o menos,

luego se acaba. No hay forma de salir por otro lado. Así que tenían que volver por *este* camino... He cogido mi veintidós, es el arma que tengo, y me he escondido entre los arbustos. Con el segundo disparo le he dado al neumático. Supongo que pensaban que era un reventón. He fallado el siguiente y entonces ellos se han puesto sobre aviso. Han sacado las armas. Yo le he dado al mexicano, y el tipo grandullón se ha escondido detrás del coche... y eso es todo. Entonces han llegado ustedes.

Ohls flexionó sus dedos gruesos y duros y sonrió tristemente a la niña que estaba en el rincón.

—¿Quién vive en la casa de al lado, Tom?

—Un hombre que se llama Grandy, conductor del tranvía interurbano, Vive solo. Ahora está en el trabajo.

—Ya me imaginaba que no estaría en casa —sonrió Ohls. Se levantó, se alejó unos pasos y dio unas palmaditas a la niña en la cabeza—. Tendrá que venir a prestar declaración, Tom.

—Claro. —La voz de Tom Sneyd sonaba cansada, indiferente—. Supongo que también he perdido mi trabajo por alquilar el taxi a escondidas anoche.

—De eso no estaría tan seguro —dijo Ohls, suavemente—. No si a su jefe le gusta que conduzcar sus taxis tipos con agallas.

Volvió a darle unas palmaditas en la cabeza a la niña, se dirigió a la puerta y la abrió. Yo saludé con un gesto a Tom Sneyd y salí de la casa con Ohls. Ohls dijo en voz baja:

—Todavía no sabe lo del muerto. No quería soltar prenda delante de la niña.

Fuimos hacia el coche gris. Sacamos unos sacos del sótano y los echamos encima del difunto Andrews, sujetándolos con piedras. Ohls echó una mirada alrededor y dijo, ausente:

—Voy enseguida a ver dónde hay un teléfono.

Se apoyó en la portezuela del coche y miró adentro, al mexicano. Éste estaba sentado con la cabeza echada hacia atrás y los ojos medio cerrados, y una expresión demacrada en el rostro moreno. Su muñeca izquierda estaba esposada a los radios del volante.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Ohls.

—Luis Cadena —dijo el mexicano en voz baja, sin abrir los ojos.

—¿Quién de vosotros se cargó a un hombre en West Cimarron la noche pasada?

—No lo entiendo, señor —respondió el mexicano, en un susurro.

—No me tomes por tonto, hombre —dijo Ohls, fríamente—. Me sienta fatal. Se inclinó hacia la ventanilla y se pasó el purito de un lado a otro de la boca.

El mexicano parecía ligeramente divertido, y al mismo tiempo muy cansado. La sangre de su mano derecha ya se había secado.

Ohls dijo:

—Andrews se cargó al tipo en un taxi en West Cimarron. También había una chica. Nosotros tenemos a la chica. Tienes la oportunidad de probar que no estabas metido en el ajo.

En los ojos semiabiertos del mexicano brilló una lucecita y luego se apagó. Sonrió y asomaron fugazmente sus dientes pequeños, blancos.

Ohls dijo:

—¿Qué hizo con el arma?

—No lo entiendo, señor.

Ohls dijo:

—Es duro el tipo. Cuando se ponen así de duros me da miedo.

Se alejó del coche y fue apartando un poco la tierra suelta de la acera, junto a los sacos que envolvían al hombre muerto. Con la punta de pie fue descubriendo gradualmente la marca del contratista en el cemento. La leyó en voz alta:

—Compañía de Pavimentación y Construcción Dorr, San Angelo. Es increíble, ese gordo piojoso es incapaz de meterse sólo en sus propios asuntos.

Me quedé de pie junto a Ohls y miré colina abajo, entre ambas casas. Repentinos destellos de luz provenían de los coches que recorrían el bulevar que bordeaba el lago Gray, mucho más abajo.

Ohls preguntó:

—¿Y bien?

Yo dije:

—Los asesinos sabían lo del taxi, quizá, y el amigo de la chica fue a la ciudad con el botín. De modo que no fue un trabajito de Canales. Canales no deja a nadie ir por ahí jugando con sus veintidós de los grandes. La pelirroja estaba presente, y todo se hizo por algún motivo concreto.

Ohls sonrió.

—Claro. Se hizo para poder echarle la culpa a usted.

Yo dije:

—Es una verdadera vergüenza el poco respeto que sienten algunas personas por la vida humana, o por veintidós de los grandes. A Harger se lo cargaron para inculparme a mí, y la pasta me la entregaron para estrechar más el cerco.

—Quizá pensaban que usted se echaría atrás —gruñó Ohls—. Y así le tendrían en el bolsillo.

Jugueteé con un cigarrillo.

—Eso sería bastante tonto, incluso para mí. ¿Qué hacemos ahora? ¿Esperar hasta que salga la luna para aullarle un poco... o bajar la colina y contar unas cuantas mentirijillas más?

Ohls escupió en uno de los sacos de Poke Andrews. Dijo ásperamente:

—Estamos en territorio del condado. Podría llevar todo esto a la subcomisaría de Solano y procurar que las cosas quedasen en secreto, durante un tiempo. El taxista estará encantado de mantener la boquita cerrada. Y yo ya he llegado bastante lejos, así que me gustaría usar la manguera con ese mexicano personalmente.

—A mí también me gustaría que así fuera —dije—. Supongo que no podrá mantenerlo en secreto durante mucho tiempo, pero al menos sí lo suficiente para que yo vaya a visitar a un gordito con su gatito.

A última hora de la tarde volví al hotel. El recepcionista me tendió un papelito en el que se leía: «Por favor, llame a F. D. tan pronto como sea posible».

Subí las escaleras y bebí un poco de licor que quedaba en el fondo de una botella. Luego llamé y pedí otra pinta, me afeité, me cambié de ropa y busqué el número de Frank Dorr en el listín. Vivía en una casa antigua muy bonita en Greenview Park Crescent.

Me preparé un trago largo, suave, sólo con un toquecito, y me senté en una butaca con el teléfono al lado. Primero lo cogió una doncella. Luego me pasaron a un hombre que pronunciaba el nombre de mister Don como si pensara que le podía estallar en la boca. Después hablé con otra voz muy sedosa. Por fin hubo un largo silencio y al final de aquel silencio se puso Frank Dorr en persona. Parecía contento de tener noticias mías.

Dijo:

—He estado pensando en nuestra conversación de esta mañana, y tengo una idea mejor. Venga a verme... Y podría traer también el dinero. Tiene el tiempo justo para sacarlo del banco.

Yo dije:

—Sí. El depósito de seguridad cierra a las seis. Pero ese dinero no es suyo. Le oí soltar una risita.

—No diga tonterías. Está marcado y no quiero acusarle de robo.

Pensé un momento y decidí que no me lo creía, lo de que estuviera marcado. Di un trago a mi vaso y dije:

—Quizá estaría dispuesto a devolverlo a la persona que me lo entregó... en su presencia.

Él contestó:

—Bueno... la verdad es que esa persona se ha ido de la ciudad. Pero veré qué puedo hacer. Sin trucos, por favor.

Dije que por supuesto, nada de trucos, y colgué. Me acabé la bebida, llamé a Von Ballin, del *Telegram*. Él dijo que la gente del sheriff no parecía tener idea alguna sobre Lou Harger, o bien le importaba un pimiento. Estaba un poco dolido por el hecho de que todavía no le dejara publicar mi historia. Por la forma que tenía de hablarme, supe que no tenía ni idea de lo que había ocurrido junto al lago Gray.

Llamé a Ohls pero no le encontré.

Me puse otra bebida, me bebí la mitad y empecé a notarme demasiado tocado. Me puse el sombrero, cambié de idea sobre la otra mitad de mi bebida y bajé al coche. El tráfico de primera hora del anochecer era intenso. Los padres de familia volvían a casa a cenar. No estaba seguro de si me seguían dos coches o sólo uno. En cualquier caso, nadie intentó cogerme y echarme una granada en el regazo.

La casa era un edificio cuadrado de dos plantas de ladrillo rojo, antiguo, con un bonito jardín, y en torno a éste un muro también de ladrillo rojo, con piedra blanca coronándolo. Una limusina negra y brillante estaba aparcada bajo la puerta cochera que había a un lado. Seguí un caminito marcado por banderolas rojas que subía atravesando dos terrazas, y un hombrecito pálido con chaqué me introdujo en un vestíbulo amplio y silencioso con muebles antiguos y oscuros y un jardín que se

entreveía al final. Pasamos por aquella sala y luego por otra en ángulo recto. Luego me llevó con suavidad hacia un estudio con las paredes forradas de madera y tenuemente iluminado, a la escasa luz del anochecer. Seguidamente se fue y me dejó solo.

El extremo de la habitación lo ocupaba casi por entero una puertaventana a través de la cual aparecía un cielo color latón, detrás de una hilera de tranquilos árboles. Ante los árboles un aspersor giraba lentamente sobre un césped aterciopelado que ya se veía oscuro. En las paredes colgaban oscuros cuadros al óleo, un enorme escritorio negro con libros ocupaba el extremo más alejado. También había muchas butacas hondas y una gruesa y mullida alfombra que iba de pared a pared. Oía levemente a cigarros buenos y en el fondo un toque de flores de jardín y tierra húmeda. Se abrió la puerta y entró un hombre joven con gafas de pinza, me dirigió una inclinación de cabeza formal, miró a su alrededor vagamente y dijo que el señor Dorr llegaría al cabo de un momento. Salió de nuevo y yo encendí un cigarrillo.

Al cabo de un rato la puerta se abrió y entró Beasley, pasó a mi lado sonriente y se sentó junto a las ventanas. Luego entró Dorr y detrás de él la señorita Glenn.

Dorr llevaba en brazos a su gato negro, y dos preciosos arañazos rojos, brillantes por la aplicación de colodión, en la mejilla derecha. La señorita Glenn llevaba la misma ropa que aquella mañana. Parecía demacrada, triste y desanimada, y pasó junto a mí como si nunca me hubiese visto.

Dorr se introdujo detrás del escritorio, se sentó en una silla de respaldo alto, y colocó el gato delante de él. El gato se fue andando hasta una esquina del escritorio y empezó a chuparse el pecho con un movimiento largo y eficiente.

—Bueno, bueno. Aquí estamos —dijo Dorr, y lanzó una risita.

Entró el hombre del chaqué con una bandeja llena de cócteles, los fue pasando y dejó la bandeja con la coctelera en una mesita baja al lado de la señorita Glenn. Luego salió y cerró la puerta como si tuviera miedo de romperla.

Todos bebimos con aire solemne.

Yo dije:

—Estamos todos menos dos. Supongo que tenemos quórum.

Dorr dijo:

—¿Qué quiere decir?

Inclinó la cabeza.

—Lou Harger está en la morgue, y Canales esquivando a los polis. Todos los demás estamos aquí. Todas las partes interesadas.

La señorita Glenn hizo un movimiento brusco, luego se relajó de pronto y se agarró al brazo de su butaca.

Dorr dio dos sorbos a su cóctel, dejó el vaso y juntó sus manos pequeñas y pulcras encima de la mesa. Su cara tenía un aspecto un poco siniestro.

—El dinero —dijo, fríamente—. Me haré cargo de él ahora.

—Ni ahora ni nunca —repliqué—. No lo he traído.

Dorr me miró y se le puso la cara un poco roja. Yo miré a Beasley. Beasley tenía un cigarrillo en la boca, las manos en los bolsillos, y la cabeza apoyada en el respaldo de su silla. Parecía medio dormido.

Dorr dijo en voz baja y meditativa:

—Así que se lo queda, ¿eh?

—Sí —dije yo, muy serio—. Mientras lo tenga, estoy a salvo. Se equivocó cuando me dejó ponerle las manos encima. Sería un idiota si no me aprovechara de las ventajas que me da.

—¿A salvo? —dijo Dorr con una entonación levemente siniestra. Yo me eché a reír.

—No a salvo de que me metan en una encerrona —dije—. Aunque la última no ha salido demasiado bien... No a salvo de que me vuelvan a secuestrar con un arma. Pero eso también va a resultar más difícil, la próxima vez... Pero estoy a salvo de que me disparen por la espalda y de que usted me ponga una demanda por la pasta.

Dorr acarició al gato y me miró con el ceño fruncido.

—Aclaremos un par de cosas más importantes —exclamé—. ¿Quién va a pagar el pato por lo de Lou Harger?

—¿Por qué está tan seguro de que no va a ser usted? —preguntó Dorr, malévolo.

—Tengo una buena coartada. No sabía lo buena que era hasta que supe la exactitud con la que se podía determinar la hora de la muerte de Lou. Ahora lo tengo claro... aunque aparezca quien sea con no sé qué arma y cuente algún cuento fantástico... Y los tipos enviados a echar por tierra mi coartada tuvieron algunos problemas.

—¿Ah, sí? —exclamó Dorr, sin emoción aparente.

—Un matón llamado Andrews y un mexicano que se hace llamar Luis Cadena. Me atrevería a decir que ha oído hablar de ellos.

—No conozco a esas personas —replicó Dorr, puntilloso.

—Entonces no le importará saber que Andrews está muerto y bien muerto, y que las autoridades tienen a Cadena.

—Pues en realidad, no —respondió Dorr—. Eran hombres de Canales. Fue Canales quien hizo asesinar a Harger.

—Así que ésa es su nueva idea. Me parece malísima —dije yo.

Me incliné hacia delante y dejé mi vaso vacío debajo de la silla. La señorita Glenn volvió la cara hacia mí y habló con gravedad, como si fuera muy importante para el futuro de la raza humana que yo creyera lo que iba a decir:

—Por supuesto... por supuesto que fue Canales quien hizo matar a Lou... Al menos, los hombres que mandó a por nosotros fueron los que mataron a Lou.

Yo asentí, educadamente.

—¿Para qué? ¿Para recuperar un dinero que no consiguieron? No le habrían matado. Se lo habrían llevado con ellos, les habrían llevado a los dos. Usted fue quien ordenó que le mataran, y el asunto del taxi era para distraerme a mí, no para engañar a los chicos de Canales.

Ella levantó la mano rápidamente. Sus ojos brillaban. Yo seguí:

—No fui muy listo, pero es que no me imaginaba una cosa tan llamativa. ¿A quién se le habría ocurrido? Canales no tenía motivo alguno para matar a Lou, si no conseguía recuperar el dinero que le había timado. Y eso suponiendo que fuera capaz de averiguar con tanta rapidez que le habían timado.

Dorr se humedecía los labios y le temblaba la papada. Nos miraba a uno y otro con los ojillos

tenso. La señorita Glenn dijo sombríamente:

—Lou conocía todo este juego. Él lo planeó con Pina, el *croupier*. Pina necesitaba dinero para fugarse, quería mudarse a La Habana. Por supuesto, Canales se habría dado cuenta de la estafa, pero no enseguida, si yo no hubiese armado tanto escándalo. Yo fui quien hizo que mataran a Lou... pero no como usted cree.

Dejé caer un par de centímetros de ceniza del cigarrillo que había olvidado por completo.

—Está bien —dije, grave—. Fue Canales quien se lo cargó... Y supongo que ustedes dos, embaucadores, imaginan que eso es lo único que me preocupa... ¿Dónde iba a estar Lou cuando Canales averiguase que le habían estafado?

—Habría desaparecido —dijo la señorita Glenn, con un tono apagado—. Estaría muy, muy lejos. Y yo iba a ir con él.

Exclamé:

—¡Bobadas! Parece olvidar que yo sé por qué mataron a Lou.

Beasley se incorporó en su silla y movió la mano derecha con bastante delicadeza hacia su hombro izquierdo.

—¿Le molesta este listillo, jefe?

Dorr dijo:

—No, todavía no. Déjale que largue su perorata.

Yo me desplacé de modo que estaba un poco más encarado hacia Beasley. El cielo se había oscurecido, y el aspensor estaba apagado. En la habitación se fue imponiendo poco a poco una atmósfera húmeda. Dorr abrió una caja de madera de cedro, se llevó un cigarro puro a la boca y mordió la punta con sus dientes falsos. Se oyó el áspero sonido de una cerilla al rascar, luego las lentas y laboriosas chupadas al cigarro.

Dijo lentamente, entre una nube de humo:

—Olvidemos todo esto y hagamos un trato por el dinero... Manny Tinnen se ha colgado en su celda esta tarde.

La señorita Glenn se puso de pie de repente, apretando los brazos a los costados. Luego volvió a caer lentamente en la silla y se quedó inmóvil.

Yo dije:

—¿Y tuvo alguna ayuda?

Luego hice un movimiento repentino... y me detuve en seco.

Beasley me arrojó una mirada rápida, pero yo no miraba a Beasley. Había una sombra en una de las ventanas... una sombra más clara que el césped y los árboles oscuros. Se oyó un ruido seco, hueco, áspero, como una tos; se vio una leve nubecilla de humo blanco en la ventana.

Beasley se agitó, intentó ponerse en pie y luego cayó de bruces con un brazo doblado bajo su cuerpo.

Canales entró por las ventanas, pasó junto al cuerpo de Beasley, dio tres pasos más y se quedó silencioso, con un revólver largo, negro, de pequeño calibre en la mano, y en la punta el tubo más largo del silenciador que sobresalía.

—Quédense muy quietos —dijo—. Soy un excelente tirador... hasta con este cañón tan gordo.

Tenía la cara tan blanca que casi resultaba luminosa. Sus oscuros ojos eran todo iris color gris

humo, sin pupilas.

—El sonido se transmite muy bien por la noche, con las ventanas abiertas —dijo, con voz monótona.

Dorr colocó ambas manos en el escritorio y empezó a dar golpecitos con ellas. El gato negro agachó mucho el cuerpo, saltó de la mesa por un extremo y se metió debajo de una silla. La señorita Glenn volvió la cara hacia Canales muy despacio, como si la moviera algún tipo de mecanismo.

Canales dijo:

—Quizá tenga algún timbre de alarma en ese escritorio. Si se abre la puerta de esta habitación, disparo. Me proporcionaría un enorme placer ver salir la sangre de su gordo cuello.

Yo moví los dedos de mi mano derecha unos centímetros en el brazo de mi sillón. El revólver con su silenciador giró en mi dirección y dejé los dedos quietos al momento. Canales sonrió brevemente bajo su bigote anguloso.

—Es usted un tipo listo —dijo—. Pensé que le había pillado. Pero hay cosas de usted que me gustan.

Yo no dije nada. Canales volvió a mirar a Dorr. Dijo, escrupuloso:

—Llevo mucho tiempo sangrado por su organización. Pero hay algo más. Anoche me estafaron una cantidad de dinero. Aunque eso también es trivial. Me buscan por la muerte de ese tal Harger. Han obligado a un hombre llamado Cadena a declarar que yo le contraté... Eso ya es demasiado.

Dorr se tambaleó, apoyó los codos con fuerza encima del escritorio, escondió la cara entre las pequeñas manos y se echó a temblar. Su cigarro humeaba en el suelo.

Canales dijo:

—Me gustaría que me devolvieran mi dinero, y me gustaría librarme de todo este follón... pero lo que más me gustaría es que me dijera algo... así podría matarle con la boca abierta y ver cómo sale la sangre de ella.

El cuerpo de Beasley se agitaba en el suelo. Sus manos se aferraron un poco a la alfombra. Dorr hacía desesperados esfuerzos por no mirarlo. Por aquel entonces Canales estaba embelesado y sumido en su discurso. Yo desplazé un poco más los dedos por el brazo de mi sillón. Pero aún me quedaba un largo recorrido.

Canales dijo:

—Pina me lo ha confesado todo. Ya lo he procurado yo. Usted mató a Harger porque era un testigo secreto contra Manny Tinnen. El fiscal del distrito mantuvo el secreto, y el tipo ese de ahí, también. Pero Harger no podía guardárselo para sí. Se lo dijo a su chica... y ella se lo dijo a usted... de modo que se arregló el crimen, de forma que arrojara todas las sospechas sobre mí, debido al móvil. Primero implicando a este tipo, y si eso no funcionaba, a mí.

Hubo un silencio. Yo quería decir algo, pero no sabía el qué. No creía que nadie más que Canales volviera a decir nada más.

Canales dijo:

—Usted hizo que Pina dejara ganar mi dinero a Harger y su chica. No fue difícil... porque yo no hago trampas en mis ruletas.

Dorr había dejado de temblar. Su rostro se levantó, blanco como la nieve, y se volvió lentamente hacia Canales. Parecía la cara de un hombre que está a punto de sufrir un ataque epiléptico. Beasley

se apoyaba sobre un codo. Sus ojos estaban casi cerrados, pero un arma se levantaba poco a poco en su mano.

Canales se inclinó hacia delante y sonrió. Apretó el dedo del gatillo en el momento exacto en que el arma de Beasley empezó a agitarse y rugir.

Canales arqueó la espalda hasta que su cuerpo formó una curva rígida. Cayó muy tieso hacia delante, golpeó el borde de la mesa y quedó tirado en el suelo junto a ella, sin levantar las manos.

Beasley soltó el arma y cayó de nuevo de cara. Su cuerpo se relajó, sus dedos se agitaron convulsivamente, y luego se quedó quieto.

Yo conseguí mover las piernas, me puse de pie y le di una patada al revólver de Canales, que fue a parar debajo del escritorio, algo absurdo. Al hacer aquello vi que Canales había disparado al menos una vez, porque Frank Dorr no tenía ojo derecho.

Estaba sentado muy quieto, con la barbilla apoyada en el pecho y un toque de melancolía en el lado intacto de su cara.

Entonces se abrió la puerta de la sala y entró el secretario de las gafas de pinza, con los ojos desorbitados. Se tambaleó, retrocedió hacia la puerta y la cerró de nuevo. Oí su rápido aliento mientras atravesaba la habitación.

Jadeó:

—¿Pasa... algo malo?

En un primer momento pensé que aquello era una broma. Entonces me di cuenta de que debía de ser corto de vista, y desde donde estaba él, Frank Dorr tenía un aspecto bastante natural. El resto de la escena quizá fuese habitual para el ayudante de Dorr.

Le respondí:

—Sí... pero ya nos encargamos nosotros. Salga de aquí.

—Sí, señor —dijo, y volvió a salir.

Eso me sorprendió tanto que me quedé con la boca abierta. Recorrí la habitación y me incliné hacia el canoso Beasley. Estaba inconsciente, pero todavía tenía pulso. Sangraba lentamente por el costado.

La señorita Glenn estaba de pie y parecía casi tan aturdida como Canales unos momentos antes.

Me hablaba con rapidez, con una voz aguda:

—Yo no sabía que iban a matar a Lou, pero de todos modos, no podía haber hecho nada. Me quemaron con un fuego al rojo... sólo para que tuviera una idea de lo que podían hacer... ¡Mire!

Miré. Se abrió el vestido por delante y vi una quemadura espantosa entre los dos pechos.

Dije:

—Está bien, hermana. Eso que le hicieron fue muy feo. Pero ahora mismo necesitamos a las autoridades aquí y una ambulancia para Beasley.

Pasé junto a ella, me dirigí al teléfono y me quité de encima la mano que me agarraba. Ella siguió hablando a mis espaldas con una voz aguda, desesperada.

—Pensaba que simplemente iban a apartar a Lou de en medio hasta después del juicio. Pero le arrastraron fuera del taxi y le dispararon sin decir palabra. Luego el más bajito se llevó el taxi a la ciudad y el grandote me llevó a las colinas, a una cabaña. Dorr estaba allí. Me dijo cómo había que embaucarle a usted. Me prometió el dinero si lo hacía, y la tortura hasta la muerte si les delataba.

Se me ocurrió que estaba dando la espalda a demasiada gente. Me di la vuelta, con el teléfono en la mano, todavía con el auricular colgado, y dejé la pistola en el escritorio.

—¡Escuche! Por favor, deme una oportunidad —dijo ella, como loca—. Dorr lo planeó todo con Pina, el *croupier*. Pina era de la banda que llevó a Shannon adonde le mataron. Yo no...

Dije:

—Desde luego, de acuerdo. Tranquila.

La habitación, toda la casa parecía muy pacífica, como si un montón de gente estuviera escuchando agazapada junto a la puerta.

—No era mala idea —dije, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Lou no era más que una ficha de poco valor para Frank Dorr. Según su plan, nos incapacitaba a ambos como testigos. Perc era demasiado complicado y necesitaba demasiada gente. Ese tipo de cosas siempre acaban estallándote en la cara.

—Lou iba a salir del estado —dijo ella, agarrándose el vestido—. Estaba asustado. Pensaba que el asunto de la ruleta era una especie de soborno para él.

—Sí —dije.

Levanté el auricular y pregunté por la comisaría de policía.

Se abrió de nuevo la puerta de la habitación y de repente apareció el secretario con un arma. Un chófer uniformado se encontraba tras él, con otra arma. Dije muy alto, por el teléfono:

—Estoy en casa de Frank Dorr. Ha habido un asesinato.

El secretario y el chófer volvieron a salir. Oí carreras por el vestíbulo. Colgué el teléfono, llamé a la oficina del *Telegram* y pregunté por Von Ballin. Cuando me pasaron vi que la señorita Glenn había salido por la puerta ventana hacia el jardín oscuro.

No la perseguí. No me importaba que se fuera.

Intenté hablar con Ohls, pero me dijeron que todavía estaba en Solano. Y por aquel entonces la noche ya estaba llena de sirenas.

Tuve algunos problemas, pero no demasiados. Fenweather ganó mucho peso. No toda la historia se hizo pública, pero sí lo suficiente para que los *chicos* del ayuntamiento, con sus trajes de doscientos dólares tuvieran que esconder la cara durante algún tiempo.

Cogieron a Pina en Salt Lake City. Cantó e implicó a otros cuatro de la banda de Manny Tinnen. Dos de ellos acabaron muriendo al resistirse al arresto, y los otros dos fueron condenados a cadena perpetua sin condicional.

La señorita Glenn consiguió huir y jamás se supo de ella. Creo que eso es todo, excepto que tuve que devolver los veintidós de los grandes a la Administración Pública. Dejaron que me quedara unos honorarios de doscientos nueve dólares y unas dietas de noventa céntimos. A veces me pregunto qué harían con el resto.

Asesino bajo la lluvia

Título original: *Killer in the Rain*

Año de publicación: enero de 1935

Capítulo 1

Nos encontrábamos en mi habitación del Berglund. Yo estaba sentado sobre la cama y Dravec en un sillón.

La lluvia martilleaba con violencia contra las ventanillas.

Estaban cerradas y hacía mucho calor. Sobre la mesa había un pequeño ventilador. El viento iba directamente hacia el rostro de Dravec volándole el cabello y parte de aquellas gruesas cejas que le cruzaban la cara en una sólida línea. Parecía un nuevo rico.

Me mostró uno de sus dientes de oro:

—¿Qué tienes contra mí? —Preguntó con un aire circunspecto, como si todos supieran mucho acerca de su persona.

—Nada. —Contesté—. Eres limpio. Al menos eso tengo entendido.

Elevó una de sus manos velludas y la miró con insistencia por un instante.

—No me entiendes. Un muchacho llamado M'Gee me dijo que viniera. Violets M'Gee.

—Excelente. ¿Cómo anda Violets?

Violets M'Gee era un detective de la sección homicidios del Departamento de policía.

Volvió a mirar su mano y frunció el ceño.

—No. Sigues sin entenderme. Tengo un trabajo para ti.

—Estoy saliendo muy poco en estos días. Me estoy poniendo debilucho.

Paseó la mirada por la habitación. Lo hacía de una manera afectada. No parecía un hombre observador.

—Quizás haya dinero.

—Quizás lo haya.

Llevaba puesto un impermeable. Lo abrió con descuido y extrajo una billetera que parecía una parva, con billetes apretujados en todas las direcciones. Cuando la golpeó contra su rodilla se oyó un ruido seco, bastante agradable. Sacó el dinero, eligió unos pocos billetes y volvió a acomodar el resto. Tiró la billetera al piso. Tomó cinco billetes de cien y ordenándolos como si fueran una buena mano de póker, los colocó bajo la base del ventilador.

Era mucho trabajo y refunfuño:

—Tengo montones de esto —dijo.

—Ya lo veo. ¿Qué tengo que hacer para conseguirlo? Si es que me decido.

—Ahora ya me conoces ¿eh?

—Un poco más.

Tomé un sobre que se encontraba en uno de mis bolsillos y leí en voz alta.

—Dravec, Anton o Tony. Trabajó como metalúrgico en Pittsburg. Más tarde como camionero. Dio un mal paso y lo pusieron a la sombra. Dejó el pueblo y partió hacia el Oeste. Trabajó en una hacienda en El Seguro. Terminó siendo el dueño. Llegó a la cumbre en tiempos del boom petrolero. Se hizo rico. Perdió bastante. Todavía le queda una buena parte. Nacido en Servia, 1,90 metros de alto, ciento treinta kilos, una hija, no se le conoce esposa. No tiene prontuario de importancia. No hay nada desde lo de Pittsburg.

Encendí la pipa.

—Mi Dios. ¿De dónde sacaste todo eso?

—Conexiones. ¿De qué se trata?

Recogió la billetera y hurgó en su interior con dos dedos, mientras se mordía los labios. Finalmente sacó una tarjeta marrón y unos papeles arrugados. Me los alcanzó.

La tarjeta estaba impresa en letras doradas, muy finas. Decía «Mr. Harold Hardwick Steiner» y en una esquina: «Libros Antiguos y Ediciones de Lujo». No llevaba dirección ni teléfono.

Los tres papeles eran simples documentos por un valor de mil dólares cada uno. Estaban firmados «Carmen Dravec». La letra era extravagante.

Se lo devolví.

—¿Chantaje?

Contestó que no con un gesto y su rostro cobró una dulce expresión que no le había visto hasta entonces.

—Es mi hijita, Carmen. Este Steiner la molesta. Ella lo sigue todo el tiempo, salen de parranda. Creo que se acuesta con él y eso no me gusta.

—¿Qué pasa con los documentos?

—No me importa el precio. Ella juega con él. Al diablo con eso. Está loca por los hombres. Dile a ese Steiner que deje a Carmen. Si no, lo estrangularé con mis propias manos.

Había hablado sin detenerse. Sus ojos se hicieron pequeños y destilaron furia. Le crujían los dientes.

—¿Por qué tengo que decírselo yo? ¿Por qué no tú?

—Quizás me enloquezca y lo mate a ese...

Aullaba.

Saqué un fósforo del bolsillo y revolví las cenizas de mi pipa. Por un instante lo observé detenidamente.

—Tú también estás asustado.

Levantó sus puños. Los sostuvo en alto, sacudiéndolos. Eran unos enormes nudos de huesos y músculos. Los hizo descender suavemente y suspiró profundamente.

—Sí. Yo también tengo miedo. No sé cómo manejarla. Siempre hay uno nuevo. Todos son un desastre. Hace un tiempo le tuve que dar cinco de los gordos a un tal Joe Marty para que la dejara. Todavía me odia por eso.

Miré por la ventana, vi como la lluvia golpeaba y bajaba por el vidrio en espesas oleadas como si fuera gelatina derretida. El otoño recién había comenzado. Era extraño que lloviera tanto.

—No lograrás nada con darles dinero. Podrías pasarte la vida haciéndolo. Y tú lo sabes. De manera que prefieres que sea un poco duro con este Steiner.

—¡Dile que le romperé la cabeza!

—Yo no me molestaría. Conozco a Steiner. Se la rompería yo si eso sirviera de algo.

Se inclinó hacia delante y me tomó con una mano. Unas lágrimas grises le flotaban en sus ojos infantiles.

—Escúchame. M'Gee dice que eres un buen tipo. Te diré algo que no le he dicho a nadie... jamás. Carmen... ella no es mi hija. Simplemente yo la recogí en Smoky... estaba en la calle... era un bebé. No tenía a nadie. Quizás la robé, ¿eh?

—Eso parece.

Tuve que forcejear para desprenderme de su mano. Me la restregué para que recobrar su sensibilidad. El hombre era capaz de partir un tubo de teléfono.

—Hablaré claro —dijo con firmeza y a la vez con dulzura—. Vengo aquí a arreglar las cosas. Ella está creciendo. La amo.

—Ajá. Bueno, eso es natural.

—No me entiendes. Quiero casarme con ella.

Lo miré fijamente.

—Entiéndeme. Ella está creciendo. Quizás quiera casarse, ¿eh?

Su voz era implorante. Me hablaba como si yo fuera capaz de decidir el asunto.

—¿Se lo has preguntado?

—Tengo miedo —contestó humildemente.

—¿Piensas que está loca por Steiner?

Asintió.

—Pero eso no quiere decir nada.

Podía creerlo. Me levanté de la cama, abrí la ventana y dejé que la lluvia me golpeará el rostro.

—Entendámonos —dije mientras bajaba la ventana y volvía a la cama—. Yo puedo quitarte a Steiner del camino. Eso es fácil. Pero no sé de qué puede servirte.

Se puso de pie, tomó su sombrero y habló mirándome a los pies.

—Hazlo. De todos modos no es su tipo.

—Pero podría molestarte después.

—No importa. Ya me arreglaré.

Se abrochó el impermeable y colocándose el sombrero en su cabeza lanuda salió de la habitación. Cerró la puerta con cuidado, como si aquél hubiera sido el cuarto de un enfermo.

Pensé que estaba más loco que una cabra. Sin embargo me era simpático.

Coloqué el dinero en un lugar seguro, me serví un trago antes de desplomarme sobre el sillón que todavía estaba tibio.

Mientras jugaba con el vaso, me pregunté qué clase de tipo sería ese Steiner. Sabía que tenía una buena colección de libros pornográficos. Y que los alquilaba a diez dólares el día. A determinadas personas.

Capítulo 2

Llovió todo el día siguiente. Al atardecer estacioné un Chrysler azul cerca del angosto frente de una tienda donde unas letras verdes de neón anunciaban: «H. H. Steiner».

La lluvia lo salpicaba todo y hacia rebalsar los desagües. Unos enormes policías, vestidos con impermeables que brillaban como tambores de revólveres se divertían cruzando a niñas con medias de seda y pequeñas botitas a través de los lugares inundados. De paso también las apretujaban un poco.

La lluvia ametrallaba la capota del Chrysler, se filtraba por las juntas e iba formando un charco en el piso junto a mis pies.

Llevaba conmigo una botella de Scotch y tuve que usarla con bastante frecuencia para mantenerme en forma.

Steiner hacía su negocio incluso con aquel temporal. Quizás especialmente por ello. Espléndidos coches se detenían frente a la tienda, y gente espléndida entraba para salir luego con paquetes bajo el brazo. Por supuesto podían haber comprado libros antiguos y ediciones de lujo, pero...

A las cinco y media un muchachito con campera de cuero y cara de sinvergüenza, salió del negocio y se dirigió calle arriba trotando rápidamente. Volvió conduciendo una cupé gris y blanca. Steiner salió y se introdujo en el auto. Vestía un impermeable de cuero verde oscuro y fumaba un cigarrillo en una boquilla de ámbar. No llevaba sombrero. A la distancia no pude ver su ojo de vidrio.

El muchacho de la campera le sostenía el paraguas mientras caminaban por la vereda. Lo cerró y se lo alcanzó a Steiner una vez que éste se ubicó dentro de la cupé.

Se dirigió hacia el Oeste. Hice otro tanto. Al salir del barrio de las oficinas, en Pepper Canyon dobló hacia el Norte. Yo lo seguía a una cuadra de distancia. Estaba seguro de que volvía a su casa. Era lo lógico.

Salió de la Pepper y tomó por una ondulada faja de cemento húmedo llamada Terraza La Verne. Subió casi hasta la cima. Era un camino estrecho. A un lado se elevaba un alto terraplén y al otro, unas pocas casas que parecían cabañas, construidas sobre la ladera.

Los frentes estaban enmascarados por los arbustos que chorreaban agua.

El refugio de Steiner tenía un macizo seto en el frente, que cubría hasta las ventanas. La entrada era una especie de laberinto y la puerta de la casa no se podía ver desde el camino. Steiner introdujo la cupé en el garage y luego de cerrarlo con llave entró en el laberinto con el paraguas abierto. Una luz se encendió en el interior de la casa.

Al tiempo que hacía todo esto yo había llegado ya a la casa que lindaba con la de Steiner. Parecía estar abandonada o vacía. Entablé un diálogo con mi botella de Scotch y me senté a esperar.

A las seis y cuarto vi unas luces que trepaban por la colina. Ya estaba bastante oscuro. Un coche se detuvo frente a la casa de Steiner. Descendió una muchacha alta y esbelta. La luz que se filtraba por el seto me permitió ver que era de cabello castaño y posiblemente bonita.

Unas voces se oyeron en medio de la lluvia y la puerta se cerró. Salí del Chrysler y me dirigí colina abajo. Iluminé el coche con una linterna. Era un Packard convertible color marrón oscuro. La licencia de conducir pertenecía a Carmen Dravec, 3596, Avenida Lucerna.

Volví a mi escondite.

Pasó una hora lenta y pesada; el tiempo se arrastraba. No aparecieron más coches en ninguna de las dos direcciones. El barrio parecía bastante tranquilo.

De repente una luz brilló en lo de Steiner. Dura y blanca como un rayo de verano. Al desaparecer, un grito agitó la oscuridad. Le hicieron eco los árboles empapados por la lluvia. Me puse en camino antes de que el último sonido se desvaneciera.

No había terror en aquel grito. Tenía un dejo de placer, de borrachera, de idiotez.

La casa se encontraba en completo silencio cuando luego de cruzar el cerco y doblar el codo que escondía la entrada principal, alcé la mano para golpear la puerta.

Entonces, como si alguien hubiera estado esperando el momento justo, tres disparos retumbaron en seguidilla detrás de la puerta. Se oyó un gemido largo y desgarrador, un golpe seco y luego, pasos rápidos que se dirigían hacia el fondo de la casa.

Perdí tiempo tratando de echar abajo la puerta con el hombro sin hacer mucho ruido. Me devolvía el golpe como la coza de una mula del ejército.

La puerta daba a un estrecho camino, semejante a un pequeño puente, que conducía hasta la carretera. No había entrada lateral ni forma de alcanzar las ventanas. La única posibilidad de llegar a la parte trasera era a través de la casa o subiendo una larga escalera de madera que daba a la puerta del fondo desde una especie de caminito lateral. Allí escuché ruido de pasos.

Esto me dio fuerzas y golpeé otra vez la puerta a puntapiés. Rompí el cerrojo y bajando dos escalones penetré en una amplia, oscura y desordenada habitación. No vi gran cosa en ese momento. Me dirigí hacia el fondo de la casa.

Estaba seguro de que allí se encontraba la muerte.

Al llegar a la puerta trasera, oí el ruido de un auto. Se alejó velozmente, con las luces apagadas. Eso fue todo. Volví, entonces al salón principal.

Capítulo 3

La habitación ocupaba todo el frente de la casa; era de techo bajo cruzado con vigas. De las paredes oscuras colgaban algunos tapices y las estanterías estaban repletas de libros. Una gruesa alfombra rosa cubría el suelo y dos lámparas de pie arrojaban sombras verdosas. En medio de la alfombra había una mesa amplia y baja y un sillón negro con un almohadón de satén amarillo. Algunos libros se encontraban desparramados sobre la mesa.

En una especie de tarima, junto a la pared, había una silla de respaldo alto. La muchacha de cabellos castaño estaba sentada allí. Llevaba un chal rojo, lleno de flecos y tenía las manos apoyadas sobre los brazos del sillón. Las rodillas estaban juntas, el cuerpo rígido y derecho y sus ojos estaban muy abiertos. No se le veían las pupilas.

Aparentaba no darse cuenta de lo que estaba sucediendo, pero tampoco tenía aspecto de estar inconsciente. Parecía estar ocupada en algo muy importante.

Soltó una risita que no modificó su expresión. Sus labios no se movieron. No parecía advertir mi presencia. Llevaba puestos unos largos aros de jade. Fuera de aquel detalle estaba completamente desnuda.

Miré hacia el otro lado de la habitación.

Steiner estaba en el suelo, boca arriba, justo al borde de la alfombra rosa, frente a un objeto que se asemejaba a un pequeño totem y que tenía un orificio por el que podía verse la lente de una cámara fotográfica. Parecía estar apuntando hacia la muchacha.

Steiner llevaba puestas unas sandalias chinas con gruesas suelas de fieltro. Su pantalón de dormir era de satén negro y una chaquetilla china, toda bordada, le cubría la parte superior del cuerpo. Estaba llena de sangre. Su reluciente ojo de vidrio parecía ser la única cosa con un poco de vida. A primera vista intuí que ninguno de los tres disparos había errado.

El flash había provocado la luz que yo viera en la casa y el gemido desgarrador pertenecía a la muchacha drogada. Los tres disparos en cambio eran obra de otra persona, cuyos procedimientos todavía debían ser develados. Presumiblemente se trataba del muchacho que había escapado por la escalera del fondo.

Pude imaginar su plan. En aquel momento pensé que era una buena idea el clausurar la puerta delantera con la cadena. La cerradura había cedido por mis violentos golpes.

Unos vasos color púrpura se encontraban sobre una bandeja barnizada. También había un botellón que contenía un líquido oscuro. Los vasos olían a éter y láudano, una mezcla que nunca he probado, pero que parecía ajustarse bastante bien a la escena.

Sobre un diván que estaba en una esquina encontré las ropas de la muchacha. Recogí un vestido marrón y fui hacia ella. También tenía un fuerte olor a éter.

Sus risitas continuaban y un hilo de espuma le corría por el mentón. La golpeé en la cara, no muy fuerte. No quería que saliera del sopor en que se encontraba y comenzara a dar gritos de histeria.

—Vamos —dije con firmeza—. Pórtate bien. Ahora vas a vestirte.

—Vete al...

No había el menor rastro de emoción en su voz.

La golpeé un poco más. Parecía no importarle; de manera que decidí vestirla yo mismo.

Esto tampoco pareció alterarla. Dejó que le levantara los brazos, pero abría los dedos, como si fuera algo muy divertido. Me dio bastante trabajo con las mangas. Finalmente logré vestirla. Le coloqué las medias y los zapatos y luego hice que se pusiera de pie.

—Vamos a dar un paseíto. Vamos a dar un lindo paseíto.

Caminamos. Por momentos sus aros me golpeaban el pecho, por momentos parecíamos una pareja bailando un adagio. Caminamos hasta donde se encontraba el cadáver de Steiner ida y vuelta. NC prestó ninguna atención a Steiner ni a su brillante ojo de vidrio.

Le pareció divertido el hecho de no poder caminar y trató de decírmelo, pero sólo barbotaba palabras sueltas.

La senté en el diván mientras recogía sus prendas interiores y las colocaba en el bolsillo de mi piloto. Hice lo mismo con su cartera. Fui hasta la mesa y encontré una pequeña libreta azul escrita en clave. Me pareció interesante. También la puse en mi bolsillo.

Traté de llegar hasta la parte trasera de la cámara que se encontraba en el totem y obtener el rollo, pero no hallaba la traba. Me estaba poniendo nervioso. Pensé que hallaría mejores excusas si volvía con la ley que si era encontrado allí en aquel momento.

Volví con la muchacha y le puse el impermeable. Di un vistazo a la habitación para ver si había algo más de su pertenencia; limpié mis huellas digitales que probablemente no había dejado y traté de hacer lo mismo con algunas de *Miss Dravec*. Abrí la puerta y apagué las luces.

La tomé con mi brazo izquierdo y salimos hacia la lluvia. La introduje en su Packard. No me atraía demasiado la idea de dejar mi coche, pero no había otra salida. Las llaves estaban en su auto. Arrancamos colina abajo.

Nada sucedió en el camino a la Avenida Lucerna excepto que Carmen dejó de balbucear y reírse y comenzó a roncar. NO podía quitarle la cabeza de mi hombro. Todo lo que podía hacer era evitar que se recostara sobre mis rodillas. Tuve que conducir bastante despacio. Por otra parte su casa estaba bastante lejos, en el extremo Oeste de la ciudad.

El hogar de los Dravec era una enorme y antigua casa de ladrillos, con amplios jardines y cercada con una pared. Un caminito atravesaba los portones de hierro y continuaba en un declive bordeado de canteros con flores hasta llegar a una enorme puerta principal con estrechas ventanas a los costados. Por allí se colaba una luz mortecina. La casa daba la impresión de encontrarse vacía.

Apoyé a Carmen contra la esquina del asiento, dejé sus cosas y descendí.

Una mucama me abrió la puerta. Me dijo que Mr. Dravec no se encontraba allí y que no sabía donde podía estar. Quizás en algún punto de la ciudad. Tenía un rostro largo y amarillento, nariz grande, ojos alargados y húmedos y carecía de mentón. Parecía un lindo y viejo caballo a quien habían mandado a pastar luego de un día de trabajo. Pensé que trataría bien a Carmen.

Señalé el Packard y gruñí.

—Será mejor que la meta en cama. Tiene suerte de que no la metimos adentro... manejando con semejante falopa encima.

Sonrió con tristeza.

Me fui.

Tuve que caminar cinco cuadras hasta que me dejaran entrar en un departamento para usar el teléfono. Luego tuve que esperar veinticinco minutos hasta que llegar un taxi. Mientras esperaba,

comencé a preocuparme por lo que no había hecho.

Todavía tenía que obtener el rollo de la cámara de Steiner.

Capítulo 4

Dejé el taxi en la Pepper y me dirigí colina arriba por la Terraza la Verne hasta lo de Steiner.

Nada parecía haber cambiado. Crucé el cerco, abrí la puerta suavemente. Había olor a cigarrillo. Cuando dejé la casa había una complicada mezcla de olores en los que no se contaba el tabaco.

Cerré la puerta, puse una rodilla en el suelo y traté de escuchar conteniendo el aliento. Sólo se oía la lluvia que golpeaba contra el techo. Iluminé el suelo con mi linterna. Nadie me disparó.

Me puse de pie, encontré la perilla de una de las lámparas y encendí la luz.

Lo primero que advertí fue el hecho de que un par de tapices habían desaparecido de la pared. Yo no los había contado pero los lugares vacíos se veían a simple vista.

Entonces me di cuenta de que el cadáver de Steiner ya no estaba frente al totem. Alguien había colocado una alfombra en ese lugar, justo al borde de la alfombra rosa.

Prendí un cigarrillo y permanecí en medio de la habitación, pensando en el asunto. Al rato me dirigí hacia la cámara que se encontraba en el totem. Esta vez encontré la traba pero el rollo ya no estaba allí.

Mi mano se desplazó hasta el teléfono que se encontraba en la mesa de Steiner, pero no tomé el auricular.

Crucé un pequeño hall que se encontraba del otro lado del salón y entré en un desordenado dormitorio. Parecía más de mujer que de hombre. La cama tenía una larga manta con flecos en los bordes. La levanté, iluminando con mi linterna.

Steiner no se encontraba debajo de la cama. No estaba en toda la casa. Alguien se lo había llevado. Era un poco difícil que se hubiera ido solo.

No había sido la ley ya que alguien se habría quedado de guardia en la casa. Había pasado una hora y media desde que Carmen y yo dejáramos el lugar. Por otra parte no había rastros del desorden que suelen dejar los fotógrafos de la policía y los peritos en huellas digitales.

Volví al salón, empujé con el pie al aparato de flash hasta situarlo detrás del totem, apagué la luz, salí de la casa, me introduje en mi coche empapado y lo hice arrancar.

Me convenía bastante el hecho de que alguien quisiera mantener oculta la muerte de Steiner por algún tiempo. Me daba la oportunidad de decirlo sin inmiscuir a Carmen Dravec y a su foto desnuda.

Habían pasado las diez de la noche cuando llegué al Berglund, guardé el coche y subí a mi departamento. Me di una ducha y ya en pijamas, me preparé un cóctel. Miré el teléfono un par de veces, pensando en llamar a Dravec. Sin embargo reflexioné que era mejor dejarlo tranquilo hasta el día siguiente.

Llené la pipa y me senté con el cóctel y la libreta de Steiner. Estaba escrita en clave, pero por la disposición de las entradas se veía que era una lista de nombres y direcciones. Había más de cuatrocientas cincuenta. Si ésta era su lista de clientes, Steiner poseía una mina de oro, sin tener en cuenta los posibles chantajes que debían presentársele.

Cualquier nombre en esa lista era la de un asesino en potencia. No les envidiaba el trabajo que tendrían los policías cuando se la entregara.

Tomé demasiado *whisky* tratando de descifrar el código. A medianoche me acosté y soñé con un hombre que llevaba una chaquetilla china llena de sangre. Perseguida a una muchacha desnuda con

largos aros de jade, mientras yo trataba de fotografiar la escena con una cámara sin rollo.

Capítulo 5

Violets M'Gee me llamó a la mañana siguiente, antes de que me vistiera. Yo había leído el diario y no había nada referente a Steiner. Su voz tenía la alegre entonación del hombre que ha dormido bien y no le debe dinero a nadie.

—Bueno, ¿cómo estás muchacho?

Contesté que todo andaba bien, excepto algunos problemas con mi libro de lectura de tercer grado.

Se rió distraidamente y luego su voz me pareció demasiado casual.

—Ese tipo que te mandé... Dravec... ¿hiciste algo por él?

—Demasiada lluvia —le respondí. Si es que eso era una respuesta.

—Ajá... Parece que es un tipo con problemas. Uno de sus autos se está dando un baño en el muelle Lido.

No dije nada. Tomé el tubo con fuerza.

—Sí —continuó alegremente—. Un Cadillac nuevito... todo lleno de agua y arena... ¡Ah! Me olvidaba... hay un tipo adentro.

Solté la respiración muy, pero muy lentamente.

—¿Dravec?

—No. Un muchachito. Todavía no se lo conté a Dravec. ¿Quieres venir a dar un vistazo?

Le contesté que me gustaría.

—Muy bien. Te paso a buscar.

A la media hora me encontraba en el County Building, afeitado, vestido y con un liviano desayuno en el estómago. Encontré a M'Gee contemplando una pared amarilla, sentado frente a una pequeña mesa, también amarilla, sobre la cual sólo se apoyaban su sombrero y uno de sus pies. Quitó a ambos de la mesa, nos dirigimos al estacionamiento oficial y entramos en el pequeño sedan negro.

La lluvia había cesado durante la noche y la mañana era azul y durada. Había suficientes aromas en el aire como para sentir que la vida era simple y dulce, si uno no tenía demasiadas cosas en la cabeza. Pero, lamentablemente, yo las tenía.

Lido quedaba a treinta millas. Cumplimos las primeras diez a través de la ciudad. M'Gee llegó en tres cuartos de hora. Finalmente nos detuvimos frente a un arco de estuco. Más allá se extendía el muelle, largo y negro. Descendimos.

Había algunos coches y personas frente al arco. Un policía en motocicleta les impedía pasar al muelle. M'Gee le mostró su estrella de bronce y pasamos. Ni siquiera la lluvia de los dos últimos días había conseguido disipar el olor.

—Allí está —dijo M'Gee—. Fijate en el remolcador.

En efecto, un remolcador negro se arrastraba en la punta del muelle. Algo grande, verde y cromado relucía en la cubierta, frente a la cabina y había gente a su alrededor.

Bajamos por unos angostos escalones hasta la cubierta del remolcador.

M'Gee saludó a un oficial que vestía uniforme verde kaki y a otro hombre vestido de civil. Los tres miembros de la tripulación del remolcador se apoyaron contra la cabina, observándonos.

Examinamos el auto. Tenía el paragolpe delantero doblado y un farol y el radiador destrozados.

La pintura y los cromados estaban descarados por la arena y los tapizados empaados y negros. Aparte de eso, el coche no estaba del todo mal. Era un mastodonte en dos tonos de verde con detalles color vino.

M'Gee y yo observamos el asiento delantero. Un muchacho delgado, de cabello negro y probablemente buen mozo estaba enroscado en el volante. Su cabeza se recostaba en un curioso ángulo con respecto al resto del cuerpo. Su rostro tenía un color blanco azulado. Los ojos guardaban un pálido brillo bajo los párpados caídos. Su boca, abierta, estaba llena de arena y en su rostro había algunos rastros de sangre que el agua no había logrado borrar del todo.

M'Gee se apartó, hizo un ruido con la garganta y comenzó a chupar uno de los purificadores de aliento con aroma a violetas que le habían valido su sobrenombre.

—¿Cómo fue? —preguntó con tranquilidad.

El oficial de uniforme señaló el extremo del muelle. El paredón de contención había resultado inútil y la madera destrozada relucía, brillante y amarilla.

—Pasó por allí. El golpe debe haber sido fuerte. La lluvia cesó temprano aquí; a eso de las nueve. Así que fue después de la lluvia. Es todo lo que sabemos, excepto que cayó cuando había mucha agua; no se abolló demasiado. Por lo menos media marea, eso diría yo. O sea inmediatamente después de la lluvia. Los muchachos vinieron a pescar esta mañana y lo vieron bajo el agua. Trajimos el remolcador para sacarlo. Entonces vimos al muerto.

El otro oficial restregó la cubierta con uno de sus zapatos. M'Gee me miró con ojos de zorro. Yo lo miré en forma ausente y no dije nada.

—Bastante borracho, el chico. Haciéndose el vivo con esta lluvia. Parece que le gustaba manejar... si... bastante borracho.

—Borracho un carajo —dijo el oficial de civil—. El acelerador de mano estaba a media velocidad y tiene un golpe en la cabeza. Pregúnteme y les contesto: Asesinato.

M'Gee lo miró cortésmente y se dirigió al otro oficial.

—¿Qué le parece?

—Podría ser suicidio. Se quebró la nuca. Pudo lastimarse la cabeza en la caída. También es posible que la mano haya tocado el acelerador. De todos modos yo también diría asesinato.

—¿Lo registraron? ¿Saben quién es?

Los dos oficiales me miraron. Hicieron lo mismo con la tripulación del remolcador.

—Muy bien. No se preocupen por eso —dijo M'Gee. Yo sé quién es.

Un hombre pequeño, con cara de cansancio, anteojos y una valija negra se acercó lentamente por el muelle y bajó los angostos escalones. Eligió un lugar bastante limpio de la cubierta y dejó la valija. Se quitó el sombrero y restregándose la nuca, sonrió débilmente.

—Hola Doc. Allí está su paciente. Salió a bucear anoche. Es todo lo que sabemos.

El médico miró el cadáver morosamente. Manipuló la cabeza, palpó las costillas, levantó una de las manos y observó las uñas. La dejó caer, se hizo a un lado y volvió a recoger su valija.

—Doce horas. Se partió la nuca, por supuesto. Dudo de que tenga mucho agua adentro. Será mejor que lo llevemos antes de que se ponga rígido. Les diré el resto cuando lo vea sobre una mesa.

Miró en derredor, subió los escalones y se alejó por el muelle. Una ambulancia se ubicó delante del arco de estuco.

Los dos oficiales gruñeron y comenzaron a sacar al hombre del interior del auto. Lo dejaron sobre la cubierta.

—Vámonos —me dijo M’Gee—. Con esto se acaba la primera parte del espectáculo.

Nos despedimos. M’Gee les dijo a los oficiales que mantuvieran el pico cerrado hasta que tuvieran instrucciones. Caminamos por el muelle, subimos al pequeño sedán negro y volvimos a la ciudad por la blanca carretera recién lustrada por la lluvia. A los costados se elevaban pequeñas colinas de arena amarilla cubiertas de musgo. Unas pocas gaviotas planeaban sobre la costa. Mar adentro, algunos blancos veleros parecían suspendidos en el cielo.

Anduvimos unas millas sin decir nada. Entonces M’Gee se volvió hacia mí.

—¿Alguna idea?

—Desacelera —le contesté—. Jamás he visto a ese tipo. ¿Quién es?

—Carajo. Pensé que me ibas a hablar de él.

—Desacelera, Violets.

Gruñó, se encogió de hombros y estuvimos a punto de caer en la arena cuando salimos del camino.

—El chofer de Dravec. Un muchacho llamado Carl Owen. ¿Cómo puedo saberlo? Porque lo tuvimos adentro hace un año. El asunto fue así: Se llevó a Yuma a la hija de Dravec. Éste los siguió, los trajo de vuelta y metió al chico en la cárcel. Entonces, la chica se pone a llorar y a la mañana siguiente el viejo vuelve a las puteadas y lo saca. Dice que el muchacho pensaba casarse pero que ella no quería. Entonces el muchacho comienza a trabajar para él. ¿Qué te parece?

—Típico de Dravec.

—Sí; pero el muchacho pudo haber reincidido.

M’Gee tenía el cabello canoso, mentón macizo y una boca en forma de hociquito, hecha para besar bebidas. Miré su perfil y súbitamente entendí la idea. Me reí.

—¿Tú crees que Dravec lo mató?

—¿Por qué no? El muchacho vuelve a intentarlo con la chica y Dravec se la da demasiado fuerte. Es un tipo grande y puede romper un cuello con facilidad. Por otra parte está asustado. Lleva el coche hasta el Lido y deja que con la lluvia se deslice por el muelle. Piensa que no habrá lío. Quizás ni siquiera piensa. Actúa como un atolondrado.

—Es muy simple. Lo único que tiene que hacer es volver caminando hasta su casa en medio de la lluvia. Treinta millas.

—¿No me digas?

—Dravec lo mató. Seguro. Pero estaban jugando al salto de rana. Dravec se le cayó encima.

—Muy bien. Algún día querrás jugar a mi manera.

—Escúchame Violets —dije con seriedad—. Si el muchacho fue asesinado, de lo cual no estamos seguros, no es la forma en que Drave lo haría. Es de los que matan cuando están furiosos, pero no así. No haría tanta alharaca.

Serpenteábamos por el camino mientras M’Gee pensaba en el asunto.

—Flor de amigo. Fabrico una fabulosa teoría y miren lo que hace. Para qué carajo te habré traído. Voy a seguir a Dravec de todos modos.

—Seguro. Tendrás que hacerlo. Pero Dravec no mató a ese muchacho. Es demasiado blando para

eso.

Cuando llegamos a la ciudad ya era mediodía. Yo había cenado con *whisky* la noche anterior y desayunado bastante poco. Me bajé en el Boulevard y dejé que M'Gee fuera a ver a Dravec.

Me interesaba lo sucedido con Carl Owen, pero no creía que Dravec pudiera haberlo matado.

Almorcé en un bar y eché una mirada a los diarios de la tarde. No esperaba encontrar nada acerca de Steiner y así fue.

Después de almorzar fui a dar un vistazo a la tienda de Steiner.

Capítulo 6

El negocio ocupaba la mitad del frente del edificio. La otra mitad era una joyería. El dueño estaba parado en la entrada. Era un judío grade, de cabello blanco y ojos negros. Llevaba unos nueve quilates de diamantes en el dedo. Una débil y conocedora sonrisa se esbozó en sus labios cuando entré en lo de Steiner.

Una gruesa alfombra azul cubría el piso de pared a pared. Había sillones de cuero azul con ceniceros de pie a su lado. En unas mesas se encontraban algunos ejemplares en cuero repujado. El resto de los libros estaban en vitrinas. Un tabique de paneles separaba el salón de la parte trasera del negocio. Tenía sólo una puerta. En una esquina se encontraba una mujer, sentada tras un pequeño escritorio e iluminada por una lámpara.

Se levantó y vino hacia mí, moviendo las estrechas caderas dentro de un ajustado vestido negro, completamente opaco. Era una rubia de cabello color ceniza y ojos verdosos bajo unas gruesas pestañas postizas. Largos aros pendían de sus orejas y el cabello se agitaba suavemente tras ellos.

Esbozó lo que debió creer que era una sonrisa de bienvenida y agitó sus uñas plateadas.

—¿Qué desea?

Me coloqué el sombrero sobre los ojos.

—¿Steiner?

—Hoy no vendrá. Puedo mostrarle...

—Estoy vendiendo. Algo que él busca desde hace mucho tiempo.

Las uñas plateadas se tocaron el cabello detrás de una de las orejas.

—Ah, un vendedor... bueno... puede venir mañana.

—¿Está enfermo? Podría ir a verlo a su casa —sugerí esperanzado—. Él querrá ver lo que traigo.

Eso la sacudió. Hizo un esfuerzo por recobrar el aliento. Pero sus palabras fueron tranquilas cuando finalmente salieron.

—Eso... eso no serviría de nada. Ha salido de la ciudad.

Asentí, mostrándome desilusionado. Me toqué el sombrero y cuando me daba vuelta para irme vi que el muchacho con cara de sinvergüenza de la noche anterior aparecía en la puerta. Se volvió hacia atrás tan pronto como me vio, pero alcancé a divisar unos paquetes de libros en el suelo de la parte trasera del negocio.

Los paquetes eran pequeños y estaban atados en forma apurada. Un hombre con un mameluco muy nuevo los estaba arreglando. Parte del stock estaba siendo trasladado.

Dejé el negocio, caminé hasta la esquina y volví por el callejón. Detrás del negocio se encontraba un camioncito negro. La parte trasera era de tejido metálico y no llevaba sigla comercial ni dirección alguna. A través de los alambres se veían unas cajas. El hombre del mameluco salió y cargó una más.

Volví al Boulevard. A media cuadra un muchachito de cara rozagante se encontraba leyendo una revista dentro de un camión. Le mostré algo de dinero.

—¿Un trabajito de persecución?

Me miró, abrió la puerta e incrustó la revista detrás del espejo retrovisor.

—Mi especialidad, jefe —contestó alegremente.

Dimos la vuelta hasta el final del callejón y esperamos junto a una bomba de incendios.

Habría una docena de cajas en el camión cuando el hombre del mameluco nuevo subió a la cabina y puso en marcha el motor. Rápidamente dobló a la izquierda al llegar a la esquina. Mi conductor hizo lo mismo. El camión siguió por el Norte hasta Garfield, luego dobló hacia el Este. Iba bastante rápido y había mucho tráfico en Garfield. Mi conductor lo seguía a demasiada distancia.

Se lo estaba diciendo cuando el camión volvió a virar hacia el Norte. La calle en que dobló se llamaba Brittany. Cuando llegamos a Brittany no había ningún camión a la vista.

El muchacho de rostro rozagante trató de tranquilizarme a través del vidrio. Seguimos por Brittany a cuatro millas por hora, tratando de encontrar el camión detrás de los arbustos pero yo no podía tranquilizarme.

Brittany doblaba un poco hacia el Este y luego se cruzaba con la siguiente transversal, Randall Place. Allí había una casa blanca. El frente daba a Randall Place y la entrada del garaje a Brittany. Mi conductor me estaba diciendo que el camión no podía estar muy lejos, cuando lo vi en el garaje.

Fuimos hasta el frente de la casa. Yo me bajé y entré al vestíbulo.

No había timbres. Un escritorio se encontraba contra la pared, como si no sirviera para nada. Arriba había buzones para correspondencia rotulados con nombres.

El que correspondía al departamento 405 era el de Joseph Marty. Casualmente Joe Marty era el nombre del hombre que jugaba con Carmen Dravec hasta que su papá le diera cinco mil dólares para que se fuera a jugar con alguna otra chica. Podía ser el mismo Joe Marty.

Bajé por la escalera abriendo una puerta de vidrio, me interné en la oscuridad del garaje. El hombre del mameluco nuevo estaba colocando las cajas en el ascensor automático.

Me ubiqué a su lado, prendí un cigarrillo y lo miré. NO pareció gustarle pero no dijo nada.

—Cuidado con el peso —le dije al rato—. Sólo aguanta media tonelada. ¿Adónde va?

—Marty. Cuatrocientos cinco.

Inmediatamente pareció arrepentirse de haberlo dicho.

—Muy bien. Parece que hay bastante para leer.

Subí los escalones y volví al camión.

Regresamos a la ciudad y fuimos hasta mi oficina. Le di al conductor demasiado dinero y él me ofreció una sucia tarjeta. La tiré en la escupidera de bronce que estaba al lado de los ascensores.

Allí estaba Dravec, sosteniendo, al parecer, una pared de mi oficina.

Capítulo 7

Pese a que el día se había vuelto cálido y despejado después de la lluvia, todavía llevaba su impermeable de gamuza, saco y chaleco. Su corbata esta suelta y su rostro parecía una máscara de masilla gris con una negra barbilla en su parte inferior.

Tenía un aspecto horroroso.

Abrí la puerta, le di unas palmadas en el hombro y luego de hacerlo pasar, lo senté sobre una silla. Respiró hondo pero dijo nada. Saqué del escritorio una botella de *whisky* y serví dos vasos. Los bebimos sin decir palabra. Luego se desparramó sobre la silla, parpadeó y haciendo un ruido con su garganta, sacó un sobre blanco de un de sus bolsillos interiores. Lo colocó sobre la mesa y puso su velluda mano encima.

—Jodido lo de Carl —dije—. Estuve con M'Gee esta mañana.

Me miró en forma ausente. Al rato dijo:

—Sí. Carl era un buen chico. NO te he hablado mucho de él.

Esperé, mirando el sobre que se encontraba bajo su mano. Él también lo miró.

—Debo dejar que lo veas —murmuró.

Lo empujé lentamente a través del escritorio y levantó la mano, como si estuviera renunciando a toda una vida.

Dos lágrimas se formaron en sus ojos y cayeron por sus mejillas sin afeitar.

Levanté el sobre y lo miré. Estaba dirigido a su dirección y llevaba su nombre en prolija letra cursiva. Tenía una estampilla de Entrega Especial. Lo abrí y observé la brillante fotografía que se encontraba en su interior.

Carmen Dravec estaba sentada en el sillón de Steiner luciendo sus largos aros de jade. Sus ojos parecían más enloquecidos de lo que yo había visto. Miré la parte de atrás; estaba en blanco. Coloqué la foto boca abajo sobre mi escritorio.

—Cuéntame —dije con cuidado.

Dravec se secó las lágrimas con la manga, puso las manos sobre la mesa y observó sus uñas negras. Sus dedos temblaban.

—Un tipo me llamó.

Su voz parecía la de un muerto.

—Diez de los grandes por el negativo y las copias. El asunto tiene que quedar arreglado esta noche o habrá un escándalo.

—Es mucha plata —le contesté—. Un escándalo sólo tiene sentido si hay una historia detrás. ¿Cuál es la historia?

Alzó los ojos lentamente, como si fueran muy pesados.

—Eso no es todo. Hay lío. El tipo dice que más vale que me apure o encontraré a mi hija en la cárcel.

—¿Cuál es la historia? —Volví a preguntar, llenando mi pipa—. ¿Qué dice Carmen de todo esto? Movié la cabeza en forma negativa.

—No se lo he preguntado. No me animo. Pobrecita... sin ropa... no... no me animo... supongo que todavía no has hecho nada con Steiner.

—No tuve necesidad. Alguien me ganó de mano.

Me miró con la boca abierta; sin comprender. Era obvio que no sabía nada de lo ocurrido la noche anterior.

—¿Carmen salió anoche? —pregunté descuidadamente.

Seguía con la boca abierta, tratando de entender.

—No. Está enferma. Estaba en la cama cuando llegué a casa. No salió en toda la noche. ¿Qué quieres decir... con lo de Steiner?

Tomé una botella de *whisky* y serví dos vasos. Encendí mi pipa.

—Steiner está muerto. Alguien se cansó de sus jugarretas y lo llenó de agujeros. En la lluvia.

—Dios mío. ¿Estabas allí?

Negué con un gesto.

—Yo no. Carmen estaba allí. Ese es el lío del que habla su hombre. Ella no disparó, por supuesto.

Su rostro se puso rojo y furioso. Blandió los puños y su garganta profirió un bronco sonido. El pulso le golpeaba visiblemente en un costado del cuello.

—¡No es cierto! Estaba enferma. ¡No salió! Estaba en cama cuando llegué a casa.

—Ya lo dijiste. Eso no es cierto. Yo mismo llevé a Carmen a casa. La mucama lo sabe; sólo que quiere disimularlo. Carmen estaba en lo de Steiner y yo me encontraba esperando afuera. Hubo un tiro y alguien salió corriendo. No alcancé a ver quién era. Y Carmen estaba demasiado borracha como para verlo. Por eso está enferma.

Sus ojos trataron de fijarse en mi rostro; pero su mirada era vaga y vacía, como si su luz estuviese muerta. Se agarró del sillón. Sus nudillos se pusieron tensos y blancos.

—No me lo dijo —murmuró—. No me lo dijo. A mí, que haría cualquier cosa por ella.

No había emoción en su voz. Sólo cansancio y desaliento.

Empujó su silla hacia atrás.

—Voy a buscar el dinero. Los diez grandes. Quizás el tipo se calle la boca.

Entonces se quebró. Su enorme cabeza se apoyó sobre la mesa y los sollozos le convulsionaron todo el cuerpo. Me levanté, di la vuelta al escritorio y le palmeé el hombro. Seguí haciéndolo sin decir palabra. Al rato levantó el rostro lleno de lágrimas y me tomó la mano.

—Por Dios —sollozó—. Eres un buen tipo.

—Todavía no me conoces...

Retiré mi mano, serví un vaso y lo ayudé a que se lo tomara. Luego le quité el vaso y lo puse sobre la mesa. Volví a sentarme.

—Tienes que levantarte —dije con dureza—. La ley todavía no sabe lo de Steiner. Yo llevé a Carmen a su casa y me callé la boca. Quise darles un respiro. Esto me involucra a mí también en el lío. Tienes que cumplir con tu parte.

Asintió con lentitud.

—Haré lo que digas... lo que sea.

—Consigue el dinero. Tenlo listo para cuando te llamen. YO tengo algunas ideas y es posible que no tengas que usarlo. Pero no es hora de hacernos los vivos... consigue el dinero, quédate quieto y mantén la boca cerrada. Yo me encargo del resto. ¿Eres capaz de hacerlo?

—Sí... por Dios... eres un buen tipo.

—No hables con Carmen. Cuando menos se acuerde del asunto, mejor. Esta fotografía demuestra que alguien estaba trabajando con Steiner. Tenemos que encontrarlo pronto. Aunque cueste diez de los grandes.

Se levantó lentamente.

—Eso no tiene importancia. Es sólo dinero. Voy a buscarlo ahora. Después me voy a casa. Haz lo que quieras. Yo te obedezco.

Volvió a tomarme la mano, la sacudió y salió lentamente de la oficina. Oí sus pasos pesados que se arrastraban por el vestíbulo.

Bebí un par de tragos y me restregué la cara.

Capítulo 8

Subí lentamente la Terraza La Verne rumbo a la casa de Steiner.

A la luz del día pude ver claramente la pendiente de la colina y los escalones de madera que el asesino había usado para escapar. La calle era casi tan angosta como el callejón. Al frente había dos casas, no demasiado cerca de lo de Steiner. Con el ruido de la lluvia, era improbable que alguien hubiera prestado atención a los tiros.

La casa tenía un aspecto pacífico bajo el sol de la tarde. Las despintadas tejas del techo estaban todavía húmedas por la lluvia. Los árboles de la vereda de enfrente estaban llenos de hojas nuevas. NO había automóviles en la calle.

Algo se movió detrás del seto que ocultaba la entrada de la casa.

Carmen Dravec, vistiendo un saco verde y blanco, apareció en el portón. Se detuvo y me miró despavorida, como si no hubiera oído el ruido del auto. Corrió detrás del cerco. Yo seguí mi camino y estacioné frente a la casa abandonada.

Me bajé y volví hacia atrás. A plena luz, era una actitud peligrosa.

Crucé el cerco. La muchacha se encontraba junto a la puerta entreabierta, erguida y silenciosa. Una mano se movió lentamente hasta su boca y se mordió el pulgar que parecía un gracioso dedo de más. Tenía profundas y oscuras ojeras bajo unos ojos llenos de terror.

La empujé hacia el interior de la casa y sin decir una sola palabra, cerré la puerta. Nos miramos uno al otro. Bajó la mano y trató de sonreír. Entonces, toda expresión desapareció de su rostro. Parecía tan inteligente como el fondo de una caja de zapatos.

Traté de hablar con delicadeza.

—Tranquilízate. Soy amigo. Siéntate en esa silla. Soy amigo de tu padre, no te asustes.

Se sentó sobre el almohadón amarillo que cubría la negra silla de Steiner.

El lugar tenía un aspecto descolorido y decadente con la luz de día. Todavía olía a éter.

Carmen se mojó los extremos de la boca con su lengua blancuzca. Sus ojos oscuros parecían más estúpidos que asustados. Armé un cigarrillo y empujando algunos libros, me senté al borde de la mesa. Encendí mi cigarrillo y aspiré lentamente.

—¿Qué haces aquí?

Jugueteó con la tela de su saco y no contestó.

Volví a insistir.

—¿Recuerdas algo de lo que sucedió anoche?

Aquí se dignó a contestar:

—¿Recordar qué? Yo estaba en cama. Enferma. En casa.

Su voz era cautelosa y gangosa.

—Antes. Antes de que te llevara a tu casa. Aquí.

Se sonrojó. Sus ojos se abrieron.

—¿Usted... usted fue el que me llevó?

Tomó aliento y volvió a chuparse el pulgar.

—Sí. Fui yo. ¿Recuerdas algo?

—¿Usted es de la policía?

—No. Ya te dije que era amigo de tu padre.

—Entonces... ¿No es de la policía?

—No.

Dio un largo suspiro.

—¿Qué quiere saber?

—¿Quién lo mató?

Su cuerpo se estremeció dentro del saco, pero su rostro permaneció inmutable. Me miró furtivamente.

—¿Quién... quién más lo sabe?

—¿Lo de Steiner? No lo sé. La policía no lo sabe o ya habría alguien aquí. Quizás Marty.

Era sólo una cuchillada en la oscuridad, pero hizo que diera un grito desgarrador.

—¡Marty!

Por un instante ambos nos mantuvimos en silencio. Yo fumaba mi cigarrillo y ella se chupaba el dedo.

—No te hagas la interesante. ¿Fue Marty?

Su mentón descendió un centímetro.

—Sí.

—¿Por qué?

—No... no lo sé —dijo con voz apagada.

—¿Lo has visto con frecuencia en estos últimos tiempos?

—Un par de veces.

—¿Sabes dónde vive?

—Sí.

Pareció escupirme la palabra.

—¿Qué te sucede? Pensé que te gustaba Marty.

—¡Lo odio! —aulló.

—Entonces querrás que caiga.

No pareció entenderme. Tuve que explicárselo.

—Quiero decir... ¿estás dispuesta a decírselo a la policía?

Sus ojos se llenaron de pánico.

—Si obtengo la foto del desnudo —dije para tranquilizarla.

Soltó una risita.

Tuve una desagradable sensación. Si hubiera aullado, palidecido o se hubiera desplomado en el suelo, habría sido algo natural. Pero lo único que hizo fue soltar una risita.

Comencé a odiarla. Su sola presencia me hacía sentir drogado.

Sus risitas continuaron y corrieron como ratas por toda la habitación. Comenzaron a volverse histéricas. Me levanté, fui hacia ella y le di un cachetazo.

—Igual que anoche —le dije.

Las risitas se detuvieron de inmediato. Volvió a chuparse el dedo. Aparentemente no le importaban mis golpes. Me senté en el borde de la mesa.

—Volviste a buscar el negativo. La foto con tu vestido de nacimiento.

Su mentón subía y bajaba.

—Tarde. Ya lo busqué anoche y no estaba. Probablemente la tenga Marty. ¿No me estarás mintiendo con lo de Marty?

Negó vigorosamente con la cabeza. Se levantó de la silla suavemente. Sus ojos eran angostos y vacíos como los de una ostra.

—Me voy —dijo, como si hubiéramos estado tomando el té.

Estaba por abrir la puerta cuando un auto subió por la colina y se detuvo frente a la casa. Una persona descendió del coche.

Se dio vuelta y me miró horrorizada.

La puerta se abrió y un hombre apareció en el umbral.

Capítulo 9

Era un hombre de rostro anguloso. Llevaba un traje marrón y sombrero de fieltro negro. La manga izquierda estaba doblada y sujeta al costado del saco con un alfiler de gancho.

Se quitó el sombrero, cerró la puerta empujándola con el hombro y miró a Carmen con una sonrisa en los labios. Su cabello era enrulado y corto y su cabeza huesuda. La ropa le quedaba bien. No tenía aspecto de matón.

—Soy Guy Slade. Disculpen la forma de entrar. El timbre no anda. ¿Está Steiner?

No había tocado el timbre. Carmen lo miró en forma ausente. Luego me miró a mí y de vuelta a Slade. Se mordió los labios pero no dijo nada.

Yo le contesté.

—Steiner no está Mr. Slade. Y no sabemos dónde se encuentra.

Asintió, tocándose la barbilla con el borde del sombrero.

—¿Ustedes son amigos de él?

—Vinimos por un libro —dije, devolviéndole la sonrisa—. La puerta estaba entreabierta. Golpeamos y luego entramos. Igual que usted.

—Ya veo —dijo pensativo—. Muy simple.

No le respondí y Carmen tampoco. Miraba fijamente la manga vacía.

—Un libro, ¿eh?

Su modo de decirlo me puso sobre aviso. Quizás conocía los negocios de Steiner. Caminé hacia la puerta.

—Usted no golpeó.

Sonrió, un poco confundido.

—Cierto. Debí hacerlo. Lo siento.

—Bueno, nosotros nos vamos.

Tomé a Carmen del brazo.

—¿Algún mensaje... si Steiner vuelve?

—No se moleste.

—Lástima.

Su tono parecía tener un doble sentido.

Solté el brazo de Carmen. Slade continuaba con el sombrero en la mano. NO se movió. Parpadeó alegremente.

Volví a abrir la puerta.

—La chica se puede ir, pero quisiera hablar un poco con usted.

Lo miré, tratando de aparentar indiferencia.

—¿Mentiroso, eh? —dijo Slade con dulzura.

Carmen salió corriendo por la puerta. Enseguida oí sus pasos bajando por la colina. No había visto su auto, pero me imaginé que se encontraría cerca.

—¿Qué carajos...?

—Cállese —me interrumpió fríamente—. Aquí hay algo raro. Y voy a averiguar de qué se trata.

Comenzó a caminar descuidadamente; demasiado descuidadamente. Fruncía el ceño y no me

prestaba mucha atención. Eso me hizo pensar. Di una rápida mirada hacia la ventana, pero lo único que vi fue el techo de su auto por sobre el cerco de arbustos.

Slade encontró el botellón y los vasos. Los olfateó. Sus finos labios se curvaron en un gesto de desagrado.

—Miserable —dijo secamente.

Miró los libros que estaban sobre la mesa. Dio la vuelta y se encontró frente al tótem. Lo miró fijamente. Su mirada bajó hasta la alfombra que cubría el lugar donde había caído Steiner. La movió con el pie y se puso tenso.

Era una buena actuación. O Slade tenía un olfato envidiable. Todavía no estaba seguro de cuál versión era la cierta, pero me estaba dando mucho en qué pensar.

Se arrodilló lentamente. La mesa lo escondía parcialmente de mi vista. Saqué el revólver y juntando las manos tras mi espalda, me recosté contra la pared.

Lanzó una aguda y rápida exclamación. Se puso de pie. Su brazo se movió como un rayo, sacando a relucir una Luger negra y larga. Slade la sostuvo con sus dedos largos y delgados. No me apuntó. No parecía estar apuntando a nada en particular.

—Sangre —dijo con calma.

Su mirada era dura.

—Aquí, bajo la alfombra. En el suelo. Y mucha.

Sonreí.

—Ya la vi. Es sangre vieja. Sangre seca.

Fue hasta la silla negra que se encontraba detrás de la mesa de Steiner. Tomó el teléfono y frunció el ceño.

—Me parece que voy a llamar a la ley.

—Buena idea.

Sus ojos se volvieron angostos y duros. No le gustó que estuviera de acuerdo. Había dejado de actuar. Ahora era un matón bien vestido con una Luger en la mano. Y parecía capaz de usarla.

—¿Quién carajos es usted? —barbotó.

—Un detective. El nombre no importa. La chica es mi cliente. Steiner la ha estado chantajeando. Vinimos a hablarle. NO estaba.

—¿De manera que entraron, eh?

—Correcto. ¿Y qué? ¿Cree que asesinamos a Steiner, Mr. Slade?

Sonrió débilmente y no dijo nada.

—¿O cree que Steiner asesinó a alguien y escapó?

—Steiner no mató a nadie. No tenía el valor de un gato enfermo.

—Yo no veo a nadie aquí. ¿Usted sí? Quizás Steiner cenó con pollo y le gustaba matar a los pollos en el salón.

—No lo entiendo. No sé a qué juega.

Yo volví a sonreír.

—Adelante. Llame a sus amigos de la ciudad. Sólo que no le gustará la respuesta.

Consideró mis palabras sin mover un músculo. Apretó los labios.

—¿Por qué no? —preguntó finalmente con voz cautelosa.

—Sé quién es usted, Mr. Slade. Es el dueño del Aladdin Club, en Palisades. Juego clandestino Media luz, vestidos de noche y comedor en le local contiguo. Conoce a Steiner lo suficientemente bien como para entrar sin golpear. Los negocios de Steiner necesitaban un poco de protección de vez en cuando. Y eso, podía dárselo usted.

Su dedo se afirmó sobre la Luger, luego se relajó. Colocó la pistola sobre la mesa; pero mantuvo la mano encima. Su boca se torció en una mueca.

—Alguien agarró a Steiner —dijo suavemente.

Su voz y su expresión parecían pertenecer a dos personas diferentes.

—Hoy no apareció por el negocio. Su teléfono no contestaba. Vine a ver qué pasaba.

—Me alegro de oír que no lo mató usted.

Volvió a alzar la Luger y me apuntó el pecho.

—Bájela Slade. Todavía no sabe lo suficiente como para jugársela. Ya sé que no soy a prueba de balas. Bájela. Le diré algo; si es que no lo sabe. Alguien se llevó los libros del negocio. Hoy. Los libros con los que hacía la plata gorda.

Slade colocó la Luger sobre la mesa por segunda vez. Se recostó contra el respaldo. Su rostro cobró una expresión amable.

—Lo escucho.

—Yo también creo que alguien despachó a Steiner. Creo que esta sangre es su sangre. El hecho de que se estén llevando los libros de la tienda explica por qué se llevaron el cuerpo. Alguien está copando el negocio y no quiere que encuentren a Steiner hasta que esté todo listo. Quien quiera que haya sido, debió limpiar la sangre. Y no lo hizo.

Slade escuchaba en silencio. Sus cejas formaban curiosos ángulos con la blanca piel de su frente.

—El matar a Steiner para tomar su negocio es sólo una jugarreta —proseguí—. No creo que las cosas hayan sucedido así. Pero estoy seguro de que quien se está llevando los libros, sabe algo del asunto. Y de que la rubia del negocio está muerta de miedo por alguna razón.

—¿Algo más?

—Por ahora no. Hay un asunto de narcóticos en medio de todo esto. Quiero averiguar de qué se trata. Si me entero, se lo diré.

—Mejor ahora.

Slade apretó los labios y silbó dos veces.

Di un salto. Una puerta de auto se abrió. Hubo pasos.

Saqué a relucir mi pistola. Slade palideció y trató de manotear la Luger que se encontraba sobre la mesa.

—¡No la toque!

Se puso de pie, su mano estaba sobre la pistola pero ésta no estaba en su mano. Me escabullí hacia el vestíbulo, en momentos en que dos hombres entraban en la habitación.

Uno era pelirrojo, de rostro pálido y ojos movedizos. El otro tenía todo el aspecto de un matón. Un muchacho buen mozo pese a su nariz aplastada y a una oreja gorda como un bife.

Ninguno de los dos tenía armas a la vista. Se detuvieron.

Me ubiqué a espaldas de Slade. Éste se inclinó sobre la mesa sin dar muestras de nerviosismo.

La boca del matón se abrió en una amplia mueca de desagrado, mostrando unos filosos dientes

blancos. El pelirrojo parecía tembloroso y asustado.

Slade era un tipo corajudo. Con voz suave, baja pero muy clara dijo:

—Éste es el que mató a Steiner. Agárrenlo.

El pelirrojo se mordió el labio inferior y manoteó algo debajo del brazo. No llegó a tiempo. Yo estaba listo y le disparé hiriéndolo en el hombro izquierdo. Odiaba tener que hacerlo. El disparo hizo mucho ruido en la habitación cerrada. Pensé que se habría escuchado en toda la ciudad. El pelirrojo cayó al suelo y comenzó a revolcarse como si lo hubiera herido en el estómago.

El matón no se movió. Probablemente se dio cuenta de que no era lo suficientemente rápido. Slade tomó la Luger y empezó a darse vuelta. Di un paso y lo golpeé detrás de la oreja. Se desparramó sobre la mesa y la Luger se disparó contra una fila de libros.

Slade no me oyó decir:

—Me repugna tener que pegarle por la espalda a un manco. Pero no estoy tan loco como para dar ventajas. Tuve que hacerlo.

El matón me sonrió y dijo:

—Bueno, viejo. ¿Y ahora qué?

—Me gustaría salir de aquí sin tener más disparos. Puede llamar a la policía. Para mí es lo mismo.

Lo pensó con calma. El pelirrojo seguía dando alaridos en el suelo. Slade permanecía inmóvil.

El matón levantó las manos suavemente y se las colocó detrás de la nuca.

—No tengo la menor idea —dijo fríamente— de qué se trata todo esto. Pero no me importa un carajo que usted se vaya. Y tampoco me importa lo que haga después. Aparte de eso, no me gusta este lugar para campo de batalla. ¡Váyase!

—Muchacho inteligente. Tienes más sentido común que tu jefe.

Pasé al lado de la mesa rumbo a la puerta. El matón se volvió lentamente, dándome la cara, con las manos detrás de la nuca. Su rostro tenía una mueca casi simpática.

Crucé la puerta, salté el cerco y corrí colina arriba, esperando que alguien me siguiera. Nadie lo hizo.

Me zambullí en el Chrysler y, cruzando la colina, me alejé de aquél barrio.

Capítulo 10

Ya eran más de las cinco cuando me detuve frente a los departamentos de Randall Place. Se veían luces prendidas a través de algunas ventanas y las radios chillaban, entremezclando distintos programas. Subí en el ascensor automático hasta el cuarto piso. El departamento 405 se encontraba al fondo de un largo pasillo alfombrado de verde. Una fresca brisa venía de las puertas que daban a la salida de emergencia.

Apreté el timbre de marfil del departamento 405.

Al rato un hombre entreabrió la puerta. Era delgado, de ojos pardos, tez oscura y piernas largas. El cabello crespo le nacía bastante atrás, dejando ver una amplia frente oscura. Sus ojos me miraron con indiferencia.

—¿Steiner?

No se inmutó. Sacó un cigarrillo de atrás de la puerta y se lo llevó lentamente a los labios. Una nubecilla de humo vino hacia a mí y detrás se oyó una voz fría e indiferente.

—¿Cómo dijo?

—Steiner. Harold Hardwicke Steiner. El tipo de los libros.

Asintió. Consideró la situación sin prisa y mirando la brasa del cigarrillo, dijo:

—Creo que lo conozco. Pero no viene por aquí. ¿Quién lo mandó?

Sonreí. Eso pareció no gustarle.

—¿Usted es Marty?

Su rostro se endureció.

—¿Y qué? ¿Tiene algún problema o sólo se está divirtiendo?

Moví mi pie izquierdo cautelosamente. Lo suficientemente como para que no pudiera cerrar la puerta.

—Usted tiene los libros. Y yo la lista de clientes. ¿Qué tal si lo charlamos?

Marty no movió los ojos de mi rostro. Su mano derecha volvió detrás de la puerta y su hombro indicaba que la estaba moviendo. Se oyó un levísimo sonido de una cortina que se corría.

Abrió la puerta.

—¿Por qué no? Si a usted le parece —dijo fríamente.

Pasé al interior de la habitación. Era alegre, con pocos muebles. Y de los buenos. Unas ventanas estilo francés daban a una galería de piedra, a través de la cual se veían las colinas púrpuras por la luz del atardecer. En la misma pared había una puerta cerrada y otra cubierta con cortinas que colgaban de una barra de bronce.

Me senté en un sillón, de espaldas a la pared que no tenía puertas. Marty se dirigió al escritorio de roble tachonado con clavos. Una caja de cigarrillos de madera de cedro descansaba en su parte inferior. Marty la tomó, sin dejar de mirarme y la trajo hacia la mesa. Luego se sentó en el sillón.

Coloqué el sombrero a mi lado, y desprendiendo el botón superior de mi saco, le sonreí.

—Bueno, lo escucho.

Apagó su cigarrillo, levantó la caja y sacó dos gruesos cigarrillos.

—¿Un cigarro? —preguntó con displicencia.

Me incliné a tomarlo y eso me perdió. Marty dejó caer el otro cigarro y sacó velozmente una

pistola.

Miré el arma cortésmente. Era una Colt 38, de las que usa la policía. No encontré ninguna respuesta para la circunstancia.

—Levántese un segundo. Adelántese dos pasos. Nada más. Vamos a tomar un poco de aire.

Su voz era elaboradamente tranquila.

Yo estaba furioso, pero le sonreí.

—Usted es el segundo tipo que encuentro en el día que piensa que una pistola en la mano significa el mundo a sus pies. Guárdela y charlemos con tranquilidad.

Juntó las cejas y adelantó un poco el mentón. Su mirada indicaba que estaba un poco confundido.

Nos miramos. Fingí no advertir la negra pantufla que aparecía debajo de la cortina, a mi izquierda.

Marty llevaba un traje azul, camisa del mismo color y corbata negra. Su rostro tenía un aspecto sombrío.

—No me interprete mal —dijo lentamente—. No soy un mal tipo... sólo cuidadoso. No tengo la más mínima idea de quién es usted. Podría ser un asesino.

—No demasiado cuidadoso. El asunto de los libros fue deplorable.

Inspiró profundamente y dejó salir el aire con lentitud. Luego se recostó hacia atrás y cruzó las piernas, dejando la Colt sobre sus rodillas.

—No se crea que no la voy a usar si me hace falta. Bueno, ¿de qué se trata?

—Dígale a su amiga de las pantuflas que salga de ahí. Se está cansando de no respirar.

—Ven, Agnes —gritó Marty sin volver la cabeza.

Las cortinas se abrieron y apreció la rubia de ojos verdes del negocio de Steiner. Su presencia no me sorprendió. Me miró con odio.

—Yo sabía que usted nos iba a traer problemas. Le dije a Joe que tuviera cuidado.

—Basta —dijo Marty—. Joe está teniendo mucho cuidado. Prende la luz así puedo reventarlo, si es que hace falta.

La rubia prendió una lámpara de pie que tenía pantalla roja. Se sentó y sonrió amargamente. Estaba aterrorizada.

Recordé el cigarro que tenía en la mano y me lo llevé a los labios. Marty no dejó de apuntarme mientras buscaba los fósforos y lo encendía.

Di una pitada y hablé a través del humo.

—La lista de la que hablo está escrita en clave. De manera que todavía no puedo leer los nombres. Hay unos quinientos. Usted tiene doce cajas de libros, digamos unos trescientos. Y habrá otros tantos que estarán alquilados. Digamos unos quinientos en total, sin exagerar. Si la lista es buena y usted la sabe manejar con todos los libros, nos vamos a un cuarto de millón. Pongamos un alquiler bajo, por ejemplo un dólar. Es muy bajo, pero digamos un dólar. Es mucho dinero. Lo suficiente como para asesinar a un tipo.

—Usted está loco si... —aulló la rubia.

—Cállate —gritó Marty.

La rubia no insistió y recostó su cabeza contra el respaldo de la silla. Su rostro estaba desfigurado por la angustia.

—Este no es un negocio para tontos. Usted tiene que aguantar y seguir. Personalmente creo que los chantajes son un error. Yo los dejaría de lado.

Su rostro tenía una expresión helada.

—Usted sí que es un tipo gracioso. ¿Quién tiene este precioso negocio?

—Usted. Casi por entero.

Marty no me contestó.

—Mató a Steiner para conseguirlo. Anoche, en la lluvia. Buen tiempo para matar. El problema es que Steiner no estaba solo. Usted no se dio cuenta o se asustó. Salió corriendo. Pero tuvo el coraje de volver y esconder el cadáver en algún lado, de manera de poder arreglar los libros antes de que el asunto se descubriera.

La rubia dio un grito y volvió la cabeza contra la pared. Sus uñas plateadas se clavaron en sus manos. Se mordió con fuerza el labio.

Marty no se inmutó. NO se movió y su Colt tampoco. Su oscuro rostro parecía tallado en madera.

—Viejo, cómo te arriesgas —dijo con suavidad—. Tienes mucha suerte de que yo no haya matado a Steiner.

Le sonreí, no demasiado contento.

—Podrías terminar adentro de todos modos.

—¿Tú crees que sí?

—Estoy seguro.

—¿Y cómo?

—Hay alguien que lo va a decir.

Marty dio un grito de furia.

—¡Esa maldita... esa... es capaz de... carajo!

Yo no dije nada. Dejé que lo masticara. Lentamente, fue recobrando la calma. Puso la Colt sobre la mesa, al alcance de la mano.

—Usted no tiene aspecto de oportunista. —Sus ojos entornados brillaban entre densas pestañas—. Y no veo policía por aquí. ¿Qué es lo que quiere?

Volví a chupar mi cigarro y miré la mano de la pistola.

—El rollo de la cámara de Steiner. Y todas las copias. Aquí y ahora. Usted las tiene. Es la única forma en que pudo enterarse de quién estaba en la casa anoche.

Marty se volvió un poco para mirar a Ganes. Su rostro seguía contra la pared, y sus uñas continuaban clavadas en las manos. Marta se volvió hacia mí.

—Usted sí que es rápido, viejo.

Negué con un gesto.

—No. Usted es un estúpido, Marty. Lo pueden agarrar fácilmente por el asesinato. Si la chica quiere contar la historia, de nada servirán las fotos. Pero no quiere contarla.

—¿Usted es detective?

—Ajá.

—¿Y cómo llegó hasta mí?

—Yo trabajaba sobre Steiner. Lo había estado molestando a Dravec. Dravec está lleno de oro. Usted consiguió un poco. Seguí tras los libros desde el negocio de Steiner. Cuando la chico cantó, el

resto fue fácil.

—¿Dice que yo lo maté?

Asentí.

—Pero podría estar equivocada.

Marty dio un largo suspiro.

—Me odia. Yo la dejé colgada. Me pagaron por hacerlo, pero es igual. Es demasiado ardiente para mí.

—Busque las fotos, Marty.

Lentamente, se puso de pie. Guardó la Colt en un bolsillo. Su mano se volvió hasta el bolsillo del saco.

Alguien tocó el timbre de entrada. Y siguió tocando.

Capítulo 11

Marty se sintió molesto. Se mordió los labios y frunció el ceño. Su rostro cobró una expresión dubitativa.

El timbre seguía sonando.

La rubia se puso rápidamente de pie. La tensión nerviosa la hacía aparecer vieja y fea.

Sin dejar de mirarme, Marty abrió un cajón, sacó una pequeña automática y se la alcanzó a la rubia. Ésta la tomó con desgano.

—Siéntate con él. Y si se hace el gracioso, dale de comer.

La rubia se sentó en el sillón a un metro de distancia y me apuntó a la pierna. No me gustó la nerviosa expresión de sus ojos.

El timbre dejó de sonar y alguien comenzó a golpear con impaciencia. Marty fue hasta la puerta y la abrió. Introdujo su mano derecha en el bolsillo del saco y abrió violentamente con la izquierda.

Carmen Dravec lo empujó hacia el interior de la habitación, colocándole un pequeño revólver contra la cara.

Marty se volvió hacia atrás con suavidad. Tenía la boca abierta y una expresión de pánico. Conocía muy bien a Carmen.

Carmen cerró la puerta y se adelantó con su pequeña arma en la mano. Miraba solamente a Marty, no parecía ver otra cosa en la habitación. Por su mirada, daba la impresión de que estaba drogada.

La rubia tembló de pies a cabeza, alzó la automática y apuntó a Carmen. Yo di un salto y agarrándole la mano, coloqué el seguro de la automática. Tuvimos un ligero forcejeo. Marty y Carmen no nos prestaron atención. Entonces tomé la pistola.

La rubia jadeaba con violencia y miraba fijamente a Carmen. Ésta tenía sus ojos drogados clavados en Marty.

Quiero mis fotos.

Marty tragó saliva e intentó sonreírle.

—Por supuesto... por supuesto.

Su voz era apagada, tan distinta de la que había usado al hablar conmigo.

Carmen parecía tan loca como en lo de Steiner, pero esta vez controlaba su voz y sus músculos.

—Tú asesinaste a Harold Steiner.

—¡Carmen, espera un momento! —grité yo.

Carmen no se movió. La rubia volvió a la carga; bajando la cabeza, incrustó sus dientes en mi mano derecha, donde tenía la pistola.

Yo volví a gritar. A nadie pareció importarle.

—Escúchame nena... yo no... —dijo Marty.

La rubia quitó sus dientes de mi mano y me escupió mi propia sangre. Luego se arrojó contra mi pierna, tratando de morderme. La golpeé ligeramente en la cabeza con la culata de la pistola y traté de pararme. Ella se abrazó de mis tobillos haciéndome caer sobre el sillón. La rubia sacaba fuerzas de su histeria.

Marty manoteó el revólver de Carmen con su mano izquierda y falló. El arma hizo un ruido seco, no muy fuerte. El tiro no dio en Marty y rompió el vidrio de una de las ventanas francesas.

Marty volvió a quedarse quieto. Parecía que todos sus músculos habían vuelto a despertarse.

—¡Tírate y hazla caer, maldito tarado!

Volví a golpear a la rubia en la cabeza pero mucho más fuerte. Rodó a mis pies. Me desprendí, alejándome de ella.

Marty y Carmen se miraban como un par de estatuas. Algo largo y pesado golpeó el exterior de la puerta de entrada. El panel se partió de arriba abajo.

Eso envalentonó a Marty. Sacó la Colt de su bolsillo y saltó hacia atrás. Le disparé apuntando a su hombro izquierdo y erré el tiro. No quería herirlo demasiado. Hubo otro golpe en la puerta. Pareció sacudir todo el edificio.

Yo solté la automática y tomé mi propia pistola en momentos en que Dravec atravesaba la puerta destrozada.

Estaba borracho y enloquecido de furia. Sus enormes brazos se movían como aspas. Sus ojos estaban vidriosos e inyectados de sangre y tenía espuma en los labios.

Me golpeó violentamente en la cabeza sin siquiera mirarme. Caí contra la pared entre el sillón y la puerta destrozada.

Estaba tratando de recuperarme cuando Marty comenzó a disparar.

La parte trasera del saco de Dravec se levantó como si una bala lo hubiera traspasado limpiamente. Trastabilló y enderezándose, cargó como un toro.

Apunté y disparé contra el cuerpo de Marty. Se sacudió pero la Colt siguió escupiendo rugidos. Dravec se interpuso en el camino, Carmen fue arrojada a un lado como una hoja muerta y ya no hubo nada que hacer. Los disparos de Marty no podían detener a Dravec. Nada podía hacerlo. De haber estado muerto, igual habría llegado hasta Marty.

Lo tomó del cuello en momentos en que éste le arrojaba al rostro la pistola vacía. Rebotó como una pelota de goma. Marty comenzó a gritar y Dravec lo tomó del cuello, levantándolo del suelo.

Por un instante, las manos de Marty se aferraron a las muñecas de Dravec. Hubo un crujido y sus manos cayeron. Hubo otro crujido. Seco. Antes de que Dravec lo soltara vi que el rostro de Marty estaba color púrpura. Recordé, casualmente, que los hombres que se quiebran el cuello, a veces se tragan la lengua.

Marty cayó al suelo y Dravec comenzó a retroceder. Perdía el equilibrio, como un hombre que no es capaz de mantenerse en su centro de gravedad. Dio cuatro pasos, tambaleándose. Entonces, su enorme cuerpo cayó hacia atrás, quedando boca arriba en el suelo con los brazos extendidos.

Le salía sangre de la boca. Sus ojos se contrajeron como los de un hombre que trata de mirar a través de la niebla.

Carmen Darvec fue hasta él y comenzó a gemir como un animal asustado. Se oyó un ruido en el vestíbulo pero nadie apareció en la puerta. Ya habíamos tenido demasiadas visitas casuales.

Fui rápidamente hasta Marty y abriéndole el bolsillo saqué un grueso sobre. Tenía algo duro en su interior. Lo guardé.

A lo lejos una sirena se oía débilmente a través del atardecer. El sonido parecía crecer. Un hombre de rostro pálido espío cautelosamente por la puerta. Yo me arrodillé junto a Dravec.

Trató de hablar pero no puedo escuchar lo que decía. Entonces la tensión desapareció de sus ojos. Se volvieron lejanos e indiferentes, como los ojos de un hombre que mira a través de una larga

llanura.

—Estaba borracho —dijo Carmen con voz apagada—. Me obligó a decirle a dónde iba. Yo no sabía que me estaba siguiendo.

—Tienes imaginación —le contesté secamente.

Me puse de pie y abrí el sobre. Había algunas copias y un negativo de vidrio. Tiré el negativo al suelo y lo pisé hasta hacerlo añicos. Destruí las copias y dejé que los negativos volaran de mis manos.

—Van a imprimir muchas fotos tuyas, chiquita. Pero ésta no.

—No sabía que me estaba siguiendo.

Comenzó a chuparse el dedo.

Ahora se oía la sirena al pie del edificio. Fue apagándose hasta convertirse en un zumbido penetrante y finalmente se detuvo en momentos en que yo terminaba de destruir las copias.

Me quedé en el medio de la habitación, preguntándome para qué me había tomado el trabajo de hacerlo. Ahora ya no tenían importancia.

Capítulo 12

En la oficina del Inspector Isham, apoyando su codo sobre el escritorio de nogal y sosteniendo displicentemente un cigarrillo entre los dedos, Guy Slade habló sin mirarme.

—Gracias por tirarme en la sartén, detective. Me gusta ver a los muchachos de la policía de vez en cuando. —Sus ojos se curvaron en una desagradable sonrisa.

Yo estaba sentado frente a Isham. El Inspector era alto, delgado, gris y usaba anteojos sin armazón. No hablaba ni actuaba como un policía. Violets M’Gee y un irlandés de ojos alegres estaban sentados en unas sillas contra la pared que daba a la sala de recepción.

—Pensé que había encontrado la sangre demasiado pronto. Parece que me equivoqué. Mis disculpas, Mr. Slade.

—Sí. Y con eso arregla todo.

Se puso de pie y tomó un bastón y un guante que se encontraban sobre la mesa.

—¿Eso es todo, Inspector?

—Todo por hoy, Slade.

La voz de Isham era fría y sarcástica. Slade se colocó el bastón en la muñeca para poder abrir la puerta. Nos sonrió antes de salir. Lo último en que posó sus ojos fue, probablemente, mi nuca. Pero yo no lo estaba mirando.

—No necesito explicarle lo que pensamos de este tipo de encubrimiento —me dijo Isham. Suspiré.

—Tiros. Un muerto en el suelo. Una chica desnuda y drogada tirada en un sillón, sin saber lo que está sucediendo. Un asesino a quien no pude agarrar y ustedes tampoco habrían podido... entonces. Y detrás de todo esto un pobre tipo partiéndose el corazón tratando de arreglar las cosas en medio de la mierda. Muy bien, cúlpenme. No estoy arrepentido.

—¿Quién mató a Steiner?

—La rubia se los dirá.

—Quiero que me lo diga usted.

Me encogí de hombros.

—Si quiere que me arriesgue... el chofer de Dravec, Carl Owen.

Isham no pareció demasiado sorprendido. Violets M’Gee gruñó en voz alta.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Por un momento pensé que podía ser Marty. En parte por lo que dijo la muchacha. Pero eso no tenía ningún valor. Ella no sabía nada y aprovechó la oportunidad para tomárselas con Marty. Y es de las que no cambian de idea con facilidad. Pero Marty no actuó como un asesino. Un hombre tan frío como él no habría salido corriendo de esa manera. Yo ni siquiera había golpeado a la puerta cuando el asesino escapó. Por supuesto, también pensé en Slade. Pero él tampoco era ese tipo de hombre. Va a todos lados con dos guardaespaldas y ellos habrían intervenido. Además, Slade pareció verdaderamente sorprendido al encontrar la sangre. Estaba en el negocio con Steiner y tenía sus problemas, pero él no lo mató. No tenía ninguna razón valedera y de tenerla no lo habría hecho así, frente a un testigo... Pero Carl Owen, sí. Había estado enamorado de Carmen y probablemente todavía lo estaba. Tenía la posibilidad de espiarla y averiguar a dónde iba y qué hacía. Fue a lo de

Steiner, entró por la puerta de atrás, vio la escena del desnudo y lo reventó. Entonces se asustó y salió corriendo.

—Y fue hasta el Lido y hasta el final del muelle —dijo Isham con sequedad—. ¿No olvida usted que el muchacho Owen tenía un golpe en la cabeza?

—No. Me estoy olvidando que Marty, de un modo u otro, sabía lo que había en el negativo... o casi... Y eso fue lo que lo movió a ir, conseguirlo, meter a Steiner en el garage y tener tiempo de redondear el negocio.

—Grinnell, traiga a Anges Laurel —dijo Isham.

Grinnell se levantó, caminó a través de la habitación y desapareció por la puerta.

—Viejo, tú si que eres un amigo —dijo Violets M'Gee.

No le respondí. Isham se estiró la flácida piel del cuello y se miró las uñas de la otra mano.

Grinnell volvió con la rubia. Su cabello estaba desarreglado y se había quitado los aros. Parecía cansada pero ya no asustada. Se dejó caer lentamente sobre la silla que ocupara Slade, al borde del escritorio y cruzó las manos dejando ver sus uñas plateadas.

—Muy bien *Miss* Laurel —dijo Isham con calma—. Nos gustaría oír su versión.

La chica se miró las manos y habló sin dudar, con voz clara y tranquila.

—Conocí a Joe Marty hace tres meses. Me imagino que se me acercó porque yo trabajaba con Steiner. Yo pensé que le gustaba y le conté todo acerca del negocio. Él ya sabía un poco. Había estado gastando el dinero que le diera el padre de Carmen Dravec, pero ya se le había acabado y no tenía un centavo. Estaba listo para embarcarse en algo nuevo. Decidió que Steiner necesitaba un socio. Lo espiaba para ver si tenía matones a su servicio.

—Anoche se encontraba en el callejón que mira la parte trasera de su casa —continuó—. Oyó los tiros y vio al muchacho que corría por las escaleras, saltaba en su coche y salía corriendo. Lo persiguió hasta alcanzarlo cerca del playa, donde lo sacó del camino. El muchacho salió con una pistola, pero se puso nervioso y Joe lo desmayó de un golpe. Al registrarlo, averiguó quien era. Cuando volvió en sí, Joe se hizo el policía y el chico le contó toda la historia. Mientras Joe pensaba qué hacer, el chico lo tiró del coche y huyó. Manejaba como un loco y Joe lo dejó huir. Volvió a lo de Steiner. Supongo que ya saben el resto. Cuando reveló el negativo y vio lo que tenía en sus manos, se apuró, de manera que pudiéramos salir de la ciudad antes de que la ley advirtiera lo de Steiner. Íbamos a tomar algunos libros y poner una tienda en otro lugar.

Agnes Laurel se calló. Isham tableteó los dedos contra la mesa.

—Marty se lo contó todo, ¿eh?

—Ajá.

—¿Seguro que no mató a este Carl Owen?

—Yo no estaba allí. Pero Joe no actuó como si hubiera matado a alguien.

Isham asintió.

—Eso es todo por ahora, *Miss* Laurel. Queremos una declaración escrita... y tendremos que retenerla, por supuesto.

La chica se puso de pie. Grinnell la llevó afuera. Salió sin mirar a nadie.

—Marty no podía saber que Carl Owen estaba muerto. Pero estaba seguro de que trataría de esconderse. Cuando nosotros nos enteráramos, él ya se habría marchado con el dinero de Dravec.

Creo que la historia de la chica es bastante razonable.

Nadie respondió. Al rato Isham me dijo:

—Usted cometió un error grosero. No debió mencionarle a la chica lo de Marty hasta estar seguro de que era su hombre. Con eso sólo logró que dos personas murieran inútilmente.

—Ajá. Será mejor que vaya y haga todo de vuelta.

—No se haga el malo.

—No me hago el malo. Yo trabajaba para Dravec y estaba tratando de evitarle un problemita. Yo no sabía que la chica era tan ardiente ni que Dravec era un huracán. Yo quería las fotos. No me importaban Steiner, ni Marty, ni su chica. Y no me importan ahora.

—Bueno, bueno —dijo Isham con impaciencia—. Por el momento no lo necesitamos más. Probablemente lo molesten bastante en la audiencia.

Se puso de pie y yo lo imité. Me extendió la mano.

—Y probablemente eso le venga bastante bien —añadió secamente.

Le di la mano y me fui. M'Gee me siguió. Bajamos juntos en el ascensor sin decir palabra. Al salir del edificio, dio la vuelta a mi Chrysler y entró.

—¿Tienes algo de alcohol en tu choza?

—Bastante.

—Bueno, vamos a tomar un poco.

Arranqué y me dirigí hacia el Oeste a través de un largo túnel lleno de ecos. Al salir, M'Gee me dijo:

—La próxima vez que te mande un cliente no esperaré que me cuentes nada, viejo.

Seguimos a través de la noche tranquila, rumbo al Berglund. Me sentía cansado, viejo y bastante inservible.

Bay City Blues

Título original: *Bay City Blues*

Año de publicación: junio de 1938

Traducción: Horacio González Trejo, 1998

Otro título: Tristezas de Bay City

El suicidio de cenicienta

Debía de ser viernes porque el olor a pescado de Mansion House, la cafetería de al lado, era abrumador. Al margen del olor, se trataba de un bonito y cálido día de primavera, a última hora de la tarde, y desde hacía una semana no tenía un solo cliente. Había apoyado los tacones de los zapatos en el borde del escritorio y me bronceaba los tobillos con un fragmento de sol cuando sonó el teléfono. Me quité el sombrero y bostecé a través del micrófono del teléfono.

—Te he oído —respondió una voz—. Johnny Dalmas, debería darte vergüenza. ¿Has oído hablar del caso Austrian?

Era Violets M’Gee, un detective de la brigada de homicidios de la oficina del sheriff y un tío muy simpático si exceptuamos una pésima costumbre: pasarme casos en los que me sacudían y con los que no ganaba lo suficiente para comprarme un chaleco antibalas de segunda mano.

—No.

—Son esas cosas que ocurren en la playa..., en sitios como Bay City. Me han dicho que el municipio se enfadó la última vez que eligieron alcalde, pero el sheriff vive allí y nos gusta ser amables. Todavía no nos hemos dejado caer por esos lares. Dicen que los de las apuestas pusieron treinta mil de los grandes para la campaña, así que ahora con el menú de las hamburgueserías te dan un boleto de apuestas.

Volví a bostezar.

—Te he oído —chilló M’Gee—. Si no te interesa, me morderé el otro pulgar y olvidaré este asunto. El tío dice que tiene pasta.

—¿Qué tío?

—Matson, el que encontró el fiambre.

—¿Qué fiambre?

—¿No sabes nada de nada del caso Austrian?

—¿He dicho eso?

—Lo único que has hecho ha sido bostezar y preguntar «qué». En fin, dejaremos que se carguen al pobre infeliz, que ahora está en la ciudad, y que la brigada de homicidios haga su trabajo.

—¿Te refieres a Matson? ¿Quién se lo quiere cargar?

—Si lo supiera, no estaría interesado en contratar a un detective para averiguarlo, ¿eh? Estaba en lo mismo que tú hasta que hace unos días le dieron una paliza y ahora apenas sale porque unos tíos armados lo acosan.

—Ven a verme —propuse—. Se me ha cansado el brazo izquierdo.

—Estoy de guardia.

—Me disponía a bajar a comprar una botella de buen escocés.

—Cuando oigas llamar a la puerta, seré yo —replicó M’Gee.

Se presentó en menos de media hora. M’Gee era un hombre fornido, de rostro afable, pelo canoso, mentón con hoyuelo y una boca diminuta ideal para besar bebés. Vestía traje azul bien planchado, zapatos brillantes de puntera cuadrada y sobre su tripa se veía un diente de alce que colgaba de una cadena de oro.

Se sentó con cuidado, como hacen los gordos, quitó el tapón a la botella de *whisky* y lo olisqueó

para cerciorarse de que yo no había rellenado una botella de buena marca con alcohol de alta graduación, como suelen hacer en los bares. Se sirvió un trago generoso, lo paladeó con la lengua y registró mi despacho con la mirada.

—No me extraña que te falte trabajo. Hoy en día hay que tener una buena imagen.

—No me fastidies —repliqué—. ¿Qué pasa con Matson y el caso Austrian?

M'Gee vació el vaso y se sirvió otro trago, aunque más discreto que el anterior. Me miró mientras yo jugueteaba con un cigarrillo.

—Se trata de una muerta por monóxido de carbono —dijo—. Me refiero a una tía rubia de apellido Austrian, esposa de un médico de Bay City. Un tipo que hace la ronda nocturna y que evita que las estrellas cinematográficas desayunen pesadillas. La señora salió por su cuenta. La noche que la palmó había ido al club de Vance Conried, el que está en el acantilado del norte. ¿Lo conoces?

—Sí. Antes era un club de mar, con una bonita playa privada, y delante de las cabañas podías ver pasar las piernas más espectaculares de Hollywood. ¿Fue al club a jugar a la ruleta?

—En el caso de que en este distrito existieran garitos —dijo M'Gee—, yo diría que el Club Conried es una casa de juego y que hay mesas de ruleta. Digamos que la señora jugó a la ruleta. Me han dicho que con Conried compartía juegos más personales, pero supongamos que además jugaba a la ruleta. Perdió, que es para lo que sirve la ruleta. Aquella noche perdió hasta la camisa, se enfadó y no te imaginas la que armó. Conried la llevó a su habitación y telefoneó al médico, su marido, a través del servicio de urgencias. Entonces el médico...

—Espera un momento —lo interrumpí—. No me dirás que todo esto puso en evidencia... a la asociación ilegal de apuestas que tendríamos en este distrito si es que aquí existiera semejante asociación.

M'Gee me miró compasivo.

—El hermano pequeño de mi esposa trabaja para un periodicucho. No hubo investigación. El médico fue deprisa al Club Conried y le puso una inyección endovenosa a su esposa para que se calmara. No pudo llevársela a casa porque tenía una urgencia en Brentwood Heights. Vance Conried se tomó la molestia de sacar su coche y trasladarla a casa. Entretanto, el médico telefoneó a la enfermera de la consulta y le pidió que fuera a su casa y comprobase si su esposa estaba bien. Hecho todo esto, Conried volvió a sus fichas, la enfermera metió a la rubia en la cama y se fue, y la criada volvió a acostarse. Era medianoche o poco más. A eso de las dos, Harry Matson pasó por casualidad. Dirige un servicio de vigilancia nocturna y esa noche hacía personalmente las rondas. En la calle donde viven los Austrian oyó que un motor de coche estaba encendido dentro de un garaje a oscuras y se acercó a investigar. Encontró a la rubia en el suelo, boca arriba, con un pijama provocativo, esarpines y el pelo cubierto de carbonilla del tubo de escape.

M'Gee hizo una pausa para beber otro trago de *whisky* y echar un nuevo vistazo a mi despacho. Vi que los últimos rayos del sol escapaban por el alféizar de la ventana y caían en la oscura hendedura del callejón.

—¿Y qué hizo el sereno? —prosiguió M'Gee después de secarse los labios con un pañuelo de seda—. Decidió que la tía estaba muerta, lo que tal vez fuera cierto, aunque en los casos de intoxicación por gas no se puede estar seguro, sobre todo por el nuevo tratamiento con azul de metileno...

—¡Ya está bien! —exclamé—. ¿Qué hizo?

—No llamó a la policía —respondió M’Gee severamente—. Apagó el motor del coche y la linterna y se largó a su casa, a pocas manzanas. Desde allí llamó al médico y un rato después fueron juntos al garaje. El médico declaró que estaba muerta. Por una puerta de servicio envió a Matson a que llamase al jefe local de policía a su casa. Matson lo hizo y un rato después el jefe se presentó con un par de comparsas; más tarde llegó el empresario de la funeraria, que esa semana estaba de guardia como forense en funciones. Se llevaron a la muerta, alguien de laboratorio le sacó una muestra de sangre y dijo que estaba atiborrada de monóxido de carbono. El forense firmó la autorización, cremaron a la señora y se dio carpetazo al asunto.

—¿Y qué pasa? —quise saber.

M’Gee acabó su segunda copa y pensó en tomar una tercera, pero decidió que antes se fumaría un cigarro. Yo no tenía puros, lo que le cayó mal, pero al final encendió uno de los suyos.

—No soy más que un policía —reconoció y parpadeó lentamente en medio del humo—. No sé qué pasa. Lo único que sé es que a Matson le quitaron la licencia y lo ahuyentaron de la ciudad y ahora está asustado.

—A la mierda con todo. La última vez que me metí en un montaje de una ciudad pequeña acabé con fractura de cráneo. ¿Cómo puedo contactar con Matson?

—Le di tu teléfono. Ya se pondrá más tarde en contacto contigo.

—¿Lo conoces bien?

—Lo suficiente para darle tus datos —respondió M’Gee—. Claro que si aparece algo que yo tenga que...

—Por supuesto —lo interrumpí—. Lo dejaré sobre tu escritorio. ¿Bourbon o de centeno?

—¡Vete al cuerno! ¡Escocés!

—¿Qué pinta tiene Matson?

—Es de complexión mediana, metro setenta, unos setenta y siete kilos, pelo canoso.

M’Gee bebió otro trago corto y rápido y se fue.

Estuve sentado una hora y fumé demasiado. Cayó la noche y noté que tenía reseca la garganta. Nadie me telefoneó. Me puse en pie, encendí la luz, me lavé las manos, me serví un dedo de *whisky* y guardé la botella bajo llave. Era hora de cenar.

Me había puesto el sombrero y estaba a punto de franquear la puerta cuando por el pasillo avanzó un recadero de Green Feather que consultaba los números de las puertas. Buscaba la de mi despacho. Firmé la entrega de un paquete pequeño, irregular y envuelto en ese tipo de papel fino y amarillo que utilizan las lavanderías. Dejé el paquete sobre el escritorio y corté el cordel. Contenía papel de seda y un sobre con una hoja y una llave chata. La nota decía secamente:

Un amigo de la oficina del sheriff me dio su nombre y me dijo que podía confiar en usted. He sido un sinvergüenza, estoy en un aprieto y lo único que me interesa es quedar limpio. Por favor, venga de noche al 524 Tennyson Arms Apartments, en Harvard, cerca de la Sexta, y si estoy fuera utilice la llave para entrar. Cuidado con Pat Reel, el encargado, pues no me fío de él. Por favor, guarde el escarpín en sitio seguro y procure que no se ensucie.

Yo sabía el motivo de ese mote: porque mascaba purificadores del aliento con sabor a violetas. La nota no llevaba firma. Me pareció un asunto sospechoso. Abrí el papel de seda. Contenía un escaquin de terciopelo verde, de tamaño mediano, forrado en cabritilla blanca. La firma *Verschoyle* estaba estampada con letras doradas y floridas en la plantilla, que también era de cabritilla blanca. A un lado, con tinta indeleble, figuraba un número —el *S465*—, en el mismo sitio donde figuraría la talla, pero supe que no era la talla pues la empresa *Verschoyle* de Cherokee Street, en Hollywood, sólo hacía zapatos a medida a partir de hormas individuales, calzado para artistas de teatro y botas de montar.

Me repantigué, encendí un cigarrillo y pensé un rato. Al final cogí el listín, busqué el número de *Verschoyle* y lo marqué. El teléfono sonó varias veces hasta que una voz jovial replicó:

—Dígame.

—Quiero hablar con *Verschoyle* en persona —respondí—. Soy Peters, de la oficina de identificación —no añadí de qué oficina de identificación.

—Lo siento, pero el señor *Verschoyle* se ha ido a su casa. Por si no lo sabe, la tienda está cerrada. Cerramos a las cinco y media. Soy el señor Pringle, el contable. ¿Puedo hacer algo?...

—Sí. Encontramos un par de zapatos fabricados por su empresa junto a una mercancía robada. En el interior se lee ese-cuatro-seis-cinco. ¿Significa algo para usted?

—Sí, desde luego, es el número de una horma. ¿Quiere que la busque?

—Si fuera tan amable...

El señor Pringle regresó en un santiamén.

—Sí, desde luego, es el número de la señora de Leland Austrian, del setecientos treinta y seis de Altair Street, en Bay City. Le hacíamos los zapatos. Ya lo creo, es una pena. Hace dos meses le confeccionamos dos pares de escaquines de terciopelo color esmeralda.

—¿Por qué dice que es una pena?

—¿No se ha enterado? La señora ha muerto, se suicidó.

—Vaya, vaya. ¿Ha dicho dos pares de escaquines?

—Exactamente. Dos pares iguales. Suelen encargarse pares dobles cuando se trata de zapatos de colores delicados. Ya sabe, cualquier manchita... y como los piden para que hagan juego con determinada vestimenta...

—Se lo agradezco. Cuídese —respondí, y colgué. Volví a levantar el escaquin y lo examiné con sumo cuidado. No estaba estrenado. No había indicios de roce en la piel aterciopelada de la delgada suela. Me pregunté qué hacía Harry Matson con ese zapato. Lo guardé en la caja fuerte del despacho y salí a cenar.

Asesinato de improviso

El Tennyson Arms era un edificio chapado a la antigua, de unas ocho plantas y revestido de ladrillo rojo oscuro. Contaba con un ancho patio central decorado con palmeras, una fuente de cemento y varios arriates de flores muy repipis. Junto a la puerta gótica había faroles y el interior del vestíbulo estaba recubierto de felpa roja. Era grande y estaba vacío, salvo por un canario que se aburría en una jaula dorada del tamaño de un barril. Semejaba el tipo de bloque de pisos habitado por viudas que viven de los seguros de vida, es decir, viudas no muy jóvenes. El ascensor era automático, de los que al detenerse se abren las dos puertas.

Caminé por la estrecha alfombra marrón del pasillo de la quinta planta y no vi ni oí a nadie, ni percibí el olor a comida. Todo estaba tan tranquilo como el despacho de un ministro. El apartamento 524 debía dar al patio central, pues junto a la puerta había una vidriera. Llamé suavemente y, como nadie respondió, saqué la llave chata, entré y cerré la puerta.

El espejo brillaba en la cama de pared que había al otro lado de la estancia. Las dos ventanas de la misma pared de la puerta de entrada estaban cerradas y a medio cubrir por cortinas oscuras, pero se filtraba suficiente luz de algún apartamento del otro lado del patio para discernir la existencia de muebles pesados y recargados, que hacía diez años habían pasado de moda, y el brillo de dos pomos de bronce que correspondían a sendas puertas. Me acerqué a las ventanas, cerré las cortinas y encendí la linterna para regresar a la puerta. El interruptor encendió un ramillete de velas color llama de la araña. La estancia adquirió el aspecto del anexo de una funeraria. Di la luz a una lámpara de pie roja, apagué la araña y examiné la habitación con toda precisión.

En el estrecho cuarto de vestir situado detrás de la cama de pared había una cómoda empotrada que contenía un cepillo y un peine negros; en el cepillo había algunas canas. También contenía un bote de talco, una linterna, un pañuelo de hombre arrugado, un bloc de papel de carta, una estilográfica de un banco y un frasco de tinta sobre el papel secante: los cajones contenían lo mismo que cabía en una maleta. Las camisas fueron compradas en una tienda de artículos para caballero de Bay City. De la percha colgaba un traje gris marengo y en el suelo había un par de zapatos gruesos de color negro. En el cuarto de baño encontré una maquinilla de afeitar, un tubo de crema de afeitar sin brocha, varias cuchillas, tres cepillos de dientes —de bambú— metidos en un vaso y unas pocas cosillas más. Sobre la cisterna del lavabo había un libro encuadernado en tela roja: *Por qué nos comportamos como seres humanos*, de Dorsey. En la página 116 había una banda elástica. Lo abrí y estaba leyendo algo sobre la evolución de la tierra, la vida y el sexo, cuando en la sala sonó el teléfono.

Apagué la luz del cuarto de baño y caminé hasta el sofá. El teléfono estaba en un extremo, sobre una mesilla. Siguió sonando y, a modo de respuesta, en la calle se oyó un bocinazo. Después de ocho timbrazos me encogí de hombros y lo descolgué.

—¿Pat? ¿Pat Reel? —preguntó una voz.

Ignoraba cómo hablaba Pat Reel. Gruñí. La voz sonaba seca y tajante a la vez. Parecía ser la de un matón.

—¿Pat?

—Claro —dije.

Reinó el silencio, pero la comunicación no se interrumpió. La voz añadió:

—Soy Harry Matson. Lamento mucho no haberlo conseguido esta noche, pero surgieron imponderables. ¿Estás muy cabreado?

—Claro.

—¿Qué has dicho?

—Claro.

—Por favor, ¿«claro» es la única palabra que conoces?

—Soy griego —oí una carcajada que parecía de satisfacción—. Harry, ¿qué tipo de cepillos de dientes usas?

—¿Qué?

Fue un sobresaltado estallido del aliento, que ya no era de tanta satisfacción.

—Sí, cepillos de dientes, esos palitos con los que algunas personas se limpian los dientes. ¿Cómo son los que usas?

—Venga ya, vete a la mierda.

—Nos veremos en la puerta —respondí. La voz se puso furiosa:

—¡Escucha, no te pases de listo! No te servirá de nada, ¿entiendes? Tenemos tu nombre, tu número y un sitio donde encerrarte si no te mantienes al margen, ¿comprendido? Ah, Harry ya no vive allí. ¡Ja, ja!

—¿Te lo cargaste?

—Yo diría que nos lo cargamos. ¿Qué crees que hicimos, llevarlo al cine?

—Pues está muy mal —aseguré—. Al jefe no creo que le guste mucho.

Le colgué en las narices, dejé el teléfono sobre la mesilla contigua al sofá y me froté la nuca. Saqué la llave del bolsillo, la limpié con el pañuelo y la deposité silenciosamente sobre la mesa. Me incorporé, me acerqué a una de las ventanas y abrí lo suficiente la cortina para mirar hacia el patio. Al otro lado del rectángulo adornado con palmeras, en la misma planta en la que yo me encontraba, un calvo estaba sentado en el centro de una habitación, bajo una luz brillante, y no movió un solo músculo. No me pareció un espía.

Dejé caer la cortina, me calé el sombrero, me acerqué a la lámpara y la apagué. Apoyé la linterna en el suelo, cubrí el picaporte con el pañuelo y abrí la puerta sin hacer ruido.

Agarrado al marco de la puerta por ocho dedos como garfios, que, salvo uno, estaban pálidos como la cera, pendía lo que quedaba de un hombre.

Tenía los ojos ligeramente hundidos, de color azul claro y abiertos de par en par. Me miró sin verme. Su pelo canoso grueso hacía que la sangre derramada pareciese de color morada. Una de sus sienes estaba destrozada y el hilillo de sangre le llegaba hasta la punta de la barbilla. El único dedo que no estaba blanco se veía hecho añicos hasta la segunda articulación. En medio de la carne despedazada asomaban afiladas astillas de hueso. Algo que con anterioridad había sido una uña semejava una irregular astilla de cristal.

El hombre vestía un traje marrón con bolsillos de parche, tres en total. Estaban rasgados, colgaban de manera peculiar y dejaban ver el forro de alpaca.

El hombre respiraba con un siseo remoto y sin importancia, cual pisadas lejanas sobre hojas secas. Tenía la boca forzosamente abierta como la de un pez y echaba espumarajos sanguinolentos. A

sus espaldas el pasillo estaba tan vacío como una fosa recién cavada.

Unos tacones de goma chirriaron súbitamente en el estrecho espacio de madera que se extendía junto a la alfombra del pasillo. Los tensos dedos del hombre soltaron el marco de la puerta y le fallaron las rodillas. Las piernas no podían sustentar el peso del cuerpo. Las cruzó en forma de tijera, el cuerpo se volvió como el de un nadador en una ola y cayó sobre mí.

Apreté los dientes, separé los pies y lo cogí por detrás, después de que el cuerpo trazara medio giro. Pesaba lo suficiente para que lo sujetasen dos hombres. Di un paso atrás y estuve a punto de caer; retrocedí dos pasos más y logré apartar del umbral sus pies relajados. Lo acosté de lado lo más despacio que pude y me agaché sin resuello a su lado. Segundos después me erguí, caminé hasta la puerta, la cerré y eché el pestillo. Encendí la araña y me dirigí al teléfono.

El hombre murió antes de que yo levantase el auricular. Oí su último estertor, un postrer suspiro y después silencio. Su mano extendida, la sana, se contrajo una vez; los dedos se estiraron lentamente hasta formar una curva y así quedaron. Regresé a su lado y le hundí los dedos en la carótida. No percibí el menor atisbo de vida. Saqué de la cartera un pequeño espejo de acero y lo sostuve delante de su boca abierta durante más de un minuto. Cuando lo retiré no había rastros de humedad. Harry Matson había vuelto a casa después de un largo paseo.

Al otro lado de la cerradura se movió una llave y reaccioné deprisa. Cuando la puerta se abrió, yo estaba en el cuarto de baño, con un arma en la mano y los ojos pegados a la rendija de la puerta.

El individuo que entró lo hizo rápidamente, del mismo modo que un gato sabio franquea una puerta de batiente. Dirigió la mirada a la araña y luego al suelo. Después sus ojos no se movieron. No movió ni un solo músculo de su corpachón. Simplemente permaneció de pie y miró a su alrededor.

Era un tipo corpulento que llevaba el abrigo desabrochado, como si acabara de entrar o estuviera a punto de salir. Lucía un sombrero de fieltro gris en la coronilla, sobre la tupida cabellera blanca cremosa. Poseía las cejas gruesas y negras y el rostro ancho y rosado de los políticos de altos vuelos; su boca era de las que habitualmente exhiben una sonrisa, aunque en ese momento no la esbozaba. Su cara era huesuda y entre los labios apretaba un cigarro a medio fumar.

Se guardó un montón de llaves en el bolsillo y varias veces repitió en voz baja: «¡Dios!». Avanzó un paso y con movimientos lentos y torpes se agachó junto al muerto. Apoyó sus dedos largos en el cuello del finado, los retiró, meneó la cabeza y miró parsimoniosamente a su alrededor. Aunque observó la puerta del cuarto de baño, detrás de la cual me ocultaba, su expresión no cambió.

—Acaba de morir —comentó con voz clara—. Lo han hecho polvo.

Se irguió despacio y se balanceó sobre los talones. La araña del techo le gustaba tanto como a mí. Encendió la lámpara de pie, apagó la araña y siguió balanceándose sobre los talones. Su sombra trepaba por la pared del otro lado, cruzaba el techo, se detenía y volvía a caer. Mordisqueó el cigarro, sacó una cerilla del bolsillo y volvió a encender cuidadosamente la colilla, girándola en torno a la llama. Apagó la cerilla y se la guardó en el bolsillo. Hizo todas esas cosas sin apartar la mirada del muerto, que yacía en el suelo.

Se desplazó de lado hasta el sofá y se sentó en una punta. Los muelles chirriaron de mala manera. Cogió el teléfono sin mirarlo, con la vista fija en el fiambre.

Tenía el teléfono en la mano cuando volvió a sonar. Se sobresaltó. Puso los ojos en blanco y

pegó los codos a los lados de su cuerpo grueso cubierto por el abrigo. Sonrió, descolgó el teléfono y dijo con voz rica y pastosa:

—Hola... Sí, Pat al habla.

Oí el sonido seco y crujiente de la comunicación y vi que el rostro de Pat Reel se congestionaba lentamente hasta adquirir el color del hígado de ternera. Su manaza sacudió violentamente el teléfono.

—¡Conque es el señor Gran Mentón! —bramó—. Escúchame, cabeza de chorlito, ¿sabes una cosa? Tu fiambre está aquí, en mi alfombra, es aquí donde está... Quieres saber cómo llegó. ¿Cómo coño quieres que lo sepa? Si quieres mi opinión, te lo cargaste aquí. Te diré algo más. Te costará un pastón, ya lo verás, un pastón. No quiero un asesinato de improviso en mi casa. Te encargo que te ocupes de un tío y lo dejas en mis manos. ¡Maldito seas! Quiero mil pavos y ni un centavo menos. Ven a buscar lo que hay aquí. Quiero que te lo lleves. ¿Entendido?

Hubo más chisporroteos en la línea. Pat Reel escuchó. Daba la impresión de que se iba a quedar dormido y el rojo desapareció de su cara. Dijo más tranquilo:

—Vale, vale. Sólo era una broma... Nos veremos abajo dentro de media hora.

Colgó y se puso de pie. No miró hacia la puerta del cuarto de baño ni a ninguna otra parte. Se puso a silbar. Se rascó la barbilla, dio un paso hacia la puerta y se detuvo para volver a rascarse. No sabía si había alguien en el apartamento, no sabía si no había nadie en el apartamento y no iba armado. Dio otro paso hacia la puerta. Gran Mentón le había dicho algo y le convenía salir. Dio un tercer paso y cambió de idea.

—¡Qué coño! —exclamó—. Es un rufián chalado. —Escrutó rápidamente el apartamento con la mirada—. Pretendía tenderme una celada, ¿eh?

Levantó la mano hasta la cadena de la puerta. Súbitamente la dejó caer y volvió a arrodillarse junto al difunto. Movié el cadáver unos centímetros, lo hizo rodar sin esfuerzo por la alfombra y bajó la cabeza para observar el sitio donde había estado la del muerto. Pat Reel meneó la cabeza disgustado, se puso en pie y colocó las manos en las axilas del muerto. Miró por encima del hombro hacia el cuarto de baño a oscuras y retrocedió hacia mí; arrastró el cadáver y gruñó pese a que aún sostenía el cigarro en los labios. Su pelo cremoso brillaba a la luz de la lámpara.

Seguía inclinado y con las grandes piernas separadas cuando me presenté por detrás. Es posible que a último momento me oyese, pero daba igual. Yo había pasado el arma a mi mano izquierda y con la derecha esgrimía una pequeña porra de bolsillo. Le di un porrazo en la cabeza, justo detrás de la oreja derecha, y lo golpeé como si me encantara.

Pat Reel cayó sobre el cadáver espatarrado que arrastraba y su cabeza quedó entre las piernas del difunto. El sombrero rodó suavemente hacia un lado. No se movió. Le pasé por encima en dirección a la puerta y salí.

El caballero de la prensa

En Western Avenue di con una cabina y telefoneé a la oficina del sheriff. Violets M'Gee seguía allí y estaba a punto de irse a su casa.

—¿Cómo se llama tu cuñado, el que trabaja para el periodicucho de Bay City? —pregunté.

—Kincaid. Lo llaman Muñeco Kincaid. Es un buen muchacho.

—¿Dónde puede estar a esta hora?

—Suele estar en el ayuntamiento. Creo que hace la ronda de la policía. ¿Para qué lo quieres?

—He visto a Matson —respondí—. ¿Sabes dónde se hospeda?

—No. Sólo me telefoneó. ¿Qué tal te ha caído?

—Haré lo que pueda por él. ¿Estarás esta noche en tu casa?

—No veo por qué no. ¿Por qué me lo preguntas?

No respondí. Subí al coche y puse rumbo a Bay City. Llegué alrededor de las nueve. El departamento de policía ocupaba seis estancias del ayuntamiento, que pertenecía a una zona de mala muerte. Pasé delante de un corro de lameculos y franqueé una puerta abierta en dirección al sitio donde había luz y un mostrador. En el ángulo vi un tablero de intercambio de artículos entre periódicos y detrás a un individuo de uniforme.

Apoyé un brazo en el mostrador y un tío vestido de paisano, sin chaqueta y con una sobaquera que tenía el tamaño de una pata de palo apartó un ojo del periódico, me preguntó qué quería y acertó en la escupidera sin girar la cabeza más de tres centímetros.

—Busco a Muñeco Kincaid.

—Ha salido a cenar. Yo lo reemplazo —respondió con voz firme y ecuánime.

—Gracias. ¿Hay aquí sala de prensa?

—Sí. También tenemos lavabo, ¿quiere verlo?

—Vayamos despacio —propuse—. No pretendo pasarme de listo en su ciudad. Volvió a darle a la escupidera.

—La sala de prensa está pasillo abajo, pero no hay nadie. Muñeco no tardará mucho, a menos que se haya ahogado en una gaseosa.

Un joven de huesos pequeños, rostro delicado, piel sonrosada y expresión de inocencia entró en la sala, con un bocadillo de hamburguesa a medio comer en la mano izquierda. Su sombrero, igual al de un periodista de película, estaba encajado en la coronilla de su cabeza pequeña y rubia. Llevaba desabrochado el botón del cuello de la camisa y la corbata girada hacia un lado. Las puntas le colgaban sobre la chaqueta. La única pega era que le faltaba estar borracho para representar a un periodista cinematográfico. Preguntó con desenfado:

—Chicos, ¿hay alguna novedad? El fornido hombre de paisano, de pelo negro, volvió a darle a su escupidera personal y replicó:

—Me han dicho que el alcalde se cambió los calzoncillos, pero no es más que un rumor —el joven menudo sonrió mecánicamente y se dio la vuelta. El poli añadió—: Muñeco, este tío quiere verte.

Kincaid tragó un bocado de hamburguesa y me miró ilusionado.

—Soy amigo de Violets —dije—. ¿Dónde podemos hablar?

—Vayamos a la sala de prensa.

El poli de pelo negro me observó mientras salíamos. Puso cara de que tenía ganas de incordiar y de que yo era un buen candidato.

Caminamos por el pasillo hacia el fondo y entramos en una habitación que contenía una mesa larga, vacía y muy arañada, tres o cuatro sillas de madera y un montón de periódicos en el suelo. En un extremo de la mesa había dos teléfonos y en el centro exacto de cada pared una foto cochambrosa y enmarcada de Washington, Lincoln, Horace Greeley y la cuarta no la reconocí. Kincaid cerró la puerta, se sentó en una punta de la mesa, apoyó una pierna sobre el tablero y acabó el bocadillo.

—Soy John Dalmas, detective privado de Los Ángeles —le expliqué—. ¿Qué tal si damos un paseo hasta el setecientos treinta y seis de Altair Street y me dice lo que sabe del caso Austrian? Quizá sea mejor que telefonee a M'Gee y le pida que nos presente —le entregué mi tarjeta.

El joven sonrosado quitó rápidamente la pierna de la mesa, se guardó la tarjeta en el bolsillo sin mirarla y me habló al oído:

—Calle.

Se acercó despacio a la foto enmarcada de Horace Greeley, la apartó de la pared y apretó un cuadrado de pintura. Éste cedió..., pues era tela pintada. Kincaid me miró y enarcó las cejas, Asentí con la cabeza. Dejó la foto en su sitio y regresó a mi lado.

—Hay un micrófono —dijo en voz baja—. No sé quién escucha ni cuándo, ni siquiera si el maldito aparato funciona o no.

—A Horace Greeley le habría encantado —opiné.

—Seguro. Esta noche todo está muy tranquilo. Supongo que puedo salir. De todos modos Al de Spain me cubrirá. —Habló con tono normal.

—¿El poli de pelo negro?

—El mismo.

—¿Por qué está tan enfadado?

—Porque lo han degradado a policía de patrulla interino. Esta noche ni siquiera trabaja. Se limita a estar aquí y es tan violento que haría falta todo el departamento de policía para echarlo.

Miré hacia el micrófono y fruncí el ceño.

—No se preocupe —dijo Kincaid—. Tengo que darles algo para que piensen.

Se acercó a un sucio lavabo del rincón, se lavó las manos con jabón y se las secó con el pañuelo. Estaba guardándolo cuando se abrió la puerta. Un hombre pequeño, maduro y canoso se detuvo en el umbral y nos miró inexpresivamente.

—Buenas noches, jefe, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó Muñeco Kincaid.

El jefe me observó en silencio y sin entusiasmo. Tenía los ojos color verde mar, la boca apretada y firme, nariz de hurón y un malsano color de piel. No tenía pinta de policía. Asintió ligeramente con la cabeza y preguntó:

—¿Quién es su amigo?

—Es amigo de mi cuñado... Es detective privado en Los Ángeles. Veamos... —desesperado. Kincaid buscó mi tarjeta, que había guardado en el bolsillo. Ni siquiera se acordaba de mi nombre.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó el jefe bruscamente—. ¿Es detective privado? ¿Qué asunto le trae por aquí?

—Yo no he dicho que esté aquí por un asunto concreto —dije.

—Me alegro —replicó—. Me alegro mucho. Buenas noches.

Abrió la puerta, salió deprisa y dio un portazo.

—Es el jefe Anders, un tío maravilloso —afirmó Kincaid a gritos—. No se puede pedir nada mejor.

El joven me miró con cara de conejo asustado.

—En Bay City nunca han tenido nada mejor —respondí con el mismo vigor.

Por mi cabeza se cruzó la idea de que Kincaid se iba a desmayar, pero no pasó nada. Salimos por la puerta principal del ayuntamiento, subimos a mi coche y nos fuimos.

Estacioné en Altair Street, frente a la residencia del doctor Leland Austrian. No había viento y bajo la luna se percibía una ligera bruma. Un ligero y agradable olor a agua salobre y a algas subía por el acantilado desde la playa. Pequeñas luces de posición iluminaban el puerto deportivo y las líneas trémulas de los tres muelles. Mar adentro, un gran barco pesquero tenía luces colgadas de los mástiles y de los topes de los palos las hileras luminosas bajaban hasta la proa y la popa. Probablemente en cubierta se dedicaban a otras cosas que no eran la pesca.

En esa manzana, Altair Street era un callejón sin salida, quedaba interrumpida por una elevada y decorativa verja de hierro que rodeaba una enorme mansión. Las casas sólo se alzaban en la acera que daba a tierra, en solares de veinticinco o treinta metros, bastante distanciados entre sí. Del lado del mar había una acera estrecha y un muro bajo, más allá del cual el acantilado caía casi a pico.

Muñeco Kincaid estaba arrinconado en el asiento y la colilla roja del cigarrillo brillaba intermitentemente delante de su cara menuda y desdibujada. La casa de los Austrian estaba a oscuras salvo por la pequeña luz situada sobre el reborde en el que se encontraba la puerta principal. Era una casa de estuco, con muro en el jardín delantero, puertas de hierro y el garaje adosado al muro. Una senda de cemento iba desde la puerta lateral del garaje hasta la de servicio de la casa. En el muro, junto a las puertas, estaba atornillada una placa de bronce y supe que decía: *Leland M. Austrian, médico*.

—Muy bien —dije—. ¿Qué pasa con el caso Austrian?

—No pasa nada —respondió Kincaid lentamente—. Pero usted está a punto de meterme en un lío.

—¿Por qué lo dice?

—A través del micrófono alguien debió de oírle mencionar las señas de los Austrian. Por eso el jefe Anders entró a verlo.

—Puede que De Spain dedujera que soy detective, lo digo por mi aspecto. Tal vez se chivó.

—No, De Spain detesta al jefe. Joder, hasta hace una semana era teniente de detectives. Anders no quiere que nos metamos con el caso Austrian. No nos permitiría escribir sobre el tema.

—Buena prensa tenéis en Bay City.

—Tenemos buen clima... y la prensa no es más que un hato de chivatos.

—De acuerdo —acepté—. Su cuñado es detective de la brigada de homicidios de la oficina del sheriff. Salvo uno, todos los periódicos de Los Ángeles están a favor del sheriff. Es la ciudad en la que vive y, como tantos otros, tiene trapos sucios que podrían salir a la luz. Por eso está asustado, ¿no?

Muñeco Kincaid arrojó la colilla por la ventanilla. La vi trazar un delgado arco rojo y yacer

rosada sobre la acera estrecha. Me eché hacia adelanto y puse el motor en marcha.

—Le pido disculpas —añadí—. No volveré a molestarlo.

Me lié con las marchas y el coche se deslizó un par de metros hasta que Kincaid se estiró y puso el freno de mano.

—No soy un médica —puntualizó secamente—. ¿Qué quiere saber?

Apagué el motor y me recosté en el asiento con las manos sobre el volante.

—En primer lugar, ¿por qué le quitaron la licencia a Matson? Es mi cliente.

—Ah... Matson. Se dice que intentó sacarle dinero al doctor Austrian. No sólo le quitaron la licencia, también lo expulsaron de la ciudad. Una noche, un par de tíos armados lo metieron en un coche, le dieron una paliza y le dijeron que se largase o se atuviera a las consecuencias. Lo denunció en la central y las risas se oyeron en varias manzanas. No creo que fueran polis.

—¿Conoce a alguien llamado Gran Mentón?

Muñeco Kincaid pensó.

—No. El chofer del alcalde, un sujeto llamado Moss Lorenz, tiene una mandíbula en la que se puede poner un piano, pero nunca oí que lo llamaran Gran Mentón. En otros tiempos trabajó para Vance Conried. ¿Oyó hablar de Conried?

—De eso estoy al corriente. Si Conried quería deshacerse de alguien que lo molestaba, sobre todo de alguien que le había creado problemas en Bay City, Lorenz sería el tipo ideal porque el alcalde tendría que encubrirlo... al menos hasta cierto punto.

—¿Deshacerse de quién? —preguntó Muñeco Kincaid con tono súbitamente ronco y tenso.

—A Matson no sólo lo expulsaron de la ciudad —expliqué—. Lo siguieron hasta un bloque de apartamentos de Los Ángeles y un individuo apodado Gran Mentón le hizo el viaje. Sin duda Matson seguía trabajando en lo que estaba haciendo antes de que lo echaran.

—¡Caray! —susurró Muñeco Kincaid—. No tenía idea.

—La policía de Los Ángeles tampoco, al menos hasta que yo me fui. ¿Conoció personalmente a Matson?

—Muy poco.

—¿Diría que era un tipo honrado?

—Bueno, tan honrado como..., sí, supongo que era buena persona. Caramba, ¿ha dicho que le hicieron el viaje?

—¿Diría que era tan honrado como suele serlo un detective privado? —insistí.

Rió a causa de la tensión, el nerviosismo y la sorpresa, no por diversión.

Un coche viró al cabo de la calle, se detuvo junto al bordillo y los faros se apagaron. Nadie se apeó.

—¿Qué me dice del doctor Austrian? —pregunté—. ¿Dónde estaba cuando asesinaron a su esposa?

Muñeco Kincaid pegó un brinco.

—Caramba, ¿quién dice que la asesinaron?

—Creo que Matson intentaba decirlo, pero hacía más esfuerzos por intentar que le pagaran por no decirlo que por expresarlo. Sea como fuere, eso le granjeó enemigos y al final se lo cargaron con un trozo de tubo de plomo. Según mi corazónada, es obra de Conried porque no le gusta que alguien lo

obligue a pagar, salvo si se trata de un trabajo limpio. Por otro lado, para el club de Conried es mejor que el doctor Austrian asesine a su esposa en lugar de que ella se suicide en virtud de que perdió hasta las bragas en las mesas de ruleta de Conried. Puede que no sea lo mejor del mundo para el club, pero no es tan negativo. Por eso no entiendo que Conried liquidara a Matson por hablar de asesinato. Deduzco que también sacó a colación otro asunto.

—¿Tantas conjeturas le permiten llegar a alguna conclusión? —preguntó amablemente Muñeco Kincaid.

—No. Es algo que hago por la noche, mientras me pongo crema en la cara. Hablemos del tío del laboratorio, el que tomó la muestra de sangre. ¿Quién es?

Kincaid encendió otro cigarrillo y miró hacia el coche que había parado delante de la casa de la esquina. Ahora los faros estaban encendidos y avanzaba lentamente.

—Un tal Greb —dijo el joven—. Tiene un pequeño despacho en el Colegio de Médicos y Cirujanos y trabaja para ellos.

—No es oficial, ¿verdad?

—No, pero aquí no hay analistas de laboratorio. Además, los empresarios de las funerarias hacen turnos semanales para hacer de forenses. El jefe lo lleva como le da la gana.

—¿Y por qué le interesa controlar esto?

—Puede que porque quizá recibe órdenes del alcalde, que a su vez recibe indirectas de los jugadores para los que trabaja Vance Conried o de éste en persona. Quizá Conried no quiere que sus patrones se enteren de que estuvo involucrado en un caso de asesinato, lo que podría desprestigiar al club.

—Exacto —confirmé—. Ese tío que está calle abajo no sabe dónde vive.

El coche seguía avanzando lentamente, pegado al bordillo. Pese a que los faros estaban apagados, no dejaba de moverse.

—Mientras sigo vivo y coleando más vale que sepa que la enfermera de la consulta del doctor Austrian es la esposa de Matson —añadió Muñeco Kincaid—. Es una pelirroja devoradora de hombres que, aunque no es bonita, tiene curvas muy peligrosas.

—Personalmente, las prefiero rellenitas —reconocí—. Bájese del coche, métase en el asiento trasero, tiéndase en el suelo y hágalo deprisa.

—Pero si...

—¡Haga lo que le digo! —ordené—. ¡Muévase!

La portezuela de la derecha se abrió y el hombrecillo escapó como una bocanada de humo. La portezuela se cerró. Oí que se abría la trasera, eché un vistazo hacia atrás y vi una forma oscura agazapada en el suelo del coche. Me deslicé hacia la derecha, abrí la portezuela y salí a la acera estrecha que discurría por el borde del acantilado.

El otro coche estaba muy cerca. Los faros se encendieron y yo me agaché. Las luces se movieron para iluminar mi coche, se enderezaron, el coche se detuvo enfrente y lentamente quedó a oscuras. Era un pequeño cupé negro. Durante un minuto no pasó nada, luego se abrió la portezuela izquierda y se apeó un hombre fornido que echó a andar hacia mi lado de la calle empedrada. Saqué el arma de la sobaquera, la encajé en el cinturón y me abroché el último botón de la chaqueta. Rodeé la parte trasera de mi coche para ir al encuentro del hombre fornido.

Frenó en seco al verme. Las manos le colgaban vacías a los lados del cuerpo. Llevaba un cigarrillo en la boca.

—Policía —dijo concisamente. Levantó lentamente la mano derecha hacia la cadera—. Hace una noche bonita, ¿no le parece?

—Fantástica —repliqué—. Hay un poco de bruma, pero a mí me va. Suaviza el ambiente y...

Me interrumpió bruscamente y preguntó:

—¿Dónde está el otro?

—¿Cómo dice?...

—Forastero, no se pase de listo. Vi un cigarrillo en el lado derecho de su coche.

—Era yo —aseguré—. Ignoraba que está prohibido fumar en el lado derecho del coche.

—Venga ya, listillo. ¿Quién es y qué hace aquí? Su rostro grueso y seboso reflejaba la luz tamizada por el aire suave y neblinoso.

—Me llamo O'Brien —respondí—. Acabo de llegar de San Mateo y estoy haciendo un viaje de recreo.

Tenía la mano muy cerca de la cadera.

—Muéstreme su permiso de conducir.

Estaba lo bastante cerca para cogerlo si ambos estirábamos los brazos.

—Antes quiero ver lo que le da derecho a mirar mi carné.

Movió bruscamente la mano derecha. Saqué el arma del cinturón y le apunté a la tripa. Su mano se detuvo como si estuviera congelada en un bloque de hielo.

—Puede que usted sea un atracador —dije—. Todavía se hace el truco con placas de níquel.

El hombre quedó paralizado, casi sin respiración. Preguntó con dificultad:

—¿Tiene licencia para portar ese cacharro?

—Para todos los días de la semana. Si me muestra su placa lo guardaré. No usa el zumbador en el despacho donde pasa el día sentado, ¿verdad?

Siguió inmóvil un minuto más. Luego miró calle abajo como si esperara que apareciera otro coche. A mis espaldas, en la parte trasera de mi vehículo, se oía una respiración suave y sibilante. Ignoro si el hombre fornido la oyó o no. Su respiración era tan pesada como para planchar una camisa.

—Venga ya, déjese de bromas —espetó con súbita violencia—. No es más que un piojoso detective de Los Ángeles.

—He subido de categoría —puntalicé—. Ahora me pagan más.

—¡Váyase a la mierda! Por si no lo sabe, no queremos fisgones en Bay City. Esta vez me limito a advertírsele —dio media vuelta, regresó a su cupé y apoyó el pie en el estribo. Giró lentamente su grueso cuello y una vez más vi su piel grasienta—. Váyase al infierno antes de que lo enviemos a Los Ángeles en un cajón.

—Hasta nunca, Cara Sebosa —respondí—. Encantado de haberlo conocido con los pantalones bajados.

Entró en el cupé, dio un portazo, arrancó violentamente y se alejó. En un abrir y cerrar de ojos se perdió calle abajo.

Subí a mi coche y sólo me aventajaba en una manzana cuando el cara grasienta hizo el stop en

Arguello Boulevard. Giró a la derecha. Yo torcí a la izquierda. Muñeco Kincaid se irguió y apoyó el mentón en el respaldo del asiento, junto a mi hombro.

—¿Sabe quién es? —preguntó tembloroso—. Se trata de Gatillo Weems, el brazo derecho del jefe. Podría haberle disparado.

—Y Fannie Brice podría haber tenido la nariz chata —dije—. No faltó mucho para que lo hiciera.

Conduje unas manzanas más y paré para que Kincaid se sentara a mi lado.

—¿Dónde tiene el coche? —pregunté. Cogió su arrugado sombrero de reportero, lo golpeó sobre la rodilla y volvió a calárselo.

—¿Dónde quiere que lo tenga? En el ayuntamiento, en el estacionamiento de la policía.

—¡Qué pena! —exclamé—. Tendrá que coger el autobús a Los Ángeles. De vez en cuando debería pasar una noche con su hermana, sobre todo ésta.

La pelirroja

La carretera serpenteaba, descendía y se encumbraba a lo largo de las estribaciones de las colinas: una dispersión de luces hacia el noroeste y una alfombra luminosa hacia el sur. Desde ese sitio los tres muelles parecían muy lejanos, delgados lápices de luz apoyados en un cojín de terciopelo negro. Había niebla en los cañones y olía a hierbas silvestres, pero no se veía bruma en el terreno elevado entre las gargantas.

Pasé frente a una pequeña y oscura gasolinera que por la noche cerraba, descendí por otro cañón ancho y subí a lo largo de un kilómetro de alambrada que rodeaba una finca invisible. Las casas dispersas quedaron aún más espaciadas en las colinas y percibí un penetrante olor a mar. Giré a la izquierda después de una casa con un blanco torreón redondo y conduje entre las únicas luces que había en varios kilómetros a la redonda hasta un edificio de estuco que colgaba de una punta situada sobre la carretera de la costa. La luz se filtraba desde las ventanas con cortinas, a lo largo de la columnata de estuco con arcos y brillaba débil en un nutrido grupo de coches estacionados en diagonal alrededor del jardín ovalado.

Se trataba del Club Conried. No sabía exactamente qué haría allí, pero me pareció que debía visitarlo. El doctor Austrian seguía deambulando por barrios desconocidos y visitaba pacientes anónimos. En el servicio médico de urgencias me informaron que solía llamar alrededor de las once. Eran las diez y cuarto.

Estacioné y crucé la columnata. Un negro de metro ochenta, con uniforme de mariscal de campo digno de una ópera bufa sudamericana, abrió la mitad de una ancha puerta enrejada y dijo:

—Señor, su tarjeta, por favor.

Dejé caer un dólar en la palma de su mano color lila. Enormes nudillos de ébano rodearon el billete como una línea de arrastre sobre un cubo de guijarros. Con la otra mano me quitó una pelusa de la hombrera izquierda y colocó una placa de metal detrás del pañuelo que adornaba el bolsillo de mi chaqueta.

—El nuevo jefe de planta es muy estricto —susurró—. Gracias, señor.

—Querrá decir cabrón —espeté y pasé a su lado. El vestíbulo, al que llamaban foyer, parecía un decorado de la MGM que representaba un club nocturno de las melodías de Broadway de 1890. Gracias a la iluminación artificial, parecía haber costado un millón de dólares y ocupaba el mismo espacio que un campo de polo. La alfombra no me hizo cosquillas en los tobillos. En el fondo vi una pasarela de cromo semejante a la de un barco, que subía hasta la entrada del comedor. En lo alto, el jefe de camareros, un italiano gordinflón, estaba en pie con la sonrisa forzada, una tira de raso de cinco centímetros en los pantalones y unas cuantas cartas de restaurante doradas bajo el brazo.

Había una escalera de arcos caprichosos y con la barandilla como los barrotes de un trineo pintado con esmalte blanco. Sin duda subía hasta las salas de juego de la primera planta. El techo incluía estrellas que centelleaban. Al lado de la entrada al bar, oscuro y ligeramente morado como una pesadilla apenas recordada, se alzaba un inmenso espejo dorado empotrado en un túnel blanco y coronado por un tocado egipcio. Delante, una mujer vestida de verde acicalaba su cabellera rubia metalizada. El escote de la espalda de su vestido de noche era tan marcado que lucía un lunar negro en los músculos lumbares, aproximadamente tres centímetros por debajo de donde habría tenido la

cinturilla de las bragas, si las hubiera llevado.

Una recepcionista con traje de pantalón color melocotón y pequeños dragones negros se acercó a coger mi sombrero y a mirar mi vestimenta con expresión desaprobadora. Tenía los ojos tan negros, brillantes e inexpresivos como las punteras de los zapatos de charol. Le di veinticinco centavos y conservé el sombrero. Una cigarrera cuya bandeja tenía el tamaño de una bombonera de tres kilos se contoneó por la pasarela. Llevaba plumas en el pelo, ropa suficiente para esconderse detrás de un sello de correos y tenía una larga, hermosa y desnuda pierna pintada en dorada y la otra en plateado. Denotaba la actitud fría y desdeñosa de una mujer que tiene tantos compromisos que ha de pensárselo dos veces antes de aceptar un encuentro imprevisto con un marajá que se presenta con una cesta de rubíes bajo el brazo.

Ingresé en el suave crepúsculo morado del bar. Los vasos tintineaban delicadamente. Se oían voces apagadas, acordes en el piano del rincón y a un tenor de la acera de enfrente que cantaba «My Little Buckeroo» con la misma intimidad con la que un barman prepara un cóctel. Gradualmente llegué a ver en medio de esa luz mortecina. El bar estaba bastante concurrido, pero no llegaba a estar apiñado. Un hombre rió desafinado y el pianista manifestó su malestar haciendo un recorrido por el teclado con el pulgar, al estilo de Eddie Duchin.

Divisé una mesa vacía, me acerqué y me senté contra la pared acolchada. Mis ojos se adaptaron aún más a la luz. Incluso vi al cantante. Tenía el pelo rojo, ondulado y parecía teñido con alheña. La chica situada en la mesa contigua a la mía también era pelirroja. Llevaba los cabellos con raya al medio y peinados para atrás, como si los detestara. Sus ojos eran grandes, oscuros y de expresión famélica; tenía rasgos toscos y no iba maquillada, con excepción del pintalabios que brillaba como un letrero de neón. Su traje de calle era de hombreras demasiado anchas y solapas excesivamente llamativas. El jersey naranja protegía su cuello y lucía una pluma negra y naranja en su sombrero a lo Robin Hood, encajado en la coronilla. Me sonrió y vi que sus dientes eran tan delgados y afilados como los de un Papá Noel paupérrimo. No le devolví la sonrisa.

La chica vació el vaso y lo agitó sobre la mesa. Un camarero de bonita chaqueta surgió de la nada y se detuvo delante de mí.

—Escocés con soda —espetó la chica. Habló con tono tajante y seco, con un deje aguardentoso.

El camarero la miró, apenas movió la barbilla y volvió a observarme. Dije:

—Bacardí con granadina.

El camarero se retiró y la chica dijo:

—Chico, esa mezcla te dará náuseas —ni la miré—. Parece que no quieres jugar —añadió sin darle demasiada importancia. Encendí un cigarrillo e hice una «o» en el suave ambiente púrpura—. Que te den por saco. Puedo ligarme a una docena de gorilas como tú en cada manzana de Hollywood Boulevard. ¡Hollywood Boulevard y un cuerno! Hay un montón de jugadores sin trabajo y de rubias con cara de pescado que intentan quitarse la mona de encima.

—¿Quién dijo algo de Hollywood Boulevard? —pregunté.

—Tú. Sólo un tío de Hollywood Boulevard no le habla a una chica que acaba de insultarlo cortésmente.

El hombre y la chica sentados en una mesa cercana se volvieron y nos miraron. El sujeto me dirigió una sonrisa fugaz y solidaria.

—También va por ti —dijo la chica.

—Todavía no me has insultado.

—Porque la naturaleza se me adelantó, guaperas.

El camarero regresó con las bebidas. Me sirvió primero a mí. La chica comentó a voz en cuello:

—Parece que no está acostumbrado a servir a las damas.

El camarero dejó sobre la mesa su escocés con soda y replicó con tono gélido:

—Disculpe, señora.

—Perdonado. Venga cuando quiera y le haré la manicura, siempre que alguien me preste una azada. Mi amigo paga esta ronda.

El camarero me miró. Le entregué un billete y levanté el hombro derecho. Me dio la vuelta, aceptó la propina y se perdió entre las mesas.

La chica cogió el vaso y se reunió conmigo. Apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla en las manos.

—Vaya, vaya, un manirroto —comentó—. Creía que ya no los fabricaban. ¿Qué tal te caigo?

—Me lo estoy pensando —repliqué—. Baja la voz o te echarán.

—Lo dudo. No creo que me echen a menos que rompa algún espejo. Además, el jefe y yo estamos así —levantó dos dedos pegados—. Mejor dicho, lo estaríamos si lograra dar con él —rió metálicamente y bebió un sorbo—. ¿Dónde te he visto antes?

—Prácticamente en cualquier parte.

—¿Dónde me has visto?

—En cientos de locales.

—Sí, tienes razón —reconoció—. Ya no es posible mantener la individualidad.

—No se recupera dándole al trago —dije.

—¡Y un cuerno! Podría hablarte de un montón de capitostes que se van a la cama con una botella en cada mano. Y a los que hay que meterles una endovenosa para que no se despierten aullando.

—¿De veras? —pregunté—. ¿Gente del cine?

—Sí. Trabajo con un tío que les pincha el brazo..., por diez pavos la endovenosa. A veces pagan veinticinco o cincuenta.

—Parece un buen negocio.

—Si dura. ¿Crees que durará?

—Cuando te echen de aquí puedes trasladarte a Palms Springs.

—¿Quién echará a quién de dónde? —quiso saber la chica.

—No lo sé. ¿De qué hablábamos?

Era pelirroja. Aunque no se trataba de una beldad, curvas no le faltaban. Y trabajaba con un tipo que daba endovenosas. Me humedecí los labios.

Un hombre moreno y corpulento franqueó la entrada, se detuvo al lado de la puerta y esperó a que sus ojos se adaptaran a la luz. Sin prisas paseó la mirada por el local. Su vista viajó hasta la mesa en la que me encontraba. Echó hacia adelante su corpachón y avanzó hacia nosotros.

—Vaya, vaya —dijo la chica—. Es el gorila. ¿Puedes ocuparte de él?

No respondí. La chica acarició su mejilla con una mano fuerte y pálida y me miró de reojo. El pianista interpretó algunos acordes y se puso a cantar «We Can Still Dream, Can't We?».

El hombre moreno y corpulento se detuvo y posó la mano en la silla situada frente a mí. Apartó la mirada de la chica y me sonrió. Era ella a quien buscaba. Había cruzado la sala para estar cerca de ella. A partir de ese momento se dedicó a mirarme. Tenía el pelo liso, oscuro y brillante, los ojos fríamente grises, cejas que parecían dibujadas, bonita boca de actor y la nariz partida, aunque bien arreglada. Habló sin mover los labios.

—¿Lo he visto alguna vez o me falla la memoria?

—No lo sé —repuse—. ¿Qué intenta recordar?

—Su nombre, doctor.

—No se esfuerce más. Jamás nos hemos visto —saqué la placa de metal del bolsillo y se la mostré—. Aquí tiene el billete que el tambor mayor me entregó en la entrada —saqué una tarjeta de la cartera y la arrojé sobre la mesa—. Aquí figuran mi nombre, edad, talla, peso, cicatrices dignas de mención y las veces que me condenaron. He venido a ver a Conried.

Ignoró la placa, leyó dos veces la tarjeta, le dio la vuelta, miró el reverso, volvió a mirar el anverso, pasó el brazo por el respaldo de la silla y sonrió camandulero. En ningún momento, ni antes ni después, miró a la chica. Pasó el borde de la tarjeta por la mesa y provocó un ligero chirrido, como el de una cría de ratón. La chica contempló el techo y aparentó que bostezaba.

—Veo que es uno de éstos —dijo secamente—. Lo lamento. El señor Conried se fue al norte por negocios. Cogió temprano el avión.

—En ese caso, esta tarde debí de ver a su doble en *Sunset and Vine*, en un sedán gris Cord —intervino la chica.

El tío moreno y corpulento no la miró, pero esbozó una sonrisa.

—El señor Conried no tiene un sedán gris Cord.

—No te dejes engañar —insistió la chica—. Me juego la cabeza a que en este mismo instante está arriba, amañando la rueda de una ruleta.

El hombre moreno ni la miró. Su actitud fue más notoria que si la hubiera abofeteado. Vi que la chica palidecía lentamente y no recobraba el color.

—No está aquí, no está aquí —dije—. Le agradezco que me haya escuchado. Otra vez será.

—Desde luego. De todos modos, aquí no contratamos detectives privados. Lo lamento.

—Si vuelves a decir «lo lamento» me pondré a gritar. Ya está bien —aseguró la pelirroja.

El hombre de pelo oscuro guardó mi tarjeta en el bolsillo de su esmoquin. Apartó la silla y se irguió.

—Ya sabe cómo son estas cosas. Lo la...

La chica lanzó una carcajada y le arrojó a la cara el contenido de su vaso.

El hombre moreno retrocedió bruscamente y sacó del bolsillo un pañuelo blanco almidonado. Se enjugó el rostro deprisa y meneó la cabeza. Cuando apartó el pañuelo, vi un manchón húmedo en su camisa, por encima del botón semejante a una perla negra. El cuello daba pena.

—Lo lamento —dijo la chica—. Te confundí con una escupidera.

El hombre moreno bajó la mano y mostró nervioso los dientes.

—Sáquela de aquí —murmuró—. Sáquela deprisa. Se volvió, serpenteó velozmente entre las mesas y mantuvo el pañuelo pegado a la boca. Dos camareros de elegantes chaquetas se acercaron y se dedicaron a mirarnos. Todos nos miraban.

—Primer asalto —dijo la chica—. Fue un poco lento. Ambos pugilistas midieron sus fuerzas.

—No me gustaría estar contigo cuando decidas correr un riesgo —afirmé.

La pelirroja sacudió la cabeza. Bajo esa extraña luz morada, la profunda palidez de su rostro pareció abalanzarse sobre mí. Hasta sus labios pintados estaban pálidos. La chica se llevó la mano a la boca, rígida y como si fuera una garra. Tosió secamente, como una tísica, y cogió mi copa. Se bebió el Bacardí con granadina a tragos burbujeantes. Enseguida se puso a temblar. Cogió su bolso, lo empujó hasta el borde de la mesa y lo arrojó al suelo. Al caer se abrió y se desparramaron varias cosas. Una cigarrera dorada acabó bajo mi silla. Tuve que levantarme y mover la silla para recogerla. Un camarero se detuvo a mis espaldas.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó amablemente. Estaba agachado cuando el vaso del que la chica había bebido rodó hasta el borde de la mesa y se estrelló en el suelo junto a mi mano. Cogí la cigarrera, la miré sin demasiado interés y vi que en la tapa tenía la foto pintada a mano de un hombre moreno y de huesos grandes. La metí en el bolso, cogí a la chica del brazo y el camarero que me había hablado dio la vuelta y la sujetó por el otro lado. La pelirroja nos miró anonadada y movió la cabeza de un lado a otro, como si intentara relajar su cuello agarrotado.

—Mamá está a punto de desmayarse —gimió. La sujetamos y empezamos a cruzar el bar. La chica apoyaba los pies al tuntún y arrojaba el peso de su cuerpo de uno a otro como si pretendiera desquiciarnos. El camarero maldijo para sus adentros con voz apenas perceptible. Salimos de la luz morada al iluminado vestíbulo.

—Al lavabo de señoras —masculló el camarero y señaló con la barbilla una puerta que parecía la entrada de servicio del Taj Mahal—. Ahí dentro hay un peso pesado de color que puede ocuparse de lo que haga falta.

—En el lavabo de señoras hay un loco —dijo la pelirroja con cara de pocos amigos—. Camarero, suéltame el brazo. Mi amiguito es el único transporte que necesito.

—Señora, no es su amiguito. Ni siquiera la conoce.

—Aire, bestia. Es usted demasiado amable o muy poco. Esfúmese antes de que deje de lado mi educación y le propine un puñetazo.

—No se preocupe —dije al camarero—. La llevaré afuera para que tome aire. ¿Vino sola?

—No creo que haya venido acompañada —replicó y se alejó.

El jefe de camareros bajó hasta la mitad de la pasarela y nos miró con expresión de disgusto; el encargado del guardarropa parecía tan aburrido como el arbitro de un partido de octavos de final.

Saqué a mi nueva amiga al aire fresco y brumoso, la hice caminar por la columnata y noté en mi brazo que controlaba su cuerpo.

—Eres un buen chico —dijo hoscamente—. Manejaste la situación como si tuvieras la mano llena de tachuelas. Sí, señor, eres un buen chico. Me figuré que no saldría viva.

—¿Por qué?

—Me equivoqué con la idea de querer ganar dinero. Olvídalo. Déjalo estar con todas las ideas equivocadas que he tenido en mi vida. ¿Me llevarás en coche? Vine en taxi.

—Por supuesto. ¿Qué tal si me dices cómo te llamas?

—Helen Matson —respondió.

No me sorprendí, pues lo había sospechado hacía rato.

La pelirroja aún se apoyaba en mí cuando recorrimos el camino empedrado más allá de los coches estacionados. Al llegar al mío abrí la portezuela, la sostuve abierta para que se sentase y la chica se dejó caer en el rincón, con la cabeza sobre el respaldo.

Cerré la puerta, volví a abrirla y pregunté:

—¿Puedes responderme a una pregunta? ¿Quién es el tipo de tu cigarrera? Tengo la impresión de que lo conozco.

La mujer abrió los ojos y respondió:

—Un viejo amor que se apagó. Es...

La pelirroja abrió desmesuradamente los ojos y la boca y apenas oí un débil sonido cuando algo duro me golpeó la espalda y una voz con sordina susurró:

—Aguanta, compañero, esto es un atraco.

Un arma de la marina estalló en mi oreja y mi cabeza se convirtió en un enorme y rosado fuego de artificio que se abrió en la bóveda celeste, se dispersó y cayó lento, pálido y por último oscuro en medio del oleaje. La oscuridad me devoró.

La vecina muerta

Yo olía a ginebra de la cabeza a los pies. No era algo casual, como si hubiese bebido algunas copas, sino como si el Océano Pacífico fuera ginebra pura y me hubiese zambullido con la ropa puesta. La ginebra estaba en mi pelo, en mis cejas, en mi cara y en la camisa, a la altura de la barbilla. No llevaba la chaqueta, estaba tendido en una alfombra ajena y miraba una foto enmarcada que reposaba al cabo de una repisa. El marco era de madera veteada y la foto pretendía ser artística, resaltando una cara larga, delgada y desdichada, pero lo único que conseguía era que el rostro tuviese precisamente ese aspecto: largo, delgado y desdichado bajo una melena lisa y clara que parecía pintada sobre un cráneo reseco. En un ángulo de la foto, detrás del cristal, había una inscripción que no llegué a leer.

Me erguí, me presioné la sien y experimenté una punzada de dolor que me llegó a las plantas de los pies. Gemí, por orgullo profesional convertí la queja en protesta, me estiré lenta y cuidadosamente y miré el pie de la cama empotrada extendida, junto a la cual había otra igual. Ésta seguía cerrada y en la pared había un atisbo de diseño pintado en la madera esmaltada. Al moverme, una botella de ginebra rodó sobre mi pecho y cayó al suelo. Estaba transparente, vacía. En ningún momento pensé que pudiera haber tanta ginebra en una botella.

Me arrodillé, estuve un rato a gatas y olisqueé a mi alrededor como un perro que no puede limpiar el plato y, al mismo tiempo, detesta dejar comida. Hice girar la cabeza alrededor del cuello. Me dolía. La moví un poco más y, como seguía doliéndome, me puse en pie y me percaté de que no llevaba puestos los zapatos.

El apartamento me pareció bonito, ni demasiado barato ni demasiado caro: los muebles al uso, la habitual lámpara de pie, la acostumbrada alfombra duradera. En la cama bajada yacía una chica, ataviada con un par de medias de seda tostadas. Tenía arañazos profundos que habían sangrado y sobre su vientre descansaba una toalla gruesa, casi arrollada. Sus ojos estaban abiertos. El pelo rojo con raya al medio y echado para atrás como si lo detestara seguía así, pero ya no lo odiaba.

Era cadáver.

Por encima y hacia el interior del pecho izquierdo vi una quemadura del tamaño de la palma de la mano de un hombre y, en el centro, un poco de sangre brillante. La sangre había corrido por uno de los lados de su cuerpo, pero estaba seca.

Vi prendas de vestir sobre el sofá, casi todas de la chica y también mi chaqueta. Los zapatos estaban en el suelo: los míos y los suyos. Me acerqué andando como si pisara hielo a punto de quebrarse, recogí mi chaqueta y palpé los bolsillos. Por lo que recordaba, me pareció que no faltaba nada. La pistolera que rodeaba mi cuerpo estaba vacía, como era de esperar. Me calcé y me puse la chaqueta, acomodé la pistolera vacía bajo la axila, me acerqué a la cama y levanté la pesada toalla. Un arma cayó al suelo: mi pistola. Limpié la sangre del cañón, olí la boca sin motivo aparente y, sin hacer ruido, la guardé en la sobaquera.

Pesados pasos sonaron en el pasillo, al otro lado de la puerta del apartamento, y se detuvieron. Oí murmullos y alguien llamó: unos golpecitos rápidos, secos e impacientes. Miré la puerta y me pregunté cuánto tardarían en girar el pomo, si la cerradura estaría abierta y, en el caso de que no lo estuviera, cuánto tardarían en hacer que el portero subiera con la llave maestra, si es que ya no

estaba al otro lado. No había terminado de hacerme preguntas cuando una mano intentó abrir la puerta. Tenía el cerrojo echado.

Me pareció muy divertido. Estuve a punto de reír a mandíbula batiente.

Me acerqué a otra puerta que daba al cuarto de baño. Había dos toallas en el suelo, una alfombrilla de baño perfectamente doblada sobre el borde de la bañera y encima una ventana de cristal. Cerré silenciosamente la puerta del cuarto de baño, me subí en el borde de la bañera y levanté la mitad inferior de la ventana de guillotina. Asomé la cabeza y miré seis plantas más abajo, contemplé la oscuridad de una calle lateral bordeada de árboles. Para hacerlo tuve que mirar a través de la ranura formada por dos muros cortos y vacíos, poco más que un pozo de ventilación. Las ventanas estaban emparejadas y todas se abrían en la misma pared, frente al extremo abierto de la ranura. Me asomé un poco más y llegué a la conclusión de que, si lo intentaba, podría llegar a la ventana de al lado. Me pregunté si estaba cerrada, si me serviría de algo y si tendría tiempo antes de que abrieran la puerta.

A mis espaldas, más allá de la puerta cerrada del cuarto de baño, las llamadas sonaron más fuertes y más enérgicas y una voz ordenó:

—Abran o echamos la puerta abajo.

Eso no tenía sentido. Sólo era la fraseología habitual de la pasma. No derribarían la puerta porque podían conseguir la llave y porque, además, patear ese tipo de puerta sin un hacha como la de los bomberos requiere mucho esfuerzo y te puedes dañar los pies.

Cerré la mitad inferior de la ventana, bajé la superior y cogí una toalla. Volví a abrir la puerta y mis ojos vieron el rostro de la foto enmarcada en la repisa. Necesitaba leer la inscripción antes de irme. Me acerqué y le eché un vistazo mientras alguien seguía aporreando coléricamente la puerta. La dedicatoria decía: *Con todo mi amor, Leland.*

Esa frase convertía en un sinvergüenza al doctor Austria. Me hice con la foto, regresé al cuarto de baño y volví a cerrar la puerta. La metí bajo la ropa y las toallas sucias del armario. Si eran polis avezados, tardarían un rato en encontrarla. Si estábamos en Bay City, probablemente nunca darían con ella. No encontré ningún motivo por el cual tuviéramos que estar en Bay City, salvo que era muy probable que Helen Matson viviese allí y que el aire que se colaba por la ventana del cuarto de baño olía a mar.

Me escurrí a través de la mitad superior de la ventana con la toalla en la mano y balanceé el cuerpo hacia la de al lado, aferrado a una hoja móvil de la que acababa de dejar. Apenas llegaría a levantar la ventana contigua, siempre y cuando no tuviese echado el pestillo. No estaba trabada. Di un puntapié y pateé el cristal por encima del cierre. Hizo tanto ruido que tendría que haberse oído a un kilómetro. Los aporreos a la puerta continuaron monótonamente.

Me envolví la toalla alrededor de la mano izquierda, estiré los brazos cuanto pude, pasé la mano por el cristal roto y accioné el cierre de la ventana. Pasé al otro alféizar y me estiré para subir la ventana por la que acababa de salir. Podían quedarse con las huellas dactilares. No me veía capaz de demostrar que no había estado en el apartamento de Helen Matson. Lo único que me interesaba era la posibilidad de demostrar cómo había entrado.

Miré calle abajo. Un hombre estaba a punto de subir a un coche. Ni siquiera me miró. En el apartamento en el que me disponía a entrar no se encendió ninguna luz. Bajé la hoja móvil y entré. La

bañera estaba llena de añicos de cristal. Llegué al suelo, encendí la luz, recogí los cristales de la bañera, los metí en la toalla y la escondí. Utilicé otra toalla que no me pertenecía para limpiar el alféizar y el borde de la bañera, donde me había apoyado. Desenfundé la pistola y abrí la puerta del cuarto de baño.

Era un apartamento más grande que el anterior. La habitación que contemplé tenía dos camas gemelas con fundas rosadas contra el polvo. Estaban hechas y se hallaban vacías. Después del dormitorio se encontraba la sala. Todas las ventanas estaban cerradas y el piso olía a cerrado y a polvo. Encendí una lámpara de pie, pasé el dedo por el brazo de un sillón y miré el polvo acumulado. Junto al sillón había una radio, un estante que parecía una carbonera, una enorme librería llena de novelas que aún conservaban las sobrecubiertas, una cómoda de madera oscura con un sifón y una licorera y cuatro vasos rayados y puestos boca abajo. Olí la licorera, que contenía escocés, y me serví un trago. La cabeza me dolió un poco más, pero me sentí mejor.

Dejé la luz encendida, regresé al dormitorio y hurgoneé en la cómoda y los armarios. En uno había ropa de hombre, hecha a medida, y el sastre había escrito el nombre del cliente en una etiqueta: George Talbot. Las Prendas de George eran algo pequeñas para mí. Revisé la cómoda y di con un pijama que pensé que me sentaría bien. En el armario encontré albornoz y zapatillas. Me quedé en cueros.

Cuando salí de la ducha, apenas olía a ginebra. Como no había ruidos ni aporreos en ninguna parte, supe que los polis estaban en el apartamento de Helen Matson con sus trozos de tiza y sus cintas métricas. Me puse el pijama, las zapatillas y el albornoz del señor Talbot, me apliqué en el pelo su tónico capilar y utilicé su cepillo y su peine. Abrigué la esperanza de que el señor Talbot y su esposa se lo estuvieran pasando pipa dondequiera que estuviesen y que no se viesan obligados a regresar apresuradamente a casa.

Volví a la sala, me serví otro largo del escocés de Talbot y encendí uno de sus cigarrillos. Quité el cerrojo a la puerta del apartamento. Un hombre tosió muy cerca, en el pasillo. Abrí la puerta, me apoyé en el marco y miré hacia afuera. Un tío de uniforme estaba apoyado en la pared de enfrente; era un individuo menudo, rubio y con ojos de lince. La raya de sus pantalones azules era afilada como un cuchillo y parecía un sujeto metódico, limpio, competente y curioso.

Bostecé y pregunté:

—Agente, ¿qué pasa?

Me observó con sus agudos ojos pardo rojizos salpicados de dorado, color que casi nunca se ve en un rubio.

—Ha habido algunos problemillas en el piso de al lado. ¿Oyó algo? —su tono era ligeramente irónico.

—¿En casa de la del pelo color zanahoria? —pregunté—. Ja, ja. La buscona a lo grande. ¿Quiere un trago?

El poli no dejó de mirarme atentamente y luego gritó pasillo abajo:

—¡Eh, Al!

Un sujeto se asomó por una puerta abierta. Medía más de metro ochenta, pesaba cerca de cien kilos, tenía el pelo negro grueso y ojos hundidos e inexpresivos. Se trataba de Al de Spain, al que yo había conocido esa noche en la central de Bay City.

Bajó por el pasillo sin prisas. El poli de uniforme añadió:

—Aquí está el vecino de al lado.

De Spain se acercó y me miró a los ojos. Los suyos eran tan expresivos como un trozo de pizarra negra. Habló casi con suavidad:

—¿Quién es usted?

—Soy George Talbot —repliqué y logré no vacilar.

—¿Ha oído algún ruido extraño? Quiero decir, ¿ha oído algún ruido antes de que llegáramos?

—Bueno, supongo que alrededor de medianoche hubo una pelotera. Pero aquí no es ninguna novedad —señalé con el pulgar el apartamento de la chica muerta.

—¿De veras? ¿Conocía a la señora?

—No, y creo que no me gustaría conocerla.

—Ni falta que hace —añadió De Spain—. Se la han cargado.

Apoyó una sólida manaza en mi pecho y me hizo retroceder hasta el interior del apartamento. Mantuvo la mano sobre mi pecho, su mirada descendió rápidamente hacia los bolsillos del albornoz y volvió a mirarme a la cara. Cuando me tuvo a dos metros y medio de la puerta, dijo por encima del hombro:

—Pequeñajo, entra y cierra la puerta.

Pequeñajo entró y cerró la puerta, brillantes sus ojos pequeños y sagaces.

—Vaya truco —comentó De Spain con gran indiferencia—. Pequeñajo, apúntale.

Pequeñajo abrió su pistolera negra de cinturón y veloz como un rayo sostuvo en la mano un arma de reglamento. Se humedeció los labios.

—Vaya, chico —murmuró—. Vaya, chico —abrió el sujetaesposas y se dispuso a retirarlas—. Al, ¿cómo lo supiste?

—¿Cómo supe qué? —De Spain no dejó de mirarme a los ojos. Me habló con delicadeza—. ¿Qué pensaba hacer, bajar a comprar el periódico?

—Claro —dijo Pequeñajo—. Seguro que es el asesino. Entró por la ventana del cuarto de baño y se puso la ropa del tío que vive aquí. Los ocupantes del apartamento están fuera, mira el polvo. No hay una sola ventana abierta y el piso huele a cerrado.

—Pequeñajo es un policía que utiliza métodos científicos —comentó De Spain serenamente—. Pero no se deprima, algún día meterá la pata.

—Si es tan bueno, ¿para qué viste uniforme? —pregunté.

Pequeñajo se ruborizó y De Spain ordenó:

—Pequeñajo, busca deprisa su ropa y su arma. Es nuestra oportunidad si actuamos deprisa.

—Ni siquiera te han destinado a este caso —se quejó Pequeñajo.

—¿Qué puedo perder?

—Yo puedo perder este uniforme.

—Chico, hay que correr riesgos. El idiota de al lado, Reed, no sería capaz de atrapar una mariposa en una caja de zapatos.

Pequeñajo corrió al dormitorio. De Spain y yo permanecimos inmóviles, si bien retiró la mano de mi pecho.

—No me diga nada —pidió parsimoniosamente—. Déjeme deducirlo.

Oímos que Pequeñajo se afanaba abriendo puertas. Escuchamos un aullido como el de un terrier cuando huele una ratonera. Pequeñajo regresó a la sala con mi pistola en la mano derecha y mi cartera en la izquierda. Sostenía el arma por la mira, con la ayuda de un pañuelo.

—Esta pistola fue disparada —afirmó—. Y este tío no se llama Talbot.

De Spain no volvió la cabeza ni se sorprendió. Me sonrió apenas y casi no movió las comisuras de su boca ancha y bastante cruel.

—Ni que lo digas —afirmó—. Ni que lo digas —me apartó con una mano firme como una tenaza—. Vístase, encanto... y no se preocupe por la corbata. Hay sitios en donde nos están esperando.

Recupero mi pistola

Salimos del apartamento y recorrimos el pasillo. Aún se veía luz a través de la puerta abierta del piso de Helen Matson. Dos hombres con una cesta fumaban junto a la puerta. Del interior de la casa de la muerta llegaban voces que discutían.

Seguimos el recodo del pasillo y bajamos la escalera, planta tras planta, hasta llegar al vestíbulo. Había unas pocas personas con los ojos desmesuradamente abiertos: tres mujeres de albornoz, un calvo con una visera verde que parecía redactor jefe de un periódico local y otras dos personas que permanecían entre las sombras. Otro individuo de uniforme recorría de una punta a otra el interior de la puerta de entrada y silbaba por lo bajini. Nos cruzamos con él. No se mostró interesado. En la acera se había formado un corro.

—Ésta es una gran noche para nuestra pequeña ciudad —dijo De Spain.

Caminamos hasta un sedán negro sin insignias de la policía. De Spain se acomodó detrás del volante y me hizo señas para que me sentara a su lado. Pequeñajo se instaló en el asiento trasero. Aunque hacía rato que había guardado el arma en la pistolera, no la había cerrado y mantenía la mano cerca.

De Spain puso el coche en marcha con una sacudida que me hizo chocar contra el respaldo. Llegamos a la esquina más cercana, en dirección este, en dos ruedas. Un voluminoso coche negro con faros auxiliares rojos sólo se encontraba a media manzana y se aproximaba rápidamente cuando giramos.

De Spain escupió por la ventanilla y masculló:

—Es el jefe. Llegará tarde hasta a su propio funeral. Chico, esta vez nos salvamos por los pelos.

—Sí..., por un paro forzoso de treinta días —replicó Pequeñajo disgustado desde el asiento trasero.

—Mantén el pico cerrado y puede que regreses a Homicidios.

—Prefiero ir de paisano y comer —replicó Pequeñajo. De Spain condujo a toda velocidad unas diez manzanas y luego aminoró la marcha.

—Éste no es el camino a la central —opinó Pequeñajo.

—No digas más gilipollices —replicó De Spain. Dejó que el coche se arrastrara, torció a la izquierda en una tranquila y oscura calle residencial bordeada de coníferas y casas pequeñas e iguales emplazadas en jardines pequeños e iguales. Frenó lentamente, se acercó al bordillo y apagó el motor. Pasó un brazo por encima del respaldo del asiento y se volvió para mirar al menudo policía uniformado «con ojos de lince».

—Pequeñajo, ¿crees que este tío se la cargó?

—Su pistola ha sido disparada.

—Saca la linterna y observa su nuca.

Pequeñajo protestó, buscó algo en el maletero, se oyó un chasquido metálico y el blanco haz cegador de una linterna acampanada de grandes dimensiones iluminó mi cabeza. Oí muy cerca la respiración del hombre menudo. Se estiró e hizo presión sobre el sitio de la nuca que me dolía. Chillé. La linterna se apagó y la negrura de la calle volvió a rodearnos.

—Me parece que lo golpearon —dijo Pequeñajo.

—Igual que a la chica —añadió De Spain—. No se nota mucho, pero la golpearon. Le pegaron para quitarle la ropa y arañarla antes de dispararle, para que los arañazos sangraran y pareciesen ya sabes qué. Después le dispararon con un arma envuelta en una toalla. Nadie oyó el disparo. Pequeñajo, ¿quién hizo la denuncia?

—¿Cómo coño quieres que lo sepa? Un tipo llamó dos o tres minutos antes de que entrases en la central, mientras Reed seguía buscando un fotógrafo. Según la telefonista, era un hombre de voz gruesa.

—De acuerdo. Pequeñajo, si tú lo hubieras hecho, ¿cómo habrías salido?

—Andando —respondió Pequeñajo—. ¿Por qué no? Oiga, ¿por qué no salió andando? —me preguntó.

—Me gusta guardar mis secretos —respondí.

—Pequeñajo, ¿verdad que no se te ocurriría cruzar el pozo de ventilación? —inquirió De Spair impávido—. ¿A que no entrarías por asalto en el apartamento contiguo y fingirías ser el tipo que vive allí? ¿No llamarías a la policía y le dirías que subiera y atrapara al asesino?

—Coño, ¿ha sido este tío el que llamó? —preguntó Pequeñajo—. No, yo no haría ninguna de esas cosas.

—El asesino tampoco, salvo la última —prosiguió De Spain—. Fue el asesino quien llamó.

—Los pervertidos sexuales hacen cosas raras —opinó Pequeñajo—. Tal vez éste contó con ayuda y el otro intentó dejarlo en la estacada después de aporrearlo.

De Spain rió fríamente.

—Hola, pervertido —dijo y me hundió en las costillas un dedo tan sólido como un cañón de un revólver—. Somos un par de gilipollas que estamos aquí y tiramos nuestros trabajos por la borda..., mejor dicho, el único de nosotros que tiene trabajo, y discutimos mientras usted, que conoce todas las respuestas, no ha abierto la boca. Ni siquiera sabemos quién era la señora.

—Una pelirroja que me ligué en el bar del Club Conried. Mejor dicho, ella me ligó a mí.

—¿No sabe cómo se llamaba ni ningún otro dato?

—No, fue muy discreta. La ayudé a salir, me pidió que la alejara de ese lugar y mientras la subía al coche alguien me golpeó. Recobré el conocimiento en el suelo del apartamento y la chica estaba muerta.

—¿Y qué hacía usted en el bar del Club Conried? —quiso saber De Spain.

—Fui a cortarme el pelo. ¿Qué se hace en un bar? La pelirroja estaba nerviosa, parecía asustada y vació su vaso en la cara del jefe de planta. La compadecí.

—Yo también me compadezco de las pelirrojas —reconoció De Spain—. Quien lo golpeó debió de ser un elefante si es que lo subió hasta el apartamento.

—¿Alguna vez lo han golpeado? —pregunté.

—No —replicó De Spain—. Pequeñajo, ¿te han pegado alguna vez?

Con un tono muy desagradable, Pequeñajo dijo que nunca lo habían golpeado.

—Bien, es como una borrachera —añadí—. Probablemente recobré el conocimiento en el coche y el tío tenía un arma que me mantuvo tranquilo. Me obligó a subir al apartamento con la chica. Es posible que ella lo conociese. Una vez que estuve arriba volvió a golpearme para que no recordara lo ocurrido entre las dos palizas.

—Ya lo he oído y nunca me lo he creído realmente —aseguró De Spain.

—Pues es así —insistí—. Tiene que ser así porque no recuerdo y no es posible que un individuo me trasladara hasta arriba sin ayuda.

—Yo podría —reconoció De Spain—. He acarreado tipos más pesados que usted.

—De acuerdo —acepté—. Me subió a hombros. Y ahora, ¿qué hacemos?

—No entiendo para qué se tomó tantas molestias —intervino Pequeñajo.

—Golpear a un tío no es ninguna molestia —aseguró De Spain—. Pásame el cacharro y la cartera.

Pequeñajo titubeó y se los entregó. De Spain olisqueó el arma y la dejó caer al desgaire en el bolsillo de mi lado. Abrió la cartera, la acercó a la luz del salpicadero y la guardó. Arrancó el coche, dio la vuelta en «u» en mitad de la manzana, salió disparado hacia Arguello Boulevard, torció hacia el este y paró delante de una bodega con un letrero de neón rojo. La tienda estaba abierta incluso a esa hora de la noche.

De Spain dijo por encima del hombro:

—Pequeñajo, corre y telefónea a recepción. Dile al sargento que tenemos una buena pista y que estamos a punto de detener a un sospechoso del asesinato de Brayton Avenue. Dile que le diga al jefe que no se sulfure.

Pequeñajo se apeó del coche, cerró de un portazo la portezuela trasera, estuvo a punto de decir algo y cruzó rápidamente la acera en dirección a la tienda.

De Spain puso el coche en marcha y aceleró hasta sesenta por hora en la primera manzana. Rió roncamente. En la siguiente llegó a setenta y cinco, serpenteó por diversas calles y volvió a detenerse bajo un pimentero, delante de una escuela.

Recuperé la pistola cuando se estiró para poner el freno de mano. Rió secamente y escupió por la ventanilla abierta.

—Vale —dijo—. Para eso la puse en ese bolsillo. He hablado con Violets M'Gee. El periodista me llamó desde Los Ángeles. Han encontrado a Matson. En este momento están atormentando a encargado de la casa de apartamentos.

Me arrinconé en el costado del coche y sostuve relajadamente la pistola entre las rodillas.

—Poli, ya no estamos en los límites de Bay City —comenté—. ¿Qué dijo M'Gee?

—Dijo que le dio una pista sobre Matson y que no sabía si lo había contactado. El encargado de la casa de apartamentos, cuyo nombre no oí, intentaba tirar un cadáver en el callejón cuando un par de polis de patrulla lo descubrió. M'Gee dijo que si usted hubiese contactado a Matson y conociera su versión, ahora estaría metido en un lío y probablemente habría recibido una paliza y recobraría el conocimiento junto a un fiambre.

—No contacté a Matson.

Noté que De Spain me miraba atentamente por debajo de sus cejas salientes y oscuras.

—Pues está metido en un buen fregado.

Con la mano izquierda saqué un cigarrillo del bolsillo y lo encendí con el mechero del coche. Mantuve la pistola en la derecha. Dije:

—Tengo la impresión de que usted se dirigía hacia aquí, de que ni siquiera lo han destinado a este caso y de que ha detenido a alguien después de cruzar los límites de la ciudad. ¿En qué lo

convierte todo esto?

—En un cubo de mierda..., a menos que entregue algo que valga la pena.

—Ése soy yo —deduje—. Deberíamos aliarnos y desentrañar los tres asesinatos.

—¿Tres?

—Así es. Los de Helen Matson, Harry Matson y la esposa del doctor Austrian. Están relacionados.

—Di esquinazo a Pequeñajo porque es un tío de poca monta, al jefe le gustan los tipos así y Pequeñajo puede hacerme cargar con las culpas —afirmó De Spain—. ¿Por dónde empezamos?

—Podríamos empezar por buscar a Greb, un analista que tiene su laboratorio en el Colegio de Médicos y Cirujanos. Sospecho que entregó un informe falso sobre la muerte de la señora Austrian. ¿Y si dan la voz de alarma sobre usted?

—Utilizan la radio de Los Ángeles y no apelarán a ella para detener a uno de sus agentes.

De Spain se echó hacia adelante y volvió a arrancar el coche.

—Devuélvame la cartera y así podré guardar el arma. Rió roncamente y me la entregó.

Gran Mentón

El analista vivía en la Ninth Street, en uno de los peores barrios de la ciudad. Su casa era un informe bungalow de madera. Una enorme y polvorienta hortensia y varias plantas pequeñas y raquílicas que bordeaban el sendero parecían obra de quien ha dedicado la vida a obtener algo de la nada.

Cuando llegamos, De Spain apagó las luces y dijo:

—Silbe si necesita ayuda. Si aparece la pasma, vaya a la Tenth Street. Daré la vuelta a la manzana y lo recogeré. De todos modos, no creo que se presenten. Esta noche sólo piensan en la señora de Brayton Avenue.

Estudié la tranquila manzana, crucé la calle bajo la brumosa luz de la luna y caminé hasta la casa. La puerta estaba en ángulo recto con respecto a la calle, en un saliente que parecía una habitación añadida posteriormente al resto del bungalow. Toqué el timbre y lo oí sonar en el fondo de la casa. No hubo respuesta. Llamé dos veces más e intenté abrir la puerta, pero tenía el cerrojo echado.

Bajé al pequeño porche y caminé por el lado norte del bungalow hacia el pequeño garaje del fondo. Las puertas estaban cerradas con un candado que podías romper soplando fuerte. Me agaché e iluminé con la linterna por debajo de las puertas que no encajaban bien. Divisé las ruedas de un coche. Volví a la entrada y esta vez llamé enérgicamente a la puerta con los nudillos.

La persiana de la sala crujió y bajó lentamente hasta la mitad. La cortina estaba corrida y en el interior reinaba la oscuridad. Una voz ronca y grave masculló:

—¿Qué quiere?

—¿Señor Greb?

—El mismo.

—Me gustaría hablar con usted. Se trata de un asunto importante.

—Señor, necesito dormir. Vuelva mañana.

Su voz no parecía la de un analista de laboratorio. Se semejaba a la misma que había oído en una ocasión, hacía mucho tiempo, a primera hora de la tarde en Tennyson Arms Apartments.

—Señor Greb, en ese caso iré a su despacho. ¿Puede repetirme las señas?

La voz guardó silencio unos instantes y finalmente replicó:

—Está bien, suéltelo antes de que salga y le dé un puñetazo.

—Señor Greb, los negocios no se llevan así —protesté—. ¿Seguro que no puede concederme unos minutos dado que está despierto?

—Baje la voz o despertará a mi esposa. Está enferma. Si me hace salir...

—Buenas noches, señor Greb.

Regresé por el sendero en medio de la pálida y brumosa luz de la luna. Al llegar a un costado del coche oscuro dije:

—Hay trabajo para dos hombres. En el bungalow se encuentra un tipo recio. Creo que es el mismo al que llamaron Gran Mentón en aquella conversación telefónica de Los Ángeles.

—Caray. Es el sujeto que mató a Matson, ¿no? —De Spain se acomodó en el asiento de la derecha del coche, asomó la cabeza y escupió por encima de una boca de incendios que debía de estar a dos metros y medio. No dije ni pío—. Si el tío al que usted llama Gran Mentón es Moss Lorenz, lo conozco. Podríamos entrar y toparnos con una pista interesante.

—Igual que los polis con la radio —comenté.

—¿Está asustado?

—¿Yo? ¡Claro que estoy asustado! Como el coche está en el garaje, o tiene a Greb metido ahí dentro y está pensando qué hará con él o...

—Si es Moss Lorenz, no piensa nada —me interrumpió Al de Spain—. Ese tipo sólo sirve para dos cosas: para ponerse detrás de un arma y del volante de un coche.

—Y detrás de un trozo de tubería de plomo —añadí—. Lo que decía es que tal vez Greb está sin coche y Gran Mentón...

De Spain consultó el reloj del salpicadero.

—Sospecho que se largó y que ya está en su casa. Le han dado el chivatazo y le han sugerido que no se meta en líos.

—¿Quiere o no entrar en el bungalow? —pregunté—. ¿Quién le dio el chivatazo?

—Quien lo untó, si es que lo untaron —De Spain abrió la portezuela, se apeó y miró hacia el bungalow. Se desabrochó la chaqueta y sacó el arma de la sobaquera—. Tal vez pueda engañarlo. Mantenga las manos a la vista y vacías, es nuestra única posibilidad.

Cruzamos la calle, recorrimos el sendero y subimos al porche. De Spain hundió el dedo en el timbre.

La voz volvió a gruñir a través de la persiana entreabierta, desde el otro lado de la raída cortina de color verde oscuro.

—¿Qué quieren?

—Hola, Moss —dijo De Spain.

—¿Qué dice?

—Moss, soy Al de Spain. Estoy en el ajo. Se hizo el silencio, un silencio largo y letal. La voz ronca y grave preguntó:

—¿Quién está contigo?

—Un amigo de Los Ángeles. Es un buen tipo. Volvió a reinar el silencio y la voz inquirió:

—¿De qué va la cosa?

—¿Estás solo?

—Estoy con una señora, pero no puede oírte.

—¿Dónde está Greb?

—Eso digo yo, ¿dónde está? Madero, ¿de qué va la cosa? Desembucha.

De Spain habló con la misma serenidad que si hubiera estado en su casa, repantigado en un sillón y escuchando la radio.

—Moss, trabajamos para el mismo jefe.

—Ja, ja —se burló Gran Mentón.

—Matson apareció muerto en Los Ángeles y los policías de la ciudad ya lo han relacionado con la señora Austrian. Debemos actuar deprisa. El pez gordo está en el norte, inventándose coartadas.

¿Cuál es nuestra situación?

—¡Qué disparate! —exclamó la voz, pero contenía un deje de vacilación.

—Parece un mal rollo —añadió De Spain—. Abre de una buena vez. Como puedes ver, no tenemos nada contra ti.

—Cuando llegue a la puerta podríais tenerlo —dijo Gran Mentón.

—No seas cagueta —se burló De Spain.

La cortina se agitó como si una mano se hubiera soltado y la banda cayó en su sitio. Levanté la mano.

—No sea imbécil —me advirtió De Spain—. Este tipo es nuestra salvación y lo necesitamos entero.

Dentro de la casa sonaron ligeras pisadas. La cerradura de la puerta de entrada chirrió, se abrió la puerta y entre las sombras apareció una figura con un Colt de grandes dimensiones en la mano. Gran Mentón era un mote que le iba como anillo al dedo. Su enorme y ancha mandíbula sobresalía como una máquina quitapiedras. Era más corpulento que De Spain, mucho más corpulento.

—Desembucha —repitió y dio un paso atrás.

Con las manos vacías y las palmas hacia arriba, De Spain dio un paso con el pie izquierdo y pateó a Gran Mentón en la entrepierna, así de simple, sin la menor vacilación y frente a un arma.

Gran Mentón seguía debatiéndose interiormente cuando desenfundamos. Su mano derecha luchaba por apuntar y apretar el gatillo. El dolor dominaba todo lo demás salvo el deseo de doblarse y gritar. Su lucha interior lo llevó a perder una fracción de segundo y cuando le caímos encima no había gritado ni disparado. De Spain le dio en la cabeza y yo en la muñeca derecha. Me habría gustado darle en el mentón, que me fascinaba, pero su muñeca estaba más cerca del Colt. La pistola cayó y Gran Mentón hizo lo propio, casi súbitamente, para lanzarse de inmediato sobre nosotros. Lo sujetamos, lo retuvimos, su aliento sopló ardiente y fétido en nuestras caras, pero enseguida le fallaron las rodillas y caímos sobre él en medio del pasillo.

De Spain protestó, hizo esfuerzos para ponerse en pie y cerró la puerta. Giró al hombre corpulento, gimiente y medio desmayado, le puso las manos a la espalda y lo esposó.

Bajamos por el pasillo. En la habitación de la izquierda, de una pequeña lámpara de mesa cubierta con un periódico escapaba una luz tenue. De Spain quitó el periódico y miramos a la mujer tendida en la cama. Por lo menos no la había asesinado. Llevaba un pijama de mala calidad, tenía los ojos desmesuradamente abiertos, la mirada perdida y casi enloquecida de terror. Le habían cubierto con esparadrapo la boca, las muñecas, los tobillos y las rodillas y por sus orejas asomaban gruesos tapones de algodón. Por detrás de la losa de esparadrapo de cinco centímetros que le mantenía cerrada la boca escapaba un barboteo ininteligible. De Spain inclinó ligeramente la pantalla de la lámpara. El rostro de la mujer estaba manchado. Llevaba el pelo decolorado, con las raíces oscuras, y en los huesos de su rostro se dibujaba una expresión macilenta y desgastada.

—Soy policía —dijo De Spain—. ¿Es usted la señora Greb?

La mujer se sacudió y lo miró atormentada. Le quité los tapones de algodón de las orejas y dije:

—Vuelva a intentarlo.

—¿Es usted la señora Greb?

La mujer asintió.

De Spain sujetó el esparadrapo que le sellaba los labios. La mujer cerró los ojos y De Spain tiró con fuerza e inmediatamente le cubrió la boca con la mano. Se quedó impávido, inclinado, con el esparadrapo en la mano izquierda. Parecía un poli corpulento, moreno, inexpresivo y con el mismo valor que una mezcladora de cemento.

—¿Me promete que no gritará? —preguntó. La mujer asintió con la cabeza y De Spain apartó la mano—. ¿Dónde está Greb?

Le arrancó los otros trozos de esparadrapo.

La mujer tragó saliva, se tocó la frente con la mano de uñas rojas y meneó la cabeza.

—No lo sé. No ha vuelto a casa.

—¿Qué le dijo el gorila para que lo dejara pasar?

—Nada —respondió hoscamente—. Sonó el timbre, abrí la puerta y ese hombre entró y me sujetó. El muy bestia me cubrió de esparadrapo y me preguntó dónde estaba mi marido. Le respondí que no lo sabía y me pegó varios bofetones, pero al final pareció creerme. Me preguntó por qué mi marido no se había llevado el coche y le dije que siempre va y vuelve andando del trabajo. Después se sentó en un rincón y no se movió ni habló. Ni siquiera fumó.

—¿Habló por teléfono? —preguntó De Spain.

—No.

—¿Lo había visto antes?

—No.

—Vístase —añadió De Spain—. Busque algunos amigos que puedan alojarla esta noche.

La mujer lo miró, se incorporó lentamente y se mesó los cabellos. Abrió la boca y De Spain volvió a tapársela con decisión.

—Espere —ordenó—. Por lo que sabemos, a su marido no le ha pasado nada. De todos modos, sospecho que no se asombraría demasiado si le ocurriese algo.

La mujer apartó la mano del poli, abandonó la cama, se acercó a la cómoda y sacó una botella de *whisky*. Le quitó la tapa y bebió un sorbo.

—Sí —dijo con voz firme y ronca—. ¿Qué haría si tuviese que untar a un montón de médicos por cada centavo que gana y, para colmo, gana poco? —bebió otro trago.

—Tal vez cambiaría las muestras de sangre —replicó De Spain.

La mujer lo miró perpleja. De Spain le observó y se encogió de hombros.

—Tal vez es buen material —añadió—. Quizá comercia con él. A juzgar por cómo vive, debe ser muy poco —paseó desdeñoso la mirada por la sala—. Señora, vístase.

Salimos y cerramos la puerta. De Spain se inclinó sobre Gran Mentón, que yacía boca arriba y algo ladeado. El hombre fornido se quejaba sin cesar con la boca abierta, sin estar totalmente desmayado ni plenamente consciente de lo que ocurría. De Spain, que seguía guiándose por la tenue luz del vestíbulo, miró el trozo de esparadrapo que llevaba adherido a la palma de la mano y de sopetón rió. Pegó el esparadrapo en la boca de Gran Mentón.

—¿Conseguiremos que camine? —preguntó—. No me gustaría nada tener que acarrearlo.

—No lo sé —repliqué—. Yo sólo estoy de paso. ¿Hasta dónde quiere que camine?

—Colina arriba, donde todo está tranquilo y trinan los pájaros —repuso De Spain muy serio.

Me senté en el estribo del coche, con la enorme linterna acampanada colgada entre las rodillas. Aunque no iluminaba mucho, bastaba para lo que De Spain le hacía a Gran Mentón. Sobre nosotros había un depósito techado y después el terreno se inclinaba hacia un gran cañón. Más o menos a un kilómetro había dos casas en la cima de la colina, ambas a oscuras, y el claro de luna relucía en las paredes de estuco. Aunque a esa altura hacía frío, el aire estaba despejado y las estrellas semejaban

trocitos de cromo lustrado. La ligera bruma que cubría Bay City parecía muy lejana, como si formara parte de otro distrito, pero sólo estaba a diez minutos en coche.

De Spain se había quitado la chaqueta. Se había arremangado la camisa y sus muñecas y sus gruesos brazos lampiños aparecían enormes bajo esa luz débil y áspera. Su chaqueta estaba en el suelo, entre Gran Mentón y él. La pistolera reposaba sobre la chaqueta, con el arma puesta y la culata hacia Gran Mentón. Como la chaqueta se encontraba ligeramente a un lado, entre De Spain y Gran Mentón se abría un pequeño espacio de grava pisoteada que la luna iluminaba. La pistola estaba a la derecha de Gran Mentón y a la izquierda de De Spain.

Después de un prolongado silencio en el que sólo se oían nuestras respiraciones, De Spain dijo: —Vuelva a intentarlo.

Habló a la ligera, como si se dirigiera a alguien que juega con una máquina de *pinball*.

La cara de Gran Mentón era un amasijo sanguinolento. No logré verla roja, pero una o dos veces lo enfoqué con la linterna y supe que estaba allí. Tenía las manos libres y la patada que había recibido en salva sea la parte había ocurrido hacía mucho tiempo, al otro lado de los océanos de dolor. Gimió, súbitamente golpeó a De Spain con el lado izquierdo de la cadera, se apoyó en la rodilla derecha y se abalanzó sobre la pistola.

De Spain le pateó la jeta.

Gran Mentón rodó sobre la grava, se cubrió la cara con las manos y entre sus dedos escapó un gemido. De Spain se acercó y le pateó el tobillo. Gran Mentón aulló. De Spain retornó a su posición original, próxima a la chaqueta y a la pistola enfundada. Gran Mentón rodó, se puso de rodillas y meneó la cabeza. Grandes gotas oscuras rodaron de su cara hasta el terreno cubierto de grava. Se irguió lentamente y permaneció acuclillado unos instantes.

—Levántate —dijo De Spain—. Eres un hueso duro de roer. Cuentas con el apoyo de Vance Conried que, a su vez, está respaldado por la mafia. Puede que hasta el jefe Anders te apoye. Yo sólo soy un piojoso detective que no llegará a ninguna parte. Levántate. Montaremos el espectáculo.

Gran Mentón se lanzó hacia la pistola. Aunque su mano rozó la culata, sólo la giró un poco. De Spain clavó el tacón en esa mano y lo movió a derecha e izquierda. Gran Mentón gritó. De Spain retrocedió y dijo cansino:

—No te habrán dominado en todos los terrenos, ¿verdad, encanto?

—Ya está bien, ¿por qué no lo deja hablar? —pregunté a duras penas.

—Porque no quiere hablar —respondió De Spain—. No es de los que hablan. Es un tipo duro.

—En ese caso, dispárele de una vez a este pobre infeliz.

—Ni lo sueñe. No pertenezco a ese tipo de policía. Escucha, Moss, este tío cree que soy un madero sádico que de vez en cuando necesita golpear una cabeza con un trozo de tubería de plomo para no sufrir de indigestión a causa de los nervios. No permitirás que piense de esa manera, ¿eh? Ésta es una pelea limpia, me superas en diez kilos y mira dónde está la pistola.

—Supongo que sí —masculló Gran Mentón—. Tu compañero podría irse de la lengua y delatarme.

—Ni lo sueñes. Vamos, chicarrón, sólo una vez más. Aún te quedan fuerzas.

Gran Mentón volvió a ponerse en pie. Se levantó tan despacio que parecía un escalador. Se balanceó y con la mano se apartó la sangre de la cara. Me dolía la cabeza y se me revolvió el

estómago.

De repente Gran Mentón giró el pie derecho. Durante una milésima de segundo pareció que iba a pasar algo, pero De Spain sujetó el pie en el aire, retrocedió y pegó un tirón. Sostuvo la pierna estirada y el matón se balanceó sobre el otro pie en su intento de mantener el equilibrio.

De Spain comentó con tono coloquial:

—Cuando lo hiciste estuvo bien porque llevabas un arma en la mano, yo las tenía vacías y calculaste que no correría semejante riesgo. Pero ahora puedes ver que era juego sucio.

Torció rápidamente el pie con las dos manos. El cuerpo de Gran Mentón pareció elevarse por los aires y caer de lado. Su hombro y su cara se aplastaron contra el suelo y De Spain no soltó el pie. Siguió girándolo. Gran Mentón se sacudió en el suelo y emitió bruscos sonidos animales, ahogados a medias por la grava. De Spain tiró brusca y súbitamente del pie. Gran Mentón chilló como si docenas de sábanas se rasgaran al mismo tiempo.

De Spain se adelantó y pisó el tobillo del otro pie de Gran Mentón. Presionó con el cuerpo sobre el pie que sostenía entre las manos y separó las piernas de Gran Mentón. Éste intentó respirar y gritar a la vez y emitió un sonido afín al ladrido de un perro muy grande y viejísimo.

—A la gente se le paga por lo que yo hago —dijo De Spain—. No me refiero a calderilla, sino a pasta de verdad. Debería tener mi parte.

—¡Suéltame! —gritó Gran Mentón—. ¡Hablaré! ¡Hablaré!

De Spain le separó un poco más las piernas. Movié el pie y de repente Gran Mentón se relajó. Fue como si un león marino se desmayara. De Spain perdió el equilibrio y se tambaleó hacia un lado mientras la pierna chocaba contra el suelo. Sacó el pañuelo del bolsillo y muy despacio se secó la cara y las manos.

—Está fofo —comentó—. Bebe demasiada cerveza. Parecía un tipo sano. Quizá tiene que ver con que siempre lleva el trasero detrás del volante.

—Y un arma en la mano —apostillé.

—No es mala idea —opinó De Spain—. Más vale que no pierda su amor propio.

Se acercó a Gran Mentón y le propinó una patada en las costillas. A la tercera se oyó un gruñido y se percibió un brillo en la nada donde habían estado los párpados de Gran Mentón.

—Levántate —ordenó De Spain—. No te haré más daño.

Gran Mentón se incorporó, esfuerzo que le llevó un minuto. Su boca, mejor dicho, lo que le quedaba, estaba forzosamente abierta. Me hizo recordar la boca de otro hombre y ya no lo compadecí. Dio manotazos al aire, en busca de algo en lo que apoyarse.

—Mi compañero dice que sin un arma en la mano eres un cobarde. No me gustaría que un tío fuerte como tú se convirtiera en un cobarde. Usa mi cacharro —De Spain pateó ligeramente la sobaquera para separarla de la chaqueta y acercarla al pie de Gran Mentón.

Gran Mentón hundió los hombros para mirar el arma. Ya no podía girar el cuello.

—Hablaré —murmuró.

—Nadie te pide que hables. Te he pedido que cojas esa pistola. No me obligues a echarme de nuevo al suelo para que la empuñes. Quiero verte con el arma en la mano.

Gran Mentón se arrodilló a trancas y barrancas y cerró lentamente la mano sobre la culata de la pistola. De Spain lo miró sin moverse.

—Así me gusta. Ya es tuya. Vuelves a ser un tipo duro. Ahora puedes cargarte otras mujeres. Quítala de la funda.

Muy despacio, mediante un esfuerzo que parecía enorme, Gran Mentón retiró la pistola de la sobaquera y siguió arrodillado, con el arma colgada entre las piernas.

—¿Qué me dices? ¿No piensas cargarte a nadie? —lo provocó De Spain.

Gran Mentón dejó caer la pistola y sollozó.

—¡Mira lo que haces! —chilló De Spain—. Pon esa pistola en su sitio. No me gusta que se ensucie, la mantengo siempre limpia.

Gran Mentón buscó el arma a tientas, la aferró y la guardó lentamente en la funda de cuero. Ese esfuerzo consumió las fuerzas que le quedaban. Cayó de bruces sobre la pistolera.

De Spain lo cogió del brazo, lo hizo rodar boca arriba y recogió la cartuchera. Frotó la culata con la mano y se colocó la sobaquera alrededor del pecho. Recuperó la chaqueta y se la puso.

—Dejaremos que se las arregle —dijo—. No creo que se pueda hacer hablar a un tío que no quiere. ¿Tiene un cigarrillo?

Con la mano izquierda saqué la cajetilla del bolsillo, aflojé un pitillo y se lo ofrecí. Encendí la linterna y apunté al cigarrillo saliente y a sus dedos gruesos, que se acercaron a cogerlo.

—No hace falta —dijo. Buscó una cerilla, la encendió y aspiró lentamente. Apagué la linterna. De Spain paseó la mirada por la colina hacia el mar, la curva de la playa y los muelles iluminados—. Aquí arriba se está muy bien —comentó.

—Hace frío incluso en verano —opiné—. Un trago no me vendría nada mal.

—A mí tampoco —respondió De Spain—. Pero no puedo beber.

El pinchador

De Spain detuvo el coche en la puerta del Colegio de Médicos y Cirujanos y alzó la vista hasta una ventana iluminada de la sexta planta. El diseño del edificio consistía en una sucesión de alas extendidas, por lo que todas las consultas daban al exterior.

—Es increíble —comentó De Spain—. A esta hora y aún está ahí arriba. Me figuro que este tío no duerme nunca. Eche un vistazo a la cafetera estacionada calle abajo.

Me apeé y pasé delante del *drugstore* a oscuras, que se alzaba a un lado de la entrada al vestíbulo del edificio. Había un sedán negro y largo estacionado diagonal y correctamente en uno de los espacios reservados, como si fuera mediodía en lugar de cerca de las tres de la mañana. Junto a la matrícula delantera del sedán aparecía el emblema de los médicos: el báculo de Hipócrates y la serpiente enroscada. Iluminé el coche con la linterna, leí parte del nombre del propietario y volví a quedar a oscuras. Me reuní con De Spain.

—Controlado —dije—. ¿Cómo supo que era la ventana de su consulta y que estaría aquí a estas horas?

—Está cargando sus inyecciones. Lo sé porque lo he vigilado.

—¿Por qué lo ha vigilado?

Me miró pero no dijo nada. Miró por encima del hombro hacia el asiento trasero del coche.

—¿Cómo estás, compañero?

De debajo de la alfombrilla del coche escapó un sonido ronco que pretendía ser una voz.

—Le gusta viajar en coche —comentó De Spain. A todos los tíos duros les agrada dar una vuelta en coche. Bueno, estacionaré en el callejón y subiremos.

Giró en la esquina con los faros apagados y el sonido del motor se perdió en la oscuridad salpicada por la luz de la luna. En la acera de enfrente, una hilera de eucaliptos altísimos bordeaba una serie de pistas públicas de tenis. Desde el mar, el olor a algas trepaba por el bulevar.

De Spain caminó desde la esquina del edificio, subió hasta la puerta cerrada del vestíbulo y dio con los nudillos en la gruesa luna. En el fondo se veía la luz del ascensor junto a un enorme buzón de bronce. Un anciano salió del ascensor, deambuló por el pasillo hasta la puerta y se nos quedó mirando con las llaves en la mano. De Spain le mostró su placa. El viejo bizqueó, abrió la puerta, nos hizo pasar y la cerró sin decir esta boca es mía. Regresó por el pasillo hasta el ascensor, acomodó el almohadón casero que tenía sobre el taburete, se acomodó la dentadura postiza con la lengua y preguntó:

—¿Qué quieren?

Su rostro afilado y gris parecía protestar incluso cuando no hablaba. Los bajos de su pantalón estaban raídos y uno de sus zapatos negros con el tacón desgastado contenía un juanete. La chaqueta azul del uniforme le sentaba como el establo a un caballo.

—¿El doctor Austrian está arriba? —preguntó De Spain.

—No me sorprendería.

—No pretendo sorprenderlo —replicó De Spain—. Si fuera mi intención, me habría puesto los leotardos de color rosa.

—Pues sí, está arriba —confirmó el viejo con acritud.

—¿Cuándo vio por última vez a Greb, el analista de la cuarta?

—No lo he visto.

—Abuelo, ¿a qué hora entra a trabajar?

—A las siete.

—De acuerdo. Llévenos a la sexta.

El viejo cerró las puertas, nos elevó despacio, volvió a abrirlas y permaneció como un trozo de madera gris tallada para asemejarse a un ser humano.

De Spain alzó el brazo y cogió la llave maestra que pendía de la cabeza del anciano.

—No puede hacer eso —protestó el viejo.

—¿Quién dice que no? —el anciano meneó colérico la cabeza, pero no dijo nada—. Abuelo, ¿qué edad tiene?

—Pronto cumpliré sesenta.

—¡Y un huevo! Supera con ganas los setenta. ¿Cómo ha conseguido el permiso para llevar el ascensor?

El anciano guardó silencio y chasqueó su dentadura postiza.

—Así me gusta —afirmó De Spain—. Ocúpese de esta vieja carraca y todo saldrá a pedir de boca. Abuelo, lleve el ascensor a la planta baja.

Nos apeamos, el ascensor bajó lentamente por el hueco. De Spain clavó la vista en el pasillo y balanceó la anilla con la llave maestra.

—Preste atención —dijo—. La suite de cuatro habitaciones está al final. Hay una recepción creada cortando por la mitad una consulta a fin de hacer dos recepciones en las suites adyacentes. Al final de la recepción aparece un pasillo estrecho al otro lado de la pared de este pasillo, un par de estancias pequeñas y la consulta del médico. ¿Lo ha entendido?

—Sí —repliqué—. ¿Qué se propone, tomarla por asalto?

—Después de la muerte de su esposa vigilé unos días a este tipo.

—Es una pena que no vigilara a la enfermera pelirroja de la consulta, la que se cargaron esta noche.

De Spain me contempló parsimoniosamente desde sus profundos ojos negros, con expresión impasible.

—Tal vez lo hice mientras se me presentó la ocasión.

—Vamos, ni siquiera sabía su nombre —afirmé y lo miré fijo—. Fui yo quien le dijo quién era. De Spain se quedó pensativo.

—Me imagino que es muy distinto verla con la bata blanca de la consulta que desnuda y muerta sobre una cama.

—Por supuesto —repliqué sin dejar de mirarlo.

—Claro. Llame a la puerta de la consulta, la tercera desde el extremo. Cuando el doctor abra, me colaré en la recepción, entraré e intentaré enterarme de lo que dice.

—Me parece muy bien, pero no soy un tío de suerte.

Bajamos por el pasillo. Las puertas eran de madera maciza, estaban bien construidas y por debajo no se colaba ni el menor atisbo de luz. Apoyé la oreja en la que De Spain me indicó y percibí ligeros movimientos en el interior. Hice una señal a De Spain, que se encontraba en el extremo del

pasillo. Introdujo lentamente la llave maestra en la cerradura mientras yo llamaba enérgicamente a la puerta y por el rabillo del ojo lo vi desaparecer. La puerta se cerró a sus espaldas casi en el acto. Volví a llamar.

La puerta se abrió bruscamente y un hombre alto se detuvo a unos treinta centímetros, mientras el apliqué del techo iluminaba sus cabellos color arena clara. Estaba en mangas de camisa y sostenía un maletín plano de piel. Era delgado como un palo, con las cejas pardas y expresión desdichada. Sus manos eran hermosas, largas y finas, con yemas cuadradas en lugar de puntiagudas. Tenía las uñas brillantes y muy bien cortadas.

—¿Es usted el doctor Austrian? —pregunté. Asintió con la cabeza. Su nuez se desplazó vagamente por su cuello delgado.

—Sé que no es la mejor hora para venir de visita, pero es muy difícil dar con usted. Soy detective privado, trabajo en Los Ángeles y mi cliente es Harry Matson.

No se sobresaltó o estaba tan acostumbrado a ocultar sus sentimientos que no se notó. Volvió a mover la nuez, movió el maletín, lo miró con expresión de desconcierto y retrocedió.

—Ahora no tengo tiempo para hablar con usted. Vuelva mañana —pidió.

—Greb me dijo lo mismo.

Pegó un brinco. No gritó ni le dio un patatús, pero me di cuenta de que estaba desconcertado.

—Pase —murmuró con voz ronca.

Entré y cerré la puerta. Vi un escritorio que parecía de cristal negro. Las sillas eran de tubo de cromo con tapizado de lana basta. La puerta de la habitación contigua, a oscuras, estaba entreabierta. Vi la sábana blanca estirada sobre la camilla y unas cosas semejantes a estribos. No percibí el menor sonido.

Sobre el escritorio de cristal negro había extendido una toalla y sobre ésta se encontraban cerca de doce jeringas hipodérmicas, con las agujas al lado. De la pared colgaba un esterilizador que funcionaba a electricidad y que sin duda contenía otras doce agujas y jeringas. En ese momento estaba encendido. Me acerqué y miré el esterilizador mientras el hombre alto y delgado rodeaba el escritorio y tomaba asiento.

—Tiene muchas agujas —comenté y me senté en una de las sillas próximas al escritorio.

—¿Qué quiere de mí? —su voz seguía ronca.

—Tal vez pueda hacerle un favor relacionado con la muerte de su esposa.

—Muy amable de su parte —replicó sereno—. ¿Qué tipo de favor?

—Quizá pueda decirle quién la asesinó.

Le brillaron los dientes cuando esbozó una sonrisa extraña y forzada. Se encogió de hombros y habló con tanta calma como si estuviéramos charlando sobre el tiempo.

—Eso sí que sería muy amable de su parte. Creí que se había suicidado. Parece que el forense y la policía coincidían conmigo. Claro que un detective privado...

—Greb no opinaba lo mismo —lo interrumpí sin hacer demasiado esfuerzo por llegar a la verdad—. Es el analista que cambió la muestra de sangre de su esposa por la de un caso verdadero de intoxicación por monóxido de carbono.

Me observó tranquilo con sus ojos profundos, pesarosos y distantes bajo las cejas pardas.

—Usted no se ha visto con Greb —aseguró como si interiormente le causara gracia—. Sé por

casualidad que este mediodía viajó al este porque su padre ha muerto en Ohio.

Se incorporó, se acercó al esterilizador eléctrico, consultó su reloj de pulsera y desconectó el aparato. Regresó al escritorio, abrió una cigarrera chata, se puso un pitillo en la boca y me la acercó por encima del escritorio. Me estiré y cogí un cigarrillo. Eché un rápido vistazo a la oscura sala de reconocimiento, pero no percibí nada que no hubiese detectado antes.

—¡Qué extraño! —exclamé—. La esposa de Greb no lo sabe. Y Gran Mentón tampoco. Estuve esperando a que Greb volviese a su casa para cargárselo mientras tenía a su esposa sujeta con esparadrapo a la cama.

El doctor Austrian se dignó mirarme. Buscó una caja de cerillas en el escritorio, abrió un cajón, extrajo una pequeña automática de mango blanco y la apoyó sobre el dorso de la mano. Con la otra me pasó una caja de cerillas.

—El arma no le hará falta —dije—. Se trata de una charla de negocios y quiero demostrarle lo rentable que resulta sostenerla.

Se quitó el cigarrillo de la boca y lo tiró sobre el escritorio.

—Yo no fumo —explicó—. Tuve que hacer lo que podríamos llamar un gesto imprescindible. Me alegra saber que el arma no hace falta. De todos modos, prefiero esgrimirla y no usarla que necesitarla y no contar con ella. Dígame, ¿quién es Gran Mentón y qué otra cosa importante tiene que decir antes de que llame a la policía?

—Escúcheme. Para eso he venido. Su esposa jugaba mucho a la ruleta en el club de Vance Conried y perdía el dinero que usted ganaba con esas agujitas casi tan rápido como lo conseguía. También circula el rumor de que estaba liada con Conried. Puede que a usted le diera igual, dado que pasaba la noche fuera y estaba demasiado ocupado para hacer de esposo. Sin embargo, es probable que el dinero le importase porque se arriesgaba mucho para ganarlo. Volveré más tarde sobre este tema. La noche de la muerte, su esposa se puso histérica en el Club Conried, lo llamaron y usted acudió y le dio una endovenosa para calmarla. Conried la acompañó a casa. Usted telefoneó a la enfermera de la consulta, Helen Matson, la exesposa de Matson, para pedirle que fuese a su casa y comprobara que su esposa estaba bien. Más tarde, Matson la encontró muerta en el garaje, bajo el coche, y lo contactó. Usted apeló al jefe de la policía y se echó tanta tierra sobre el asunto que no se volvió a oír hablar del tema. Pero Matson, que fue el primero en llegar a la escena, tenía algo. No tuvo suerte cuando intentó sacarle dinero porque, a la chita callando, usted es un tío con muchas agallas. También es posible que su amigo, el jefe Anders, le dijese que no servía de prueba. Por eso Matson intentó chantajear a Conried, se creyó que si el caso se presentaba ante el jurado de acusación que en este momento se está reuniendo todo caería sobre el garito de Conried, quedaría más clausurado que un pistón fundido, la gente que lo respaldaba se cabrearía y le quitaría los caballos para jugar al polo. La idea le sentó fatal a Conried y pidió a un matón llamado Moss Lorenz actualmente el chofer del alcalde y con anterioridad guardaespaldas de Conried, así como el tío al que he apodado Gran Mentón, que se ocupara de Matson. A éste le quitaron la licencia y lo expulsaron de Bay City. Pero a su manera también tenía agallas, así que se encerró en un bloque de apartamentos de Los Ángeles y perseveró en sus propósitos. Por algún motivo, el encargado de la casa de apartamentos se enteró de lo que pasaba, ignoro cómo, pero la policía de Los Ángeles ya se ocupará de averiguarlo, y dio el chivatazo. Esta misma noche Gran Mentón fue a la ciudad y se

deshizo de Matson.

Dejé de hablar y contemplé al hombre alto y delgado. Su expresión no había cambiado. Parpadeé un par de veces y jugueteó con el arma. En la consulta imperaba un silencio absoluto. Agucé el oído para percibir la respiración en la estancia contigua, pero no oía nada.

—¿Matson está muerto? —preguntó muy despacio el doctor Austrian—. No creerá que tuve algo que ver. Su rostro brillaba tenuemente.

—Francamente, no lo sé —reconocí—. Greb era el eslabón débil de su montaje y hoy alguien le dijo que abandonase rápidamente la ciudad..., si se fue a mediodía, antes de que mataran a Matson. Probablemente alguien le dio dinero, porque vi su casa y no me pareció la vivienda de una persona que gana pasta.

—¡Maldito Conried! —exclamó velozmente el doctor Austrian—. Me telefoneó a primera hora y me dijo que sacase a Greb de la ciudad. Le di dinero pero... —se interrumpió, pareció cabrearse consigo mismo y volvió a mirar el arma.

—Pero usted no sabía qué se estaba cocinando. Doctor, le creo, le aseguro que le creo. Haga el favor de bajar el arma un rato más.

—Prosiga —pidió tenso—. Continúe con su relato.

—De acuerdo. Queda mucho por contar. La policía de Los Ángeles encontró el cadáver de Matson, pero no se presentará hasta mañana. En primer lugar, porque es muy tarde y, en segundo, porque cuando aten cabos no querrán perderse el caso. El Club Conried está en los límites de Los Ángeles y al jurado de acusación del que le hablé le encantará. Cogarán a Moss Lorenz, éste presentará un recurso y se tragará unos pocos años en chirona. Así se manejan estas cosas cuando los mecanismos legales entran en juego. La siguiente cuestión es cómo sé que lo hizo Gran Mentón. Pues porque nos lo dijo. Un compañero y yo fuimos a visitar a Greb. Gran Mentón acechaba en su casa, a oscuras, con la señora Greb sujeta a la cama con esparadrapo y nos lo llevamos. Lo llevamos a las colinas, le dimos su merecido y habló. Me compadecí del pobre desgraciado. Dos asesinatos y ni siquiera cobró.

—¿Dos asesinatos? —preguntó el doctor Austrian azorado.

—Ya se lo explicaré. Veamos ahora en qué situación se encuentra usted. Dentro de un rato me dirá quién se cargó a su esposa y lo más gracioso es que no le creeré.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Dios mío!

Me apuntó y soltó la pistola tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de esquivarlo.

—Soy el hombre de los milagros. Soy el gran detective norteamericano..., el que nunca ve un centavo. Pese a que intentó contratar mis servicios, jamás hablé con Matson. Le diré qué tenía contra usted, cómo asesinaron a su esposa y por qué sé que usted no lo hizo. Y se lo diré todo a cambio de nada.

No le hizo gracia. Suspiró con los labios apretados y su rostro se tornó viejo, gris y tenso bajo los cabellos color arena clara pintados sobre su cráneo huesudo.

—Matson tenía contra usted un escaquin de terciopelo verde esmeralda. Verschoyle de Hollywood lo fabricó para su esposa..., se lo hicieron a medida y en el interior figuraba el número de su horma. Estaba nuevo, sin estrenar. Le confeccionaron dos pares exactamente iguales. Llevaba un par puesto cuando Matson la encontró. Ya sabe dónde la encontró: en el suelo del garaje, y para

llegar hasta allí tuvo que caminar por la senda de cemento que sale de la puerta de servicio de la casa. No es posible que hubiese andado con aquel escaarpín tan delicado. Por eso sé que la asesinaron. Quienquiera que le puso los escaarpines colocó uno usado y otro sin estrenar. Matson se percató y se guardó el escaarpín. Entonces usted le pidió que llamara al jefe desde su casa, entró a hurtadillas, cogió el otro escaarpín usado y se lo puso. Sin duda se dio cuenta de que Matson se había quedado con el otro escaarpín. Ignoro si usted se lo contó a alguien. ¿Correcto?

Bajó un centímetro la cabeza. Aunque se estremeció ligeramente, la mano que esgrimía la automática con mango de hueso no tembló.

—Así fue como la asesinaron. Greb era peligroso para alguien, lo que demuestra que su esposa no murió por envenenamiento con monóxido de carbono. Estaba muerta cuando la metieron debajo del coche. Murió a causa de la morfina. Reconozco que es una conjetura, pero muy precisa, porque sería el único modo de matarla que lo obligaría a usted a encubrir al asesino. Fue fácil para alguien que disponía de morfina y tenía la posibilidad de utilizarla. Bastaba con inyectarle una segunda dosis letal en el mismo sitio en que usted le había aplicado la inyección más temprano. Después volvió a casa y la encontró muerta. Tuvo que encubrir la situación porque sabía cómo había muerto y no podía permitir que saliese a la luz. Usted está en el negocio de la morfina.

El médico sonrió. La sonrisa le colgó de las comisuras como telarañas en los rincones de un techo antiguo. Ni se percató de que sonreía.

—Es usted interesante —afirmó—. Creo que voy a matarlo, pero no deja de ser un tipo interesante.

Señalé el esterilizador eléctrico.

—En Hollywood hay veintitantos médicos como usted: pinchadores. Hacen la ronda nocturna con maletines de piel repletos de jeringas cargadas. Evitan que los toxicómanos y los borrachos se vuelvan locos..., al menos durante un rato. De vez en cuando alguien se vuelve adicto y surge un problema. Quizá la mayoría de las personas a las que atiende acabarían en chirona o en el manicomio si no las cuidara. Sin duda perderían sus trabajos, si es que los tienen. Algunas ocupan cargos muy importantes. Pero es peligroso, porque cualquier resentido puede poner a los federales sobre su pista y en cuanto interroguen a sus pacientes encontrarán a alguien dispuesto a hablar. Intenta protegerse parcialmente, consiguiendo parte de la morfina por canales ilegales. Yo diría que Conried le proporcionaba una parte y que por esto tuvo que permitirle que se quedara con su esposa y con su dinero.

—No se anda con chiquitas, ¿verdad? —preguntó el doctor Austrian casi amablemente.

—¿Por qué iba a hacerlo? Ésta es una charla de hombre a hombre. No puedo demostrar nada. El escaarpín que Matson robó es perfecto para un enredo, pero ante un tribunal no vale nada. Cualquier abogado defensor ridiculizaría a un mequetrefe como Greb, por mucho que lo trajeran para prestar testimonio. Sin embargo, a usted le costaría un pastón conservar su licencia de médico.

—Entonces lo mejor sería que ahora le diera una parte. ¿A eso apunta? —preguntó en voz baja.

—No. Guárdese el dinero para pagar un seguro de vida. Quiero dejar claro algo más. ¿Está dispuesto a reconocer, de hombre a hombre, que mató a su esposa?

—Sí —replicó sencilla y directamente, como si le hubiese pedido un cigarrillo.

—Me lo suponía, pero no es necesario. Usted vio a la persona que mató a su esposa porque ésta

dilapidaba dinero que para otra mujer podía ser muy divertido gastar. También sabía que Matson estaba enterado y que Conried intentaba quitársela de encima. Por eso se la cargaron..., anoche, en Brayton Avenue. No es necesario que siga encubriéndola. Vi su foto en la repisa, la que dice *Con todo mi amor, Leland*, y la oculté. Ya no hace falta que la encubra porque Helen Matson ha muerto.

Me desplacé en la silla cuando la automática se disparó. Esta vez me había dicho que no intentaría disparar, pero sin duda una parte de mí no quedó convencida. La silla cayó, acabé a gatas en el suelo y en ese instante un arma mucho más sonora se disparó en la habitación a oscuras donde estaba la camilla.

De Spain franqueó la puerta con la humeante arma de reglamento en su manaza derecha.

—¡Chico, qué disparo! —exclamó y se detuvo sonriente.

Me levanté y miré al otro lado del escritorio. El doctor Austrian estaba inmóvil, se sujetaba la mano derecha con la izquierda y la movía suavemente. No tenía la automática en la mano. Paseé la mirada por el suelo y la descubrí junto al escritorio.

—Caramba, ni siquiera le he dado —añadió De Spain—. Sólo le pegué a la automática.

—Ha sido perfecto —dije—. ¿Y si me hubiese dado en la cabeza?

De Spain me miró serenamente y dejó de sonreír.

—Hay que admitir que le ha hecho pasar un mal rato. ¿De dónde sacó la idea de guardarse lo del escaquin verde?

—Me harté de ser su comparsa —repliqué—. Quería jugar un poco a mi manera.

—¿Cuánto hay de verdad en lo que dijo?

—Matson tenía el escaquin y algún significado debía de tener. He atado cabos y creo que todo es verdad.

El doctor Austrian se levantó lentamente del sillón y De Spain le apuntó. El hombre delgado y ojeroso meneó lentamente la cabeza, se acercó a la pared y se recostó.

—Yo la maté —dijo con voz mortecina sin dirigirse a nadie en concreto—. No fue Helen. Yo la maté. Llame a la policía.

A De Spain se le demudó la expresión, se agachó, recogió la automática con el mango de hueso y se la guardó en el bolsillo. Metió el arma de reglamento en la sobaquera, se sentó ante el escritorio y se acercó al teléfono.

—Ya verá cómo aparto de este asunto al jefe de Homicidios —afirmó impertérrito.

Un tío con agallas

El menudo jefe de policía entró con pasos ligeros, con el sombrero caído sobre la coronilla y las manos en los bolsillos de un abrigo oscuro y ligero. Llevaba algo grande y pesado en el bolsillo derecho del abrigo. Detrás había dos agentes de paisano y uno era Weems, el individuo fornido y de cara regordeta que me había seguido hasta Altair Street. Cerraba la retaguardia Pequeñajo, el poli uniformado que nos habíamos quitado de encima en Arguello Boulevard.

El jefe Anders se detuvo a pocos pasos de la puerta y me sonrió con cara de pocos amigos.

—Me han dicho que se ha divertido a lo grande en nuestra ciudad. Weems, póngale las esposas.

El hombre fornido rodeó a su jefe y sacó las esposas del bolsillo izquierdo.

—Encantado de volver a verlo..., con los pantalones bajados —repitió con sorna.

De Spain se recostó en la pared contigua a la puerta de la sala de reconocimiento. Mordisqueaba una cerilla y miraba en silencio. El doctor Austrian había vuelto a sentarse en su sitio. Se sujetaba la cabeza con las manos y miraba el brillante tablero negro del escritorio, la toalla con hipodérmicas, el pequeño calendario perpetuo de color negro, el juego de escritorio y unos pocos chismes más. Estaba pétreamente pálido y no se movía, hasta parecía que no respiraba.

—Jefe, no se dé muchas prisas —dijo De Spain—. Este tío tiene amigos en Los Ángeles que están investigando la muerte de Matson. El chico periodista tiene un cuñado que es policía. ¿A que no lo sabía?

El jefe hizo un movimiento impreciso con la barbilla.

—Weems, espere un momento —se dirigió a De Spain—. ¿Quiere decir que en la ciudad saben que Helen Matson ha sido asesinada?

El doctor Austrian alzó nervioso su rostro macilento. Se tapó con las manos y se cubrió toda la cara con sus largos dedos.

—Jefe, me refiero a Harry Matson. Esta noche..., anoche..., ahora... Moss Lorenz se lo cargó en Los Ángeles.

El jefe pareció tragarse sus delgados labios y habló con la boca fruncida:

—¿Cómo lo sabe?

—El detective y yo seguimos a Moss. Estaba escondido en la casa de un tal Greb, el analista de laboratorio que se encargó de la muerte de la señora Austrian. Moss se había ocultado porque levantaría tal polvareda que el alcalde pensaría que le tocaba una nueva inauguración, se presentaría con un ramo de flores y pronunciaría un discurso. Siempre y cuando nadie se ocupara de Greb y los Matson. Parece que los Matson trabajaban juntos, pese a estar divorciados. Le sacaban dinero a Conried y éste decidió poner punto final a la situación.

El jefe volvió la cabeza y ordenó a sus subalternos:

—Esperen en el pasillo.

El poli de paisano al que yo no conocía abrió la puerta y salió; Weems lo siguió luego de una ligera vacilación. Pequeñajo estaba a punto de franquear la puerta cuando De Spain dijo:

—Quiero que Pequeñajo se quede. Es un buen policía, no se parece a los dos sobornadores de la brigada contra el vicio con los que se ha acostado últimamente.

Pequeñajo soltó la puerta, se recostó en la pared y sonrió con disimulo. El jefe se puso rojo como

un tomate.

—¿Quién le encomendó la muerte de la Brayton Avenue? —quiso saber.

—Yo mismo, jefe, yo mismo. Estaba en la sala de detectives uno o dos minutos después de que llamaran y fui con Reed. Recogimos a Pequeñajo. Tanto él como yo estábamos fuera de servicio.

De Spain hizo una mueca, una mueca severa y perezosa que no contenía diversión ni triunfalismo. Sólo era una mueca.

El jefe sacó un arma del bolsillo del abrigo. Medía treinta centímetros y era de reglamento, pero sabía esgrimirla. Preguntó seriamente:

—¿Dónde está Lorenz?

—Escondido. Se lo hemos preparado. Tuve que darle unos cuantos golpes y al final habló. ¿No es verdad, detective?

—Él dice algo que podría ser sí o no, pero suena bien —dije.

—Así se habla —afirmó De Spain—. Jefe, no debería perder el tiempo con los homicidios. Los detectives de juguete que dirige no saben nada del trabajo policial, salvo registrar apartamentos y asustar a las mujeres que viven solas. Devuélvame mi trabajo y deme ocho hombres y le enseñaré a investigar un homicidio.

El jefe miró el pistolón y la cabeza hundida del doctor Austrian.

—De modo que mató a su esposa —comentó en voz baja—. Supe que la posibilidad existía, pero no me lo creí.

—Y no se lo crea ahora —intervine—. La mató Helen Matson. El doctor Austrian lo sabe. La encubrió, usted lo encubrió a él y el médico aún sigue dispuesto a encubrirla. En algunos casos el amor llega hasta estos extremos. Jefe, en esta ciudad una chica puede cometer un crimen, lograr que sus amigos y la policía la encubran y a continuación chantajear precisamente a las personas que le sacaron las castañas del fuego.

El jefe se mordió el labio. Su mirada era fulminante, pero estaba pensando..., pensaba frenéticamente.

—No me extraña que la liquidaran —murmuró—. Lorenz...

—Tómese unos minutos para pensar —aconsejé—. Lorenz no mató a Helen Matson. Dijo que la había matado, pero De Spain lo apaleó hasta el extremo de que habría confesado que le disparó a McKinley.

De Spain se irguió. Tenía las manos en los bolsillos de la chaqueta. Allí permanecieron. Continuó en pie, con las plantas de los pies bien apoyadas y un mechón de pelo negro asomando por debajo del ala del sombrero.

—¿Cómo? —preguntó De Spain casi con amabilidad—. ¿Qué ha dicho?

—Lorenz no mató a Helen Matson por varias razones. Era un trabajo demasiado complicado para su mentalidad. Seguramente la habría derribado y la habría dejado estar. Además, no sabía que Greb estaba a punto de dejar la ciudad aconsejado por el doctor Austrian que, a su vez, fue advertido por Vance Conried, que ahora está en el norte para montar todas las coartadas que necesita. Y si Lorenz no sabía eso es porque no sabía nada de Helen Matson. Sobre todo porque Helen Matson nunca logró llegar hasta Conried. Sólo lo había intentado. Me lo dijo y estaba lo bastante borracha para decir la verdad. En consecuencia, Conried no habría corrido el absurdo riesgo de que la matase en su

apartamento el tipo de hombre del que cualquiera se acordaría si es que lo veía cerca del apartamento. Liquidar a Matson en Los Ángeles fue harina de otro costal. Estaba lejos de su territorio.

—El Club Conried cae dentro de los límites de Los Ángeles —informó el jefe, nervioso.

—Legalmente, sí —reconocí—. Pero por su posición y su clientela está en las afueras de Bay City. Forma parte de Bay City..., ayuda a gobernar Bay City.

—Al jefe no se le habla así —intervino Pequeñajo.

—No se meta —dijo el jefe—. Hace tanto tiempo que no oía expresarse a alguien que piensa, que supuse que había caído en el olvido.

—Pregúntele a De Spain quién mató a Helen Matson —añadí.

De Spain rió ásperamente y replicó:

—Seguro, la maté yo.

El doctor Austrian apartó las manos de su rostro, volvió lentamente la cabeza y miró a De Spain. Su cara estaba tan mortecina e inexpresiva como la del corpulento e impasible detective. Se estiró y abrió el cajón de la derecha del escritorio. Pequeñajo desenfundó la pistola y dijo:

—Quieto, doctor.

El doctor Austrian se encogió de hombros y con calma extrajo del cajón un frasco de boca ancha con tapa de cristal. Abrió la tapa y se acercó el frasco a la nariz.

—Sólo son sales aromáticas —explicó hoscamente.

Pequeñajo se relajó y bajó el brazo con el que esgrimía el arma. El jefe me miró y se mordió el labio. De Spain no miró a nada ni a nadie. Sonreía al aire y siguió sonriendo.

—Él cree que me estoy burlando y usted cree que le tomo el pelo, pero hablo en serio —aseguré—. Conoció a Helen..., tanto como para regalarle una cigarrera dorada con su foto. La he visto. Era una foto pequeña, pintada a mano, bastante mala y yo sólo lo había visto una vez. Helen Matson me dijo que había sido un viejo amor que se agotó. Sin embargo, él ocultó que la conocía y esta noche no actuó precisamente como un policía. No me sacó de un aprieto ni investigó conmigo con tal de ser amable. Lo hizo para averiguar lo que yo sabía antes de que me colocaran bajo los focos de la central. No golpeó a Lorenz hasta dejarlo medio muerto sólo para que el pobre infeliz dijera la verdad. De Spain lo hizo para que Lorenz dijese todo lo que él quería que dijese, incluso para que confesara el asesinato de Helen Matson, a la que probablemente Lorenz no llegó a conocer. ¿Quién llamó a la central e informó sobre el crimen? De Spain. ¿Quién se presentó inmediatamente después y se coló en la investigación? De Spain. ¿Quién arañó el cuerpo de la chica en un ataque de celos porque lo había abandonado por un partido más interesante? De Spain. ¿Quién tiene todavía sangre y restos de cutícula bajo las uñas de su mano derecha, elementos con los que un buen químico de la policía puede averiguar muchas cosas? De Spain. Eche un vistazo. Yo ya lo he visto varias veces.

El jefe giró lentamente la cabeza, como si la tuviera sobre un eje. Silbó, la puerta se abrió y los otros agentes entraron. De Spain no se movió. La sonrisa continuó tallada en su rostro, una mueca vacía e inane que no significaba nada y que parecía imborrable.

—Y pensar que lo consideraré mi compañero —murmuró De Spain—. Detective, veo que sus ideas son disparatadas, hay que reconocerlo.

—No tiene sentido —afirmó el jefe bruscamente—. Si De Spain la mató, fue él quien intentó

incriminarlo y quien lo sacó del aprieto. ¿Cómo se explica?

—Averigüe si De Spain conoció a la chica y hasta qué punto. También puede averiguar qué ratos de esta noche no puede explicar y pedirle cuentas. Compruebe si hay sangre y cutícula bajo sus uñas y, dentro de los límites, si es o puede ser la sangre y la piel de la chica. Y si De Spain ya las tenía antes de pegar a Moss Lorenz, antes de pegar a nadie. No arañó a Lorenz. Es todo lo que necesita y todo lo que le puede servir, salvo una confesión. Y no creo que consiga una confesión. En cuanto a la incriminación, yo diría que De Spain siguió a la chica hasta el Club Conried o que sabía dónde estaba y fue personalmente. La vio salir conmigo y vio cómo la ponía en mi coche. Se enfureció. Me pegó y la chica estaba demasiado asustada para no ayudarlo a trasladarme a su apartamento. De todo eso no recuerdo nada. Sería bueno recordar, pero no puedo. Se las ingenieron para subirme, se pelearon, De Spain le pegó y la asesinó con premeditación y alevosía. Se le ocurrió el disparate de que pareciese una violación y de convertirme en cabeza de turco. Después puso pies en polvorosa. Dio la voz de alarma, se metió en la investigación y yo me largué del apartamento antes de que me atraparan. Para entonces se dio cuenta de que había cometido un error. Sabía que yo era detective privado de Los Ángeles, que había hablado con Muñeco Kincaid y probablemente se enteró por la chica de que fui a ver a Conried. Pudo averiguar fácilmente que el caso Austrian me interesaba. Muy bien. Convirtió un juego estúpido en una jugada inteligente al seguirme la corriente con la investigación que yo intentaba realizar, al ayudarme, al conocer mi versión y, finalmente, al encontrar una víctima propiciatoria mucho más idónea para endilgarle el asesinato de la Matson.

De Spain dijo impávido:

—Jefe, dentro de un minuto me ocuparé de este tipo. ¿De acuerdo?

—Espere un momento —respondió el jefe—. ¿Por qué sospechó de De Spain?

—Por la sangre y la piel bajo sus uñas, el modo brutal en que trató a Lorenz y el hecho de que la chica me contó que había sido uno de sus amores y que él fingió no saber quién era la Matson. ¿Qué más puedo pedir?

—Esto —respondió De Spain.

Disparó desde el bolsillo la automática de mango blanco que le había quitado al doctor Austrian. Disparar desde el bolsillo requiere una gran pericia y los polis no suelen tenerla. La bala silbó a treinta centímetros de mi cabeza, caí de culo al suelo, el doctor Austrian se dio la vuelta deprisa y dirigió la mano derecha hacia la cara de De Spain, la mano que sostenía el frasco marrón de boca ancha. Un líquido incoloro salpicó los ojos del detective y humeó en su rostro. Otro ser humano habría gritado. De Spain dio manotazos al aire con la izquierda y el arma que tenía en el bolsillo sonó tres veces más. El doctor Austrian cayó de lado sobre un extremo del escritorio y acabó en el suelo, fuera del campo de fuego. El arma siguió sonando.

Los demás cayeron de rodillas. El jefe levantó su pistola y disparó dos veces al cuerpo de De Spain. Con semejante cacharro habría bastado con un disparo. El cuerpo de De Spain se retorció en el aire y cayó al suelo como una caja fuerte. El jefe se acercó, se arrodilló a su lado y lo miró en silencio. Se irguió, rodeó el escritorio, dio unos pasos y se inclinó sobre el doctor Austrian.

—Éste está vivo —informó—. Weems, avise por teléfono.

El hombre fornido y de cara regordeta rodeó el otro lado del escritorio, cogió el teléfono y empezó a marcar. En el aire predominaba un agudo y desagradable olor a ácido y a carne quemada.

Volvíamos a estar de pie y el menudo jefe de policía me miraba desolado.

—No tendría que haber disparado contra usted —dijo—. No habría podido demostrar nada. Nosotros no se lo habríamos permitido.

Guardé silencio. Weems colgó y contempló al doctor Austrian.

—Me parece que la ha diñado —dijo desde detrás del escritorio.

El jefe no dejaba de mirarme.

—Señor Dalmás, corre riesgos espantosos. Ignoro cuál es su juego, pero espero que le gusten las cartas que le han tocado.

—Me doy por satisfecho. Me habría gustado hablar con mi cliente antes de que lo matasen, pero creo que he hecho cuanto podía por él. Lo más triste es que De Spain me cayó bien. Tenía las agallas que hay que tener.

—Si quiere saber de agallas, pruebe a ser jefe de policía de una ciudad pequeña —replicó el jefe.

—Sí. Jefe, dígame a alguien que envuelva con un pañuelo la mano derecha de De Spain. Me parece que ahora necesitará las pruebas.

Estaré esperando

Título original: *I'll Be Waiting*

Año de publicación: octubre de 1939

Era la una de la madrugada cuando Carl, el portero nocturno, apagó la última de las tres lámparas de mesa del vestíbulo principal del hotel Windermere. El azul de la alfombra se oscureció un par de tonos y las paredes retrocedieron hasta hacerse distantes. Las sillas se llenaron de sombras perezosas. Los recuerdos pendían como telarañas en los rincones.

Tony Reseck bostezó. Ladeó la cabeza y escuchó la frágil, nerviosa música que salía de la sala de radio situada detrás del pequeño arco en que terminaba el vestíbulo. Frunció el ceño. Aquella debería ser su sala de radio, a partir de la una de la madrugada. Nadie debería estar en ella. Aquella pelirroja le destrozaba las noches.

Desapareció el frunce y una sonrisa en miniatura se le dibujó en las comisuras de la boca. Aflojó los músculos. Era un hombre de edad madura, bajito, pálido, barrigudo, de largos y delicados dedos ahora asidos al diente de alce de la cadena de su reloj; dedos largos y delicados, de ilusionista, dedos de uñas brillantes, bien perfiladas, de afiladas falanges inferiores, dedos de extremos un tanto espatulados. Dedos hermosos. Tony Reseck se frotó las manos con dulzura. Había una paz en sus tranquilos ojos grisáceos.

El frunce volvió a su rostro. La música le molestaba. Se levantó con singular agilidad, de un solc movimiento, sin apartar las manos de la cadena del reloj. Sentado con sosiego en determinado momento, al siguiente ya estaba erguido, aplomado sobre los pies completamente inmóvil, tanto, que el movimiento de levantarse se hubiera dicho acción imperfectamente percibida, error visual.

Echó a andar pisando delicadamente la alfombra azul con sus zapatos pequeños y brillantes y cruzó la arcada. La música había aumentado de volumen. Contenía el estrépito ardiente y corrosivo, las carreras frenéticas y nerviosas de una competición, de música improvisada. Sonaba demasiado alta. La pelirroja estaba sentada y contemplaba en silencio el enrejillado de la voluminosa radio como si pudiera ver a la orquesta, su estereotipada sonrisa profesional, el sudor que corría por las espaldas. Estaba ovillada con las piernas bajo el cuerpo en un sofá que parecía tener casi todos los cojines de la sala. Se encontraba primorosamente envuelta en ellos, como un ramillete en el papel de la floristería.

No volvió la cabeza. Siguió inclinada, una mano cerrada sobre la rodilla color de melocotón. Vestía un pijama de seda de gruesos ribetes y bordado de negros capullos de loto.

—¿Le gusta Goodman, señorita Cressy? —preguntó Tony Reseck.

La chica movió despacio los ojos. Había poca luz, pero el violeta de aquellos ojos casi ofendía. Eran unos ojos grandes y profundos, sin la menor huella de pensamiento en ellos. Su rostro, clásico, carecía de expresión.

No dijo nada.

Tony sonrió, se llevó los dedos a los costados y los movió uno por uno, consciente de su contacto.

—¿Le gusta Goodman, señorita Cressy? —repitió con amabilidad.

—No a rabiarse —dijo la chica, su voz sin inflexiones.

Tony se balanceó sobre los talones y la miró a los ojos. Grandes, profundos, vacíos. ¿O no? Se inclinó y enmudeció la radio.

—No me interprete mal —dijo la chica—. Goodman saca dinero y un tipo que saca dinero legal en estos tiempos es un tipo al que hay que respetar. Pero su música estrepitosa me da la sensación de

pertenecer a una cervecería. Prefiero las cosas un tanto acarameladas.

—Tal vez le guste Mozart —dijo Tony.

—Venga ya, se burla usted de mí —dijo ella.

—De ningún modo, señorita Cressy. Creo que Mozart es el hombre más grande que haya existido jamás y Toscanini, su profeta.

—Creí que era usted el detective del hotel.

Apoyó la cabeza en un cojín y lo observó por entre las pestañas.

—Póngame algo de ese Mozart —añadió.

—Es demasiado tarde —suspiró Tony—. No es posible ahora.

La muchacha le dedicó otra mirada clara y prolongada.

—Me ha echado el ojo encima, ¿eh, pies planos? —Rió levemente, casi para sus adentros—. ¿He hecho algo mal?

Tony esbozó su minúscula sonrisa.

—Nada, señorita Cressy. Nada en absoluto. Pero usted necesita tomar un poco de aire. Lleva cinco días en este hotel y aún no ha salido a la calle. Y tiene una habitación en lo más alto del edificio.

La chica volvió a reír.

—Hágame un cuento con eso, ande. Estoy aburrida.

—En cierta ocasión estuvo aquí una chica que ocupaba su misma suite. Estuvo en el hotel toda una semana, igual que usted. Sin salir para nada, quiero decir. Apenas si hablaba con nadie. ¿Qué cree que hizo?

Lo miró seria.

—Se marchó sin pagar la cuenta.

El hombre extendió su larga y delicada mano, agitó los dedos y produjo un efecto como de olas que se rompen.

—No. Hizo que se la preparasen y la pagó. Dijo entonces al botones que recogiera su equipaje al cabo de media hora. Y salió al balcón.

La muchacha se adelantó un poco, severos sus ojos todavía, una mano acariciando la rodilla color de melocotón.

—¿Cómo dijo que se llama usted?

—Tony Reseck.

—Suena húngaro.

—No —dijo Tony—, es polaco.

—Siga, Tony.

—Todas las habitaciones de arriba tienen balcones particulares, señorita Cressy. Y con barandillas demasiado bajas para estar a catorce pisos de altura. La noche era muy oscura y estaba nublado. —Dejó caer la mano en un gesto final, gesto de despedida—. Nadie la vio saltar. Pero cuando se produjo el choque, fue como un cañonazo.

—Se lo ha inventado usted, Tony —dijo ella con voz que era un seco susurro.

El hombre esbozó su módica sonrisa. Sus tranquilos ojos grises parecían casi alisar las largas ondas del pelo femenino.

—Eve Cressy —dijo soñadoramente—. Un nombre que espera rodearse de luces.

—Que espera a un tipo alto y moreno que no vale para nada, Tony. Y no me pregunte por qué. Estuve casada con él. Y podría volver a estarlo. En la vida se pueden cometer muchos errores. —La mano que reposaba en la rodilla se abrió lentamente hasta que los dedos no pudieron retroceder más. Entonces volvió a cerrarla con rapidez y sequedad, y aun a la escasa luz reinante brillaron los nudillos como huesitos pulimentados—. En cierta ocasión le hice una jugada sucia. Lo metí en un lío, sin intención. Tampoco pregunte por qué. Y ahora me siento en deuda.

El hombre se adelantó con suavidad y giró el botón de la radio. Las notas de un vals tintinearón en el aire. Un vals de oropel, pero vals al fin. Subió el volumen. La música brotaba del altavoz en torbellinos de atenuada melodía. Desde que Viena dejó de existir, todos los valeses resultaban sombríos.

La chica ladeó la cabeza, canturreó tres o cuatro compases y se detuvo, la boca súbitamente tensa.

—Eve Cressy —dijo—. Hubo luces en cierta ocasión. En un club nocturno de mala muerte. Un tugurio. Hubo una redada y las luces se apagaron.

Sonrió él casi con burla.

—Mientras usted estuvo allí no fue ningún tugurio, señorita Cressy... Este es el vals que la orquesta tocaba siempre que el viejo portero se paseaba ante la entrada del hotel, cubierto el pecho de medallas en *La última carcajada*. Por Emil Jannings. Seguramente no la recordará, señorita Cressy.

—Primavera, hermosa primavera —dijo—. No, no la he visto.

El hombre se alejó tres pasos y se volvió.

—Tengo que subir a comprobar las puertas. Espero no haberla molestado. Debería estar ya en la cama. Es un poco tarde.

El vals de relumbrón se detuvo y una voz rompió a hablar. La chica tomó la palabra por entre el sonido de la voz.

—¿De veras creyó posible una cosa así? Lo del balcón, quiero decir.

El hombre asintió.

—Quizá —dijo con suavidad—. Pero ya no.

—En ningún momento, Tony. —La sonrisa de ella era como una hojita perdida—. Vuelva para contarme más cosas. Las pelirrojas no saltan al vacío, Tony. Viven y se marchitan.

La miró seriamente durante un momento y luego se alejó. El portero estaba en la arcada que conducía al vestíbulo principal. Tony no había mirado en aquella dirección, pero sabía que había alguien allí. Siempre detectaba las presencias. Podía oír crecer la hierba, como el asno de El pájaro azul.

El portero le hizo una seña apremiante con el mentón. La ancha cara que se alzaba por encima del cuello del uniforme parecía sudorosa y alarmada. Tony se acercó a él, cruzaron juntos la arcada y salieron al centro del pequeño vestíbulo.

—¿Dificultades? —preguntó Tony con cansancio.

—Hay fuera un individuo que quiere verte, Tony. No quiere entrar. Estaba limpiando el cristal de las puertas y se me acercó, un tío alto. «Quiero ver a Tony», dijo con la boca torcida.

—Ya —repuso Tony, que seguía contemplando los ojos celestes del portero—. ¿Cómo se llama?

—Dijo que Al.

La cara de Tony se volvió tan inexpresiva como si fuera de pasta.

—De acuerdo —echó a andar.

El portero lo retuvo por la manga.

—Oye, Tony, ¿tienes enemigos?

Tony rió cortés, la cara todavía como pasta de amasar.

—Oye, Tony —continuó el portero, sin soltarle la manga—. Hay un coche negro al final de la manzana, en dirección opuesta a los taxis. Hay un tío al lado, con el pie en el estribo. El que me habló llevaba un abrigo oscuro, todo abotonado, el cuello alzado hasta las orejas. Y el sombrero calado. Apenas si se le puede ver la cara. Dijo: «Quiero ver a Tony», con la boca torcida. Tú no tienes enemigos, ¿verdad, Tony?

—Sólo en mi financiera —dijo Tony—. Lárgate ya.

—Echó a andar muy despacio y un poco tieso por la alfombra azul, y subió los tres suaves peldaños que daban acceso al vestíbulo de entrada, que contaba con tres ascensores, a un lado, y el mostrador de recepción, al otro. Sólo funcionaba uno de los ascensores. Junto a las puertas abiertas, cruzado de brazos, el ascensorista nocturno permanecía en silencio, vestido con su pulcro uniforme azul de plateados alamares. Era un mexicano moreno y flaco llamado Gómez. Un mozo nuevo que trabajaba en el turno de noche.

Al otro lado estaba el mostrador de recepción, de mármol rosado, con el encargado nocturno suavemente recostado sobre él. Un hombrecillo limpio de bigote rojizo y fino, y mejillas de tan vivo color que parecían maquilladas. Miró a Tony y se frotó el bigote con una uña.

Tony le apuntó con el índice estirado, encogió corazón, anular y meñique, alzó el pulgar y, sin doblarlo, lo dejó caer sobre el índice rígido. El empleado se rozó con aire aburrido el otro extremo del bigote.

Dejó atrás el quiosco cerrado y en sombras y la puerta lateral del *drugstore*, para llegar a las puertas de paneles de cristal y marco de bronce. Se detuvo exactamente ante ellas y tragó una profunda e intensa bocanada de aire. Cuadró los hombros, abrió las puertas y salió al aire nocturno, frío y húmedo.

La calle estaba oscura y en silencio. El ruido del tráfico de Wilshire, a dos manzanas de distancia, carecía de entidad y de significado. Había dos taxis a la izquierda. Los chóferes estaban apoyados en el guardabarros, uno junto a otro, fumando. Tony echó a andar en dirección contraria. El gran coche negro distaba un tercio de manzana de la puerta del hotel. Habían reducido las luces al mínimo y sólo cuando lo tuvo a corta distancia alcanzó a oír el suave rumor del motor.

Una figura alta se apartó del vehículo y se dirigió hacia él, las manos en los bolsillos del abrigo oscuro de cuello subido. En la boca del hombre, como una perla herrumbrosa, brillaba levemente una colilla.

Cuando se encontraron frente a frente se detuvieron.

—Hola, Tony —dijo el alto—. Hace tiempo que no nos veíamos.

—Hola, Al. ¿Qué tal te va?

—No puedo quejarme. —El alto hizo ademán de sacar la derecha del bolsillo, pero se detuvo y

rió suavemente—. Lo había olvidado. Me parece que no quieres que nos demos la mano.

—Es algo que carece de sentido —dijo Tony—. El estrecharse la mano. Los monos se dan la mano. Bueno, Al, ¿qué mosca te ha picado?

—Sigues siendo el gordito gracioso de siempre, ¿eh, Tony?

—Supongo —dijo Tony con tenso parpadeo.

Notaba un nudo en la garganta.

—¿Te gusta trabajar ahí?

—Es un trabajo Al volvió a reír con risa suave.

—Tú, tranquilo, Tony. Yo me agitaré por ti. O sea que es un trabajo y que quieres conservarlo. Muy bien. Una chica que se llama Eve Cressy se aloja en tu tranquilo hotel. Hazla salir. Ahora mismo y de prisa.

—¿Qué es lo que pasa?

El alto recorrió la calle con la mirada. Atrás, en el coche, un hombre tosió ligeramente.

—Está liada con un mal elemento. No tengo nada personal contra ella, pero te traerá problemas. Hazla salir, Tony. Tienes una hora aproximadamente.

—Claro —dijo Tony con indiferencia, sin expresión.

Al sacó la mano del bolsillo y la puso sobre el pecho de Tony. Le dio un empujón flojo, perezoso.

—No hablo por hablar, hermanito gordo. Hazla salir de ahí.

—De acuerdo —dijo Tony, sin la menor inflexión en la voz.

El alto apartó la mano y la dirigió a la portezuela del coche. La abrió y comenzó a escurrirse dentro como una delgada sombra negra.

Pero se detuvo a mitad de camino, dijo algo a los hombres que había dentro y volvió a enderezarse. Regresó al lugar donde aguardaba Tony en silencio, sus ojos claros iluminados levemente por los reflejos de la calle.

—Mira, Tony. Siempre has sido discreto. Eres un buen hermano.

Tony no dijo nada.

Al se inclinó hacia él, sombra alargada y anhelante, el cuello alzado rozándole casi las orejas.

—Es un asunto feo, Tony. A los chicos no les gustaría, pero te lo voy a contar de todas formas. La Cressy estuvo casada con un muchacho llamado Johnny Ralls. Ralls salió de San Quintín hace unos días, una semana tal vez. Le cayeron tres tacos, por homicidio involuntario. La chica lo metió allí. Atropelló a un viejo una noche, borracho, y ella iba con él. Johnny quiso huir, pero ella le dijo que se entregara y contase lo ocurrido. Él no se entregó. Y ella, que lo había amenazado con hacerlo, le envió la bofia.

—Increíble —dijo Tony.

—Pues es el Evangelio, muchacho. Mi trabajo consiste en saber cosas. Y el tal Ralls, cuando estaba en el talego, no hacía sino hablar de la chica, de que estaría esperándolo cuando saliera, dispuesta a perdonar y olvidar, y que iría a buscarla.

—¿Qué significa ese hombre para ti? —indagó Tony con voz seca y áspera, como una rasgadura en un papel grueso.

Al se echó a reír.

—Los chicos de incidentes quieren verlo. Llevaba una mesa de juego en un local del Strip y organizó un chanchullo. Entre él y otro tío le soplaron a la casa cincuenta de los grandes. El otro aflojó la mosca, pero aún nos faltan los veinticinco de Johnny. Los de incidentes no cobran para olvidar.

Tony recorrió la oscura calle con la mirada. Uno de los taxistas tiró una colilla que trazó una hipérbole por encima de uno de los taxis. Tony la vio caer y chisporrotear en el asfalto. Escuchó el suave ronroneo del motor del cochazo negro.

—No quiero saber nada de esto —dijo—. La haré salir.

Al se alejó asintiendo.

—Un muchacho listo. ¿Cómo está mamá?

—Bien —dijo Tony.

—Dile que he preguntado por ella.

—Preguntar por ella es nada —replicó Tony.

Al se volvió con rapidez y se introdujo en el coche. Éste giró perezosamente a mitad de manzana y retrocedió hacia la esquina. Se encendieron las luces y barrieron una pared. Dobló la esquina y desapareció. El penetrante olor de los gases del tubo de escape alcanzó el olfato de Tony, que dio la vuelta, se dirigió hacia el hotel y entró. Siguió el camino de la sala de radio.

El aparato seguía murmurando, pero la chica ya no estaba en el sofá. Los cojines conservaban el hueco de su cuerpo. Tony se inclinó y los tocó. Aún conservaban cierto calor, según le pareció. Apagó la radio y se quedó inmóvil, agitando el pulgar ante sí, la mano abierta y pegada al estómago. Volvió entonces al vestíbulo, en dirección a los ascensores, y se detuvo junto a un jarrón de mayólica con arena blanca. El empleado trajinaba tras una pantalla de cristal esmerilado, al extremo del mostrador. La atmósfera estaba inmóvil.

La zona de los ascensores estaba a oscuras. Tony miró la aguja indicadora del camarín central y vio que estaba en el piso 14.

—Se ha ido a dormir —dijo en voz baja.

—La puerta del alojamiento del portero, situada junto a los ascensores, se abrió y dio paso al ascensorista nocturno, el pequeño mexicano, vestido con ropa de calle. Sus ojos color castaño claro dedicaron a Tony una tranquila mirada de soslayo.

—Buenas noches, jefe.

—Sí —dijo Tony, abstraído.

Sacó del bolsillo del chaleco un fino cigarro moteado y lo olisqueó. Lo observó despacio, dándole vueltas entre los pulcros dedos. Había un leve desgarrón longitudinal. Frunció la frente ante eso y tiró el cigarro.

Se oyó un ruido lejano y la aguja del indicador comenzó a girar en el círculo de bronce. Aparecieron las luces del ascensor y la línea recta del piso de la caja disolvió la oscuridad del fondo. Se detuvo el ascensor, se abrieron las puertas y salió Carl.

Sus ojos tropezaron los de Tony con ligero sobresalto, y fue hacia él con la cabeza ladeada, un leve brillo a lo largo del rosado labio superior.

—Oye, Tony.

Tony lo tomó del brazo con brusco giro de mano y le dio la vuelta. Lo empujó con rapidez,

aunque también con naturalidad, escalones abajo, hasta el oscuro vestíbulo principal, y lo condujo a un rincón. Le soltó el brazo. La garganta se le había puesto otra vez tirante, sin que supiera por qué.

—¿Y bien? —dijo sombríamente—. ¿Qué he de oír?

El mozo metió la mano en un bolsillo y sacó un dólar.

—Me ha dado esto —dijo con indolencia. Sus ojos miraron el vacío, más allá del hombro de Tony. Parpadeó muy de prisa.

—Hielo y cerveza de jengibre.

—No me vengas con cuentos —gruñó Tony.

—Es el tipo de la 14 B —insistió el portero.

—Deja que te huela el aliento.

El mozo se adelantó hacia él, obediente.

—Alcohol —dijo Tony con resolución.

—Me invitó a un trago.

Tony miró el billete de un dólar.

—No hay ningún huésped en la 14 B. No en mi lista, por lo menos —dijo.

—Sí. Sí que lo hay —el mozo se lamió los labios y parpadeó varias veces—. Un tipo moreno y alto.

—Está bien —dijo Tony de mal humor—. Está bien. En la 14 B hay un tipo alto y moreno que te ha dado un pavo y un trago. ¿Y qué?

—Tenía una pistola bajo el brazo —precisó Carl y parpadeó de nuevo.

Tony sonrió, pero sus ojos había cobrado el brillo mortecino del hielo grueso.

—¿Has subido tú a la señorita Cressy a su habitación?

Carl negó con la cabeza.

—Fue Gómez. Lo vi acompañarla.

—Lárgate ya —dijo Tony entre dientes—. Y no aceptes más tragos de los huéspedes.

No se movió hasta que Carl se hubo metido en el cubículo que había junto a los ascensores y cerrado la puerta. Subió luego en silencio los tres peldaños y se quedó ante el mostrador, los ojos fijos en el mármol rosado con vetas, en el portaplumas de ónice y en la nueva cartulina de inscripción con su marco de cuero. Alzó una mano y la dejó caer con fuerza en el mármol. El empleado apareció tras la mampara de cristal, como una ardilla que sale de su madriguera.

Sacó del bolsillo superior un papel y lo desplegó en el mostrador.

—Aquí no figura nadie en la 14 B —dijo con voz agria.

El empleado se tocó cuidadosamente el bigote.

—Lo lamento. Seguramente estabas cenando cuando se inscribió.

—¿Quién?

—Un tal James Watterson, de San Diego —dijo el empleado bostezando.

—¿Preguntó por alguien?

El empleado se detuvo a medio bostezo y miró la coronilla de Tony.

—Pues sí. Preguntó por una orquesta de *swing*. ¿Por qué?

—Listo, rápido y gracioso donde los hayan —dijo Tony. Anotó el nombre en el papel y se lo guardó en el bolsillo—. Voy arriba a comprobar puertas. Tenéis sin alquilar todavía cuatro

habitaciones superiores. Y despéjate, hijo. Estás que te caes.

—Lo procuraré —gruñó el empleado mientras terminaba el bostezo—. No tardes, chiquitín. No sé cómo matar el tiempo.

—Podrías afeitarte esa pelusa exquisita que llevas en el labio —dijo Tony, y se dirigió a los ascensores.

Abrió uno de los que estaban apagados, encendió la luz superior y apretó el botón del catorce. Volvió a apagarlo, salió y cerró las puertas. El rellano era allí más pequeño que en los demás pisos, excepto el del inmediato inferior. Las tres paredes que lo formaban tenían sendas puertas azules de una sola hoja. En cada puerta había un número, una letra y, rodeándolos, una filigrana, todo ello dorado. Tony fue a la 14 A y aplicó el oído a la madera.

No oyó nada. Eve Cressy podía estar durmiendo, en la cama, en el cuarto de baño o en el balcón. O bien, sentada a pocos pasos de la puerta, contemplando las musarañas. En este último caso, mal podía oírla. Fue a la 14 B y repitió la operación. Allí era otra cosa. Se oía ruido dentro. Un hombre tosía. En cierto modo, parecía una tos solitaria. No percibió voces. Apretó el nacarado botón que había al lado de la puerta.

Unos pasos se aproximaron sin prisa. Y una voz pastosa habló al otro lado de la madera. Tony no respondió, no hizo el menor ruido. Volvió a apretar el timbre.

El señor James Watterson, de San Diego, debería haber abierto, seguidamente, y provocado algún ruido. Pero no lo hizo. El silencio que se aposentó al otro lado de la puerta era como el de un glaciar. Tony aplicó una vez más la oreja. Silencio absoluto.

Sacó una llave maestra prendida de una cadena y la introdujo suavemente en la cerradura. La hizo girar, abrió la puerta unos centímetros y retiró la llave. Entonces, esperó.

—Está bien —dijo con aspereza la voz—. Entre y cobre.

Tony abrió del todo y se quedó quieto, enmarcado por la luz del rellano. El hombre era alto, de pelo negro y cara angulosa y pálida. Empuñaba una pistola. Y la empuñaba como si entendiera de pistolas.

—Entre —ganguéó.

Tony cruzó el umbral y cerró con el hombro. Mantenía las manos ligeramente separadas de los costados, los ágiles dedos doblados y flácidos. Sonrió con serenidad.

—¿El señor Watterson?

—¿Qué más?

—Soy el detective de la casa.

—Para morir.

El hombre alto, de cara pálida, en cierto modo apuesto y en cierto modo no, retrocedió lentamente. La habitación era grande, con balcones en dos de sus lados. Cada una de las habitaciones de la torre disponía de un balcón particular al que daba acceso una ventana practicable. Ante un agradable sofá había un juego de atizadores tras una mampara de madera. En una bandeja del hotel distinguió un vaso alto, empañado, junto a un sillón hondo y cómodo. El hombre retrocedió hasta el mueble y se quedó delante. La pistola, grande y reluciente, se inclinó y apuntó hacia el suelo.

—Para morir —repitió—. Llevo una hora en esta zahúrda y el poli de la casa viene a llamarme a la puerta. Muy bien, encanto, registre el armario y el lavabo. Pero le advierto que la chica acaba de

marcharse.

—Usted no la ha visto aún —dijo Tony.

La descolorida cara del hombre se llenó de insospechadas arrugas. Su voz espesa bordeó el gruñido.

—¿De veras? ¿A quién no he visto aún?

—A una chica llamada Eve Cressy.

El hombre tragó saliva. Puso la pistola en la mesa, junto a la bandeja. Se sentó en el sillón rígido, como un hombre afectado de lumbago. Luego adelantó el cuerpo, descansó las manos en las rodillas y sonrió a boca llena.

—Así que está aquí, ¿eh? Aún no he preguntado por ella. Soy un tipo precavido. Aún no he hecho preguntas.

—Hace cinco días que está aquí —dijo Tony—. Esperándolo a usted. No se ha movido del hotel ni un minuto.

La boca del hombre se agitó un tanto. Su sonrisa acusó la mueca.

—Me he retrasado un poco en el Norte —dijo en tono plácido—. Ya sabe: visitando a viejos amigos. Parece usted muy al tanto de mis asuntos, polizante.

—Así es, señor Ralls.

El hombre se puso de pie bruscamente y asió de un manotazo la pistola. Se quedó quieto, apoyado en la mesa, fija la mirada.

—Las mujeres hablan demasiado —dijo con cierta sordina en la voz, como si entre los dientes tuviera algo blando que la oscureciera.

—Las mujeres no, señor Ralls.

—¿Eh? —la pistola resbaló en la dura madera de la mesa—. Hable claro, poli. Mi adivino está de vacaciones.

—Las mujeres no. Los tíos. Los tíos con pistola.

El silencio glacial volvió a caer sobre ellos. El hombre se enderezó lentamente. Su rostro carecía de expresión, pero sus ojos parecían acosados. Tony adelantó su cuerpo rechoncho y más bien pequeño, de rostro amable, tranquilo, pálido y ojos tan claros como el agua de los bosques.

—Nunca descansan esos tipos —dijo Johnny Ralls y se lamió un labio—. Siempre alerta, día y noche. La empresa nunca duerme.

—¿Los conoce? —dijo Tony con voz queda.

—Tal vez pudiera aventurar diez hipótesis. Y, de las diez, doce serían correctas.

—Los chicos de incidentes —dijo Tony con una esbozada sonrisa.

—¿Dónde está ella? —preguntó Johnny Ralls en tono áspero.

—En la habitación de al lado.

El hombre salió al balcón, dejándose la pistola en la mesa, se quedó ante el muro y lo estudió con ojos atentos. Se aupó entonces sujetándose a la reja de la divisoria. Cuando se soltó y volvió, su cara había perdido algunas arrugas. Sus ojos tenían un brillo más sosegado. Regresó junto a Tony.

—Estoy en un aprieto —dijo—. Eve me envió un poco de pasta y yo la multipliqué con un asunto que me procuré en el Norte. Es dinero de los dos, quiero decir. Los chicos de incidentes hablaron de veinticinco de los grandes. —Sonrió aviesamente—. Yo me pongo a contar y no pasa de quinientos

dólares. Será difícil hacerles creer eso, supongo.

—¿Qué hizo usted con el otro? —preguntó Tony con indiferencia.

—Jamás lo tuve, polizante. Olvide ese cuento. Soy el único individuo en el mundo que me cree. Aquello fue un embrollo que me montaron.

—Puede que yo también lo crea —dijo Tony.

—No suelen matar. Pero pueden ser terriblemente duros.

—Unos forajidos —dijo Tony con desprecio amargo y repentino—. Los tipos que andan con pistola no son más que forajidos.

Johnny Ralls tomó el vaso y lo vació. Los cubitos de hielo tintinearos suavemente según lo apartaba. Tomó la pistola, la hizo bailar en la mano y se la guardó boca abajo, en un bolsillo interior, a la altura del pecho. Se quedó mirando la alfombra.

—¿Por qué me cuenta todo esto, polizante?

—Pensaba en que la dejase usted en paz un tiempo.

—¿Y si no lo hago?

—A mí me parece que lo hará —dijo Tony.

Johnny Ralls asintió con calma.

—¿Puedo salir de aquí?

—Puede tomar el ascensor de servicio, que lleva al garaje. Alquile un coche. Le daré una tarjeta para el empleado del garaje.

—Es usted un tipo gracioso —dijo Johnny Ralls.

Tony sacó una gastada billetera de piel de avestruz y garabateó en una tarjeta. Johnny leyó el escrito y la sostuvo en la mano, golpeándola contra la uña del pulgar.

—Podría llevármela conmigo —apuntó, achicando los ojos.

—Y podría también dar un paseo en canasta —continuó Tony—. Ya le he contado que está aquí desde hace cinco días. La han reconocido. Un tipo al que conozco me llamó y me dijo que la sacara de aquí. Me explicó de qué iba todo. Así que es a usted a quien voy a sacar en su lugar.

—Les encantará —dijo Johnny Ralls—. Le mandarán violetas.

—Lo lamentaré en mis días de asueto.

Johnny Ralls volvió la mano y observó la palma.

—Podría verla, de todos modos. Antes de irme. La habitación de al lado dijo usted, ¿no?

Tony giró sobre los talones y se dirigió a la puerta.

—No pierda el tiempo, buen mozo —dijo por encima del hombro—. Yo podría cambiar de idea.

—Que yo sepa, es posible que me la esté jugando ya —dijo el hombre, casi con amabilidad.

Tony no se volvió.

—Es un riesgo que ha de correr.

Llegó a la puerta y salió de la habitación. La cerró con cuidado, en silencio; miró una sola vez la puerta 14 B y entró en el oscuro ascensor. Bajó a la planta de la lavandería y salió para apartar la cesta que mantenía abierto en aquel piso el ascensor de servicio. La puerta se cerró con suavidad. Procuró que no hiciera ningún ruido. Al otro lado del pasillo había luz, la que salía por la puerta abierta de la oficina del conserje. Tony volvió al primer ascensor y bajó al vestíbulo.

El empleadillo estaba escondido tras el cristal esmerilado, revisando las cuentas. Tony cruzó el

vestíbulo principal y entró en la sala de la radio. El aparato estaba en marcha otra vez, muy bajo. Ella estaba allí, acurrucada en el sofá. El altavoz le murmuraba cosas, tan leve y bajo su sonido que se hubiera tomado por el murmullo de los árboles. La muchacha volvió la cabeza despacio y le sonrió.

—¿Ha terminado de comprobar puertas? No podía dormir. Así que bajé otra vez. ¿De acuerdo?

Él sonrió y asintió. Se sentó en un sillón verde y acarició los gruesos brazos tapizados.

—Claro, señorita Cressy.

—Esperar es lo más terrible que hay, ¿no le parece? Me gustaría que mirase esa radio. Suenan como una rosquilla que doblaran.

Tony manipuló el aparato y, no encontrando mejora, volvió a la emisora de antes.

—Los parroquianos están, todos, borrachos de cerveza.

La chica volvió a sonreírle.

—¿No le molesta que me quede aquí, señorita Cressy?

—Al contrario. Es usted una persona muy cariñosa, Tony.

El hombre observó el suelo con el ánimo tenso y sintió un cosquilleo en el espinazo. Esperó a que pasara. Desapareció poco a poco. Entonces se echó hacia atrás, flojos otra vez los músculos, los pulcros dedos cerrados en torno del diente de alce. Escuchó. No la radio, sino cosas lejanas, inconcretas, cosas amenazadoras. Y tal vez el seguro viraje de unas ruedas que se alejaban en una noche desconocida.

—Nadie es del todo malo —dijo en voz alta.

La chica lo miró desconcertada.

—Entonces me he confundido dos o tres veces.

El hombre asintió.

—Claro —admitió juiciosamente—. Supongo que también hay malas personas.

La chica bostezó y entornó los ojos de intenso color violeta. Se acomodó en los cojines.

—Quédese un rato, Tony. Quizá pueda dar una cabezada.

—Claro. No tengo nada que hacer. No sé para qué me pagan.

La muchacha se durmió enseguida y quedó totalmente inmóvil, como un niño. Tony contuvo el ruido de la respiración durante diez minutos. No hizo más que mirarla, la boca un tanto abierta. Había una quieta fascinación en sus límpidos ojos, como si se encontrase ante un altar.

Luego se levantó con cuidado infinito y se alejó hacia el vestíbulo de la entrada y hacia el mostrador. Se quedó junto a éste escuchando un rato. Oyó el rasgar de una pluma que no veía. Dobló la esquina y se dirigió a los teléfonos, instalados en el interior de pequeños compartimientos de vidrio. Descolgó uno y pidió a la telefonista de noche que lo pusiera con el garaje.

Oyó el zumbido un par de veces y entonces respondió una voz juvenil:

—Hotel Windermere. Aquí el garaje.

—Soy Tony Reseck. Es por un tal Watterson, al que he dado una tarjeta. ¿Se ha ido?

—Claro, Tony. Hace casi media hora. ¿Lo pongo en tu cuenta?

—Sí —dijo Tony—. Es un conocido. Gracias. Hasta luego.

Colgó y se rascó el cuello. Volvió al mostrador y dio una palmada en él. El empleado asomó la cabeza con una sonrisa de bienvenida que desapareció cuando vio a Tony.

—¿Es que no se puede trabajar en paz? —gruñó.

—¿Qué pone en la cuenta de la 14 B?

El empleado lo miró con detenimiento.

—No se ha hecho ninguna para la parte alta.

—Pues haz una. El tipo se ha ido ya. No ha estado aquí más que una hora.

—Está bien, está bien —dijo el empleado; sin dar importancia al asunto—. Parece que el personaje no tiene suerte esta noche. Lo pondremos en gastos generales.

—¿Te bastan cinco pavos?

—¿Es amigo tuyo?

—No. Sólo un borracho lleno de frustración y sin un clavo en el bolsillo.

—Supongo que se puede pasar por alto, Tony. ¿Cómo se fue? —Lo puse en el ascensor de servicio. Tú estabas dormido. ¿Te bastan cinco pavos?

—¿Por qué?

Reapareció la billetera de piel de avestruz y un billete de cinco dólares se deslizó por el mármol.

—Es cuanto le pude sacar —dijo Tony con indiferencia.

El empleado agarró los cinco con aire de asombro.

—Tú mandas —dijo y se encogió de hombros. Sonó el teléfono del mostrador y el empleado descolgó. Escuchó y le pasó el auricular a Tony—. Es para ti.

Tony tomó el aparato y se lo llevó cerca del pecho. Pegó los labios a la parte emisora. La voz le era desconocida. Tenía un dejo metálico. Sus sílabas eran escrupulosamente inidentificables.

—¿Tony? ¿Tony Reseck?

—Al habla.

—Un mensaje de Al. ¿Lo suelto?

Tony miró al empleado.

—Sé bueno —le dijo. El empleado esbozó una leve sonrisa y se alejó—. Suéltalo —dijo por el teléfono.

—Tuvimos un pequeño asunto con un tipo que estaba en el hotel. Lo agarramos cuando quería largarse. Al tuvo la corazonada de que tú lo habías hecho salir. Lo seguimos y lo empujamos contra el bordillo. Hubo dificultades. Tiros.

Tony apretó con fuerza el teléfono. La evaporación del sudor le producía frío en las sienes.

—Sigue —dijo—. Porque supongo que hay más.

—Un poco. El tipo se cargó al jefe. Frito. Al... Al dijo que lo despidiera de ti.

Tony se apoyó bruscamente en el mostrador. De su boca brotó un sonido inarticulado.

—¿Lo tomas? —la voz metálica parecía impaciente, un poco aburrida—. El tipo llevaba un arma. La utilizó. Al no podrá ya telefonar a nadie.

Tony sacudió el teléfono y la base del mismo golpeó el mármol rosado. Tenía en la boca un nudo seco y duro.

Dijo la voz:

—Y eso es todo, chico. Buenas noches.

Sonó un seco chasquido, como el de un guijarro lanzado contra una pared.

Tony colgó el auricular con mucho cuidado, como para evitar que produjera el menor ruido. Se observó la mano izquierda. La tenía agarrotada. Sacó un pañuelo, se frotó la palma con suavidad y se

enderezó los dedos con la otra mano. A continuación se enjugó la frente. El empleado volvió a asomar la cabeza y lo miró con ojos brillantes.

—Tengo libre el viernes. ¿Por qué no me pasas ese número de teléfono?

Tony asintió al empleado y sonrió débilmente durante un minuto. Se guardó el pañuelo y palpó el bolsillo en que lo había metido. Se dio la vuelta, se alejó del mostrador, cruzó el vestíbulo de la entrada, bajó los tres suaves escalones, se adentró en la zona oscura del vestíbulo principal y cruzó una vez más el arco que daba entrada a la sala de radio. Se movía con cuidado, como hombre que se desplaza en un cuarto donde hay una persona muy enferma. Llegó al sillón que había ocupado y se dejó caer en él centímetro a centímetro. La chica seguía durmiendo, inmóvil, con ese abandono que se da en ciertas mujeres y en todos los felinos. El vago murmullo de la radio ahogaba el sonido de la respiración femenina.

Un par de escritores

Título original: *A couple of writers*

3 de febrero de 1951

A Carl Brandt

Con ésta te envío un relato, *Un par de escritores*, con el que me divertí mucho aunque me daba cuenta de que carecía por completo de valor comercial... por desgracia para nosotros, no me cabe duda. Al releerlo la pasada noche, me pareció que de todas maneras estaba bastante bien escrito. Así que allá va...

Raymond Chandler

En este relato a la secuencia casi cinematográfica de los episodios añade insólitos toques de fantasía, de corrosivo y desencantado humorismo. La intriga policíaca es aquí marginal: el eje narrativo se vuelca hacia la nítida descripción de caracteres y ambientes, de inesperadas situaciones cuya amarga clave está en la ausencia de comunicación humana, en la indiferencia y la fealdad que subyacen bajo las más respetables apariencias.

Por muy borracho que hubiera estado la noche anterior, Hank Bruton siempre se levantaba muy temprano y caminaba descalzo por la casa, esperando que se hiciera el café. Cerraba la puerta de la habitación de Marion, estirando un dedo para frenar el borde cuanto éste llegaba al marco y soltando el tirador con gran delicadeza para que no hiciera ruido. Le parecía muy extraño poder hacer eso, y que las manos se mantuvieran perfectamente firmes, cuando los músculos de las piernas y los muslos no paraban de temblar, y los dientes no dejaban de rechinar, y sentía aquella desagradable sensación en el hueco del estómago. Parecía no afectar en absoluto a sus manos, una idiosincrasia que resultaba curiosa y conveniente, así que, qué demonios.

Mientras se hacía el café y la casa permanecía en silencio, sin que afuera se oyera ningún ruido entre los árboles, con excepción del canto ocasional de algún pájaro lejano y el aún más lejano rumor del río, él salía y se quedaba junto a la puerta de rejilla mirando a Febo, el gatazo pelirrojo, que se sentaba en el porche vigilando la puerta. Febo sabía que aún no era hora de comer y que Hank no le dejaría entrar, y probablemente sabía por qué: si entrara empezaría a maullar, y era capaz de maullar como la sirena de un tren, lo cual echaría a perder el sueño matutino de Marion. No es que a Hank Bruton le importara un pimiento su sueño matutino. Lo que le gustaba era disponer de las primeras horas de la mañana para él solo, en silencio, sin voces... en especial sin la voz de Marion.

Bajó la mirada hacia el gato, y Febo bostezó, dejando escapar una nota triste, no demasiado fuerte, sólo lo suficiente para dejar claro que a él no le engañaban.

—Cállate —dijo Hank.

Febo se volvió a sentar, levantó una de las patas traseras y se enfrascó en la limpieza de su piel. A mitad de la tarea se interrumpió, con la pata estirada hacia arriba, y miró a Hank de un modo deliberadamente insultante.

—Un truco muy visto —dijo Hank—. Los gatos llevan diez mil años haciéndolo.

Aun así resultaba eficaz. Quizá tengas que ser absolutamente desvergonzado para ser un buen cómico. Era una idea. Quizá debiera anotarla. ¿Y para qué? Si se le había ocurrido a Hank Bruton algún otro ya lo habría pensado antes. Retiró la cafetera de la rejilla de amianto y esperó a que silbara. Luego se sirvió una taza y añadió un poco de agua fría antes de bebérsela. En la siguiente taza añadió crema y azúcar y la sorbió poco a poco. La sensación nerviosa del estómago se alivió, pero los músculos de las piernas aún le seguían atormentando.

Puso al mínimo la llama bajo la rejilla de amianto y volvió a colocar encima la cafetera. Salió de la casa por la puerta delantera y caminó descalzo, bajando del porche de madera y andando de lado por la hierba mojada de rocío. Era una casa vieja, sin distinción, pero tenía mucha hierba alrededor que había que cortar, y un montón de pinos no muy grandes alrededor de la hierba, excepto por el lado que bajaba al río. No era gran cosa como casa y estaba condenadamente lejos de cualquier parte, pero por treinta y cinco dólares al mes era una ganga. Más valía que se aferraran a ella. Si alguna vez tenían que quedarse en algún sitio, mejor que fuera aquí.

Por encima de las copas de los pinos se veía el semicírculo de colinas bajas con niebla a mitad de las laderas. El sol se ocuparía de aquello enseguida. El aire era fresco, pero con un frescor suave, no penetrante. Era un sitio bastante bueno para vivir, pensó Hank. Estupendamente bueno para una

pareja de pretendidos escritores que, en lo que a talento se refería, eran un par de muertos de hambre. Un hombre tenía que ser capaz de vivir allí sin emborracharse cada noche. Probablemente, un hombre sería capaz. Pero probablemente, un hombre no estaría allí, para empezar. Durante la bajada al río intentó recordar algo anormal que había ocurrido la última noche. No pudo acordarse, pero tenía la vaga sensación de que se había producido alguna especie de crisis. Probablemente habría dicho algo acerca del segundo acto de Marion, pero no podía recordar qué. No debió ser halagador. Pero ¿de qué servía mostrarse hipócrita respecto a su maldita obra? Andarse por las ramas no la haría mejor. Decirle que era buena cuando no lo era no le ayudaría a avanzar. Los escritores tienen que mirarse directamente a los ojos, y si no ven nada, eso es lo que tienen que decir.

Se detuvo y se frotó el hueco del estómago. Ahora podía ver entre los árboles el agua de color gris acerado, y le gustó verla así. Se estremeció un poco, sabiendo lo fría que iba a estar, y sabiendo también que eso era lo que le gustaba. Era criminal durante unos pocos segundos, pero no te mataba, y luego te sentías de maravilla, aunque no por mucho tiempo.

Llegó a la orilla, dejó en el suelo la toalla y el par de zapatillas que llevaba, y se quitó la camisa. Allí abajo todo era soledad. El leve rumor del agua era el sonido más solitario del mundo. Como siempre, deseó tener un perro que correteara entre sus piernas, ladrando, y que se bañara con él, pero no se podía tener un perro estando Febo, que era demasiado viejo y demasiado duro para tolerar a un perro. O bien se libraba del perro, o el perro le cogía desprevenido y le rompía el cuello. En cualquier caso, tendría que ser un perro muy raro el que se metiera en aquel agua helada. Hank tendría que tirarle. Y el perro se asustaría, y tendría problemas con la corriente, y Hank tendría que sacarlo. Había ocasiones en que a él mismo le costaba salir.

Se quitó los pantalones y se metió de golpe en el agua, mirando corriente arriba. La mano de un gigante furioso le agarró el pecho y le hizo soltar todo el aire. Otra mano de gigante tiró de sus piernas hacia donde no debía, y se encontró nadando río abajo en lugar de río arriba, sin aliento y tratando de gritar, pero sin poder emitir ni un sonido. Moviéndose con furia, consiguió darse la vuelta y al cabo de un momento se encontraba a la par con la corriente; y luego, poniendo en ello todas sus fuerzas, empezó a ganar un poco de terreno. Llegó a la orilla, aunque no consiguió alcanzar el sitio preciso por donde se había metido. Llevaba un año sin conseguirlo. Debía ser por el *whisky*. En fin, no parecía un precio demasiado elevado. Y si alguna mañana fracasaba por completo y se dejaba arrastrar bajo el agua y se golpeaba con una piedra y se ahogaba...

—Mira —dijo en voz alta, todavía un poco jadeante—, no empecemos así el día. De ninguna manera.

Caminó con cuidado a lo largo de la accidentada orilla y recogió su toalla; se frotó la piel con violencia hasta que entró en calor y empezó a sentirse relajado. Los gusanos de las piernas habían desaparecido. El plexo solar estaba tan quieto como un flan.

Se vistió, se puso las zapatillas y emprendió el regreso cuesta arriba. A mitad del camino se puso a silbar un fragmento de alguna pieza sinfónica. Luego trató de recordar cuál era y cuando se acordó se puso a pensar en el compositor, la vida que había llevado, las luchas, la miseria, y ahora estaba muerto y podrido, como tantos hombres que Hank Bruton había conocido en el ejército.

Típico de un mal escritor, pensó. En vez de la cosa en sí, la emoción barata que la acompaña.

Febo seguía en el porche trasero, pero ahora estaba maullando como un poseso, y eso significaba que Marion se había levantado. Estaba en la cocina, vestida de calle y con una bata de color cobrizo encima.

—¿Por qué no has esperado a que yo volviera? —dijo Hank—. Te habría subido el café.

Ella no le respondió directamente ni le miró directamente. Se quedó mirando a un rincón, como si viera allí una telaraña.

—¿Ha estado bien el baño? —preguntó con aire ausente.

—Perfecto. Pero está la mar de frío el riachuelo éste.

—Qué bien —dijo Marion—. Maravilloso. Perfecto. Asombrosa recuperación. Aunque al cabo de algún tiempo se hace bastante monótona. ¿Querías dar de comer al maldito gato?

—¡Caramba, qué oigo! —dijo Hank—. ¿Cómo ha llegado el pobre Febo a ser un maldito gato? Creía que era el amo aquí. Teniendo en cuenta que no se entrompa.

—«Dijo él con una sonrisa triunfal» —se burló Marion.

Hank la miró pensativo. Tenía el cabello negro y corto, muy pegado a la cabeza. Sus ojos eran azules, pero de un azul mucho más oscuro que los de Hank. Tenía una boca pequeña y primorosa, que a Hank le había parecido provocativa antes de llegar a considerarla petulante. Era una muchacha muy bien formada y bien compuesta, tirando a frágil. La fragilidad de una cabra de montaña, pensó Hank. «Soy del tipo de Dorothy Parker, pero sin su ingenio», le había dicho ella cuando se conocieron. A él, aquello le había parecido encantador. Ninguno de los dos se daba cuenta de que era verdad.

Hank abrió la puerta de rejilla y Febo entró haciendo trizas la atmósfera con sus aullidos selváticos. Hank abrió una lata de comida de gato, la vació en un plato y lo puso delante del fregadero. Sin decir una palabra, Marion dejó su taza de café, cogió el plato y quitó la mitad de la comida de gato. Abrió la puerta de rejilla y dejó el plato fuera. Febo se lanzó sobre el plato como un futbolista que recibe un pase adelantado. Marion dejó que la puerta se cerrara de golpe.

—Muy bien —dijo Hank—. Lo tendré presente la próxima vez.

—La próxima vez puedes darle de comer como quieras —dijo Marion—. Yo no estaré aquí.

—Ya veo —dijo Hank despacio—. ¿Tan mal estuve?

—No peor que de costumbre —respondió ella—. Y gracias por no decir «otra vez». La última vez que me marché... —se interrumpió con la voz un poco temblona. Hank inició un movimiento hacia ella, pero ella se recuperó al instante—. Puedes prepararte algo de desayuno. Yo tengo que terminar el equipaje. Lo dejé casi todo hecho esta noche.

—Deberíamos hablar sobre esto —dijo Hank con suavidad.

Ella se dio la vuelta en el umbral de la puerta.

—Oh, claro —ahora su voz era tan dura como el tacón de una bota—. Podemos dedicarle al tema diez fascinantes minutos, si te das prisa.

Salió y sus pasos resonaron escaleras arriba.

—«Dijo ella, volviéndose en el umbral de la puerta» —murmuró Hank mirándola marchar.

Se dio la vuelta bruscamente y salió de la casa. Febo estaba husmeando en torno al borde del plato, en busca de la comida que había tirado. Hank se agachó y le ayudó a recoger la comida caída.

Rascó la vieja y dura cabeza del gato, y Febo dejó de comer y esperó rígido a que Hank retirara la mano. Hasta que no lo hizo no volvió a la comida.

Hank abrió de golpe las puertas plegables del garaje y revisó los neumáticos del Ford. Estaban gastados, pero aún les quedaba aire. El coche estaba bastante sucio. Soy un escritor, pensó Hank, no tengo tiempo para trabajos serviles. Rodeó la parte delantera del coche para pasar al rincón oscuro donde se guardaba un montón de sacos. Debajo de los sacos había una damajuana de *whisky* de maíz. Hank aflojó el grueso corcho que tapaba el cuello y levantó el pesado recipiente con el antebrazo, al estilo clásico. Lo mantuvo en alto con la pose de un levantador de pesos. Luego bebió un largo trago, bajó la damajuana, le puso el corcho y la colocó de nuevo bajo los sacos.

No lo necesito para nada, se dijo, y casi llegó a creérselo. Pero para ella será una satisfacción notarme el olor. Marion es una chica que necesita tener razón.

Estaba de pie en medio del cuarto de estar cuando ella bajó las escaleras. Tenía un cigarrillo en la boca. Parecía muy tranquila. Parecía incluso competente, pero los muebles del cuarto de estar no se mostraron de acuerdo con este diagnóstico. Se quedaron de pie, mirándose uno al otro, mientras Hank llenaba una pipa y la encendía.

—¿Has tomado un trago de la garrafa? —preguntó Marion con suavidad.

Él asintió y encendió la pipa. Sus ojos volvieron a encontrarse en medio del espacio inmóvil. Marion se sentó despacio en el brazo de un banco de mimbre. El banco crujió un poco. Fuera de la casa se oyó una repentina algarabía de cantos de pájaros, y luego un chirrido indignado que debía ser Febo, dándose una vuelta matutina alrededor de los nidos.

—El coche está bien —dijo Hank—. ¿Quieres coger el de las diez y cinco?

—Diez y once —corrigió Marion—. Sí. Quiero coger ése. Sería tonto decir que lo siento. No lo siento. Cuanto más me aleje de aquí, mejor estaré. Cada milla será una bendición.

Hank la miró con los ojos en blanco.

—No quiero nada de esta porquería —dijo Marion, mirando los muebles anticuados y de segunda mano que a duras penas habían podido pagar—. No quiero nada de esta casa. Excepto mi ropa. Mi ropa y me largo.

Sus ojos se dirigieron a la mesa de trabajo del rincón, un enorme armatoste de madera con patas de dos por cuatro pulgadas y una arpillera clavada sobre las tablas sin curar que formaban el tablero. Miró la vieja Underwood, y los papeles sueltos, y los lápices, y la caja de color crema con letras rojas que contenía el resultado de los esfuerzos de Hank con su novela.

—Y sobre todo, no quiero eso —dijo Marion señalando la mesa—. Estás colgado de eso. Cuando termines el libro, puedes poner una foto de ese elegante ejemplar de Chippendale Neanderthal en la solapa, en lugar de tu foto. Porque para entonces no serás nada fotogénico, a menos que puedan fotografiar tu aliento. Si lo logran, eso sí que tendría verdadera presencia —se pasó rápidamente la mano por la frente—. Otra vez vuelvo a hablar como un maldito escritor —murmuró, haciendo un gesto que podría haber indicado desesperación si no hubiera sido tan deliberado.

—Podría dejar de beber *whisky* —dijo Hank muy despacio, a través de una bocanada de humo.

Ella le miró con sonrisa tensa.

—¡Claro! ¿Y después, qué? No eres un hombre. Eres un ejemplar físicamente perfecto de eunucos alcohólico. Eres un zombie en plena forma. Eres un cadáver con la tensión arterial absolutamente

normal.

—Deberías escribir eso —dijo Hank.

—No te preocupes, lo escribiré —ahora tenía la mirada dura y brillante. Ya no parecía quedar nada de azul en sus ojos—. Y por amor de Dios, no te preocupes por mí. Conseguiré trabajo. Publicidad, prensa, qué demonios, siempre encontraré un trabajo. Hasta puede que escriba esa obra que creí que podría escribir aquí, en estos hermosos bosques, en un entorno maravillosamente tranquilo, sin nada que te distraiga salvo el suave y constante gorgoteo de una botella de *whisky*.

—Es una mierda —dijo Hank.

Ella le miró con los ojos en llamas.

—¿El qué?

—El diálogo. Y además es demasiado largo —dijo Hank—. Y los actores ya no hablan al público. Hablan entre ellos.

—Te estoy hablando a ti —dijo Marion.

—En realidad, no —dijo Hank—. En realidad, no.

Ella se encogió de hombros. Hank no estaba muy seguro de que ella entendiera lo que le estaba diciendo, de que entendiera que le estaba diciendo indirectamente, como tantas otras veces, que las parrafadas literarias ya no sirven para el teatro. Al menos, para el teatro que se lleva a escena.

—Nadie podría escribir una obra aquí —dijo Marion—. Ni siquiera Eugene O’Neill. Ni siquiera Tennessee Williams. Ni siquiera Sardou. Nómbrame alguien capaz de escribir una obra aquí. El que sea. Dime el nombre y te demostraré que mientes.

Hank miró su reloj de pulsera.

—No te casaste conmigo para escribir una obra de teatro —dijo con suavidad—. Ni yo me casé contigo para escribir una novela. Y por entonces tú también empujabas el codo de lo lindo ¿recuerdas? Hubo una noche que perdiste el conocimiento y tuve que desnudarte y meterte en la cama.

—¿Tuviste que hacerlo?

—Está bien —dijo Hank—. Quise hacerlo.

—Entonces me parecías un buen camarada ¿no es cierto? —el recuerdo romántico, si es que se trataba de eso, no la había impresionado más de lo que una pisada impresiona al suelo—. Tenías ingenio, e imaginación, y una especie de alegría aventurera. Pero entonces no tenía que contemplarte sumiéndote en el estupor ni quedarme despierta toda la noche escuchándote roncar hasta tirar la casa —casi se quedó sin aliento en la voz—. Y lo peor de todo, o casi lo peor...

—Somos escritores, tenemos que calificarlo todo —murmuró Hank para su pipa.

—... es que ni siquiera estás irritable por las mañanas. No te despiertas con los ojos vidriosos y la cabeza como un tambor. Te limitas a sonreír y continúas la tarea donde la habías dejado, lo cual te identifica como el perfecto borracho perenne, nacido para los vapores del alcohol, que vive entre ellos como la salamandra vive en el fuego.

—Quizá deberías escribir tú la novela y yo la obra teatral —dijo Hank.

La voz de ella adquirió tonos de histeria.

—¿Sabes lo que les ocurre a los hombres como tú? Un buen día se caen en pedazos, como si les hubiera acertado un obús. Durante años y años no se advierte prácticamente ninguna señal de

degeneración. Se emborrachan todas las noches y por la mañana empiezan otra vez a emborracharse. Se sienten de maravilla. No les afecta. Y de pronto llega ese día en el que ocurre de golpe todo lo que a una persona normal le va ocurriendo poco a poco, a lo largo de meses y años, en pasos razonables y plazos razonables. En un momento dado pareces un hombre saludable, y al minuto siguiente pareces un horror consumido que rezuma *whisky*. ¿Crees que voy a esperar hasta entonces?

Él se encogió de hombros pero no respondió. Lo que ella le decía no parecía significar nada para él, como si no se lo hubieran dicho a él. Era como un rumor monótono en la oscuridad, al otro lado de los árboles, pronunciado por un desconocido invisible al que nunca llegaría a ver. Volvió a consultar el reloj de pulsera, mientras ella aplastaba su cigarrillo y se ponía en pie.

—Sacaré el coche —dijo Hank, saliendo de la habitación.

Ella ya había dicho su parlamento, que era lo principal. Se había quedado despierta toda la noche inventándolo, poniéndolo en palabras, ensayándolo y probándolo en silencio, y ahora ya lo había pronunciado y la escena había concluido. Le pareció que podría haber quedado un poco mejor si hubiera sido más corto, pero, qué demonios, no eran más que un par de escritores.

Le pegó otro viaje a la damajuana antes de sacar el Ford marcha atrás. Cuando lo llevó a la puerta de la casa, Marion se encontraba en una esquina del porche mirando por encima de los árboles. El sol daba en las laderas de las colinas y la niebla había desaparecido. Pero en aquellas alturas todavía hacía un poco de frío. Marion llevaba sobre sus oscuros cabellos un sombrero que le sentaba mal, y sus labios aferraban un cigarrillo como unos alicates sujetando un tornillo. Hank entró en la casa sin dirigirle la palabra. En el piso de arriba estaban las dos maletas, el neceser, la sombrerera y el baulito verde con esquinas redondeadas de latón. Lo bajó todo y lo amontonó en la trasera del coche. Marion ya había ocupado el asiento.

Hank se sentó junto a ella, puso el motor en marcha y descendieron por el camino de grava hasta la sucia carretera que seguía las curvas del río durante seis millas para luego desviarse ladera abajo hasta el pueblecito por el que pasaba el ferrocarril. Marion miró con atención el río y dijo:

—Te gusta pelear con ese río, ¿verdad? ¿Es peligroso?

—No, si tienes el corazón en forma.

—¿Por qué no luchas por algo que valga la pena?

—Oh, Dios mío —dijo Hank.

Marion le miró un momento, y luego se quedó mirando hacia delante, a través del polvoriento parabrisas.

—En un año habré olvidado que existías —dijo—. Es un poco triste. Pero ¿cuánta vida pretender chuparle a las mujeres los hombres como tú?

Se atragantó. Hank estiró el brazo y le palmeó el hombro.

—Tómalo con calma —dijo—. Algún día lo pondrás todo en un libro.

—Ni siquiera sé dónde ir —sollozó ella.

Él volvió a palmearle el hombro y esta vez no dijo nada. Ninguno de los dos habló hasta que llegaron a la estación. Hank descargó el equipaje y lo colocó junto a las vías. Quiso facturar el baúl, pero Marion dijo que lo haría ella misma.

—Bueno, me sentaré en el coche hasta que te vayas —dijo Hank.

Le dio un apretón en el brazo y ella dio media vuelta y se alejó de él. Se quedó bastante tiempo sentado en el coche hasta que el tren llegó. Empezó a tener ganas de echar un trago. Pensó que Marion le miraría y, por lo menos, le diría adiós con la mano al subir al tren. Pero no lo hizo. No tenía que haber esperado. Podría haber vuelto a casa y cogido la garrafa hacía un buen rato. Era un gesto vacío, eso de esperar. Peor aún, ni siquiera tenía estilo. Contempló sin mover un músculo cómo el tren se perdía de vista. También aquello resultaba inútil y sin estilo.

Cuando regresó a la casa, el sol ya calentaba y la débil brisa que agitaba la hierba también era cálida. Los árboles susurraban, hablándole a él, diciéndole que era un hermoso día. Entró despacio en la casa y se quedó de pie, esperando que el silencio le abrumara. Pero la casa no parecía más vacía que antes. Una mosca zumbó y un pájaro hizo ruido en un árbol. Miró por la ventana para ver qué clase de pájaro era. Era escritor y tenía que enterarse, pero ni vio al pájaro ni le importó un pepino.

—Si al menos tuviera un perro —dijo en voz alta, aguardando a que resonara el lúgubre eco.

Se acercó a la maciza mesa de trabajo, destapó la caja y leyó la hoja de encima de su manuscrito, sin sacarlo de la caja.

—Pastiche —dijo en tono fúnebre—. Todo lo que escribo suena como algo desechado por un auténtico escritor.

Salió de la casa para meter de nuevo el coche en el garaje, por la única razón de que allí estaba la garrafa de *whisky*. Llevó la damajuana a la casa y la colocó sobre la mesa de trabajo. Buscó un vaso y lo puso junto a la garrafa. Luego se sentó y se quedó mirando la garrafa. Estaba a su disposición, y quizá por eso no le apetecía en aquel preciso instante. Se sentía vacío, pero no con la clase de vacío que la bebida puede llenar.

Ni siquiera estoy enamorado de ella, pensó. Ni ella de mí. No hay tragedia, ni verdadera pena, sólo un vacío plano. El vacío de un escritor al que no se le ocurre nada que escribir, y se trata de un vacío bien doloroso, pero por alguna razón no llega a ser como la tragedia. Jesús, somos la gente más inútil del mundo. Y debemos ser un buen montón, todos solitarios, todos vacíos todos pobres, todos afligidos por pequeñas y mezquinas preocupaciones sin dignidad. Todos esforzándose, como si estuvieran atrapados en arenas movedizas, por alcanzar un terreno firme donde apoyar los pies, y sabiendo en todo momento que no tiene la menor importancia que lo consigamos o no. Deberíamos celebrar un congreso en alguna parte, en un sitio como Aspen, Colorado, un sitio donde el aire sea claro, fresco y estimulante, y donde podamos lanzar nuestras desviadas inteligencias contra la dura mollera de los demás. Quizá así nos sentiríamos durante un rato como si de verdad tuviéramos talento. Todos los aspirantes a escritores del mundo, los chicos y chicas que poseen educación, voluntad, deseo, esperanza y nada más. Saben todo lo que hay que saber acerca de cómo se hace, pero son incapaces de hacerlo. Han estudiado a fondo e imitado a conciencia a todo aquél que alguna vez dio en el clavo.

Qué encantadora colección de nulidades formaríamos, pensó. Seríamos tan agudos como navajas de afeitar. Resonarían en el aire los chasquidos de nuestros sueños. La pena es que no duraría mucho. Pronto terminaría el congreso y tendríamos que regresar a nuestras casas a sentarnos frente a este maldito trasto metálico que escribe las palabras en el papel. Sí, a sentarnos aquí a esperar... como quien espera en la galería de los condenados a muerte.

Levantó la damajuana y, olvidándose del vaso, bebió directamente con la técnica tradicional del levantapesos. Estaba caliente y agrio, pero esta vez no le sirvió de mucho. Siguió pensando en lo de ser un escritor sin talento. Al cabo de un buen rato, volvió a llevar la damajuana al garaje y la metió bajo el montón de sacos. Febo apareció por la esquina con un enorme saltamontes de aspecto

asqueroso en la boca. Hacía un ruido muy desagradable. Hank se agachó, obligó al gato a abrir las mandíbulas y dejó libre al saltamontes, con una pata menos pero aún rebosante de espíritu viajero. Febo miró a Hank fingiéndose hambriento. Así que Hank le dejó entrar en la cocina.

—Siéntate donde quieras —le dijo Hank al gato—. Estás en tu casa.

Le ofreció algo de comida, pero sabía que Febo no la querría, y así fue. De manera que se sentó ante la mesa de trabajo e introdujo un folio en la máquina de escribir. Al cabo de un rato, Febo se subió a la mesa junto a él y se puso a mirar por la ventana.

—Uno no debería trabajar el día en que su mujer le abandona, ¿no crees, Febo? Debería tomarse el día libre.

Febo bostezó. Hank le rascó la cabeza junto a la oreja y Febo ronroneó concienzudamente. Hank pasó los dedos por el lomo del gato, y Febo arqueó su cuerpo hacia la mano con una fuerza sorprendente.

—Eres un viejo gato hijoputa, ¿eh, Febo? Tendría que escribir algo sobre ti.

La tarde transcurrió con lentitud. Por fin fue cediendo paso al crepúsculo, y el vacío aún seguía allí. Febo ya había comido y se había echado a dormir en el banco de mimbre. Hank se sentó en el porche, contemplando a los insectos que bailaban en un tardío rayo de sol. Justo antes de que salieran los mosquitos oyó el coche que se acercaba. Hacía mucho ruido. Sonaba como el Chevy del viejo Simpson. Luego lo vio a lo lejos, avanzando por la polvorienta carretera, y supo que era él. Se notaba por el parabrisas roto. Apenas se sorprendió cuando el coche se desvió por el sendero y rodeó torpemente los escalones. El viejo Simpson se quedó inmóvil, con sus nudosas manos sobre el volante y sus ojos acuosos mirando al frente. Sus mandíbulas se movieron para escupir. No dijo nada. Ni siquiera volvió la cabeza cuando Marion salió del Chevy.

—Le he pagado al señor Simpson —dijo Marion.

Hank sacó el equipaje del coche sin que el viejo Simpson hiciera ademán de ayudarle. Cuando todo estuvo fuera, el viejo Simpson metió el embrague y se marchó, sin haber pronunciado una palabra ni haber mirado a ninguno de los dos.

—¿Por qué está molesto? —preguntó Hank.

—No está molesto. Simplemente, no le gustamos. Siento haber malgastado el dinero, Hank —tenía cara de derrotada—. Parece que no te sorprende que haya vuelto.

—No estaba seguro —meneó la cabeza en un gesto ambiguo.

Ella se echó a llorar estrepitosamente y Hank le pasó el brazo por los hombros.

—No se me ocurrió ningún maldito sitio donde ir —balbuceó ella—. Todo parecía tan absurdo —se arrancó el sombrero de la cabeza y se soltó el pelo—. Tan completa y absolutamente sin sentido. Ni puntos altos ni puntos bajos, sólo una terrible sensación de cosa rancia.

Hank asintió y la miró mientras ella se secaba los ojos y se esforzaba por dibujar una ligera y avergonzada sonrisa.

—Hemingway habría sabido dónde ir —dijo ella.

—Claro. Habría ido a África a cazar un león.

—O a Pamplona a cazar un toro.

—O a Venecia a tirar al blanco —dijo Hank, y los dos sonrieron.

Hank levantó las dos maletas y empezó a subir los escalones.

—¿Dónde está Febo? —preguntó ella desde abajo.

—En mi mesa de trabajo —respondió Hank—. Está escribiendo un cuento. Una cosa cortita... para pagar el alquiler.

Ella subió corriendo los escalones y le hizo apartar el brazo de la puerta. Hank dejó las maletas con un suspiro y se encaró con ella. Quería ser amable, pero sabía que nada de lo que habían dicho en el pasado o de lo que dijeran ahora o en el futuro significaba nada. No eran más que ecos.

—Hank —dijo ella, desesperada—, me siento fatal. ¿Qué va a ser de nosotros?

—No gran cosa —dijo Hank—. ¿Por qué habría de pasarnos nada? Aún podemos aguantar seis meses.

—No me refiero al dinero. Tu novela... mi obra teatral. ¿Qué va a pasar con ellas, Hank?

Sintió un vuelco en el estómago, porque conocía la respuesta, y Marion también la conocía, y no tenía ningún sentido fingir que se trataba de un problema sin resolver. El problema no consistía en lograr algo que sabes que no está a tu alcance, sino en dejar de comportarse como si lo tuvieras a la vuelta de la esquina, aguardando a que tú dieras con ello, oculto tras un matorral o bajo un montón de hojas secas, pero real y verdadero. No estaba allí y nunca lo estaría. ¿Por qué seguir aparentando que sí que estaba?

—Mi novela es una mierda —dijo muy tranquilo—. Y tu obra, lo mismo.

Ella le pegó en la cara con toda su fuerza y entró corriendo en la casa. Estuvo a punto de caerse al subir las escaleras. Dentro de un instante, si escuchaba con atención, la oiría llorar. No quería oírlo, así que bajó del porche, se dirigió al garaje y sacó la garrafa de debajo de los sacos. Bebió un buen trago, bajó con cuidado la garrafa, la tapó y la metió de nuevo bajo los sacos.

Cerró las puertas del garaje y puso en su sitio la clavija de madera. Estaba anocheciendo, y los huecos entre los árboles se veían negros y profundos.

—Ojalá tuviera un perro —le dijo a la noche—. ¿Por qué sigo deseándolo? Supongo que necesito alguien que me admire.

Una vez en la casa, escuchó pero no pudo oír ningún llanto. Subió hasta la mitad de las escaleras y vio la luz encendida, lo cual indicaba que ella se encontraba bien. Cuando se quedó parado en el umbral de la habitación, ella estaba sacando las cosas del neceser. Mientras lo hacía, silbaba muy bajito entre dientes.

—Ya te has tomado un trago ¿no? —dijo ella sin levantar la mirada.

—Sólo uno. Era un brindis. En homenaje a un Corazón Destrozado.

Ella se enderezó bruscamente y le miró con fijeza por entre los cabellos despeinados.

—Qué agradable —dijo con frialdad—. ¿Tu corazón o el mío?

—Ninguno de los dos —dijo Hank—. Es sólo un título que se me ocurrió.

—¿Un título para qué? ¿Para un cuento?

—Para la novela que no voy a escribir —dijo Hank.

—Estás borracho —dijo Marion.

—No he comido nada.

—Lamento haberte abofeteado, Hank.

—No tiene importancia —dijo Hank—. Lo habría hecho yo mismo si se me hubiera ocurrido.

Dio media vuelta y empezó a bajar las escaleras, caminando con delicadeza, paso a paso, sin

tocar la barandilla; luego cruzó el vestíbulo y salió por la puerta, dejando que la rejilla se cerrara con suavidad, bajó los escalones uno a uno, con cuidado y con decisión, y luego dio la vuelta a la esquina de la casa, pisando firmemente la grava, en su interminable y predestinado viaje de regreso a la garrafa escondida bajo el montón de sacos.

El lápiz

Título original: *The Pencil*

Otros títulos: *Marlowe Takes on the Syndicate, The Wrong Pigeon, Philip Marlowe's Last Case*

Año de publicación: abril de 1959

Traducción: José Luis López Muñoz

«Mi cuento —según relata el propio Chandler— trata de un tipo que intenta salirse de la organización de la Mafia pero sabe demasiado y alguien le dice que han enviado a un par de profesionales a matarlo. No tiene a nadie a quién pedir ayuda, así que va a ver a Marlowe». El problema es qué puede hacer.

Nota preliminar

Éste es el primer relato de Marlowe después de veinte años y fue escrito especialmente para Inglaterra. Me he negado con persistencia a escribir cuentos cortos porque creo que los libros son mi elemento natural, pero me convencieron de que lo escribiera personas que tengo en gran estima. Además, siempre he querido escribir un cuento sobre la técnica de los asesinatos del Sindicato.

Era un hombre algo rechoncho, con una sonrisa deshonesto, las comisuras que sobresalían de sus gruesos labios le cerraban mucho la boca y conferían a sus ojos una expresión triste. Para un hombre tirando a grueso, tenía un andar cansino. La mayoría de los hombres gruesos caminan con rapidez y ligereza. Llevaba un traje gris de ojo de perdiz y una corbata pintada a mano en la que se veía parte de una chica en plena zambullida. La camisa estaba limpia, lo cual me animó, y sus mocasines marrones, tan poco indicados como la corbata para el traje que lucía, estaban recién lustrados.

Pasó por delante de mí mientras yo mantenía abierta la puerta que separa la sala de espera de mi sala de meditación. Una vez dentro, echó una rápida mirada a su alrededor. Yo habría dicho que era un mafioso de segunda categoría, si alguien me lo hubiera preguntado. Por una vez, no me equivoqué. Si iba armado, debía llevar el arma en los pantalones. La chaqueta era demasiado ajustada para ocultar el bulto de una sobaquera.

Se sentó con cuidado, yo tomé asiento frente a él y los dos nos miramos. Su rostro tenía la sagacidad de un zorro. Sudaba ligeramente. La expresión de mi rostro indicaba interés, pero no curiosidad. Cogí una pipa y el humidificador de piel donde guardaba mi tabaco Pearce. Le ofrecí cigarrillos.

—No fumo.

Tenía una voz ronca que me disgustaba igual que su indumentaria o su rostro. Mientras yo llenaba la pipa, vi que se metía la mano en el bolsillo, sacaba un billete, lo miraba y lo dejaba sobre la mesa delante de mí. Era un bonito billete, limpio y nuevo. Mil dólares.

—¿Ha salvado alguna vez la vida de algún tipo?

—Quizá sí, de vez en cuando.

—Salve la mía.

—¿Qué ocurre?

—Me habían dicho que enseguida reconocía a sus clientes, Marlowe. —Por eso sigo siendo pobre.

—Todavía me quedan dos amigos. Usted será el tercero y dejará de ser pobre. Recibirá cinco de los grandes si me saca de este embrollo.

—¿De qué embrollo?

—Está muy hablador esta mañana. ¿No adivina quién soy?

—No.

—¿No ha estado nunca en el este?

—Claro que sí, pero no me moví en su ambiente.

—¿Y qué ambiente cree que es el mío?

Yo ya me estaba cansando.

—Deje de ser tan evasivo o recoja su pasta y desaparezca.

—Soy Ikky Rosenstein. Desapareceré, pero definitivamente, si usted no encuentra una salida. Adivine lo ocurrido.

—Ya lo he adivinado. Ahora usted me lo explica, y deprisa. No tengo todo el día para que me lo vaya dando con cuentagotas.

—He desertado del Equipo. A los peces gordos no les gusta eso. Para ellos significa que has obtenido información buena para vender, o tienes ideas independientes, o has perdido el coraje. En mi caso, es esto último. Estaba hasta aquí. —Se tocó la nuez con el índice—. He hecho cosas malas. He intimidado y maltratado a muchos tipos. Nunca he matado a nadie, pero eso no importa en el Equipo. Me he separado de ellos, de modo que cogen el lápiz y trazan una línea. Me lo har advertido: los matones están en marcha. Cometí un gran error. Intenté ocultarme en Las Vegas. Pensé que nunca me encontrarían en su propia guarida, pero fueron más listos que yo. Cuando tomé el avión de Los Ángeles, alguien debía de ir en él. Ahora están informados de dónde vivo.

—Cambie de domicilio.

—Ya es inútil. Me siguen.

Yo sabía que tenía razón.

—¿Por qué no le han liquidado ya?

—No actúan de *ese* modo. Siempre son especialistas. ¿No sabe usted cómo funciona?

—Más o menos. Un tipo con una buena ferretería en Buffalo. Un tipo con una pequeña lechería en otra ciudad. Siempre una buena fachada. Envían sus informes a Nueva York o a otro lugar. Cuando suben al avión que les lleva al oeste o adonde quiera que vayan, siempre van con un arma en el maletín. Son silenciosos, visten bien y no se sientan juntos. Podrían ser ahogados o recaudadores de impuestos..., cualquier cosa que pase desapercibida. Cualquier persona lleva maletín. Incluso las mujeres.

—Absolutamente correcto. Y cuando tomen tierra, los guiarán hacia mí, pero no desde el aeropuerto. Tienen otros métodos. Si acudo a los polis, alguien estará al corriente de mí. Que yo sepa, podrían tener a un par de chicos de la mafia en el mismo ayuntamiento. Ya se ha hecho. Los polis me darán veinticuatro horas para abandonar la ciudad. Sería inútil. ¿México? Peor que aquí. ¿Canadá? Mejor, pero todavía inútil. También allí tienen conexiones.

—¿Y Australia?

—No puedo obtener un pasaporte. He vivido aquí veinticinco años... ilegalmente. No pueden deportarme si no demuestran que cometí un crimen. El Equipo se encargaría de que no pudieran probarlo. Suponga que me meten en chirona. Saldré por orden judicial a las veinticuatro horas. Y mis simpáticos amigos esperarán en un coche para llevarme a casa... pero no será a casa.

Mi pipa estaba encendida e iba bien. Miré el billete con el ceño fruncido; me iría de perlas. Mi cuenta corriente estaba tocando fondo.

—No perdamos más tiempo —dije—. Supongamos... sólo supongamos que se me ocurriera una salida. ¿Qué haría usted inmediatamente después?

—Sé de un lugar... si pudiera llegar a él sin ser perseguido. Dejaría mi coche aquí y alquilaría uno, que abandonaría en la frontera del estado para comprar otro de segunda mano. A medio camino cambiaría éste por un último modelo, un resto de serie. Ahora es la mejor época del año; te hacen descuento y está a punto de salir un modelo. No lo haría para ahorrar, sino porque es más discreto. El lugar a donde voy es muy espacioso y bastante limpio.

—Ya —observé—. Wichita, tengo entendido. Pero puede haber cambiado. Me miró amenazadoramente.

—Use el cerebro, Marlowe, pero no demasiado.

—Lo usaré todo lo que quiera. No intente fijarme reglas. Si acepto este trabajo, no habrá ninguna regla. Me embolso estos mil y el resto si todo sale bien. No me engañe; yo podría enviar información. Si me liquidan, ponga una rosa roja en mi tumba. No me gustan las flores cortadas, me gusta verlas crecer. Pero le aceptaría una porque es usted un personaje muy simpático. ¿Cuándo llega el avión?

—Hoy, no sé a qué hora. Son nueve horas desde Nueva York. Probablemente llegará a eso de las cinco y media.

—Podría venir vía San Diego y cambiar de avión o vía San Francisco y cambiar de avión. Hay muchos vuelos desde Dago y Frisco. Necesito un ayudante. —Maldito sea, Marlowe...

—Espere. Conozco a una chica. Es hija de un jefe de policía al que mataron por exceso de honradez. No hablaría ni bajo tortura.

—No tiene usted derecho a arriesgar su vida —protestó airado Ikky.

Me quedé tan sorprendido que la mandíbula se me abrió. La cerré lentamente y tragué saliva.

—Dios mío, este hombre tiene corazón.

—Las mujeres no están hechas para la violencia —objetó a regañadientes. Cogí el billete de mil dólares y lo guardé.

—Lo siento, no hay recibo. No puede tener mi nombre en su bolsillo. Y no habrá violencia, si tengo suerte. Me desprestigiaría. Sólo hay un modo de hacerlo. Ahora deme su dirección y toda la información que tenga, nombres y descripciones de los matones que haya visto en carne y hueso.

Lo hizo. Era un observador bastante bueno. Lo malo es que el Equipo sabría a quién había visto. Los matones enviados serían desconocidos para él.

Se levantó en silencio y alargó la mano. Tuve que estrecharla, pero lo que había dicho de las mujeres me lo facilitó. Tenía la mano húmeda. La mía también lo habría estado de encontrarme en su lugar. Saludó con la cabeza y salió sin decir nada.

Era una calle tranquila de Bay City, si es que existen calles tranquilas en esta generación *beatnik* en la que no puedes acabar de comer sin que algún cantante masculino o femenino eructe torrentes de un amor anticuado como el polisón o algún órgano Hammond llene de jazz hasta la sopa del cliente.

La pequeña casa de una sola planta estaba pulcra como un delantal limpio. El césped estaba cortado con amor y era muy verde. El camino de entrada era liso y sin manchas de gasolina, y el seto que rodeaba la casa daba la impresión de recibir a diario los cuidados de un barbero.

La puerta blanca tenía una aldaba en forma de cabeza de tigre, una mirilla y un interfono que permitía a la persona del interior hablar con la del exterior sin tener siquiera que abrir la mirilla.

Habría hipotecado mi pierna izquierda por vivir en una casa como aquélla. No creía que pudiera conseguirlo jamás.

Una campanilla sonó en el interior y a los pocos momentos ella abrió la puerta vestida con una camiseta azul celeste y pantalones cortos de color blanco, lo bastante cortos como para ser acogedores. Tenía los ojos de un azul grisáceo, cabellos rojo oscuro y una bella estructura ósea en el rostro. Solía haber un matiz de amargura en sus ojos. La muchacha no podía olvidar que la vida de su padre había sido segada por el poder fraudulento de un mafioso y que su madre también había muerto. Era capaz de contener la amargura cuando escribía banalidades sobre el amor para las revistas del corazón, pero ésta no era su vida. En realidad, no tenía vida propia, sólo una existencia sin mucho sufrimiento y suficiente dinero para que fuera segura. Pero en situaciones apuradas tenía tanta serenidad e inventiva como un buen policía. Su nombre era Anne Riordan.

Se hizo a un lado y pasé muy cerca de ella. Yo también tengo mis reglas. Cerró la puerta y se aposentó en el sofá, se buscó un cigarrillo y aquí tenemos a una muñeca con fuerza para encendérselo ella sola.

Curioseé un poco a mi alrededor. Había algunos cambios, no muchos.

—Necesito tu ayuda —dije.

—Son las únicas veces que te veo.

—Tengo un cliente que es un exmafioso; era pistolero del Equipo, el Sindicato, la Gran Banda como quieras llamarlo. Sabes muy bien que existe y que es tan rico como Rockefeller. No se puede eliminar porque no hay bastante gente que lo desee, en especial los abogados de un millón de dólares al año que trabajan para ellos, y las asociaciones de picapleitos que parecen más ansiosos de proteger a otros abogados que a su propio país.

—Dios mío, ¿estás haciendo méritos para un cargo? Nunca me has sonado tan puro.

Movió las piernas, sin provocar —no era de las de ese tipo—, pero aun así dificultaba mis procesos mentales.

—Deja de mover las piernas —dije—, o ponte pantalones largos. —Maldito seas, Marlowe. ¿No puedes pensar en otra cosa?

—Lo intentaré. Me gusta pensar que existe al menos una bonita y encantadora hembra que no sea una presa fácil. —Tragué saliva y proseguí—: El hombre se llama Ikky Rosenstein. No es guapo ni me gusta nada de él, excepto un detalle. Se enfureció cuando le dije que necesitaba una ayudante femenina. Adujo que las mujeres no están hechas para la violencia. Por eso acepté el trabajo. Para un

mafioso de verdad, la mujer no vale más que un saco de harina. Usan a las mujeres de la forma habitual, pero si es aconsejable deshacerse de ellas, lo hacen sin pensarlo dos veces.

—Hasta ahora has dicho muchas cosas y no has dicho nada. Quizá necesitas una taza de café o una copa.

—Te lo agradezco, pero no bebo por la mañana..., excepto en algunas ocasiones y ésta no es una de ellas. Café más tarde. Ikky ha sido tachado.

—¿Qué significa esto?

—Tienen una lista. Tachan un nombre con un lápiz y el tipo está prácticamente muerto. El Equipo tiene motivos. Ya no lo hacen para divertirse. No les divierte. Ahora es sólo parte de la contabilidad.

—¿Qué diablos puedo hacer yo? Incluso debería preguntar: ¿Qué puedes hacer tú?

—Puedo intentar algo. Lo que tú puedes hacer es ayudarme a localizar su avión y a averiguar adónde van los matones asignados a este trabajo. —Bueno, pero ¿qué puedes hacer tú?

—He dicho que intentaría algo. Si han tomado un avión nocturno, ya están aquí. Si vienen en un avión que haya despegado esta mañana, no pueden llegar antes de las cinco, lo cual nos deja mucho tiempo para prepararnos. Ya conoces su aspecto.

—Oh, sí, claro. Veo matones todos los días. Les invito a tornar *whisky* y tostadas con caviar.

Sonrió. Mientras sonreía, yo di cuatro largas zancadas sobre la alfombra de color crudo, levanté a Anne y planté un beso en sus labios. No se defendió, pero tampoco empezó a temblar. Volví a sentarme en mi sitio.

—Tendrán el aspecto normal de una persona que vive de una profesión o un negocio tranquilo y próspero. Llevarán una indumentaria discreta y serán corteses..., cuando les interese serlo. En sus maletines habrá pistolas que han cambiado de manos con tanta frecuencia que es imposible seguirles la pista. Para hacer el trabajo, abandonarán estas pistolas y usarán revólveres, aunque también podrían usar automáticas. No emplearán silenciadores porque pueden encallar el arma y su peso impide apuntar como es debido. No se sentarán juntos en el avión, pero una vez en tierra pueden fingir que se conocen pero que no se han visto durante el vuelo. Se estrecharán la mano con sonrisas adecuadas y cogerán el mismo taxi. Creo que primero irán al hotel, pero muy pronto se trasladarán a un lugar desde donde puedan vigilar los movimientos de Ikky y aprenderse su horario. No tendrán ninguna prisa a menos que Ikky haga algo extraño. Esto indicaría que le han avisado. Según me ha dicho, le quedan un par de amigos.

—¿Dispararán contra él desde un apartamento o habitación de la acera de enfrente, suponiendo que lo alquilen?

—No. Le dispararán desde una distancia de apenas un metro. Se le acercarán por la espalda y le dirán: «Hola, Ikky». Éste se quedará inmóvil o dará media vuelta. Lo llenarán de plomo, tirarán las armas y saltarán al coche que les está esperando. Entonces se alejarán de la escena siguiendo al coche que les abrirá camino.

—¿Quién conducirá este coche?

—Algún ciudadano intachable y rico que no tenga antecedentes penales. Llevará su propio vehículo y les abrirá paso aunque tenga que chocar a propósito con otro coche, incluso uno de la policía. Lo sentirá tanto que empapará de lágrimas su camisa provista de iniciales. Y los asesinos habrán desaparecido hace rato.

—Dios mío —exclamó Anne—. ¿Cómo puedes soportar esta vida? Si logras lo que te propones, enviarán matones a por ti.

—No lo creo. No matan a la gente de fuera. La culpa se la echarán a los matones. Recuerda que los jefes de la mafia son hombres de negocios; quieren más y más dinero. Sólo son realmente implacables cuando deciden que han de matar a alguien, y no les gusta decirlo; siempre existe la posibilidad de un contratiempo, aunque la posibilidad es mínima. Ningún asesinato de la mafia ha sido resuelto aquí o en otra parte, excepto en dos o tres ocasiones. Lepke Buchalter murió electrocutado. ¿Te acuerdas de Anastasia? Era de una gran corpulencia y terriblemente duro. Demasiado grande y demasiado duro. Lápiz.

Ella se estremeció.

—Creo que yo sí necesito un trago.

—Ya has captado el ambiente, querida. —Le sonreí—. Tendré que evitar los detalles.

Anne sirvió dos *whiskis* con agua y hielo. Mientras bebíamos, le dije:

—Si los reconoces, o crees que son ellos, sígueles a donde vayan... si puedes hacerlo sin riesgo. No de otro modo. Si es un hotel, y hay diez posibilidades contra una de que lo será, regístrate y no dejes de llamarme hasta que me encuentres.

Conocía el número de mi oficina y yo seguía viviendo en la avenida Yucca, cuya dirección también conocía.

—Eres un tipo extraño —replicó—. Las mujeres hacen todo lo que quieres. ¿Cómo puedes continuar siendo virgen a los veintiocho años?

—Nos hacen falta unas cuantas como tú. ¿Por qué no te casas?

—¿Con quién? ¿Con algún cínico mujeriego a quien no le queda más que la técnica? No conozco a ningún hombre realmente bueno..., sólo a ti. No soy partidaria de los dientes blancos y la sonrisa chillona.

Me acerqué y la levanté del sofá. Entonces la besé con entusiasmo y a conciencia.

—Soy sincero —casi murmuré—, y eso ya es algo. Pero estoy demasiado gastado para una chica como tú. He pensado en ti, te he deseado, pero esa dulce y diáfana mirada de tus ojos me obliga a desistir.

—Tómame —dijo ella en voz baja—. Yo también tengo sueños.

—No podría. No es la primera vez que me sucede. He tenido a demasiadas mujeres para merecer a una como tú. Hemos de salvar la vida de un hombre. Me voy.

Me miró con expresión seria mientras me marchaba.

Las mujeres que uno consigue y las que no consigue viven en mundos diferentes. No desprecio a ninguno de los dos. Yo mismo vivo en ambos.

En el aeropuerto internacional de Los Ángeles nadie puede acercarse a los aviones a menos que tenga billete para viajar en uno de ellos. Se puede ver cómo aterrizan, si estás situado en el lugar idóneo, pero es preciso esperar ante una barrera para echar un vistazo a los pasajeros. Los edificios del aeropuerto no lo hacen más fácil, pues están diseminados de tal modo que te pueden salir callos yendo a pie de la TWA a la American.

Copié el horario de llegadas del tablero y merodeé por las salas como un perro que ha olvidado dónde escondió el hueso. Los aviones llegaban y despegaban, los mozos transportaban equipajes, los pasajeros sudorosos desfilaban a toda prisa, los niños lloriqueaban y el ruido de los altavoces se alzaba por encima de todos los demás sonidos.

Pasé junto a Anne varias veces. No me hizo ningún caso.

A las 5.45 tenían que haber llegado. Anne desapareció. Yo esperé media hora por si había desaparecido por otra razón. No, no volví a verla. Fui a buscar mi coche y recorrí, por la atestada autopista, los muchos kilómetros que separaban Hollywood de mi oficina. Tomé un trago y me senté. A las 6.45 sonó el teléfono.

—Están en el hotel BeverlyWestern —dijo Anne—. Habitación cuatrocientos diez. No he conseguido saber ningún nombre. Ya sabes que hoy en día los empleados no dejan las fichas de registro encima del mostrador, y no me gusta hacer preguntas. Pero subí con ellos en el ascensor y localicé su habitación. Pasé por delante de ellos mientras el botones metía la llave en su puerta, y bajé al entresuelo para entrar con un grupo de mujeres en el salón de té. No me he molestado en tomar una habitación.

—¿Qué aspecto tienen?

—Subieron juntos por la rampa pero no los oí hablar. Los dos llevaban maletines y trajes discretos, nada que llamara la atención. Camisas blancas, almidonadas, una corbata azul y otra negra con rayas grises. Zapatos negros. Un par de hombres de negocios de la costa Este. Podrían ser editores, abogados, médicos, agentes publicitarios... no, olvida esto último, no iban lo bastante chillones. Nadie les miraría dos veces.

—Tú sí, supongo. Las caras.

—Ambos de cabellos castaños, uno más oscuro que el otro. Caras corrientes, sin mucha expresión. Uno tenía ojos grises, el del cabello más claro los tenía azules. Sus ojos eran interesantes. Se movían con rapidez, observando, vigilando cualquier cosa cercana a ellos. Esto pudo ser un error. Tendrían que haber parecido preocupados por lo que les ha traído aquí, o interesados por California. Y parecían interesarse más por las caras de la gente. Es bueno que les haya visto yo y no tú. No tienes aspecto de poli, pero tampoco pareces un hombre que no sea un poli. Estás marcado.

—Tonterías. Soy un rompecorazones muy apuesto.

—Sus facciones eran corrientes. Ninguno de los dos parecía italiano. Ambos llevaban maletines de avión, uno gris con dos franjas rojas y blancas de arriba abajo, a unos doce o quince centímetros de los lados, y el otro de cuadros escoceses azules y blancos. No sabía que existía este tartán.

—Existe, pero no recuerdo el nombre.

—Creía que lo sabías todo.

—Casi todo. Ahora vete a casa.

—¿Merezco una cena y tal vez un beso?

—Más tarde, y si no tienes cuidado, recibirás más de lo que quieres. —Un violador, ¿eh? Llevaré un revólver. ¿Vas a seguirlos ahora?

—Si son los hombres que buscamos, me seguirán ellos. Ya he alquilado un apartamento en la acera de enfrente de Ikky. Aquella manzana de Poynter y las dos contiguas tienen unos seis edificios de apartamentos baratos cada una.

Apostaría algo a que la presencia de mujeres fáciles es muy elevada.

—Es elevada en todas partes hoy día.

—Hasta la vista, Anne. Ya nos veremos.

—Cuando necesites ayuda.

Colgó y yo hice lo mismo. Anne me dejaba perplejo. Demasiado sabia para ser tan simpática. Supongo que todas las mujeres simpáticas son también sabias. Llamé a Ikky. No estaba. Torné un trago de la botella de la oficina, fumé durante media hora y volví a llamarlo. Esta vez lo encontré.

Le conté lo ocurrido hasta el momento y dije que seguramente Anne había encontrado a los hombres que buscábamos. Le hablé del apartamento que había alquilado.

—¿Cobraré los gastos? —pregunté.

—Cinco de los grandes han de cubrirlo todo.

—Si los gano y llego a cobrarlos. Me dijeron que tenía usted un cuarto de millón —me aventuré a asegurar.

—Podría ser, compañero, pero ¿cómo voy a recogerlo? Los jefazos saben dónde está. Tendrá que permanecer a la sombra una temporada.

Dije que estaba bien. Yo también había permanecido a la sombra bastante tiempo. Como es natural, no esperaba cobrar los cinco mil, ni siquiera si cumplía la misión. Los hombres como Ikky Rosenstein eran capaces de robarle los dientes de oro a su madre. Parecía tener algo bueno... Pero ese algo era muy poco.

Pasé la media hora siguiente maquinando un plan. No se me ocurría ninguno que ofreciera alguna posibilidad de éxito. Eran casi las ocho y necesitaba comer algo. No creía que los muchachos actuaran esa noche. A la mañana siguiente pasarían en coche por delante del domicilio de Ikky y reconocerían el barrio.

Me disponía a abandonar la oficina cuando sonó el timbre de la puerta de mi sala de espera. Abrí la puerta de comunicación. Un hombre bajo se mecía sobre los talones en medio de la sala, con las manos detrás de la espalda. Me sonrió, pero no tenía práctica en hacerlo. Se acercó a mí.

—¿Usted es Marlowe?

—¿Quién si no? ¿Qué puedo hacer por usted?

Ahora estaba muy cerca. Movié hacia delante la mano derecha, que empuñaba una pistola, y apretó el arma contra mi estómago.

—Abandone a Ikky Rosenstein —dijo con una voz que hacía juego con su cara— o acabará con la barriga llena de plomo.

Era un aficionado. Si se hubiera quedado a un metro de distancia, podría haberse defendido. Me quité el cigarrillo de la boca y lo sostuve con ademán distraído.

—¿Qué le hace pensar que conozco a un tal Ikky Rosenstein?

Soltó una carcajada estridente y hundió más la pistola en mi estómago.

—¿Le gustaría saberlo?

La burla mezquina, el triunfo vacío de esa sensación de poder que da una gruesa pistola en una mano pequeña.

—Sería justo decírmelo.

Cuando su boca se abría para otro sarcasmo, yo tiré el cigarrillo y actué deprisa. Puedo ser muy rápido cuando no tengo otro remedio. Hay chicos más rápidos, pero no te clavan pistolas en el estómago. Puse el pulgar detrás del gatillo y la mano sobre la suya. Le asesté un rodillazo en la ingle y él se dobló con un gemido. Le torcí el brazo hacia la derecha cogiéndole la pistola, y le hice una zancadilla que dio con él en el suelo. Se quedó parpadeando de sorpresa y dolor, con las rodillas encogidas contra el estómago. Rodó de un lado a otro, gimiendo. Me agaché, le agarré la mano izquierda y lo obligué a levantarse. Le llevaba una ventaja de quince centímetros y doce kilos. Deberían haber enviado a un mensajero más fornido y mejor entrenado.

—Vayamos a mi sala de meditación —dije—. Allí podremos charlar y usted podrá tomar un trago para reponerse. La próxima vez no se acerque tanto a su víctima como para permitirle que se apodere de su mano derecha. Voy a comprobar si lleva más hierro encima.

No llevaba más. Le empujé por la puerta hacia un sillón. Ya no jadeaba tanto.

Sacó un pañuelo y se secó la cara.

—La próxima vez —susurró entre dientes—. La próxima vez.

—No sea optimista. No va con su físico.

Le serví un trago de *whisky* en un vaso de cartón y lo puse delante de él. Abrí su 38 y dejé caer los cartuchos en el cajón de la mesa. Cerré la recámara de nuevo y puse el arma sobre la mesa.

—Se lo devolveré cuando se vaya..., si se va.

—Éste es un modo sucio de luchar —protestó, todavía jadeando.

—Claro. Matar a un hombre es mucho más limpio. Vamos a ver, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Adivínelo.

—No sea idiota. Tengo amigos, no muchos, pero algunos. Puedo encerrarlo por asalto a mano armada, y ya sabe qué ocurriría entonces. Saldría bajo fianza y esto es lo último que sabría de usted. Los jefazos no perdonan los fallos. Vamos, ¿quién lo ha enviado y cómo sabía adónde tenía que enviarlo?

—Seguíamos a Ikky —contestó el tipo a regañadientes—. Es un imbécil. Le seguí hasta aquí sir el menor problema. ¿Por qué iba a ver a un detective privado? Los jefes quieren saberlo.

—Más.

—Váyase al infierno.

—Ahora que lo pienso, no necesito acusarlo de asalto a mano armada. Puedo arrancárselo a golpes aquí mismo.

Me levanté de la silla y él levantó una mano.

—Si me golpea, un par de matones de los duros vendrán a visitarlo. Si no vuelvo, lo mismo. No tiene usted ningún as en la manga. Intente crearlo.

—Usted no sabe nada. Si el tal Ikky vino a verme, usted no sabe por qué, ni si le recibí o no. Y si es un mafioso, no es mi tipo de cliente.

—Vino a pedirle que le ayude a salvar el pellejo.

—¿Quién lo amenaza?

—Eso sería hablar.

—Adelante. Su boca parece funcionar bastante bien. Y diga a los muchachos que nunca verán el día en que yo defienda a un mafioso.

De vez en cuando hay que mentir un poco en mi negocio. Yo estaba mintiendo un poco.

—¿Y qué ha hecho Ikky para caer tan mal? ¿O esto también sería hablar?

—Se cree usted muy macho —se burló, frotándose el lugar del rodillazo—. En mi equipo no sería ni bateador suplente.

Me reí en su cara. Luego le agarré la muñeca derecha y se la retorcí en la espalda. Empezó a graznar. Metí la mano izquierda en el bolsillo de su chaqueta y saqué una cartera. Le solté la muñeca y él trató de alcanzar la pistola que estaba sobre la mesa. Le inmovilicé el brazo con un fuerte golpe que lo hizo caer en el sillón con un gemido.

—Tendrá la pistola cuando yo se la dé —advertí—. Ahora pórtese bien o le daré una paliza sólo para divertirme.

En la cartera encontré un carné de conducir extendido a nombre de Charles Hickon. No me sirvió de nada. Los tipos de su clase usaban siempre seudónimos de jerga y seguramente le llamaban Enano, o Flaco, o Canicas, o incluso sólo «tú». Le tiré la cartera, que cayó al suelo. Ni siquiera fue capaz de cogerla al vuelo.

—Diablos —exclamé—, debe haber una campaña económica para que le envíen a hacer otra cosa más que recoger colillas.

—Váyase al infierno.

—Muy bien, primo. Vuelva a la lavandería. Aquí está la pistola.

La cogió, se entretuvo metiéndola dentro del cinturón, se levantó, me dirigió la mirada más furibunda de que era capaz y caminó hacia la puerta, insolente como una prostituta con una nueva estola de visón. En el umbral se volvió para mirarme con sus ojos redondos y pequeños.

—Ten cuidado, hojalatero. La hojalata se dobla con facilidad.

Con esta admirable réplica, abrió la puerta y salió.

Al cabo de un rato cerré con llave la otra puerta, desconecté el timbre, apagué las luces y me fui. No vi a nadie que pareciera un asesino. Me dirigí a casa, hice una maleta, fui a una gasolinera donde casi me tenían afecto, guardé mi coche y elegí un Chevrolet de Hertz. Con este coche fui a la calle Poynter, dejé la maleta en el destartalado apartamento que había alquilado a primera hora de la tarde y me fui a cenar a Victor's. Eran las nueve, demasiado tarde para ir en coche a Bay City y llevar a cenar a Anne. Debía hacer mucho rato que había comido algo.

Pedí un Gibson doble con lima fresca, me lo bebí y luego cené, hambriento como un colegial.

De regreso a la calle Poynter di muchas vueltas y me paré otras tantas, siempre con la pistola a mi lado, sobre el asiento. Que yo sepa, nadie me siguió.

Me detuve en una gasolinera de Sunset e hice dos llamadas. Encontré a Bernie Ohls justo cuando se disponía a ir a su casa.

—Soy Marlowe, Bernie. Hace años que no nos peleamos. Empiezo a sentirme solo.

—Pues, cástate. Ahora soy investigador jefe en la oficina del sheriff y tengo el grado de capitán interino hasta que apruebe el examen. No hablo apenas con detectives privados.

—Habla con éste. Puedo necesitar ayuda. Trabajo en un asunto peligroso en el que tal vez acabe asesinado.

—¿Y esperas que yo obstaculice el curso de la naturaleza?

—Vamos, Bernie, no he sido mal chico. Estoy intentando salvar a un exmafioso de un par de verdugos.

—Cuanto más se destrozan unos a otros, más me gusta.

—Claro. Si te llamo, manda a un par de muchachos listos. Ya habrás tenido tiempo de enseñarles.

Intercambiamos algunos insultos cordiales y colgarnos. Marqué el número de Ikky Rosenstein. Su voz, algo desagradable, dijo:

—Está bien, hable.

—Aquí Marlowe. Prepárese para un traslado cerca de medianoche. Hemos localizado a sus amigos, que se alojan en el BeverlyWestern. No irán hasta mañana a la calle donde usted vive. Recuerde que ellos no saben que usted ha sido advertido.

—Parece arriesgado.

—Dios mío, nunca dije que sería una merienda en el campo de la escuela dominical. Ha sido muy descuidado, Ikky. Le siguieron hasta mi oficina. Esto disminuye el tiempo de que disponemos.

Guardó silencio unos momentos. Lo oí respirar.

—¿Quién me siguió?

—Un pequeño don nadie que me clavó una pistola en el estómago y me obligó a quitársela. Me imagino que enviaron a un idiota porque no quieren que yo sepa demasiado, en caso de que aún sepa pocas cosas.

—Arriesga usted el pellejo, amigo.

—¿Y cuándo no? Vendré a buscarle hacia medianoche; esté preparado. ¿Dónde tiene el coche?

—Delante de la casa.

—Apárquelo en una calle transversal y asegúrese de cerrarlo con llave. ¿Dónde está la entrada posterior de su antro?

—Detrás. ¿Dónde quiere que esté? En el callejón.

—Deje allí su maleta. Saldremos juntos y subiremos a su coche. Entonces iremos al callejón y recogeremos la maleta.

—¿Y si la roba algún tipo?

—Ya. Suponga que le matan. ¿Qué alternativa prefiere?

—Está bien —gruñó—. Le esperaré. Pero nos arriesgamos mucho.

—También se arriesgan los pilotos de carreras. ¿Acaso esto les detiene? Sólo hay un modo de salir: con rapidez. Apague las luces hacia las diez y deshaga la cama. Sería mejor que dejara algo de ropa; así no parecería tan planeado.

Gruñó otro «Está bien» y colgué. La cabina telefónica estaba bien iluminada, como suelen estarlo en las gasolineras. Di un largo y lento paseo, fingiendo estudiar los mapas de obsequio. No vi nada preocupante. Cogí un mapa de San Diego por puro capricho y subí a mi coche alquilado.

Aparqué en la esquina de la calle Poynter y subí a mi destartado apartamento del primer piso, donde me senté a oscuras para vigilar la ventana. No vi nada que pudiera preocuparme. Un par de rameritas de precios intermedios salieron del edificio de apartamentos de Ikky y fueron recogidas por un coche último modelo. Un hombre de estatura y compleción parecidos a los de Ikky entró en la casa. Diversas personas entraron y salieron. La calle estaba bastante silenciosa. Desde que se inauguró la autopista de Hollywood, nadie usa las calles próximas al bulevar a menos que viva en la vecindad.

Era una bonita noche de otoño, todo lo hermosa que puede ser una noche con la polución de Los Ángeles; fresca pero no fría. No sé qué le ha ocurrido al tiempo en nuestra ciudad superpoblada, pero no es el tiempo que hacía cuando vine a quedarme.

Parecía que nunca llegaría la medianoche. No vi a nadie vigilando la zona, ninguna pareja de hombres discretos merodeaba delante de uno de los seis apartamentos disponibles. Estaba convencido de que irrumpirían primero en el mío, pero no estaba seguro de que Anne hubiera elegido al hombre correcto o que el tenso mensaje enviado a sus jefes hubiera jugado a mi favor. A pesar de las cien posibilidades de que Anne se equivocara, yo intuía que había acertado. Los asesinos no tenían ningún motivo para ser cautelosos si ignoraban que Ikky había sido avisado. Ningún motivo excepto uno: Ikky había ido a mi oficina y lo habían seguido hasta allí. Pero el Equipo, con toda su arrogancia de poder, podía reírse de la idea de que alguien le avisara o de que él acudiera a pedirme ayuda. Yo era tan pequeño que ellos apenas podían verme.

A medianoche abandoné el apartamento, caminé dos manzanas atento a un posible perseguidor, crucé la calle y entré en casa de Ikky. La puerta no estaba cerrada con llave y no había ascensor. Subí por las escaleras hasta el tercer piso y busqué su apartamento. Llamé con mano cauta. Él me abrió la puerta con el arma en la mano; probablemente tenía miedo.

Había dos maletas junto a la puerta y otra apoyada en la pared opuesta. Fui a cogerla y la levanté. Pesaba bastante. La abrí porque no estaba cerrada con llave.

—No se preocupe —me dijo—. Contiene todo lo que un tipo puede necesitar para tres o cuatro noches, y algunos trajes que no podría encontrar en unos almacenes.

Cogí una de las otras maletas.

—Dejemos ésta en la puerta trasera.

—Nosotros también podemos salir por el callejón.

—Saldremos por la puerta principal. En caso de que nos sigan, aunque no lo creo, hemos de parecer dos tipos que salen juntos de la casa. Una advertencia: vaya con ambas manos en los bolsillos y la pistola en la derecha. Si alguien lo llama por su nombre a sus espaldas, vuélvase deprisa y dispere. Nadie que no sea un liquidador lo haría. Yo haré lo mismo.

—Estoy asustado —dijo con su voz ronca.

—Yo también, si eso le consuela. Pero hemos de hacerlo. Si nos acorralan, tendrán armas en las manos. No se moleste en preguntarles nada; no contestarían con palabras. Si se trata de mi pequeño amigo, lo dejaremos dormido y lo tiraremos detrás de la puerta. ¿Entendido?

Asintió, lamiéndose los labios. Bajamos las maletas y las dejamos frente a la puerta trasera. Miré arriba y abajo del callejón: nadie, y sólo una corta distancia hasta la calle transversal. Volvimos a entrar, cruzamos el vestíbulo y salimos a la calle Poynter con la naturalidad de una esposa que sale a comprar una corbata para el cumpleaños de su marido.

Nadie se nos acercó. La calle estaba vacía. Doblamos por la esquina y fuimos hasta el coche alquilado de Ikky. Éste abrió la portezuela y entonces volvimos para recoger las maletas. No había nadie alrededor. Metimos las maletas en el coche, lo pusimos en marcha y salimos a la calle contigua.

Un semáforo estropeado, uno o dos stops en el bulevar y la entrada a la autopista, llena de tráfico a pesar de ser medianoche. California está atestada de gente que va a algún sitio y acelera para llegar antes. Si uno no conduce a ciento cuarenta kilómetros por hora, todos te adelantan, y cuando se conduce a esta velocidad, hay que mirar por el espejo retrovisor por si se acerca una patrulla de autopista. Es la mayor carrera de locos que he visto.

Ikky conducía a cien. Llegamos a la salida, a la carretera 66 y la tomó. Hasta ahora, todo bien. Seguí con él hasta Pomona.

—Esto ya es lejos para mí —dije—. Volveré en autobús, si lo hay, o me quedaré en un motel. Pare en una gasolinera y preguntaremos dónde está la parada del autobús. Debería estar cerca de la autopista. Vamos al barrio comercial.

Obedeció y se detuvo a mitad de una manzana. Sacó la cartera y me alargó cinco billetes de mil.

—No creo que los haya ganado. Ha sido demasiado fácil.

Rió con una especie de extraño regocijo.

—No sea idiota. Yo le metí en esto, y usted no tenía idea de cómo acabaría. Lo que es más, sus problemas no han hecho más que comenzar. El Equipo tiene ojos y oídos por doquier. Tal vez yo me salve si tengo mucho cuidado, o tal vez no esté tan seguro como creo. De todos modos, usted ha cumplido. Quédese con el dinero, yo tengo mucho.

Lo cogí y me lo guardé. Fuimos a una gasolinera abierta día y noche y allí nos dijeron dónde estaba la parada del autobús.

—Hay un Greyhound que va de costa a costa a las dos veinticinco de la madrugada —explicó el empleado, mirando el horario—. Lo dejarán subir si tienen asientos libres.

Ikky me llevó a la parada. Nos estrechamos la mano y él se alejó a toda prisa por la carretera que desembocaba en la autopista. Yo eché una ojeada al reloj y encontré una licorería todavía abierta. Compré medio litro de *whisky* escocés, entré en un bar y pedí uno doble con agua.

Mis problemas acababan de empezar, había dicho Ikky. Cuánta razón tenía.

Me apeé en una parada de Hollywood, cogí un taxi y fui a la oficina. Pedí al conductor que esperase unos momentos. A aquella hora de la madrugada, lo hizo de mil amores. El vigilante de color me abrió la puerta del edificio.

—Trabaja usted hasta tarde, señor Marlowe. Pero siempre lo ha hecho, ¿verdad?

—Es culpa de este negocio —contesté—. Gracias, Jasper.

En la oficina palpé el suelo buscando el correo y sólo encontré una caja larga y estrecha. Entrega inmediata, con un sello de Glendale.

Todo lo que contenía era un lápiz nuevo y recién afilado, la marca de la muerte en la mafia.

No me lo tomé muy en serio. Cuando su decisión está tomada, no te mandan el lápiz. Lo interpreté como un aviso de que abandonara el asunto. Quizá planeaban una paliza; desde su punto de vista, esto es una buena disciplina. «Cuando tachamos a un tipo, cualquier tipo que trate de ayudarlo está sentenciado a un buen vapuleo». Éste podía ser el mensaje.

Pensé en ir a mi casa de la avenida Yucca. Demasiado solitaria. Pensé en ir al apartamento de Anne en Bay City. Peor. Si se enteraban de la existencia de Anne, los matones no tendrían escrúpulos en violarla y darle una buena paliza.

Estaba escrito que debía quedarme en la calle Poynter. Ahora era el lugar más seguro. Bajé y dije al taxista que me llevara a una calle que estaba a tres manzanas del llamado edificio de apartamentos. Subí, me quité la ropa y dormí desnudo. Lo único que me molestaba era un muelle roto; me hacía polvo la espalda. Yací hasta las 3:30, reflexionando sobre la situación con el cerebro embotado. Guardé la pistola bajo la almohada, un mal sitio para poner el arma cuando se tiene una almohada blanda y delgada como un taco de máquina de escribir. Me molestaba, por lo que la trasladé a mi mano derecha. La práctica me había enseñado a conservarla allí incluso durante el sueño.

Me desperté cuando ya lucía el sol. Me sentí como un pedazo de carne podrida. Me arrastré hasta el cuarto de baño, me duché con agua fría y me froté con una toalla que era invisible si se ponía de perfil. Este apartamento era realmente fantástico. Todo lo que necesitaba eran unos cuantos muebles Chippendale para entrar en la categoría de vivienda barata.

No había nada que comer y, si salía, a la señorita Marlowe podía escapársele algo. Tenía una botella de *whisky*. La miré y lo olí, pero no podía tomarlo como desayuno, con el estómago vacío, suponiendo que llegara a mi estómago, que flotaba cerca del techo. Revisé los armarios por si un inquilino anterior había dejado algunos mendrugos en su precipitada salida. Nada. No me los habría comido de todos modos, ni siquiera mojados en *whisky*. Seguí sentado ante la ventana. Al cabo de una hora me sentí dispuesto a morder a un botones.

Me vestí, fui al coche alquilado que tenía a la vuelta de la esquina y me dirigí a una cantina. La camarera tenía cara de pocos amigos. Pasó un trapo por encima del mostrador y me tiró las migas del cliente anterior sobre las piernas.

—Mira, encanto —le dije—, no seas tan generosa, guarda las migas para un día de lluvia. Todo lo que quiero son dos huevos hervidos tres minutos, no más, una rebanada de vuestro famoso pan de centeno, un gran vaso de zumo de tomate con un chorrito de salsa Perrins, una gran sonrisa feliz y todo el café que haya. Lo necesito todo.

—Estoy resfriada —repuso ella—, no me atosigue. Podría darle una bofetada. —Seamos amigos. Yo también he pasado una mala noche.

Me dedicó media sonrisa y entró de lado por la puerta giratoria, lo cual reveló más sus curvas, que eran amplias, incluso excesivas. Pero me sirvió los huevos tal como me gustaban. El pan tostado estaba untado con una mantequilla un poco rancia.

—No hay Perrins —dijo la camarera, poniendo el zumo de tomate sobre la mesa—. ¿Quiere un poco de tabasco? También se nos ha terminado el arsénico.

Me puse dos gotas de tabasco, engullí los huevos, bebí dos tazas de café y estuve a punto de dejar

la tostada como propina, pero luego me ablandé y dejé un cuarto de dólar. Esto la animó considerablemente. Era un antro donde se daban diez centavos o nada. Casi siempre nada.

En la calle Poynter todo seguía igual. Volví a sentarme frente a la ventana. Alrededor de las 8:30, el hombre a quien había visto entrar en la casa de enfrente, el que tenía una estatura y un porte parecidos a los de Ikky, salió con un pequeño maletín y se alejó hacia el este. Dos hombres se apearon de un sedán azul marino. Eran de la misma estatura, iban vestidos con mucha discreción y llevaban los sombreros de fieltro sobre la frente. Cada uno de ellos sacó un revólver.

—¡Eh, Ikky! —gritó uno, y el hombre se volvió.

—Adiós, Ikky —dijo el otro.

Una ráfaga de tiros voló entre las casas. El hombre se desplomó y quedó inmóvil. Los dos individuos alcanzaron corriendo su coche y se alejaron hacia el oeste. A media manzana, un Cadillac se puso en marcha delante de ellos.

En un instante todos habían desaparecido.

Fue un trabajo rápido y limpio. El único error fue que no dedicaron tiempo suficiente a su preparación.

Se habían equivocado de víctima.

Me largué de allí rápidamente, casi tan rápidamente como los dos asesinos. En torno a la víctima se había formado un pequeño grupo. No tuve que mirarlo para saber que estaba muerto; los muchachos eran profesionales. No podía verlo porque yacía en la acera de enfrente y la gente lo ocultaba. Pero sabía muy bien cuál era su aspecto y ya oía sirenas en la distancia. Podía haber sido la vigilancia rutinaria de Sunset, pero no lo era. Alguien había telefoneado. Era demasiado temprano para que los polis hubieran salido a almorzar.

Caminé lentamente hacia la esquina con mi maleta, entré en el coche alquilado y me alejé. El barrio ya no me interesaba. Podía imaginarme las preguntas.

«Exactamente, ¿qué lo ha traído por aquí, Marlowe? Usted ya tiene su propio piso en otro barrio, ¿no es así?».

«Me contrató un exmafioso enemistado con el Equipo. Le mandaron un par de asesinos».

«¿Insinúa que pretendía reformarse?».

«No tengo la menor idea, pero me gustó su dinero».

«No hizo usted gran cosa para ganárselo».

«Anoche lo ayudé a escapar. No sé dónde está ahora. Y no quiero saberlo». «¿Dice que lo ayudó a escapar?».

«Eso es lo que he dicho».

«Ajá..., pues en el depósito de cadáveres se encuentra un hombre con múltiples heridas de bala. Quizá se trata de otro individuo».

Y así al infinito. El diálogo con la policía es invariable. Lo que dicen no significa nada y lo que preguntan tampoco. Se limitan a interrogarte hasta que por cansancio largas algún dato. Entonces sonrían satisfechos, se frotan las manos y dicen: «Un pequeño descuido, ¿eh? Empecemos otra vez».

Cuanto menos tuviera que soportar, mejor. Aparqué en el lugar habitual y subí a la oficina. Estaba llena de aire viciado. Cada vez que entraba en ella sentía más y más fatiga. ¿Por qué diablos no había conseguido un empleo en la Administración diez años atrás? O tal vez quince. Tenía inteligencia suficiente para estudiar derecho por correspondencia. El país está lleno de abogados que no saben redactar una demanda sin consultar un libro.

Así que me senté en la oficina y pensé mal de mí. Al cabo de un rato me acordé del lápiz. Hice ciertos reajustes en un revólver del calibre 45, que no llevo nunca debido a su peso. Marqué el número de la oficina del sheriff y pedí por Bernie Ohls. Se puso al teléfono con voz desabrida.

—Aquí Marlowe. Estoy en un aprieto, en un auténtico aprieto.

—¿Y por qué me lo dices? —gruñó. A estas alturas ya debes haberte acostumbrado.

—A esta clase de problemas no te acostumbras nunca. Me gustaría ir a contártelo.

—¿Sigues en la misma oficina?

—Sí, la misma.

—Tengo que pasar por allí. Subiré a verte.

Colgó. Abrí dos ventanas del despacho. La suave brisa me trajo el olor del café y la grasa rancia de la fonda de Joe, contigua al edificio de mi oficina. Lo odiaba, me odiaba a mí mismo, sentía odio por todo.

Ohls no se entretuvo en mi elegante sala de espera. Llamó a mi propia puerta y yo le abrí. Se dirigió con el ceño fruncido al sillón del cliente.

—Está bien. Desembucha.

—¿Alguna vez has oído hablar de un personaje llamado Ikky Rosenstein? —¿Por qué? ¿Tiene antecedentes?

—Es un exmafioso que ha sido anatematizado por sus jefes. Le tacharon el nombre con un lápiz y enviaron a los consabidos matones en un avión. Él recibió el aviso y me contrató para que lo ayudara a escapar.

—Un trabajo bonito y limpio.

—Basta ya, Bernie.

Encendí un cigarrillo y le soplé humo a la cara. Como venganza, él empezó a masticar un cigarrillo. Nunca los encendía, pero desde luego los machacaba.

—Escucha —proseguí—, supón que el hombre quiere volverse honrado y supón que no. Tiene derecho a vivir siempre que no haya matado a nadie. Me dijo que no lo había hecho.

—Y tú creíste al rufián, ¿eh? ¿Cuándo empiezas a enseñar en la escuela dominical?

—No le creí ni le dejé de creer. Acepté. No había razón para negarme. Una amiga mía y yo vigilamos los aviones ayer. Ella descubrió a los muchachos y los siguió hasta un hotel. Estaba segura de que eran ellos; su aspecto lo proclamaba a voz en grito. Bajaron del avión por separado y luego fingieron conocerse y no haberse advertido en el avión. Esta chica...

—¿Tiene nombre por casualidad?

—Sólo para ti.

—Dímelo si no ha violado ninguna ley.

—Se llama Anne Riordan y vive en Bay City. Su padre fue en su día jefe de la policía local. Y no digas que esto le convierte en un granuja porque no lo era. —Vaya, vaya. Escuchemos el resto. Y abrevia.

—Alquilé un apartamento frente al de Ikky. Los matones aún estaban en el hotel. A medianoche saqué a Ikky y lo llevé sano y salvo hasta Pomona. Él siguió con su coche alquilado y yo volví en un Greyhound y me quedé a dormir en el apartamento de la calle Poynter, enfrente mismo del suyo.

—¿Por qué, si ya había escapado?

Abrí el segundo cajón de la mesa y saqué un lápiz bonito y afilado. Escribí mi nombre en un trozo de papel y lo taché con el lápiz.

—Porque alguien me ha enviado esto. No creo que piensen matarme, pero sí darme una buena paliza que me sirva de escarmiento.

—¿Saben que has intervenido?

—A Ikky lo siguió hasta aquí un hombre bajito que más tarde se presentó y me clavó la pistola en el estómago. Le di su merecido, pero tuve que dejarlo marchar. Después de eso pensé que la calle Poynter era más segura. Vivo solo.

—Yo voy de un lado a otro —dijo Bernie Ohls—. Oigo informes. Por lo visto mataron al tipo equivocado.

—La misma estatura, el mismo tipo, el mismo aspecto general. Los vi disparando contra él. Ignoro si se trataba de los dos tipos que están en el BeverlyWestern porque no los he visto ni una

sola vez. Sólo eran dos tipos vestidos de traje oscuro, con el ala del sombrero bajada sobre la frente. Saltaron a un Pontiac azul, de unos dos años, y se largaron precedidos por un gran Cadillac.

Bernie se levantó y me miró fijamente un buen rato.

—No creo que vuelvan a meterse contigo —dijo—. Han matado a otro hombre y la mafia estará muy quieta durante algún tiempo. ¿Sabes una cosa? Esta ciudad se está volviendo casi tan repugnante como Nueva York, Brooklyn y Chicago. Podemos llegar a contar con una verdadera corrupción.

—De momento hemos empezado muy bien.

—No me has dicho nada que permita entrar en acción, Phil. Hablaré con los muchachos de Homicidios. No creo que estés en un aprieto, pero has presenciado el asesinato, y esto les interesará.

—No podría identificar a nadie, Bernie. No conocía a la víctima. ¿Cómo sabías tú que era el hombre equivocado?

—Tú me lo has dicho, estúpido.

—Pensé que tal vez los muchachos lo han identificado.

—No me lo dirían si así fuera. Además, apenas han tenido tiempo de salir a desayunar. El tipo no es más que un fiambre para ellos hasta que el departamento de identificación encuentre algo. Pero querrán hablar contigo, Phil. Adoran sus grabadoras.

Salió y cerró suavemente la puerta. Yo me quedé pensando si no habría sido una equivocación contárselo todo. O cargar con los problemas de Ikky. Cinco billetes verdes decían que no, pero también ellos pueden equivocarse.

Alguien llamó a mi puerta. Era un uniforme sosteniendo un telegrama. Firmé el recibo y rompí el sobre.

Decía: «Me dirijo a Flagstaff. Motel Mirador. Creo que he sido descubierto. Venga deprisa».

Rompí el telegrama en pequeños pedazos y los quemé en el cenicero grande.

Llamé a Anne Riordan.

—Ha ocurrido algo extraño —dije, y le conté de qué se trataba.

—No me gusta el lápiz —contestó— y no me gusta que hayan matado a ese hombre, probablemente un contable en un negocio del tres al cuarto, o no estaría viviendo en aquel barrio. No deberías haberte metido en esto, Phil.

—Ikky tenía derecho a su vida. En otro lugar podría convertirse en un hombre decente. Puede cambiar de nombre. Debe tener mucho dinero o no me habría pagado tanto.

—He dicho que no me gusta el lápiz. Será mejor que te instales aquí una temporada, aunque sea breve. Puedes hacerte enviar el correo..., si es que recibes cartas. De todos modos, no necesitas ponerte a trabajar enseguida, y Los Ángeles rebosa de detectives privados.

—No lo has entendido. Aún no he terminado el trabajo. Los polis tienen que saber dónde estoy, y si ellos lo saben, todos los reporteros sensacionalistas lo sabrán también. Los polis podrían incluso decidir que soy sospechoso. Ningún testigo del asesinato va a facilitar una descripción que tenga algún valor. Los norteamericanos no quieren ser testigos de asesinatos entre mafiosos.

—Está bien, genio. Pero mi oferta sigue en pie.

Sonó el timbre en la habitación exterior. Dije a Anne que debía colgar. Abrí la puerta de comunicación y vi ante el umbral a un hombre de mediana edad, bien vestido (incluso diría elegantemente vestido), de un metro noventa de estatura. Tenía en el rostro una sonrisa deshonesto pero agradable. Llevaba un Stetson blanco y una de esas corbatas estrechas sujetas por un pasador ornamental. Su traje de franela color crema tenía un corte impecable.

Encendió un cigarrillo con un encendedor de oro y me miró por encima de la primera bocanada de humo.

—¿El señor Marlowe?

Asentí.

—Soy Foster Grimes, de Las Vegas. Dirijo el rancho Esperanza de la calle Quinta Sur. Tengo entendido que está usted en contacto con un hombre llamado Ikky Rosenstein.

—¿Quiere pasar?

Entró en mi oficina. Su aspecto no me decía nada. Un hombre próspero a quien gustaba o creía que era un buen negocio parecer un habitante del Oeste. Se ven a docenas en la temporada invernal de Palm Springs. Su acento me decía que procedía del este, pero no de Nueva Inglaterra, sino probablemente, de Nueva York o Baltimore. No de Long Island ni de las Berkshire, que estarían demasiado lejos de la ciudad.

Le indiqué el sillón de los clientes con un giro de la muñeca y me senté en la antigua silla giratoria. Esperé.

—¿Dónde se encuentra Ikky ahora, si es que lo sabe?

—Lo ignoro, señor Grimes.

—¿Cómo se enredó usted con él?

—Por dinero.

—Una buena razón. —Sonrió—. ¿A cambio de qué?

—Lo ayudé a abandonar la ciudad. Le digo esto, aunque ignoro quién diablos es usted, porque ya se lo he dicho a un viejo *amigoenemigo* que trabaja en la oficina del sheriff.

—¿Qué es un *amigoenemigo*?

—Los policías no van por ahí comiéndome a besos, pero a éste lo conozco desde hace años y somos tan amigos como pueden serlo una estrella privada y un hombre de la ley.

—Ya le he dicho quién soy. Tenemos un complejo único en Las Vegas. Somos dueños del lugar, con excepción de un asqueroso editor de periódicos, que no deja de molestarnos y de molestar a nuestros amigos. Le permitimos vivir porque permitirle vivir nos da mejor imagen que liquidarlo. Los asesinatos ya no son rentables.

—Como Ikky Rosenstein.

—Eso no es un asesinato, es una ejecución. Ikky se ha enfrentado a nosotros. —Y entonces sus muchachos van y liquidan al tipo equivocado. Podrían haber esperado un poco para asegurarse un poco más.

—Lo habrían hecho si usted no hubiese metido la nariz. Se precipitaron, y esto no nos gusta. Queremos una eficiencia serena.

—¿Quién se oculta tras este complacido «queremos»?

—No se haga el ingenuo, Marlowe.

—Está bien. Digamos que lo sé.

—Queremos lo siguiente. —Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete, que dejó sobre la mesa—. Encuentre a Ikky y dígame que vuelva con nosotros y todo se arreglará. Después de haber matado a un hombre inocente, no nos interesa el barullo ni ninguna clase de publicidad. Es así de sencillo. Ahora se embolsa usted esto —señaló el billete, que era de mil, probablemente el billete más pequeño que tenían—, y le daremos otro igual cuando haya encontrado a Ikky y le haya transmitido el mensaje. Si él se niega... telón.

—¿Y si yo digo que se quede sus malditos mil dólares y los use para sonarse la nariz?

—Sería una imprudencia.

Sacó un Colt Woodsman con un silenciador corto. El Colt Woodsman lo admite sin encasquillarse. El tipo era rápido, rápido y frío. La expresión cordial de su rostro no había cambiado.

—No me he movido de Las Vegas —dijo con calma—; puedo probarlo. Usted está muerto en el sillón de su oficina y nadie sabe nada. Sólo otro detective privado que se metió donde no debía. Ponga las manos sobre la mesa y piense un poco. A propósito, soy un tirador de excepción, incluso con este maldito silenciador.

—Sólo para bajar un poco más en la escala social, señor Grimes, no pienso poner las manos sobre la mesa. Pero hábleme de esto.

Le tiré el lápiz nuevo y bien afilado. Lo cogió en el aire tras un rápido cambio del arma a la mano izquierda, muy rápido. Levantó el lápiz para poder mirarlo sin perderme de vista.

—Me llegó por correo urgente —expliqué—, sin mensaje ni remite. Sólo el lápiz. ¿Cree usted que nunca he oído hablar del lápiz, señor Grimes?

Frunció el ceño y dejó caer el lápiz. Antes de que pudiera cambiar la larga y esbelta pistola a su mano derecha, yo puse la mía bajo la mesa, agarré la culata del 45 y puse el dedo firmemente en el

gatillo.

—Mire bajo la mesa, señor Grimes. Verá una 45 en una pistolera fija, apuntando a su barriga. Aunque usted me pudiera disparar al corazón, la cuarenta y cinco se dispararía igualmente mediante un movimiento convulsivo de mi mano. Y usted tendría los intestinos colgando y saldría volando de la silla. Una bala del cuarenta y cinco puede hacerle saltar dos metros. Incluso el cine acabó aprendiéndolo.

—Parece un empate mexicano —observó tranquilamente y enfundó el arma—. Un bonito trabajo, Marlowe. Podríamos darle un empleo. Pero, de momento, encuentre a Ikky y no sea remilgado. É terminará siendo sensato. En realidad, no quiere pasar el resto de su vida huyendo. Un día u otro lo encontraríamos.

—Dígame una cosa, señor Grimes. ¿Por qué me han escogido a mí? Aparte de Ikky, ¿qué he hecho yo para molestarles?

Pensó un momento, inmóvil.

—El caso Larsen. Usted ayudó a enviar a uno de nuestros muchachos a la cámara de gas. No olvidamos aquello. Lo tuvimos en cuenta como cabeza de turco en el caso de Ikky. Usted siempre será la cabeza de turco, a menos que actúe a nuestra manera. Algo le derribará cuando menos lo espere.

—En mi negocio se es siempre cabeza de turco, señor Grimes. Coja su billete y salga sin hacer ruido. A lo mejor decido hacerlo a su manera, pero antes tengo que pensar. En cuanto al caso Larsen, los polis hicieron todo el trabajo, yo sólo sabía dónde estaba. Supongo que no lo echa usted demasiado de menos.

—No nos gustan las intromisiones.

Se levantó, metiéndose en el bolsillo el billete de mil dólares con gesto indiferente. Mientras lo hacía, yo solté la 45 y saqué mi *Smith and Wesson* del 38 de cinco pulgadas.

Él lo miró con desdén.

—Estaré en Las Vegas, Marlowe. De hecho, nunca me he ido de Las Vegas. Puede encontrarme en el Esperanza. No, no nos importaba Larsen a un nivel personal. Era sólo un pistolero más, de esos que vienen en grandes lotes. Lo que sí nos importa es que algún don nadie de detective lo hubiese marcado.

Saludó con la cabeza y salió de mi oficina.

Reflexioné un poco. Sabía que Ikky no volvería con la mafia; no se fiaría de ellos aunque le ofrecieran la oportunidad. Pero ahora había otro motivo. Llamé otra vez a Anne Riordan.

—Me voy a buscar a Ikky, no tengo más remedio. Si no te he llamado al cabo de tres días, ponte en contacto con Bernie Ohls. Voy a Flagstaff, Arizona, Ikky dice que se dirige allí.

—Eres un estúpido —gimió ella—. Se trata de una trampa.

—Un tal señor Grimes de Las Vegas me ha visitado con una pistola provista de silenciador. Lo he hecho desistir, pero no siempre seré tan afortunado. Si encuentro a Ikky y se lo comunico a Grimes, la mafia me dejará en paz.

—¿Condenarás a muerte a un hombre? —su voz era brusca e incrédula.

—No. Ya no estará allí cuando yo pase el informe. Tendrá que volar a Montreal, comprar documentos falsificados, Montreal es un sitio casi tan corrupto como éste, y huir a Europa en otro

avión. Allí puede estar bastante seguro. Pero el Equipo tiene los brazos muy largos e Ikky tendrá mucho trabajo si quiere continuar vivo. Pero no le queda otra alternativa. O se oculta o recibe el lápiz.

—Qué listo eres, querido. ¿Y qué me dices de tu propio lápiz?

—Si pensarán matarme, no lo habrían enviado. Ha sido una especie de técnica disuasoria.

—Y tú no te dejas disuadir, guapo y maravilloso bruto.

—Pero estoy asustado, aunque no paralizado. Hasta la vista. No tengas ningún amante hasta que yo vuelva.

—¡Maldito seas, Marlowe!

Me colgó el teléfono y yo también lo colgué.

Decir lo que no debo es una de mis especialidades.

Salí de la ciudad antes de que los muchachos de Homicidios pudieran localizarme. Tardarían bastante en recibir una pista. Y Bernie Ohls no diría ni una palabra a ningún policía. Los hombres del sheriff y la policía municipal cooperan del mismo modo que dos gatos sobre una cerca.

Llegué a Phoenix al atardecer y dejé el coche ante un motel de las afueras. Phoenix era cálido como un horno. El motel tenía restaurante, así que cené allí. Reuní todas las monedas que pude, me encerré en una cabina y empecé a marcar el número del Mirador de Flagstaff. ¿Hasta qué punto llegaría mi estupidez? Ikky podía haberse registrado bajo cualquier nombre, desde Cohen a Cordileone, o desde Watson a Woichehovsky. Llamé, de todos modos, y no conseguí otra cosa que lo más parecido a una sonrisa que puede uno recibir por teléfono, de manera que reservé una habitación para la noche siguiente. No había ninguna libre a menos que alguien se marchara, pero tomaron mi nombre por si ocurría alguna cancelación de última hora. Flagstaff está demasiado cerca del Gran Cañón. Ikky debía haber hecho la reserva algunos días antes, lo cual también era digno de cierta meditación.

Compré un libro de bolsillo y lo leí. Puse el despertador a las 6:30. El libro me asustó tanto que oculté dos pistolas bajo la almohada. Era sobre un tipo que se había rebelado contra el jefe de los matones de Milwaukee y le daban una paliza cada cuarto de hora. Me imaginé que su cabeza y rostro ya no serían más que un pedazo de hueso con algo de piel hecha jirones. Pero en el capítulo siguiente estaba más fresco que una rosa. Entonces me pregunté por qué leía esta basura cuando podía aprenderme de memoria *Los hermanos Karamazov*. Como ignoraba la respuesta, apagué la luz y me dormí. A las 6.30 me afeité, torné una ducha, desayuné y salí hacia Flagstaff, adonde llegué a la hora del almuerzo, y allí estaba Ikky en el restaurante comiendo trucha de montaña. Me senté frente a él. Pareció sorprendido de verme.

Pedí trucha de montaña y la comí entera, que es la manera apropiada. Quitarle antes las espinas la estropea un poco.

—¿Qué hay? —preguntó con la boca llena. Un comensal delicado.

—¿Ha leído la prensa?

—Sólo la sección deportiva.

—Vayamos a hablar a su habitación. Tenemos mucho que decirnos.

Pagamos nuestros almuerzos y fuimos a su habitación, que era bastante bonita. Los moteles de carretera están mejorando tanto que muchos hoteles parecen baratos en comparación. Nos sentamos y encendimos sendos cigarrillos.

—Los dos matones madrugaron mucho y se dirigieron a la calle Poynter. Aparcaron delante de la casa de apartamentos. No los habían preparado muy bien, así que mataron a un tipo que se parecía un poco a usted.

—Interesante —sonrió Ikky—. Pero la poli lo descubrirá y también el Equipo, así que volverán a perseguirme.

—Debe usted pensar que soy tonto —dije—. Y lo soy.

—Creo que hizo un trabajo de primera clase, Marlowe. ¿Qué hay de tonto en eso?

—¿De qué trabajo habla?

—Me sacó de allí con bastante rapidez.

—¿Acaso hay algo que no pudiera haber hecho usted mismo?

—Con suerte... no. Pero es agradable tener un ayudante.

—Quiere decir un idiota.

Su rostro se endureció. Y su voz herrumbrosa dijo en un gruñido:

—No entiendo nada. Y devuélvame algo de los cinco grandes, ¿quiere? Llevo menos dinero del que pensaba.

—Se lo devolveré cuando encuentre un colibrí dentro de un salero.

—No sea así —casi suspiró, y en su mano apareció un revólver.

La mía agarraba ya una pistola en el bolsillo de la chaqueta.

—He hecho mal en hablar —dije—. Guárdese el arma. No le servirá de nada, aún menos que una máquina tragaperras de Las Vegas.

—Se equivoca. Las máquinas dan dinero de vez en cuando. De otro modo no habría clientes.

—Con muy poca frecuencia, diría yo. Escuche, y hágalo con atención. Sonrió. Su dentista debía estar cansado de esperarle.

—El montaje me intrigó —continué, jovial como Milo Vance en un relato de Van Dyne pero mucho más claro de cabeza—. Primero, ¿podía hacerse? Segundo, si podía hacerse, ¿dónde quedaría yo? Pero poco a poco fui viendo los pequeños defectos que estropean el cuadro. ¿Por qué acudía usted a mí? El Equipo no es tan ingenuo. ¿Por qué enviaban a un don nadie como este Charles Hickot o sea cual sea el nombre que usa los jueves? ¿Por qué un experto como usted dejaría que alguien le siguiera en una cita arriesgada?

—Me fascina, Marlowe. Es tan indiscreto que podría verlo en plena oscuridad, y tan tonto que no distinguiría a una jirafa roja, blanca y azul delante de sus ojos. Me apuesto algo a que se deleitó jugando con los cinco grandes como un niño con zapatos nuevos. Apostaría que estuvo besando los billetes.

—No después de que usted los tocara. Entonces, ¿por qué me enviaron un lápiz? Una peligrosa amenaza, que corroboraba el resto. Pero, como dije a su monaguillo de Las Vegas, no mandan lápices cuando piensan liquidarte. A propósito, el tipo iba armado. Llevaba una Woodsman del veintidós con silenciador. Tuve que obligarlo a guardarla, y él se apresuró a complacerme. Empezó agitando billetes de mil ante mi cara para que le dijese dónde estaba usted. Un tipo bien vestido y agraciado para una retahíla de ratas sucias. La Asociación Femenina de Templanza Cristiana y algunos políticos lameculos les dieron el dinero para ser grandes, y ellos supieron usarlo y hacerlo crecer. Ahora son guapos e imparables. Pero siguen siendo una manada de ratas sucias. Y están siempre donde no pueden cometer un error, lo cual es inhumano. Todos los hombres tienen derecho a cometer algunos errores. Pero las ratas, no. Tienen que ser siempre perfectas, pues de lo contrario chocan con hombres como usted.

—No sé de qué habla. Sólo sé que tarda demasiado.

—Bueno, se lo diré claramente. Un pobre patán del East Side se ve mezclado con los escalones inferiores de una banda. ¿Sabe qué es un escalón, Ikky?

—He estado en el ejército —gruñó.

—Crece dentro de la banda, pero no está del todo podrido. No está lo bastante podrido, así que trata de escapar. Viene aquí, busca un empleo de cualquier clase, cambia su nombre o sus nombres y vive en un edificio de apartamentos baratos. Pero la banda tiene agentes en muchos sitios. Alguien lo ve y lo reconoce. Podría ser un traficante de drogas, un hombre que sirve de tapadera para un negocio de apuestas, una prostituta, o incluso un poli corrupto. Entonces la banda, o el Equipo, como

usted quiera, dice a través del humo del cigarro: «Ikky no puede hacernos esto. Es una operación pequeña porque él es pequeño. Pero nos molesta. Es malo para la disciplina. Llama a un par de muchachos y diles que lo despachen». Pero ¿a qué muchachos llaman? A un par que ya les tienen hartos, están demasiado vistos. Podrían cometer errores o asustarse. Tal vez les gusta matar, y eso también es malo, produce imprudencia. Los mejores muchachos son los que no se inmutan por nada. Pues bien, aunque no lo saben, los muchachos que llaman son de la clase temeraria. Pero sería divertido intimidar por el mismo precio a un tipo que no les gusta, que ha denunciado a un matón llamado Larsen. Uno de estos pequeños chistes que tanto gustan al Equipo. «Mirad, chicos, incluso tenemos tiempo de jugar con un detective privado. Caramba, podemos hacer cualquier cosa, incluso chuparnos el pulgar». Así que envían a un patán.

—Pero los hermanos Torri no son patanes, son duros de verdad. Lo han probado..., aunque hayan cometido un error.

—Que no es tal error. Liquidaron a Ikky Rosenstein. Usted es sólo un señuelo en este asunto. Y ahora mismo queda arrestado por asesinato. Pero esto no es lo peor que puede ocurrirle. El Equipo lo sacará de chirona y lo hará explotar en pedazos. Ya ha representado su papel y no ha conseguido manejarme como un pelele.

Su dedo iba a apretar el gatillo, pero yo le hice soltar el arma de un disparo. El revólver que tenía en el bolsillo era pequeño, pero a aquella distancia, infalible. Y era uno de mis días infalibles.

Profirió un gemido y se chupó la mano. Yo me acerqué y le propiné un puntapié en el pecho. Ser simpático con los asesinos no figura en mi repertorio. Se tambaleó hacia atrás y luego hacia el lado y dio cuatro o cinco pasos vacilantes. Recogí su pistola y la apreté contra él mientras lo cacheaba por todas partes (no sólo bolsillos o pistoleras) donde un hombre pudiera esconder una segunda arma. Estaba limpio... por lo menos, en este sentido.

—¿Qué intenta hacer conmigo? —gimió—. Le he pagado. Está libre. Le he pagado muy bien.

—Ambos tenemos problemas. El suyo es continuar vivo.

Saqué las esposas del bolsillo, le tiré los brazos hacia atrás y se las puse en las muñecas. Su mano sangraba, por lo que la envolví en su pañuelo, y entonces fui al teléfono.

Flagstaff era lo bastante grande para tener una comisaría de policía; incluso podía haber una oficina del fiscal del distrito. Esto era Arizona, un estado relativamente pobre. Los policías podían ser incluso honrados.

Tuve que quedarme unos días, pero no me importaba mientras pudiera comer trucha pescada a dos o tres mil metros de altitud. Llamé a Anne y a Bernie Ohls. También llamé a mi contestador automático. El fiscal de Arizona era un hombre joven, de ojos astutos, y el jefe de policía, uno de los hombres más corpulentos que he visto.

Volví a Los Angeles con tiempo para llevar a Anne a Romanoff, donde cenamos con champán.

—Lo que no puedo comprender —me dijo sorbiendo la tercera copa de espumoso— es por qué te metieron en esto y por qué hicieron salir a un falso Ikky Rosenstein. ¿Por qué no se limitaron a ordenar a los asesinos que hicieran su trabajo?

—No podría decírtelo. A menos que los jefazos se sientan tan seguros que estén dispuestos a gastar bromas. Y a menos que ese tipo, Larsen, que fue a la cámara de gas, fuese más importante de lo que parecía. Sólo tres o cuatro mafiosos importantes han ido a la silla eléctrica, al cadalso o la cámara de gas. No hay ninguno, que yo sepa, condenado a cadena perpetua en los estados que no tienen pena de muerte, como Michigan. Si Larsen era más importante de lo que todos suponíamos, mi nombre podía haber figurado en la lista de espera.

—Pero ¿por qué esperar? —me preguntó—. Podían matarte cuando quisieran.

—Pueden permitirse el lujo de esperar. ¿Quién va a molestarles... Kefauver? Hizo lo que pudo, pero ¿has notado algún cambio en sus tácticas... excepto cuando ellos lo dicen?

—¿Y Costello?

—Tuvo un tropiezo con el impuesto sobre la renta... como Al Capone. Tal vez Al Capone hizo matar a varios centenares de hombres, y mató a unos cuantos personalmente. Pero fueron los muchachos de la renta quienes lo atraparon. El Equipo no volverá a repetir con frecuencia este error.

—Lo que me gusta de ti, aparte de tu enorme encanto personal, es que cuando no conoces una respuesta, te la inventas.

—El dinero me preocupa —dije—. Cinco mil de su dinero sucio. ¿Qué haré con él?

—No seas un idiota toda tu vida. Has ganado el dinero y arriesgado tu vida por él. Puedes comprar una serie de Bonos E; eso limpiará esos billetes. Y en mi opinión, esto sería parte de la broma.

—Dime una buena razón para que la iniciaran.

—Tu reputación es mayor de lo que imaginas. ¿Y si fue el falso Ikky el que la inició? Parece uno de estos tipos superlistos que no pueden hacer nada sencillo.

—El Equipo se encargará de él por hacer sus propios planes... si es que tú tienes razón.

—Si el fiscal no lo hace primero. No puede importarme menos lo que acabe sucediéndole. Más champán, por favor.



RAYMOND CHANDLER. fue un novelista estadounidense nacido en Chicago el 22 de julio de 188 y fallecido en La Jolla, California, el 26 de marzo de 1959. Considerado uno de los grandes representantes de la novela negra, su personaje recurrente, Philip Marlowe, es uno de los detectives privados más conocidos de la literatura (varias veces llevado a la gran pantalla): duro y honesto, su sensatez choca en ocasiones con el entorno brutal, sórdido y envarado de California, donde trabaja.

Chandler, tras el divorcio de sus padres (su padre era un maltratador), se crió con su madre en Inglaterra, si bien parte de su educación también transcurrió en Alemania y en Francia. Tras una breve experiencia como funcionario del gobierno británico, se dedicó al periodismo, colaborando con publicaciones como el *London Daily Express* y la *Bristol Western Gazette*. Antes de volver a Estados Unidos en 1912, ya había publicado 27 poemas y su primer relato: *The Rose Leaf Romance*. Tras titularse como contable, se alistó en las Fuerzas Expedicionarias Canadienses para luchar en Francia en la Primera Guerra Mundial; preparándose para piloto de la RAF terminó la contienda. Se casó con Cissy Hurlburt, 18 años mayor que él, y se dedicó de lleno a la escritura, desarrollando un estilo propio que se diferenciaba de otros escritores del género negro. No publicó su primera novela hasta los 51 años, y posteriormente se dedicó también al guión cinematográfico. Tras la muerte de su esposa, y aunque tuvo otras amantes, cayó en una depresión y empeoró su condición de alcohólico hasta su fallecimiento.

En sus novelas se encuentran situaciones representativas del maltrato y manejo del poder entre políticos corruptos y policías, tema que trabaja de manera muy elaborada, con un dominio del lenguaje muy cuidado y particular, y un notable realismo en el estilo muy plagado de una cáustica ironía.

Obra

- Tristezas de Bay City (1938).
- El sueño eterno (1939).
- Adiós, muñeca (1940).
- La ventana siniestra (1942).
- La dama del lago (1943).
- La hermana pequeña (1949).
- El simple arte de matar (1950).
- El largo adiós (1953).